



VINTILA HORIA

MARTA,
o la segunda
guerra

PLAZA & JANES

MARTA, O LA SEGUNDA GUERRA

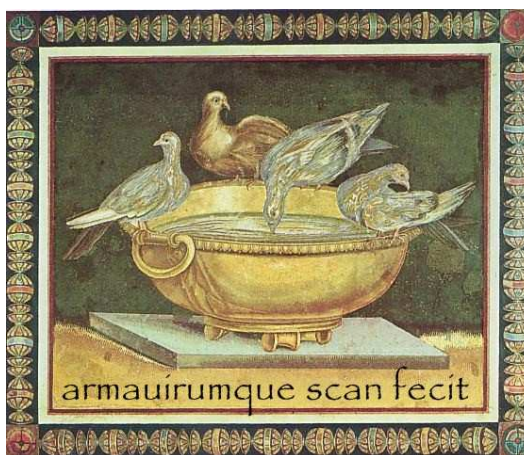
por Vintila Horia

Título original:
MARTHE OU LA SECONDE GUERRE

Traducción de
CÉSAR ASTOR BETORET

Portada de
C. SANROMA

Primera edición: Enero, 1982



© 1982, Vintila Horia
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)
Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
MARTHE OU LA SECONDE GUERRE
Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-30350-8 — Depósito Legal: B. 3.706 -1982

MARTA O LA SEGUNDA GUERRA.

VINTILA HORIA

Plaza & Janés

Primera edición: Barcelona, 1982.

296 pp.

13 x 19 cm.

Edición rústica

VINTILA HORIA

Esta obra forma parte de la llamada «Trilogía del exilio», del mismo autor, integrada por las novelas «Dios ha nacido en el exilio» (Premio Goncourt 1960), «El caballero de la resignación» y la presente obra, «Marta, o la segunda guerra ». La novela está basada en los recuerdos, pensamientos y reflexiones de seis hombres de nacionalidad rumana, antiguos oficiales de su Ejército, dispersados por el mundo tras la entrada de las tropas soviéticas en Rumania el año 1944, seis fugitivos, seis emigrantes de suertes muy distintas, pero unidos por el recuerdo de la mujer amada por todos ellos, Marta, muerta en circunstancias trágicas y misteriosas, tras haber sido violada por los invasores del suelo rumano. Sus cinco antiguos amantes están refugiados en casa de Marta, junto con el esposo de ésta, tras derrumbarse el Ejército rumano ante la ofensiva soviética de 1944, y que, curiosamente, se sienten más bien amigos que rivales...



«El hombre no salvará jamás al hombre.»

HERMANA MARÍA ELENA
DE LA PROVIDENCIA.

Pequeños carriles abismándose en pequeños túneles, vagones de juguete pintados de amarillo, pequeñas estaciones en las que el tren se detenía su buen cuarto de hora, como para tomar aliento y enjugarse la frente, cubierta de negro sudor. En los andenes, piernas desnudas, brazos nórdicos, hombros y orejas mordidos por el sol del Sur, a fines de este mes de agosto pintarrajeado de luz, mas declinando ya, en algún punto de sus ardientes entrañas, hacia los retiros del otoño. Alguien subió e hizo ceder bajo su peso el minúsculo vagón. Alejandro Cosma cerró los ojos, como prohibiéndose mirarle, y el *Lemon Express* volvió a ponerse en marcha, envuelto en su propio penacho de sonoro hierro viejo vestido de nuevo y en el espectro invisible de su fetidez industrial. El tren inyectaba así el veneno de la ciudad, su hedor a gases de combustión, en el propio corazón del paisaje, donde los limones se encendían de vez en cuando en el fondo del follaje. Pequeñas vaguadas, al abrigo de un sol despiadado, se abrían, acá y allá, en los costados de las montañas blancas y permitían que crecieran algunos algarrobos y naranjos. En las crestas, en los altozanos, en medio del cascajo virgen, unos árboles de seis hojas y tres almendras daban pena de ver, como si fueran mendigos del reino vegetal, plantados allí por manos sádicas o, simplemente, ignorantes, como seres condenados, desde aquí abajo, a las penas del infierno. Ni un solo hilo de agua, ni una sola nube en el cielo azul y puro, cortante y brillante como un cristal, más allá del cual se extendía, intocable en su misterio y su eternidad, el verdadero cielo, prohibido para los mortales. Aquí todo era presentimiento y correspondencias. Vaharadas de un calor seco penetraban por las ventanillas abiertas y hacían chocar las persianas y sudar a los pasajeros del *Lemon Express*, poco numerosos y como resignados a su suerte.

Mas bastaba con mirar, al lado derecho, la mar inverosímil, para sentirse penetrado por un frescor apenas disimulado y engañoso. Los ojos tenían derecho a bañarse. Y los cuerpos los seguían en su zambullida. Había que saberse dejar dominar por los excesos del paisaje. Alejandro no tenía otra alternativa. Si dejaba de contemplar este contraste entre la quemazón absoluta de la costa y el azul de las aguas marinas, se arriesgaría a dejarse pescar de nuevo por el miedo. No podía jugar más con la duda. Desde Orly probablemente, o incluso antes, él era objeto de una curiosidad policíaca, o enfermiza. Desde que había sentido pesar sobre él aquella mirada extranjera, en apariencia indiferente y fría, como encerrada en una falsa sonrisa, que quería ser una invitación a alguna cosa, a reanudar un contacto que jamás había existido, había tenido la plena conciencia de que no se trataba de ningún encuentro fortuito. Aquel hombre le perseguía, no podía ser otra cosa que un agente, un espía, pagado para cumplir su tarea, encargado de matarle y de arrojar su cadáver a la mar. Por eso había preferido este tren al autobús y al coche de alquiler. Pero el tipo aquel había adivinado su pensamiento, o bien no había cesado de observarle y de seguirle, paso a paso, desde el restaurante del aeropuerto. Posible era que le hubiese perdido de vista, durante algún tiempo... De todos modos, él estaba en el andén de la estación en el momento en que Alejandro, contento, y convencido de haberse deshecho de él por el camino, en las callejuelas del centro de Alicante, desembocaba en él como desembarazado de un peso mortal. No había otra solución, de modo que tuvo que subir al tren y fijar su mirada en cualquier sitio, en la mar o en las rocas quebradizas y espectrales, para borrar la presencia del agente, borrarla por medio del olvido.

...Él avanzaba en la noche agosteña, a pie, por un camino pedregoso, quebrantado por la fatiga y el hambre, llevado a la deriva por su propio hastío de vivir. Se dejaba llevar, cansado de viajar, de correr, de ocultarse, de procurarse comida y bebida. Su pequeño buque había sido alcanzado de lleno por las bombas de un avión soviético, mientras él se hallaba en tierra, a fin de que le firmasen unos documentos en la Comandancia, en el puerto de Tulcea. Unos minutos después no había encontrado el menor rastro de su barco; ni un hombre, ni una sombra. Su buena suerte le venía, pues, siguiendo paso a paso, pisándole los talones, como un perro, casi visible desde el comienzo de la guerra, o de su vida. Jamás se había desalentado, había cumplido como es debido su deber de oficial, torpedeado, cañoneado, matado sin duda con sus proyectiles, que partían siguiendo sus indicaciones, y siempre había salido bien librado, entre el delta del Danubio y las costas de Crimea. Dos condecoraciones y una mención en la orden del día habían recompensado sus matanzas, bien realizadas. Aquélla había sido su vez de perecer, y se había salvado de milagro. El 23 de agosto, día del Armisticio que puso a Rumania a merced de los Soviets, lo había abandonado todo, su uniforme, sus esperanzas postreras y su unidad, y había remontado el Danubio, hasta Braila, en una barca de motor que había abandonado también. Hizo el trayecto Braila-Arroyo Salado cambiando de camión en cada aldea; un coche de dos caballos lo había dejado al caer la noche junto a los viñedos, a una quincena de kilómetros de Dumitresti, y llevaba andando unas dos horas, deteniéndose de cuando en cuando para coger algunas ciruelas por encima de las cercas. Este gusto de la infancia, de pulpa dulce y todavía caliente del sol, le ayudaba a no morir, de desesperación más que de ninguna otra cosa. Trataba de esbozar proyectos. Si los rusos llegaban, si era cierto que iban a invadir el país y atravesarlo en persecución de los alemanes en retirada, él abandonaría Rumania y volvería a empezar en otro sitio. Hacer navegar los barcos de una mar a otra: ése era su oficio, semejante en todas partes, como la mar; una profesión sin fronteras. Tendría que haber reconocido aquellos parajes, pues dos veces había pasado en ellos unas breves vacaciones; pero estaba muy oscuro, y sólo veía el cielo, tachonado de estrellas, velado de galaxias como un harén, y la sombra reverberante de la carretera, en medio de los vergeles. El camino subía, bajaba, serpenteaba por las tierras arenosas de las colinas valacas y los meandros del Arroyo Salado, el cual atravesó varias veces por puentes de madera y de cemento, sonoros o mudos. Y no había alma viviente en la vasta extensión lancinante y fresca, ni una sola luz. Él se detenía cuando sus pies se negaban a seguirle llevando; se tumbaba en un talud, al borde de la polvareda, respiraba el aire del reposo, diferente al de la marcha, buscaba pensamientos alentadores en sus bolsillos, su aturdimiento le hacía sonreír a las estrellas, y se imaginaba una huida eficaz, una llegada feliz a París, a Constantinopla, a cualquier sitio, pero lejos de aquel desastre, que su temperamento era incapaz de soportar. Su revólver le daba también valor, como si fuera de oro. Distinguió el pueblecito al final de una cuesta arriba, encerrado en su miedo y en su noche, y lo atravesó entre valladares de ladridos, pero sin que se abriera una sola puerta, sin que una sola voz le diera la bienvenida. La casa de Marta se hallaba en el otro extremo, en una colina, y solamente había un camino, de modo que era imposible equivocarse. El aire dejaba ya sentir el espesor de las tinieblas, y se percibía una especie de hálito resinoso, que bajaba de las montañas vecinas o de las estrellas. Llamó a la puerta, en medio del alboroto armado por los perros. «¿Quién va?» «El subteniente Cosma. ¿Está la señora en casa?» «Sí, señor.» Este intercambio de palabras en su idioma, en su tierra amenazada, la fragancia nocturna mezclada con olores de cocina y de establo... La espera ante la puerta, sostenido a duras penas por sus vacilantes piernas de marino, humilladas por el contacto de las piedras y el polvo... Le hicieron entrar. Marta le esperaba en lo alto de la escalera, con un quinqué encendido que sostenía con su mano izquierda a la altura de su rostro, mientras que con la otra, que él besó muy emocionado, tras de un sollozo, mezcla de miedo infantil, reconocimiento y alegría ante la mujer reencontrada y salvadora; ella le acarició dulcemente la cara y los cabellos, mas con una caricia diferente, en la que él reconoció inmediatamente un nuevo matiz, un cambio que le excluía del presente y, en cierta medida, del pasado, que se convertía así en una especie de tierra prohibida o secreta. «Ven. Entra. Tienes hambre. Estás fatigado. Has hecho bien al venir.» Y éstas eran las palabras que él esperaba de ella.

Los encontró a todos, en pleno consejo de guerra, alrededor de la mesa, en el comedor. Los amigos de Marta. Y ninguna otra mujer. Unos jóvenes de unos treinta años, pálidos, barbudos,

vistiendo andrajosos uniformes, habiendo escapado cada uno de ellos, por un instante, al destino colectivo, gracias a su amor por Marta. Esta tensión que él olfateó en el aire en cuanto entró en el comedor, más densa que el humo de los cigarrillos, le había golpeado en plena faz, mientras estrechaba aquellas manos francas e inquisitivas, tan expresivas como las miradas. Aquellos hombres se encontraban allí unidos por un sentimiento común que, en el fondo, habría debido lanzarlos uno contra otro. Pero ellos no se odiaban, tiempo tuvo de darse cuenta de ello durante los días siguientes; había entre ellos una especie de amistad viril, que parecía emanar del centro de sus vidas: de aquella mujer de cabellos castaños y acento moldavo, con miradas infinitamente pedigüeñas. Él tuvo aquella noche la certeza de haberla comprendido. Marta amaba la vida y era amada por ella. Los seis hombres que la rodeaban no eran otra cosa que signos mayores, las pruebas evidentes de que la vida la amaba por lo mejor que ella podía ofrecerle, el amor a cambio de su amor. Los celos, que habían tratado de abrirse en él un camino sutil e inmediato, fueron remplazados al instante por un sentimiento bastante curioso y complejo. Mientras engullía su cena, al abrigo de la conversación y como protegido por los viejos gestos, oía aquellas voces, contemplaba aquellos rostros, esculpidos en la fatiga y la desesperación. Él se decía: asisto a la tragedia de la derrota de un pueblo, este pueblo es el mío, y en estos rostros puedo seguir los pasos de esta tragedia; como en el teatro, yo soy el espectador de una escena única, de una belleza y una crueldad sin par, igual en intensidad a lo largo de los milenios, siempre conmovedora en su unicidad de obra maestra. Los atenienses esperando a los persas, los siracusanos esperando a los cartagineses; fragmentos de versos pasaban como vuelos de aves de mal agüero por su cabeza, y aquellos rumanos que acababan de llegar, como él, de un frente que los políticos habían roto de un solo golpe de cobardía —los políticos, como instrumentos del destino implacable e incomprensible—, le parecían surgir de otro tiempo, repitiendo un dolor del cual ningún pueblo había podido librarse jamás. Pero, ¿por qué nosotros? ¿Por qué yo? Estas preguntas ya no tendrían sentido en adelante. Aquella escena poseía una belleza que ninguna victoria hubiera podido hacer nunca posible. En el teatro, igualmente, ninguna comedia puede compararse a una buena tragedia. El hombre es un ser trágico, eso era evidente y palpable, y él mismo, Alejandro Cosma, joven oficial de marina, salido sano y salvo de la matanza, desempeñaba su papel en la tragedia y no iba a privarse de ello. Quizá no pudiera salir con bien. Pero el fin ya no le interesaba. Estaba dominado por la grandeza del juego en que le había sido dado intervenir. Y una extraña dicha se apoderó de él, mientras terminaba de comer su plato de *mamaliga* y de queso, y tendía la mano hacia su vaso de vino tinto. Se inmovilizó en este gesto, los dedos tocando el borde frío del vaso, la mirada escrutando aquellos rostros, más allá de las palabras, compenetrado con el sentido místico y épico a la vez del claroscuro en que se oían, viniendo de muy lejos, unos pasos casi musicales, unos ejércitos de vivos y de muertos, pasados, presentes y quizá futuros, que rimaban la promesa de la vida y aquella de la muerte, la llenaban de sentido y de sangre, de la victoria y de la derrota, del amor y del odio, en una sola melodía inenarrable, suprema en todos los instantes de su continuidad. Él había sorprendido entonces, con su ojo de marino, habituado a las grandes extensiones, la imagen de lo que ellos eran, el reverso indestructible, y que los demás no captaban, o no captaban todavía, sumido cada uno en su papel como las dagas en sus vainas. Y había otra cosa aún en el aire sombrío, otro matiz, más sutil y difícil de comprender; pero él pudo apercibirse de ello, puestos sus nervios y sus instintos al desnudo por la fatiga y la ruptura de su alma. Él hubiera querido expresar lo que acababa de comprender, mas la emoción le había hecho perder la voz. Marta le miraba y le hizo seña, ligeramente, con la punta de las pestañas, invitándole a coger el vaso y acabar su gesto. Él se acordaba ahora, mientras el avión se posaba en un salto brutal y lleno de torpeza en la pista del aeropuerto de Alicante, de las palabras que hubiera querido dirigir entonces a Marta: «Tú eres más bella que una patria.» Y que no había pronunciado y eran como una conclusión de todo cuanto acababa de pensar acerca de la belleza de la tragedia y de aquellos hombres que la estaban viviendo...

Encendió su pipa para recobrar su aplomo y sintió de golpe la necesidad de cambiar de vida, ya que la que venía llevando desde hacía más de cincuenta años ya no le caía bien. No era la primera vez que le ocurría, pero nunca tal necesidad se había adueñado de él como aquel día, obligándole a lanzar breves y potentes bocanadas de humo que le sepultaron de nuevo en su ser aislado del

mundo, hecho de múltiples recuerdos y de nostalgias en imágenes. La vida de Ovidio le pareció la más deseable, la más libre, la del escritor que elige sus medios, su espacio, sus relaciones, su tiempo de trabajo y el de su reposo. Éste se hallaba asimismo, aquel mes de agosto, en el Claro del Manzano y en Dumitresti, él era uno de los cinco caballeros vencidos. Fue allí donde se conocieron. Ovidio llevaba aún su pantalón de oficial y una camisa blanca de paisano, y su frente era honrada como un friso antiguo, por donde desfilaban unos muertos ejemplares, unos dioses vivientes. *Und der Mut its so müde geworden und die Sehnsucht so gross* —repetía él bajo los manzanos cargados de rojos frutos, brillantes como astros a la luz declinante del atardecer. Había una especie de sangre pura en las ramas que no tenía nada que ver con los salvajes debates de los hombres. *Aber wir haben im Sommer Abschied genommen* —recitaba él con fuerza, al contar a Alejandro la historia del oficial de Caballería Christoph Rilke y su sentido del final de la partida. Todo aquello era lejano y actual. Alejandro no amaba la poesía, ésta le dejaba más bien indiferente; pero aquel día comprendió que los poetas existían a fin de poner en palabras, como los músicos plasmaban en música, instantes como aquellos que ellos estaban viviendo, donde toda otra ligazón entre los hombres resultaba ser frágil o artificial. Donde sólo la muerte y las palabras que tornaban a ser trágicas y expresivas, vueltas a su fuente, eran libres de unirse con arreglo a unas leyes olvidadas, pero auténticas, de circular y de prestar testimonio. Ni siquiera el amor. Y esto explicaba la presencia de aquellos hombres en torno de Marta, sin que nada de insólito ni de brutal se produjera entre ellos, pues Marta se había convertido en la madre, o la matrona, una realidad no individual, que los seis hombres podían poseer juntos y de un modo plenamente ennoblecido por el avance del fin.

Y lo que no deseaba ver tomó cuerpo en él, y no venido del exterior, fantástico y casi increíble, sino de dentro, incorporado a sus vísceras físicas, imborrable a pesar de su voluntad de olvido. No era el hombre en sí, que no llegaba a hacerse simpático —por otra parte, él tampoco lo buscaba—, sino el marido. Víctor Magura le había aniquilado una ilusión, sobre la cual Alejandro había asentado su futuro. Durante algún tiempo, en los momentos más difíciles de su existencia de guerrero en el mar, él había soñado en Marta, la había convertido en su mujer, incluso bajo las balas y las explosiones llevaba ante él su imagen como una enseña protectora, su cristianismo se reducía a esta confusión: la Virgen Santa, la Iglesia, la fe, todo ese equipaje más o menos infantil que había heredado sin oposición, se había desplazado al correr del tiempo para concentrarse en Marta. Sus amores en Constantza y en Mamaia solamente habían durado un mes, menos aún; ella iba a buscarle por la mañana, salían en coche, se tendía a su lado en la playa, le conducía hacia el Norte, a las colinas de viñedos de Tulcea, a las montañas de Macin, erosionadas y bajas como vestigios de una era desaparecida, al delta del Danubio, donde alquilaban una barca y desaparecían en la jungla de los cañaverales y de los sauces llorones. O bien en la mar, lejos de la playa, nadando durante horas enteras, abrazándose y besándose entre los delfines que les acompañaban, comprensivos y humanos, dirigiéndoles palabras agudas y semejantes a toques de clarín. Ellos atravesaban en barca el lago salado, detrás de Mamaia, remando a grandes brazadas, para atracar en una orilla que parecía el extremo bendito del mundo y cenar pescado en la posada de la aldea, donde los pescadores descalzos, de anchas caras sonrientes azotadas por el viento y por sus propias barbas, los rodeaban en silencio, como un coro antiguo que hubiera quedado mudo tras de haber cantado en demasía a lo largo de los siglos. Ellos se detenían en medio del lago, al regresar, bajo la luna que fulgía justamente encima de sus cabezas, y se desnudaban mutuamente con gestos meticulosos. Los cabellos de Marta sobre sus hombros desnudos, noche y luna convertidas en mujer, el ser que le había sido destinado —según él creía— y que otro había acabado por alcanzar, a otro nivel, lejos de él, pero no separado, mezclados todos en ese fin, que fue, entre todos los fines posibles, el más insospechado. Porque hubo un fin, el de la guerra y de todo lo demás.

Él no había querido ver al niño, ni siquiera cuando éste cayó enfermo. Le oía gritar durante la noche y se lo imaginaba arisco, con una barba negra rodeando su rostro de ocho meses, parecido a Víctor, como puede parecerse un hijo a semejante padre, compuesto de genes sin alternativas. Ambos se habían encontrado solos una vez, a fines de agosto, pocos días antes del último fin, en el comedor, mientras los demás descansaban en medio del calor de las primeras horas de la tarde y

Marta había bajado al pueblecito, en busca de medicamentos que no pudo encontrar. Sí, fue justamente aquel día. Víctor había hecho la guerra en todos los frentes, un poco en cada sitio, en la Aviación; había pasado de una escuadrilla de bombardeo a otra de caza, había sobrevolado Stalingrado, habiendo efectuado su primer vuelo sobre la ciudad de Odesa y hecho saltar por los aires su aparato en el aeródromo de Buzau, unos cincuenta kilómetros al oeste de Dumitresti una semana antes. Había tirado su uniforme y se había retirado a las colinas, junto a su esposa, a su casa a fin de cuentas, ya que aquella casa y aquellas tierras le pertenecían ya entonces. Salvo el pasado de Marta, todo le pertenecía. Alejandro había tenido este pensamiento, que restablecía un cierto equilibrio entre ellos. Víctor se imaginaba poder organizar la resistencia en la región si los rusos no se retiraban a tiempo, y propuso a Alejandro incorporarse a ella, lo que éste aceptó inmediatamente, resuelto bruscamente a hacer cualquier cosa con tal de quedarse al lado de Marta, a despecho de lo absurdo del proyecto. Sin armas, desprovisto de todo enlace, fuera o al margen de otros proyectos semejantes, aquello no tenía ninguna posibilidad de éxito; pero abandonar aquellos lugares y dejar a Marta sola con Víctor le parecía igualmente inconcebible. Incluso soñó un instante en la muerte de Víctor y de los demás: los abatía a todos mentalmente, los enterraba a la sombra de los abetos y volvía solo a Dumitresti, donde Marta venía a llorar sobre su hombro heroico. Su imaginación de marino fue la sola constante en medio de la locura que se apoderaba poco a poco del pueblecito y de todos ellos. Intercambiaron algunas frases cortas, autobiográficas: «Has conocido a un tal...? ¿Al general T., al capitán P., caído en el Cáucaso, en Crimea, en el Don, allende el Dniéster?» Las ciudades, los cursos de agua, las llanuras y los hombres —se acordaban perfectamente de ello— se habían convertido en llamas, en explosiones, en gritos, en muertes individuales... La guerra había terminado por convertirlo todo en nombres propios, cubiertos de fuego y de sangre.

Marta le contó —¿por qué? ¿con qué fin?— como Víctor había tenido una visión, mientras sobrevolaba un río, durante el crepúsculo, al volver de una misión, había sido atacado por unos cazas soviéticos y una silueta en forma humana, un Cristo crucificado, se había interpuesto entre su aparato y las ráfagas de las ametralladoras enemigas. Una vez en la base, él comprobó los impactos de los proyectiles en las alas, en la carlinga, a pocos centímetros de su cuerpo vulnerable, que no había sido tocado. El aparato no había explotado, no había entrado en barrena, y él había regresado sin novedad, como de cualquier otra misión, de una manera bastante curiosa, que dio mucho que hablar a sus compañeros y al personal de la base. Los desperfectos sufridos por su avión eran graves, en tanto que él no había sufrido ni un rasguño...

El sol, en mitad de una curva, vino a darle en pleno rostro; luego, el tren se hundió en un túnel.

...Aquella mujer le había susurrado unas palabras, después de un beso, junto a la misma oreja: «Vuelve un día y quédate toda la noche en mi casa. Yo te enseñaré a hacer el amor.»

Aquella frase le había dejado turbado. Era una muchacha rubia y muy bien dotada, dulce y zalamera, una prostituta que habitaba detrás del «Teatro Nacional», en una habitación grotesca, una especie de tabique hecho con chapa de madera, al fondo de un oscuro pasillo. Jamás había vuelto allí, pero conservaba en su carne —porque la carne tiene también una memoria— la pena por todo aquello que la joven había guardado para él y de lo cual se había visto privado.

Él sentía a menudo el peso de su ignorancia y nunca dejaba de atribuirle a aquella noche perdida, a aquella enseñanza que había dejado escapar. Y que él buscaba todavía, no siendo el mar para él otra cosa que una posibilidad universal de buscar, y los puertos, una prolongación de la mar, donde aquella muchacha, u otra semejante a ese modelo viejo ya, adivinado, poseído y desaparecido, se ocultaba o le esperaba para reanudar la interrumpida lección.

Sonaba una voz al extremo del jardín, o del tiempo, que llamaba, haciendo ondular las tinieblas, cesaba de pronto sin razón lógica o aparente alguna, volvía a empezar a voz en cuello, llenando de sonos la tarde fría y húmeda, la cual penetraba por doquier, hasta el fondo de su propio ser, y le impedía dormir.

—¡Miguel! ¡Miguel! *

Y era justamente su nombre, recargado de sonoridades extranjeras, estropeado por la traducción, testimonio o causa de su destino. Él dobló las rodillas lo mejor que pudo y escondió la cabeza debajo de la manta, tratando así, con un gesto enteramente suyo, compuesto de imposible esperanza y de una desesperación realista, de ocultarse, de evitar así un nuevo y penoso contacto, seguramente desagradable, con la vida que le había sido impuesta. Pero la voz continuaba llamándole desde la calle, o desde el jardín contiguo, una voz conocida que él no quería reconocer. La manta de viaje olía aún a tienda, a vendedor, a fábrica; pero también al frescor nórdico de Lisi, a su perfume viviente, capaz de evocar en un solo instante toda su vida íntima juntos. Él quiso rechazar los recuerdos, abismarse en el sueño y olvidar; pero Lisi se mantuvo allí, en su forma tendida y familiar, eterna, tal y como los años la habían modelado en la memoria de su lecho y en la suya propia. Y bruscamente, por primera vez después de haber recibido aquella carta, las lágrimas brotaron abundantemente de sus ojos y lloró toda su pena, atrapado en su dolor de hombre como en una tenaza que le obliga a convertirse de nuevo en un niño, en un ser sin abrigo y carente de toda protección, en un chiquillo envejecido, aterrado por aquella soledad inesperada, convertido de pronto en un inútil. Él trataba de ahogar aquella voz atroz e ignota del dolor, voz que había olvidado, que venía de muy lejos, que hacía surgir en sus tinieblas, pobladas de caras y escenas, fragmentos de la infancia, cuando dolores semejantes o falsamente parecidos le habían arrancado los mismos gritos y destapado las mismas fuentes. Su rostro se crispaba, se hundía como bajo los dedos de un escultor, un dolor físico en las mandíbulas trataba de aniquilar el otro dolor, todo su ser buscaba una salida en las lágrimas, un camino paralelo. Y la voz seguía llamándole, más allá de la manta y de la ventana cerrada.

—¡Miguel! ¡Miguel! **

Yo no me llamo Miguel. Soy Mihai. Lisi le llamaba así, lo había llamado por su nombre rumano desde que se habían conocido, en Viena, en el «Café de la Ópera», delante de un vaso de mala cerveza, bajo un bello sol de octubre o de setiembre, o quizá fuera de agosto, a fines de verano, si, eso era —aquí resulta que en agosto nos encontramos justamente a fines del invierno—, se habían paseado por el soleado Ring, entre los plátanos reidores, y ella le había llamado en seguida así, imitando el tono de voz de sus colegas rumanos. Aquí, en estas malditas latitudes en que hace calor en Navidad y frío en el mes de julio, le habían despojado de todo, se lo habían robado todo, se lo habían cambiado todo: el nombre, la juventud, la esposa y la hija. La voz, más fuerte, más cercana, le llamaba de nuevo, una voz de mujer, con acento extranjero. Él sacó la cabeza, apartó la manta, expuso al húmedo frío su rostro, bañado en lágrimas, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Que te vayas a la mierda, hijo de puta! ***

Y se ocultó de nuevo en su retiro imaginario. Acababa de leer las dos cartas. Una de ellas, llegada un mes atrás, doblada por la mitad y metida en un bolsillo interior, olvidada, allí, sin remedio y sin excusa; pero él era así, y lo seguiría siendo hasta el fin del mundo; la otra, llegada aquel mismo día, increíble, injusta, poniéndole de sopetón en una situación de hombre acabado,

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

*** En español en el original. (N. del T.)

pero también de hombre rebelde, que iba a pedir cuentas. Mas ¿a quién? De hombre dispuesto y decidido a gritar y a combatir, a fin de cambiar... Pero, ¿cambiar qué? ¿Gritarle en la cara a quién? Las tinieblas estaban perfectamente estancadas. Él acababa de perder de un solo golpe la fe y la esperanza. Nada existía ya, ni siquiera la existencia, ya que ella se convertía, como un vacío, en algo desprovisto de fronteras y de contenido. Michel, Miguel o Mihai tampoco existía ya; tampoco. La carta de Ovidio era una invitación para ir a Polop de la Marina, a fines de agosto. Debería estar ya allí en aquellos momentos.

La otra le anunciaba la muerte de Lisi.

Un ruido metálico y regular, como una pulsación, invadió sus orejas, viniendo cualquiera sabía de dónde, como si alguien estuviera en el cuarto, a su lado, y moviera la cama con la punta de su zapato, como si fuera una cuna. Sintió miedo, tiró la manta y miró. No había nadie. Era él mismo que temblaba, sometido su cuerpo a un nuevo dolor que lo ponía en medio de una vida nueva. «Soy un viudo.» Jamás había comprendido el sentido exacto de esta palabra, que tenía un aire alegre y frívolo, pero que daba cuenta de la más horrenda de las tragedias: la de la soledad. Sin duda, tenía fiebre. Su frente y sus manos estaban húmedas y frías. Su tensión había bajado. Se sintió dominado por un nuevo temor. «Yo no puedo caer enfermo, tengo que marcharme, hacer mi equipaje, volar a Lausana, asistir al entierro de Lisi e ir acto seguido a ver a Ovidio.» Durante algunos instantes, de pie al lado de la cama, en medio de la oscura habitación, donde la luz insípida de la tarde penetraba a pequeñas oleadas impuras por los intersticios de las persianas, estuvo fraguando planes, con espíritu razonador, como si se tratara de un negocio de cadenas, en plena atmósfera cotidiana. Balbuceaba, con la boca entreabierta, y fue este sonido de su propia voz, devenido inteligible, el que le devolvió a sus recientes terrores. «Yo no puedo viajar, yo no puedo ir a Lausana, enterrarán a Lisi sin mí.» No tenía un céntimo, como de costumbre, y su comida del día siguiente dependía de una problemática venta de cadenas o de alguna invitación. Se puso a roer metódicamente sus dos uñas más o menos comestibles, las últimas de la mano izquierda, su acostumbrada reserva, y se dedicó a ese menester, concentrado en el borde de sus dientes. Roerse las uñas —le había dicho alguien mucho tiempo antes, en el tren que le llevaba a Milán, o en el barco que iba de Génova a Buenos Aires; el recuerdo era bastante flojo en lo tocante al sitio y al tiempo, pero estaba muy claro en el sentido ontológico de las palabras—, roerse las uñas es irse suicidando poco a poco. Él se había reído, mostrando todos sus blancos dientes de animal joven, sano y seguro de su inmortalidad; mas al correr de los años había empezado a captar su sentido trágico. Aquello quería decir una cosa: consumir su propia sustancia, obligar al cuerpo a realizar un esfuerzo complementario, el de hacer crecer rápidamente las uñas dañadas, a fin de comérselas nuevamente, y seguir haciéndolo una y otra vez, hasta la llegada de la muerte. Alejó la mano de su boca, se la metió en el bolsillo, y siguió inmóvil y sin pensamiento alguno.

—¡Miguel! ¡Miguel!*

Se desplazó sin hacer ruido, con los pies descalzos sobre el embaldosado gélido, y el desagradable estremecimiento le obligó a emprender una marcha atrás acelerada, hacia el lado de la cama. Se puso un par de babuchas sin forma, despersonalizadas por el uso excesivo, se dirigió hacia la ventana sin cortinas y miró al exterior, eligiendo el intersticio más ancho, con precauciones infinitas, como si la mujer pudiera verle. Ella estaba allí, curiosamente apoyada en la cerca, las ampulosas nalgas apoyadas en las podridas tablas. Ella le daba, pues, la espalda, y miraba hacia su propia casa, más allá de los abetos achaparrados y de los restos amarillentos de las plantas marchitadas por el otoño. De cuando en cuando, como una hechicera, lanzaba al viento el nombre de Miguel, indiferente, sin esperar ninguna respuesta, con el único fin de ponerle fuera de sí o bien de indicarle: estoy aquí, muy cerca de ti, llámame e iré a meterme en tu lecho, rica en carnes y en caricias. Estaba hastiado de ella. Había ido muchas veces a su casa durante la ausencia de Lisi, aquellas últimas semanas; a ella le agradaba hacerlo, ella misma se lo había confiado. Ella se acostaba con cualquiera, y se había habituado a ello durante un bombardeo, en Budapest, el año de gracia 1945, adolescente en flor, traumatizada en pleno sexo por los espasmos del espacio. «Yo

* En español en el original. (N. del T.)

amo a los hombres»: esto constituía su justificación, como si aquellas explosiones primordiales, base de su vicio, fuesen fenómenos bienhechores inventados por un curandero universal. Pronto se derrumbaría junto con la valla, que gemía y se doblaba bajo su peso. Sus carnes eran tan blancas como rubios sus cabellos, y a pesar de su edad, cuarenta y dos años, estaba bien conservada, cocida lentamente al fuego de su pasión, dulce animal de maullidos sofisticados, capaz de cualquier cosa —él estaba hastiado de ella— por reanudar el contacto, acariciante de mil maneras, utilizando una técnica vieja como los hombres a fin de recomenzar a cada momento, infatigable y siempre insaciable. Se había llamado en tiempos Márika, pero había tenido que cambiar de nombre al desembarcar, y se intitulaba ahora Graziella, como un poema romántico. «Éste es un país en el cual florece todavía el romanticismo», pensó Michel, y recapituló acerca de algunas ideas sobre la supervivencia del romanticismo en la América Latina, que tenían que formar un libro que le obsesionaba desde hacía años y jamás había llegado a plasmar en una realidad. Había redactado el prólogo, lo esencial, pero el resto no llegaba, falto de tiempo, de dinero y de energía creadora. El amor es una encarna, yo me he suicidado al abusar de los placeres de la carne, como Graziella, mi hermana, mi doble; pero, mientras que ella se ha conservado en el placer, como Churchill en el whisky, vaciando de vida a sus innumerables amantes, nutriéndose de sus mejores hormonas, yo no he hecho otra cosa que hacer donación de mis sustancias, agotado por los millares de orgasmos que componen mi vida, mis relaciones sexuales con el destino. Él no había sido capaz de otra cosa. «Yo no he hecho mal a nadie.» Ésta era su justificación en los momentos en que se erigía en juez de sí mismo. Pero este argumento en negativo no era muy convincente. Era pura moral, puro protestantismo maxweberiano. Él había envejecido, llegado al límite de la gordura, se veía obligado a utilizar únicamente mocasines, ya que desde hacía muchos años era incapaz de ponerse cualquier calzado con cordones, que le obligaba a inclinarse por encima de su vientre, cosa imposible para él. A los cincuenta años, con el espíritu joven, la imaginación en llamas, dispuesto a cualquier aventura, él era un viejo desde el punto de vista físico, sus cabellos le abandonaban, su apetito aumentaba, había dejado de ser el dueño de sus propias fuerzas. ¿Lo había sido alguna vez? a veces se ponía a hablar en voz alta. A los cincuenta años y con sus pasadas glorias, resultaba bastante penoso. Así meditaba él, mientras se vestía de prisa y corriendo, buscando de aquí para allá su corbata, sus zapatos, su americana, un peine..., tratando de no hacer ruido, obsesionado por la amenaza exterior que tenía que evitar a toda costa. Porque él tenía un plan para aquella tarde. Él iba a buscar el dinero necesario, a conseguir que le entregasen un pasaporte, a embarcarse al día siguiente mismo, a volar hacia Europa y besar a Lisi por última vez. Los ojos se le llenaron nuevamente de lágrimas, las enjugó con el dorso de la mano y juró entre dientes, en voz baja para que no le oyeran, pesadamente, como un campesino herido, que no quiere que Dios le oiga, pero desea hacerse oír por la fuerza sin nombre que viene de él para causar un mal irremediable en sus campos, en su vergel, en su vida íntima.

Dio un tropezón al salir de la alcoba y estuvo a punto de caer al descascarillado embaldosado del recibidor, buscó su impermeable y su sombrero, logró encontrarlos, lejos el uno del otro, y vaciló un instante delante de la puerta. Si salía por ella, se arriesgaría a ser visto por Graziella y se vería forzado a explicarle de algún modo su mutismo de poco antes, exponiéndose a ser violado inmediatamente, con lo que su proyectil se iría a pique, al igual que su viaje de viudo. Sacó el pañuelo y se enjugó los ojos lagrimeantes. «Tengo que controlarme —pensó—. Llorar no sirve de nada, es lo típico en un pecador y en un damnificado. Yo soy un damnificado. Yo he sufrido mucho, pero eso no sirve de nada, si la conciencia no llega a dictar su ley, a pulverizar las pulsaciones de lo inconsciente, a trabajar, a no hacer mal, a no fornicar, por lo menos con el frenesí que caracteriza mi existencia, mi única característica. Un toro no lo hubiera hecho mejor en tres vidas consecutivas. Pero yo... yo soy un ser humano y tengo otras obligaciones.» Él sufría, penetrado hasta el fondo de sí mismo por su falta de adhesión a la condición humana. «La muerte de Lisi no es más que el principio —se dijo—. Yo voy a ser castigado por mis flaquezas»

—prosiguió, mientras abría la ventana de la cocina, pasaba, no sin dificultad, sus piernas al otro lado, se dejaba caer como una vaca caída de un árbol —sonrió al imaginarse a la vaca precipitándose entre ramas y hojas en algún rincón del paraíso perdido, en los lejanos días de su

infancia— y aterrizó en el suelo mojado, donde se quedó inmóvil, aguzando el oído hacia el lado peligroso. Había una casa entera entre él y Graziella. Se alzó, cerró los dos batientes, buscó en sus bolsillos algún pedazo de papel inservible, lo encontró —era un aviso, quizás el último que le enviaba la Compañía de Electricidad antes de cortarle la corriente— lo dobló en cuatro y luego en ocho dobleces, lo introdujo debajo de uno de los batientes, sujetando de esta manera la ventana cerrada, y salió a la calle a grandes pasos jadeantes. El *colectivo** pasó justamente en aquel momento (a veces hay compensaciones), y él le hizo signo de parar y se montó; doblando la espalda, como un ladrón, se abismó en el calor público del interior y miró por el cristal de la ventanilla, ligeramente empañado por las respiraciones de origen italiano, español, polaco y alemán, que formaban la mayoría biológica del barrio. Graziella acababa de desaparecer de su horizonte y, con ella, toda tentación.

No llovía, pero el cielo estaba bajo y la humedad era del cien por cien. Rodábamos, pues, sobre un fondo de océano, ya que el cien por cien de humedad significaba «agua a calderadas». El pequeño autobús anduvo, pues, nadando durante todo el trayecto, cruzándose con delfines, cachalotes, bancos de sardinas y bosques de algas al aire de su imaginación acuática, lo cual no le permitía sumirse en sus pensamientos o sonarse las narices. Llegado al final del trayecto, bajó y echó a andar por la calle que le llevó inmediatamente a pleno campo. La acera cesó bruscamente, y Michel empezó a trotar con su paso de peso pesado por un camino fangoso, que parecía irse hundiendo en la pampa infinita y fría. El viento del Sur, cortante como una navaja, le privó de todo impulso, pero había en él una fuerza renovada, una maldad, hecha de antipatía hacia sí mismo y hacia la vida, que lo ajoraba, le empujaba, le violentaba, como una mano enemiga que obliga a la resistencia. «Yo soy un hombre que ha conocido la guerra y el exilio, y conservo en la memoria de todos mis gestos la necesidad secreta del miedo, el gusto de la indignación. Yo soy uno de los números sin personalidad de este siglo de esclavos, habituados todos al yugo y al látigo, ebrios de libertades ilusorias, deformadas y maltratadas por sofistas sanguinarios.» La mano diestra sujetando las dos solapas de su impermeable, a fin de abrigar su cuello sensible y su garganta, y la siniestra hundida en lo más hondo de su bolsillo agujereado, sucio y húmedo, deambuló durante algunos minutos a lo largo de un campo cubierto de flores, en Necule, vio la iglesia alzando su campanario por encima de los tejados y oyó la voz de su madre llamando a las gallinas; por la mañana, bajo un sol sin problemas, bajó por un sendero que lo llevó al convento del Claro del Manzano, cuyo campanario fulgía entre los árboles, oyó las voces de las campanas en el crepúsculo, penetró al interior antiguo, tapizado de oraciones y de perfumes de cera y de llamas, sacudió el recuerdo de Dumitresti, miró a Marta, reconoció sus labios en la oscuridad de la memoria, los ojos, la línea de sus hombros proyectada sobre el mundo de antaño como un modelo de humanidad que reflejaba aquí abajo las perfecciones del más allá... y se alejó furtivamente de su recuerdo, porque el fin de todo aquello le hacía daño, le humillaba por su absurda injusticia. «Yo he sido expulsado del Paraíso, como todos los hombres desde el principio del mundo.»

El camino parecía hundirse en la nada; y, en efecto, así era, pues la ciudad había quedado atrás, aplanada por la llanura de dos dimensiones; mas Michel sabía lo que se hacía y avanzaba con pasos decididos, abismado en sus recuerdos, guiado por su instinto, empujado por una vaga esperanza. Él flotaba, pues, entre el pasado y el presente, en una actitud peculiar suya que le evitaba todo contacto excesivamente directo con su vida, marcada por constantes derrotas en todas las épocas. Lo que él exigía sin cesar eran armisticios. Cuando levantó la cabeza y volvió a tomar contacto con el paisaje real, el campamento de los gitanos, con sus tiendas de campaña, sus furgones y sus remolques destartalados, con el humo de su chimenea capitana esparcido por el viento, se hallaba ya al alcance de su mano. No se veía a nadie en la improvisada aldehueta. Se detuvo ante una caravana, subió los tres escalones, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta, empujando el batiente con un gesto educado que expresaba de maravilla su respeto por los demás. El olor del interior le saltó a la cara como una jauría de perros, mas el calor que allí reinaba y el placer de ver de nuevo a su amigo se lo hicieron olvidar al instante. Michel era un hombre de gustos simples y frugales, poco sensible por lo

* En español en el original. (N. del T.)

tanto a los olores, los cuales no encontraban puntos de apoyo en su conciencia, pero él los registraba en alguna parte de su mente y se ponía de nuevo en contacto con ellos en los sueños y en el recuerdo. En medio de un caos en putrefacción, entre salchichas, jamones y ristras de ajos y de cebollas colgados del bajo techo, gatos dormidos y sillas rotas, calentando sus pies calzados con botas al fuego azulado de una estufa de butano, el viejo Groza, jefe o reyezuelo de este grupo de gitanos, acampados al lado de Buenos Aires, le recibió con grandes muestras de amistad. Se puso en pie, le dio palmaditas en el hombro, le hizo sentar junto a la estufa y le ofreció un vaso de *aguardiente de San Juan*,* que guardaba en una botella amarilla, encima de un armario, lejos de las tentaciones. Michel se lo bebió a pequeños sorbos, meticulosamente. A él no le gustaba el alcohol, pero aquel día lo necesitaba.

—¿Malas noticias, amito? Su cara no me gusta.

Michel se había sentado y calentaba sus manos heladas a la llama compacta, artificial y ruidosa. Le daban miedo las palabras: las palabras que tenía que pronunciar en aquel momento. Él jamás había llorado en su vida de hombre, y durante todo aquel día, desde que había recibido aquella carta, era incapaz de contener aquel flujo de agua que se le subía desde las entrañas, invadiendo sus ojos, sin freno posible, más allá de todo control, algo que lo apartaba de su medio natural y que tenía trazas de no pertenecerle, de venirle de fuera.

—Mi mujer ha muerto —indicó, y se detuvo, esperando una continuación; pero no la hubo, y siguió calentándose tranquilamente los dedos. Las lágrimas no llegaban ya más. Él no miraba a su amigo.

—¿Cómo ha sucedido?

—Un infarto en pleno sueño. La encontraron muerta en su cama. Yo no puedo... Yo no...

El río subía y subía, llegó al nivel de su garganta y se inmovilizó en un esfuerzo doloroso, que le hacía mucho daño y embargaba todo su ser, hasta el fondo del cerebro.

—Yo estoy solo desde hace quince años —le dijo el gitano para consolarle—. Uno acaba por acostumbrarse, se habitúa a cualquier cosa, usted lo sabe bien, los hombres no tenemos otro objetivo...

—Lo sé.

—Escúcheme usted, amito, voy a decirle una cosa que no tendría que decirle, pero sufre usted una desgracia y esto le ayudará a soportarla mejor. Nosotros, los gitanos, somos pobres; nosotros no tenemos tierras, ni patria, ni bienes; nos injurian, nos golpean, se burlan fácilmente de nosotros, nos meten en la cárcel. Somos unos don nadie, unos vagabundos fuera de la ley, sin protección y sin esperanza. Vivimos de las limosnas y de pequeños trucos, al borde de los caminos, fuera de las comunidades. Y seguimos viviendo, multiplicándonos; comemos, nos reímos, cantamos, olvidamos. ¿Y sabe usted por qué? Pues porque hemos transformado ese dolor en un secreto vital, en orgullo y justificación. Nadie sufre como nosotros. Nos vemos rechazados por los demás... Pues bien, ¡tanto peor! , no nos preocupamos por ello en absoluto. ¿Por qué? Pues porque nosotros somos superiores a los pueblos, los cuales nos persiguen porque nos envidian. Cuanto más sufre uno, más digno es de un destino por encima de los demás destinos. No son los palacios y los millones o los honores los que nos sitúan por encima de los demás, sino los golpes, el hambre, el frío y la incertidumbre. Nosotros somos la sal de la Tierra.

Él se reía dulcemente, apretados los labios en torno de la boquilla de la pipa, cuyo fuego trataba en vano de reanimar. Cogió una cajita de cerillas que había en la mesa, a su lado, y miró a Michel a través del humo nauseabundo, parpadeando con sus ojos negros, irónicos, fugitivos, listos para la retirada y para la carcajada, ojos de perro, de ave, de ciervo, de anciana raza perdida en el siglo, de procedencia ignota, raza paralela, incidentalmente mezclada a las demás, apenas visible en el estrépito del tiempo, hundiendo su costado más sólido en aguas subterráneas a las que las otras razas no podían acceder.

A Michel le agradaba escucharle. Groza le hablaba en rumano, con la pronunciación de los gitanos, ligeramente atemporal. Había nacido en un camino rumano, cerca del Arroyo Salado, y

* En español en el original. (N. del T.)

Michel se había encontrado con él una decena de años atrás, cerca del parque de Palermo, un domingo... Con Lisi.

—¿Y su hija, amito?

—Se queda en casa de su abuela, en Lausana. Yo debo partir mañana para allí. Tienes que ayudarme.

—No tengo *parné* en este momento. Soy pobre como una rata. Bien lo sabe usted.

—Vamos a buscar en el montón. Llevamos semanas y semanas sin mirar allí. A veces hay cadenas poco usadas, hay muchas cadenas buenas que no están oxidadas, bastará un poco de petróleo para limpiarlas y revenderlas como nuevas. ¿Te acuerdas, hace un par de años...?

—Vamos a verlo. Ayer descargaron tres camiones de chatarra.

Salieron al viento. Unas nubes tristes reflejaban el amarillo apagado de la pampa en invierno y el del Río de la Plata, planicie de aguas que acarrearán las tierras de las altas mesetas paraguayas, las arcillas limosas de Rosario y de Corrientes, las hojas podridas de las sabanas y de las junglas, el amarillo hedor de los millones de cadáveres de animales, de troncos, de peces y de seres humanos caídos bajo su fuerte garra líquida a lo largo de sus millares de kilómetros de recorrido lento y musculoso, arrastrando la vida naciente bajo su expropiación hacia el océano azul, que él infestaba de tierra y de vestigios de muerte. Las aguas pululaban de amarillo hasta centenares de millas, hundiéndose en alta mar, pudriendo el horizonte marino y los propios cielos. Era el Dios y Señor de estos parajes. El color de las cosas, la humedad, los reflejos del cielo, el temperamento de los hombres, el asma de los niños... todo era formado con arreglo a la voluntad del gran río.

Atravesaron el campamento, abandonado a aquellas horas por todos sus moradores. Las mujeres y los niños andaban pidiendo limosna por las calles del centro, y los hombres compraban camas desventradas, cacerolas sin fondo, cubiertos, vigas, motores, cadenas, todo lo que fuera metal, y volvían por la tarde, clasificaban los objetos según su rango y estado, en dependencia de sus futuras posibilidades de reventa. Era allí donde Michel había encontrado tesoros, restablecido virginidades y ganado lo que más. Él representaba en Argentina una fábrica alemana de cadenas; pero las divisas escaseaban, la importación se hacía a saltos caprichosos, el país se hundía lentamente bajo los gobiernos militares, que no entendían en absoluto de política, tras haber sido devastado por unos políticos que ignoraban todo lo tocante a la economía y la moral, y por unos economistas a cuatro patas, cabalgados por ingleses y norteamericanos. Después de las reformas de Perón ya no había habido resurgimiento alguno, y el país, con su pueblo, sus ciudades, sus campos, sus esperanzas y sus inmensas riquezas en barbecho se hundía en un pantano que parecía no tener fondo. Dos semanas al mes no había carne en las carnicerías ni en los restaurantes. El país de los inmensos rebaños y de los gauchos, el que exportaba bistés por el mundo entero, economizaba ahora sus antiguas abundancias. Los gauchos habían dejado la pampa para irse a la ciudad, atraídos por los espejismos de la televisión, que presentaba la vida bajo el aspecto de las mujeres desnudas y fáciles, de los coches adquiridos sin dinero, de los jabones perfumados y de los cigarrillos americanos fumados entre un trago de ginebra *on the rocks* y una «Coca-Cola» *cretinizante*, «esencia de la vida». El campo se había convertido, pues, en una prisión insoportable, y la ciudad, en una liberación y un paraíso mahometano. Los campesinos de pantalones hinchados y sombreros tradicionales, los antiguos héroes románticos, descendientes de Martín Fierro, que habían civilizado las praderas y forjado la riqueza de un continente, venían a trabajar a Buenos Aires, Córdoba y Rosario, víctimas sacrificadas de antemano en el altar de una industria con pies de barro, que fabricaba malos frigoríficos para unas carnes inexistentes, malos automóviles para militares en el poder y para agentes comunistas con sueños mórbidos y sanguinarios, soviéticos, castristas, maoístas y anarquistas, bien pagados por Moscú, Pekín o la CIA. País real por excelencia, hecho de tierra y de buena salud agrícola, Argentina se perdía poco a poco en los destellos de la pequeña pantalla, tragada por la ilusión enfermiza del siglo de los *Mass media*. De este modo, en menos de veinte años, se había vaciado lo esencial y superpoblado lo superficial. La tarde azotada por el viento, bajo un cielo de disgusto, reflejaba la inmensa desolación. Un capitalismo ciego marchaba así hacia su propio fin, sin gloria y sin remordimientos.

Llegados ante un talud, antiguo desmonte de un ferrocarril fuera de servicio, donde los montones

oxidados formaban pequeños montículos, con arreglo a un orden cuya significación era bien conocida por Michel (desorden aparente, como todo lo que tiene relación con los gitanos), ambos se detuvieron. Viejas anclas españolas del siglo XVII, coches sin ruedas, ruedas sin coches, metal en descomposición. Se pusieron a hurgar en el montón más cercano, entre restos de cosas sin nombre, bajo las prolongadas ráfagas de un olor insano, procedente de los pantanos y de la humareda de los hornos crematorios de Chacarita, cuyo gigantesco penacho se divisaba a lo lejos. Pasaron así cosa de media hora, las manos metidas en la herrumbre mohosa y cortante.

—No hay nada, amito, tendrá que volver usted mañana. Yo puedo prestarle diez mil pesos. No es eso lo que le hace a usted falta, supongo yo.

Michel le debía ya veinte mil.

—No, pero lo buscaré en otro sitio. Tengo que partir mañana. Iré esta tarde a ver a el *Viejo*.

Aquello tampoco era la solución; mas ¿a quién más se podía dirigir? Tenía deudas por todas partes. ¿Quién iba a financiarle aquel viaje? «Escribiré a Ovidio —se dijo—, le explicaré lo que me ha sucedido. Él lo comprenderá.» Pero, ¿y la madre de Lisi? ¿Cómo hacerle comprender aquella pobreza sin salida? Ante Lisi no tenía necesidad de justificarse. Pero tenía que recuperar a Ileana, hacerla volver a su casa, educarla como es debido, hacer de ella, al menos, lo que él mismo no había sido nunca. Se dio cuenta, de golpe, de que ya no iba a ver nunca más a su hija, de que ella se quedaría con su abuela, al calor, al abrigo, en pleno corazón de Europa, en un país sin pobres, de que iba a convertirse en una extraña para él, como lo había sido desde su nacimiento, de que ella no sentiría nunca por él los sentimientos que una hija siente por su padre, de que todo, en su patria de exiliado, de *apolis*, como decía Heidegger, giraba en torno de un principio único y obstinado, tomando un sentido muy claro. Muy claro por primera vez desde que abandonara su país. En todo cuanto le había ocurrido jamás había faltado a una rigurosa fidelidad a su destino de exiliado, de fugitivo, de evadido, de solitario o de emigrante, lo que venía a ser lo mismo. Todas eran palabras para expresar la derrota, la misma rectitud sin compromisos posibles, la misma maldición. Cada uno de sus gestos lo integraba a lo que debía de ser y en lo que tenía que convertirse. Sacó de esta conclusión un cierto orgullo, y aceptó la invitación de Groza, que se situaba al nivel de otro género de consuelo.

—Un poco de salchichón y unas gotas de aguardiente; eso le calentará y le dará ánimos. Luego, se irá en seguida a ver a el *Viejo*.

Y ambos volvieron a la caravana bajo los embates del corvo viento, mientras que, del lado de Poniente, las nubes se podaban suavemente, como apartadas por unos dedos de mujer, dejando filtrar una luz anaranjada, violenta en la base, y desplegándose en abanico, que iba invadiendo el resto del cielo y de la tierra.

Alguien había encendido la luz en el interior de la caravana. Una sombra se posaba de vez en cuando en la ventana. Groza apretó el paso, ligeramente inquieto. El cielo se iba hundiendo en la noche, y las luces de la ciudad parpadeaban como gestos al extremo de la llanura. El viento había amainado. Un frío apenas perceptible, tan traidor como una serpiente, subía del río. Miles de personas, en la gran ciudad, iban a ahogarse esta noche, a toser, a llamar al médico, bajo el terror de una crisis de asma.

—Tenemos una visita —dijo Groza.

—¿Quién es?

—Mi sobrina, creo yo. Milagros. Llegó el otro día de Granada, con los suyos. Danzará este invierno. Ése será su debut.

—Yo no tendría que...

—Ni hablar, amito, venga, sus ojos se alegrarán.

Y se alegraron, en efecto, pues Milagros era una danza. Ella danzaba al hablar, al andar, al ofrecer un vaso, al cortar el salchichón. Las largas faldas danzaban en torno de su cuerpo enteco, apenas salido de la adolescencia. Sus pendientes, sus negríssimos cabellos y sus ojos acompañaban este movimiento, que la desplazaba en el espacio al compás de un ritmo o de una cadencia que solamente ella era capaz de oír; pero que sabía comunicar en derredor suyo a los seres y a los objetos. Su español parecía otra lengua. Michel quedó como saturado por esta presencia inesperada.

Una vieja imagen se movía detrás de Milagros, pero él no lograba precisarla. Los gestos de la joven borran una a una las alusiones de la memoria. « ¡Qué día! », no cesaba de repetirse Michel, sin desentrañar el sentido preciso de su sorpresa. Él seguía el movimiento sin reposo de esta persona, que acababa de invadirle hasta el fondo de su pasado; él mojaba sus labios en el vaso de aguardiente, que le quemaba la boca y le calentaba por dentro. Él había cortado todo contacto con las dos cartas, con su duelo, su desgracia, la falta de dinero y el viaje. Sus preocupaciones no habían desaparecido, pero se habían retirado discretamente, abandonándole a un entorpecimiento en el cual descansaba como en un sueño compensador.

En el umbral de la puerta, Groza le puso suavemente en *la* mano un lío de papeles.

—Me lo devolverá cuando regrese. ¡Buen viaje!

Michel sonrió tímidamente al gitano, a modo de excusa o de vaga promesa. Hubiese querido decir: « ¿A santo de qué viajar? ¿Dónde voy a encontrar yo el resto de la suma? » O bien: «Tenga confianza en mí, a despecho de las apariencias, que me son contrarias.» Pero no decía nada. Lanzó una postrera mirada por encima del hombro de Groza y se cruzó con la mirada de Milagros, que jugaba con sus cabellos a lo largo de su cuerpo, siguiendo un paso de danza apenas esbozado y que quería decir: «Vuelva usted pronto. Le espero. Me he sentido feliz al encontrarle esta tarde. Soy bella y le gusto.» O bien no quería decir nada. Con su aspecto desgachado, sus ropas deterioradas, su rostro abotagado por el llanto, su elocuente pobreza, su incipiente barriga y sus años, él no podía causar impresión en una joven que iba a actuar en la escena, que tenía ya a su prometido, allí o en España, y una madre celosa que la acompañaba ciertamente por doquiera que ponía sus pies musicales.

Despertó a la realidad en el momento en que el *colectivo* pasó por delante de su casa, y la terrible jornada se apoderó de él con una violencia bestial. La vista de su hogar, tirado al borde de la calle, las persianas bajadas, rezumando dolor, abandono y soledad, le hizo volver la cabeza. «¿Cómo regresaré esta noche?» Aquello era un testimonio implacable. Se apeó frente a la estación de Moron, saltó a un tren, se durmió, se despertó muchas veces, espantado, en plena pesadilla, se apeó, tomó un autobús, esperó, de noche, cambió, se apeó de nuevo, se abismó en una calle de San Martín, resbaló en un montón de inmundicias, estuvo en un tris de caerse en un charco de agua, se puso a perjurar, estuvo a punto de echarse a llorar, dividió su universo íntimo entre el recuerdo de Lisi y el de Milagros, sosteniéndose uno a otro en un juego abominable y vital en el que la postura era él mismo, él, el exiliado, el alma perdida, el eterno emigrante, carente de tierras prometidas, habiendo perdido de una vez y para siempre la que le había sido asignada y cuyo acceso le estaba prohibido por las espadas del tiempo y las del espacio, reunidas. Y aquellos diez mil pesos en el bolsillo, que no significaban nada, excepto que Groza era todo un tío. ...Una noche de carnaval, apenas llegados, aquella máscara amenazadora entre las linternas, aquella máscara que interesaba a Lisi, un monstruo chino o algo por el estilo, que la había arrastrado a una danza loca y obscena. ¡Hay que ver lo que puede uno combinar detrás de una máscara, protegido por el anonimato...! Así fue cómo empezó la tragedia. ¿Qué tragedia? ¿Cuál exactamente, entre las innumerables que componían su vida? ...Los cabellos de Milagros y su caída armoniosa sobre sus hombros le recordaban a Marta, fue una revelación para él. Asoció inmediatamente el nombre de Marta al de Ovidio Bunesco; evocó, y luego borró con un gesto de la mano, el recuerdo de la última noche en Dumitresti, la sangre, el gri... ¿Quién había gritado de aquel modo? Él mismo quizá, mas no quería acordarse de aquello, sobre todo esta noche. Estaba ya cansado de tantos muertos, de gritos, de espasmos humanos, de inútiles esfuerzos para vivir para nada. Golpeó con rabia la puerta de el *Viejo*, el cual se tomó tiempo antes de aparecer, le estuvo mirando, alborotados los cabellos, la ironía de su mirada, burlona y bondadosa, tendida como un puente sutil hacia el amigo bien venido.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Qué hora es?

—Lisi ha muerto.

Hubiera querido hundirse y acabar, mas no se hundió, como consolado y reconfortado por su propia resistencia al dolor, domeñado ya, formando parte, sin choques, de su carne cotidiana.

—Entra, entra ya. ¿Qué es eso que dices? Eso no es cierto. Estás borracho como una cuba. ¿No te da vergüenza?

El Viejo era cuatro o cinco años mayor que él, había estudiado en la Universidad con Ovidio en Bucarest, se apellidaba Ionescu, pero siempre le habían tomado el pelo con ese mote, a causa de sus bigotes y de su bastoncillo. Él también había ido a naufragar en la margen derecha del La Plata, en 1948, llamado por un primo, muerto entretanto, que le había iniciado en la fabricación de azulejos para cuartos de baño y cocinas. Doctor en Filosofía, dirigía, por cuenta de un capitalista tan endeudado y desatinado como él, una fábrica fuera de San Martín, en pleno campo, en medio de las ruinas, las aguas estancadas, los mosquitos y los sapos. «Yo embellezco letrinas», solía decir, hablando de su profesión. Al principio había abandonado Buenos Aires, tras de haberse casado con una dentista, arrastrando sus días en el Norte, a orillas del Paraná. Su mujer había muerto, y él había regresado, volviendo a su antiguo oficio, solo, agobiado, esculpido en una desesperación sin límites que no llegaba ya a definirle, imagen viviente de la voluntad de poder, como gustaba él de describir su propia caída.

—Iba, a ponerme a cenar. Ven a sentarte y toma un bocado conmigo. Tengo vino. Cuéntame.

Suelo de cemento, manchado de humedad, paredes chorreantes, una cama deshecha a un extremo de la habitación dominada por las tinieblas, una mesa baja, dos taburetes de tres patas, hechos por el dueño de la casa en sus ratos de ocio, una chimenea rústica, estufa y cocina a la vez, donde pendía una gramallera para preparar la polenta y tener agua caliente, una parrilla colocada sobre humeantes brasas, trozos de carne sin identidad, un plato lleno de tomates cortados en cuatro partes, olor a grasa de buey o de cordero llenando la pieza, mezclado con el olor del tabaco de a cuatro perras para pipa, olor de miseria sobre todo y de destino condenado a su último avatar aquí abajo, sin otra salida, consciente de la dureza injusta del castigo. Dos naranjas, en el mismísimo suelo, brillaban de alegría natural, perdidas en aquel infierno, como dos pelotas que un niño acabara de abandonar para salir huyendo, en el momento mismo en que el puño de Michel golpeaba la puerta.

Ambos estuvieron un largo rato sin hablar, emocionados los dos por el silencio, el chisporroteo del fuego, el extraño lazo de amistad que las breves palabras de Michel acababan de establecer entre ellos, por su soledad, convertida en fraternal por la muerte de Lisi. Se parecían de golpe, y aquella cena tomaba un aire mágico, cada bocado les acercaba mutuamente o acercaba a los dos a otra cosa más profunda y más común que podía ser el conocimiento, rindiéndose el buen juicio a la amistad, como a un ejército que acababa de ser socorrido y reforzado por otro. Ellos se sentían como purificados, sin pecado, únicos en el mundo, ante un juez que era seguramente igual a ellos.

—Estoy desolado —murmuró al fin *el Viejo*—. No puedo creerlo. ¿Cómo ha sucedido?

Michel se lo contó. La emprendieron con las dos naranjas, y fue como si alguien hubiese apagado una luz. El cuarto zozobró en la oscuridad; *el Viejo* se levantó y echó encima de las brasas algunos pedazos de madera, fragmentos de vigas, de viejas tablas medio podridas que humeaban antes de encenderse, patas de sillas o de mesas... todo un amasijo, hecho de restos de naufragios financieros, de escándalos, de hundimientos periféricos. San Martín era uno de los suburbios más miserables de Buenos Aires, al que iban a representar el último acto de su catástrofe particular sicilianos, catalanes, vascos y polacos sin suerte, rechazados poco a poco hacia el exterior de la ciudad por sus desastres en los otros barrios.

—He de partir mañana hacia Lausana y no tengo todo el dinero que me hace falta.

El Viejo se levantó sin decir una palabra, buscó debajo de las almohadas, volvió al lado del fuego con una cajita blanca de hierro, la abrió con una llave que sacó del bolsillo y tendió a Michel un lío de billetes de Banco, con el mismo gesto que había tenido Groza una hora antes.

—Doce mil pesos. Eso es todo lo que tengo. Me los devolverás cuando puedas.

Le faltaban treinta o cuarenta mil: el viaje de ida y vuelta en clase turista, un par de trajes presentables y un poco de dinero para gastos, a fin de poderle comprar algo de chocolate a Ileana.

—Me faltan aún cuarenta mil. ¿Adónde puedo ir a buscarlos? Podría vender mi casa, pero de aquí a mañana será difícil hacerlo.

Además, sobre la casa pesaban hipotecas, y su reloj estaba empeñado en el Monte de Piedad, lo mismo que el de Lisi. Debía dinero a todos sus amigos y conocidos. Incluso a *el Viejo*. Había llegado, dejándose caer poco a poco, al fondo de un pozo desde el cual todavía podía ver la luz del sol, el cielo, a las personas que pasaban y que se inclinaban hacia su profundidad haciéndole signos

amistosos; pero volver a subir, recobrar su sitio junto a los demás, estaba ya fuera del alcance de sus fuerzas, aquello le habría exigido un esfuerzo que se sentía impotente para realizar. *El Viejo* estaba allí desde hacía ya mucho tiempo. La muerte de Lisi le había hecho franquear la última separación hacia lo hondo.

—Yo no lo veo.

—Yo tampoco.

—Prueba en casa del coronel.

—También le debo un pico. Hay quizá barreras, prohibiciones que no podemos franquear.

—¿Qué barreras?

—No lo sé. ¿Tú no te das cuenta de ello? Hay dos clases de emigrantes. Me he enterado de ello durante estos años de vida en Argentina: los que vuelven a sus casas, ricos o pobres, los que retornan para siempre al sitio de donde salieron, o que viajan y hacen visitas a su familia, a los amigos, vuelven a ver la escuela, el parque, a las chicas, reanudan el contacto con sus orígenes, cada año o cada diez, eso depende del dinero que tengan y de su buena voluntad. Lo esencial es que les está permitido contactar de nuevo con su hogar original, con Europa. Y hay otros que no se mueven, como unos condenados a cadena perpetua. Yo soy uno de esos últimos. Yo jamás podré ya volver a mi tierra, no digo ya a Rumania, sino que ni siquiera a Italia o a Francia. ¿Te das cuenta?

—¿De modo que lo has perdido todo, hasta la esperanza?

—Y tú también, *Viejo*.

Hubo, de nuevo, un largo silencio, braceado por las falsas violencias del fuego de madera podrida, utilizada, revendida, rechazada, que se encendía mal y se resistía a la llama, como habituada a tergiversar, a dejar siempre para más tarde el momento de la última consumación. Habían chisporroteos sin chispas, llamaradas sin calor, silbidos mecánicos.

—Yo no había pensado en eso —recomenzó *el Viejo*—. No tendrías que habérmelo dicho. Esto hace daño.

—Así somos ya dos los que lo sabemos. Y esto te hace bien.

Ellos se conocían mutuamente, y sus pasados se entrecruzaban con ramas vivientes en torno de recuerdos que se habían hecho comunes con el tiempo, muchas veces contados, recíprocamente imaginados. Ellos se convertían en dueños, de ahora en adelante, de su futuro común.

—Hemos acabado ya de ser viudos —dijo *el Viejo*, con una risita irónica—. Vamos a casarnos los dos con la misma mujer, con esa jodida ramera de futuro sin salida. El sinretorno. ¡Qué bonito! Estamos nadando en plena futurología. ¿Te preparo una taza de té, una infusión de menta? Ya no me queda más vino.

—Gracias, me voy a marchar, ya es tarde.

—Serán las nueve, sin duda. Quédate aún.

Alguien llamó a la puerta, tres golpes secos y antipáticos.

—Ese cretino va a derribar mi puerta. ¡Ya voy!

El Viejo se levantó gimoteando, el taburete era muy bajo, de modo que uno quedaba en él más bien en cuclillas que sentado, y esta posición le cortaba la circulación debajo de las rodillas. Con una mano en los riñones, él se irguió, se estiró y se puso lentamente en marcha, desplazándose, arrastrando los pies, hacia el pasillo que conducía a la entrada. Durante algunos instantes no hubo para Michel, que estaba sentado delante del fuego, otra cosa que ruidos y voces, pasos en el pasillo, la cerradura lentamente abierta, un corto silencio, que reflejaba la sorpresa, el cual se prolongó, lo cual llenó la habitación de una especie de espera angustiada. Y luego, la voz de *el Viejo*, bruscamente cambiada, con una nueva tonalidad.

—Pero, ¿quién es usted? Especie de...

Michel se puso en pie. En este momento reapareció *el Viejo*, seguido por un hombre de rostro fatigado, como pasado por una yema de huevo, o por un amarillo crepúsculo, flaco, pernicorto, los ojos lanzando chispas, mirando por todas partes, dominado por una pasión o una dolencia que lo consumía y lo llenaba de odio, apuntándoles súbitamente a los dos con un revólver.

—Pero, ¿quién es ése? —preguntó, señalando a Michel.

—¿Y quién es usted?

El recién llegado amenazó a *el Viejo* con un gesto furioso de su revólver, alzando el cañón hacia su cabeza, la mirada fría y demente, a punto de explotar en mil pedazos. Dejaba caer los acentos en cada sílaba, como los niños subnormales.

—Yo soy el hijo de Gregorio Pargu.

Los dos amigos se miraron. Aquel nombre no les decía nada.

—¿Y bien? —inquirió *el Viejo*.

—De Craiova —añadió el otro. Sus mandíbulas parecían estar mascando piedras—. Usted es *el Viejo*, ¿no es eso?

—Sí.

—¿De Craiova?

—No, de Ploesti.

—Miente usted.

El Viejo se encogió de hombros.

—¿Quiere usted calmarse un poco y decirme lo que le trae aquí? Yo no he estado en Craiova en toda mi vida, de modo que no he tenido el placer de encontrarme con su padre.

— ¡Cochino burgués! —exclamó el otro.

El Viejo tuvo un estallido de risa, irónica al principio, y violenta después, que se iba apoderando, a oleadas, de toda su persona. Unas lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas mal afeitadas. El intruso parecía hipnotizado por aquella risa inesperada, y su revólver fue descendiendo a lo largo de su muslo y acabó por desaparecer en el bolsillo de su impermeable. *El Viejo* consiguió irse dominando poco a poco, y se enjugó los párpados con el dorso de la mano.

—¿Y por qué no «cochino proletario»? ¿Ha visto usted alguna vez a un burgués viviendo en un tugurio como éste? Y ni siquiera tengo un trago que ofrecerle. No tengo nada. Ni siquiera la esperanza de regresar algún día a Europa. Acababan de quitármela pocos instantes antes de su original salida a escena. ¿Quién es usted? Seguro que me está confundiendo con algún otro.

—Un puerco apodado *el Viejo* mató a mi padre, en 1940, en Craiova. ¿No ha sido usted prefecto de Craiova? ¿No?

—En 1940 era yo profesor de Filosofía en el liceo de San Pedro y San Pablo de Ploesti. Jamás he tenido nada que ver con las porquerías de los políticos. En los tiempos en que yo frecuentaba la Universidad simpatizaba con los Guardias de Hierro, como todo el mundo en aquella época, pero aquello duró poco. En realidad me llamo George Ionescu. ¿Y usted?

—Eso carece de importancia. Yo soy comunista, eso es lo importante. Eso es mi vida y la vida del mundo.

—Usted confunde su vida con la del mundo. Es lo normal. Todos somos así. Pero usted está habitado por alguna cosa anormal. Siéntese. Tiene aspecto de estar fatigado. Voy a prepararle una tisana.

—¿Qué quiere usted decir?

Él siguió de pie, su rostro volvió a tomar aquel rictus que le vaciaba de sangre, le dejaba fijo en una expresión de máscara aterradora y aterrada.

—Está usted habitado por el odio. Enfermo; y se va a morir por ello, si no se cuida. Yo comprendo su drama. Mas, ¿quién se libra de él? Nosotros sobrevivimos a la muerte de los demás.

—Su filosofía, sabe, guárdesela para usted o para sus semejantes. Lo que me hace vivir a mí es eso, el odio.

Eso era evidente. Michel tenía sueño, hubiera querido marcharse, no abría la boca, pero no podía dejar a su amigo a solas con aquel poseso. Y era evidente que éste vivía mal con su odio a cuestas, por encima de sus posibilidades, que buscaba al que había matado a su padre treinta años antes, a fin de matar una realidad mucho más vasta, que él detestaba, que él quería extirpar, con objeto de que el mundo existiera con arreglo a unos gustos prefabricados, que él había hecho suyos. Ese frío le había conservado como un frigorífico, pues parecía joven, salvo cuando se detractaba y daba oídos a lo que le decían. Entonces sus resortes existenciales se distendían, una capa de fatiga se apoderaba de su rostro, y adquiría de golpe un aspecto envejecido, deformado por el desequilibrio. Probablemente había matado a muchos inocentes, en el fondo de los calabozos, impelido por aquel

impulso de muerte que él confundía con una libido política. «Él inspira una especie de terror sagrado», pensaba Michel, presa de un miedo directo y brutal ante aquel ejemplar humano que podía muy bien extinguirse para siempre sobre sí mismo, agotado por su pasión o su mal, como una lámpara alimentada por una fuente invisible e incierta, o bien multiplicarse por diez o por mil, si las circunstancias le resultaban favorables, saturar el espacio y realizar una mutación en este sentido inesperado y horrible. El mundo sin piedad del último ciclo, esculpido en hierro, como la técnica y todos sus ingenios, obligando a los seres a confraternizar en el odio.

—Me inspira usted compasión —dijo Michel al llegar al fin de sus razonamientos, dirigiéndose al desdichado o a la especie humana, resultaba difícil discernirlo. Apenas había entreabierto sus labios.

—Me c... yo en usted y en su compasión —le respondió el otro, con mucha calma.

—Ayer le hubiera roto la cabeza, pero hoy, lo que usted dice y hace me es absolutamente indiferente. Ayer hasta le hubiese matado con cierto placer, porque usted representa lo que nosotros representamos para usted: un mundo que hay que hacer desaparecer. Pero yo acabo de comprender muchas cosas, sabe usted. Todos nosotros somos una misma sopa, verdugos vencidos hirviendo junto con nuestras víctimas. Mírenos bien, hermano mío, todos nosotros estamos sufriendo, usted por un lado y nosotros por el otro, pero en el mismo sentido. ¿No le dice nada esto?

—Yo me c...

—Eso es todo lo que sabe usted replicar. No es mucho, que digamos. Usted tiene también la ventaja de existir sin saberlo, lo mismo que un buey o un papagayo, de sufrir sin saberlo, de morir como un animalejo uno u otro día, temeroso, pero sin conocimiento de causa. ¡Lástima que no pueda usted acceder a la filosofía! Hubiésemos podido discutir. Pero el crimen impide la meditación.

—¿Qué está usted insinuando, maldito charlatán?

El hombre perdía la calma, visiblemente. Estaba turbado, tocado en un punto muy sensible, en relación directa con su pasado y su motor vital. Su máscara rígida había caído, su aspecto voluntarioso y duro había cambiado súbitamente, temblores de luz pasaban por el fondo de sus ojos, evocaciones, historias, fragmentos arrancados de sus fundamentos. «Este tío está loco —pensó Michel—. Vale la pena intentar curarlo, arrancándole una confesión.» *el Viejo* lo había comprendido y miraba a Michel como un maestro contempla a su discípulo en un momento de prueba suprema para los dos. Hubiese querido decir: «¡Cómo me agradecería ver un buen análisis jungiano! el juego de las asociaciones, los ecos venidos del fondo de la sombra, el hecho espantoso puesto al desnudo, arrancado como una flecha emponzoñada...» Pero callaba.

Michel estaba al corriente de todo esto, ambos habían hablado a menudo de ello.

—¿Quiere usted enseñarme su revólver? No tema nada. Desde lejos.

Pero el desconocido no sacó la mano de su bolsillo. Seguía sin rechistar, la mirada vacía, como aterrado por un fantasma.

—No tema usted deshacerse de él. Ese revólver es un veneno para usted. Le traiciona a cada momento, está contra usted y le trae mala suerte. Tírelo al salir de aquí y se sentirá como aliviado. Él no le protege. Al contrario, le va matando lentamente, impidiéndole liberarse.

—Liberarme, ¿de qué?

—De su pasado. Eso está claro. Su pasado está encadenado a su revólver.

—Le voy a matar —replicó el desconocido—. Le voy a matar.

—Me prestará usted un servicio. Pero añadir otro crimen...

— ¡Cállese!

Se puso en pie, hizo volar el taburete de un puntapié hasta el fondo de la habitación y sacó su revólver, fuera de sí, jadeante, la frente perlada de sudor, la tez de un amarillo que tiraba a blanco. Pareció que iba a desplomarse, cerró los ojos, volvió a abrirlos. «Va a disparar sobre Michel» —pensó *el Viejo*.

—Cálmese. Yo no le deseo daño alguno. Lo que quiero es ayudarle.

El Viejo se levantó, preparó unas tazas, echó agua hirviendo sobre unas hierbas secas y el cuarto olió de golpe a primavera en Bucarest, bajo los tilos. Hubo una especie de distensión en el rostro

crispado. Aquel tipo tenía un miedo atroz, pero aquello le salía de dentro.

—Quisiera que me ayudara usted a ayudarlo —dijo Michel, que no se había movido de su taburete—. Siéntese.

El hombre ocupó nuevamente su sitio, agarrado con fuerza a su juguete. Posiblemente, estaba cansado de resistir.

—Dígame —continuó Michel, imperturbable, en el mismo tono indiferente y neutro—, pero dígamelo sin pensarlo dos veces. ¿Podrá usted hacerlo? Es muy fácil. Dígame, de prisa, la primera palabra que le sugiere el nombre pistola. ¡Pronto!

—Cárcel.

Esto había salido de sopetón, como el vómito de un borracho. Se quedó sin moverse, su mirada se extravió, buscando un punto de apoyo en algún sitio, su cuerpo se dobló como si le hubieran golpeado en pleno vientre, se agarró la cabeza entre las manos y estalló en sollozos convulsos, cada vez más violentos y repulsivos. Aquello no era fácil de soportar. Michel acercó a sus labios la taza de tisana, aspiró su aroma y miró a *el Viejo*, el cual le sonreía, con el rostro enrojecido y como rejuvenecido por el reflejo de las brasas. Los sollozos del desconocido parecían estar rescatando milenios de mentiras y de crímenes. Venían de muy lejos, como todo lo que es bueno, como todo lo que es malo.

El perro ladró en el fondo del vergel, más allá de los pinos, entre los almendros, pasó como una ráfaga de viento justamente por debajo de la ventana y lo oyó de nuevo al otro lado de la casa, en el momento en que la motocicleta del cartero se detenía delante de la puerta de entrada. La voz de Pepa formó un trío con la del cartero y las explosiones del escape de gases. *Kripsy* se había callado, estaría bebiendo agua en la cocina, o leche. Las voces se apagaron, la moto aumentó la intensidad de su solo, llenó el valle y el cielo con sus explosiones disparatadas y se perdió a lo largo del camino; los pasos de Pepa hicieron temblar el suelo; acto seguido, sus dedos hicieron temblar el batiente de la puerta y su voz saturó la casa entera. Pepa estaba hecha en mayor, *sí* mayor, *no* mayor, cuerpo, manos, vientre y pies mayores.

—*Señor, el cartero.*^{*}

Ella entró, depositó el correo en la mesa de escritorio, delante de. Ovidio, dio media vuelta, y se detuvo en el umbral, antes de salir. Ovidio la miró, inquisitivamente.

—Todo está listo, *sí señor.*^{**} El tren llegará dentro de una hora. ¿Tengo que recordárselo al señor Dan? ¿Le va a acompañar?

—Prefiere esperar en la piscina. Hace demasiado calor. Iré solo. Comeremos a las dos, como de costumbre. ¿Hace falta que traiga alguna cosa del pueblo?

—*No señor.*^{***}

Pepa salió. Ovidio se precipitó sobre el correo, apartó las revistas y los diarios, abrió tres sobres para mirar la firma —una revista de Roma, un editor de París, y otra revista, ésta de Madrid—, los colocó cuidadosamente en el montón, entre dos vasijas de cerámica llenas de pipas y de lápices, y siguió abriendo sobres. Víctor Magura y Mihai Noaptes continuaban sin dar señales de vida. Solamente tres de sus amigos habían contestado hasta entonces a su llamada: Dan Popescu, llegado la antevíspera, Ion Manu, que tenía que llegar aquel mismo día, pero que no había indicado la hora de su llegada, y Alejandro Cosma, a quien tenía que ir a buscar a *la* estación de Benidorm. De modo que se iban a reunir cuatro en lugar de seis. En lugar de siete, puesto que había que contar a Marta entre los vivos, tanto era lo que había seguido poblando su vida. El silencio de Mihai le inquietaba. Habían seguido escribiéndose, sabía su dirección y detalles de su existencia, no demasiado brillante por cierto, pero, probablemente, más completa que la de los otros, ya que había sido el único que había tenido descendencia, una hija o dos, mientras que Víctor no le había escrito nunca. Había tenido noticias suyas de vez en cuando, indirectas y poco seguras, desde Austria, desde Italia en 1945, desde París, desde Dublín y desde Argentina, donde su pista se había perdido, hacía ya más de diez años. La pieza más importante faltaba en el juego que estaba organizando, muy probablemente la única que se hallaba en estado de poner en claro lo que iban a tratar de aclarar juntos, durante los próximos días, después, de tantos años. Tendría que haber pensado en ello antes, pero eso no había sido posible, pues todos ellos habían sufrido espantosamente, cada uno en su jungla, vinculados al mismo recuerdo, que había fundado su destino y el del mundo: el fin de Marta y el fin de la guerra. Dan, Ion, Alejandro y él mismo vivían a su aire, viajaban mucho, cada uno según sus necesidades o su gusto, excepto Mihai, lo cual explicaba su largo silencio, y Víctor, que habría enfermado en algún sitio, se habría muerto o habría desaparecido, al cabo de una vida que se había vuelto corta en torno de Marta y de su recuerdo. ¡Qué idea habían tenido todos ellos de reunirse en su casa de ella aquellos días del segundo fin del mundo, para quedar marcados, como

* En español en el original. (*N. del T.*)

** Ibidem.

*** Ibidem.

bestias escogidas en el hato —¿por quién y por qué?—, por el sello de un drama cuyo sentido, si alguno tenía, Ovidio no había llegado nunca a comprender! De todos modos, en el momento en que empezó a construir aquella villa en la colina de La Palmosa, ante las casas y las altas ruinas del antiguo castillo de Polop, había pensado ya en concentrar en su casa a todos aquellos que, en agosto de 1944 o quizás a comienzos de setiembre, habían asistido a este fin y al comienzo de una segunda guerra, estallada en ellos mismos al llegar la extraña paz que se había abatido sobre su país y sobre Europa. Guerra civil, del pasado contra el presente, de los recuerdos contra los hechos de cada día, de la esperanza contra el deseo de acabar de una vez y para siempre, al final de un *¿para qué?*, que debía de ser, creo yo, la exclamación ardiente y salvadora de todo exiliado digno de este nombre. Al menos, así lo pensaba él, y quería confrontar sus experiencias y su trayecto con los de aquellos hombres que le habían acompañado en aquel terrible principio, a lo largo de las mismas vicisitudes, las de la adaptación al desarraigo. Él se había rehecho una vida que superaba todos sus sueños de adolescente; libre, él podía elegir un país, una ciudad, una casa, cualquier cosa, cuando quisiera. De haberse quedado en Rumania, se habría podrido en un calabozo o en alguna editorial del Estado, se hubiera muerto mucho tiempo atrás; todo había coincidido de manera que sus dolores pudieran pasar a las páginas de sus libros, lo cual implicaba una posición, dinero, un nombre conocido en una quincena de países. Pero era el único que sabía el precio de todo .aquello, los años de hambre pasados en Francia y en Italia, la envidia de los literatos, el escándalo abominable que lo había lanzado, desencadenado para destruirle, y que había terminado en una apoteosis para él y para sus novelas... En el fondo, todo se había desarrollado en favor suyo desde el principio e incluso antes, las estrellas se habían cruzado, los hombres y las mujeres se habían amado y las guerras habían ensangrentado la tierra para que su destino fuese precisamente aquél y no otro. Marta venía a inscribirse en el mismo arreglo, con la misma precisión, con la diferencia de que ella dominaba ese todo, devenida eterna en su belleza y su juventud, salvada por la muerte, que la había aislado así de las fuentes del agotamiento y del olvido. Y, de una manera poco clara, pero pujante, ella instituía el ritmo de su periplo, desventurado y venturoso al mismo tiempo. Desventurado por haberse consumado lejos de su cuadro natural, en la más helada de las soledades; y venturoso, por ser vengador. Su nombre simbolizaba su país, la libertad, la absoluta carencia de compromiso, una cierta dignidad, distante y a veces mal comprendida, de ser escritor. Él representaba para sus lectores, y para muchos otros que no le habían leído nunca, algo así como lo contrario de un político, una especie de ser del futuro en el que restos olvidados y lejanas dignidades se concentraban lentamente, maduraban, tomaban forma en sus libros y en sus artículos, como granos de trigo recuperados de unas ánforas sumergidas o del fondo de alguna tumba etrusca, y que, lejos de desparramarse y de desaparecer una vez puestos en contacto con la luz, germinaban y prometían multiplicarse hasta el infinito en la fecundidad sin límites del porvenir. Él contradecía a los profetas que abrían ante el mundo perspectivas de felicidad más detestables que el infierno. Él era odiado y amado. Así era Marta, ella detestaba los sistemas, a los presidentes, a los banqueros, los dogmas que llevaban a la sociedad hacia otros dogmas en los que la muerte del hombre coincidía con el canto de los ideólogos. Ella le había dicho un día: «Hay algunas personas a las cuales amo y que son para mí el mundo entero. Pero al resto no lo amo. Estoy contra todo el resto.» Era extraño oír hablar así a una mujer. Años más tarde, él había encontrado en un texto de santa Catalina de Siena el mismo pensamiento: «Ama a los hombres, pero no te acerques demasiado a ellos.»... La barca flotaba a la deriva entre los pétalos, abriéndose camino en unas aguas invadidas por los nenúfares; sucedía esto en el mes de mayo de 1939 o de 1940, acababan de conocerse en Bucarest. Ella le iba a visitar en su buhardilla, que saturaba de su curiosa belleza triste, del centelleo de sus cabellos y de sus ojos; y ellos se fueron un día al delta, donde, en el transcurso de una semana, él había logrado descifrar el código secreto de aquella mujer obrada sobre violentas negativas. ¿Le había amado ella? En sus brazos, pegada a su piel, sus cabellos formando sobre la almohada una aureola de noche, sus labios murmurando o gritando, ella podía ser tomada fácilmente por una mujer dichosa que adoraba al hombre que sabía hacerle sentir tan intensamente; pero todo aquello podía ser un olvido pasajero, del que ella salía como intocada por el amor y dejándole sin noticias suyas durante días y semanas, cuando ella trabajaba en pro de su propia perdición, como acostumbraba ella a

decirle. «¿Dónde has estado durante todo este tiempo?» «He trabajado en pro de mi propia perdición.» Y estallaba en una risa conquistadora, sus ojos terribles y profundos clavados en él como gritos, como faros, como preguntas. Ellos habían dejado la barca al pie de una colina de arena y se habían refugiado en el fondo de un agujero, en lo alto, expuestos únicamente al sol, al cielo y al silencio. Podían creerse al mismo tiempo en el fondo de un pozo muy profundo o en la cumbre de una montaña: de tal modo las cosas que los rodeaban habían dejado de existir para ellos, mordidos por una distancia que tan bien podía medirse en altura como en profundidad, lo cual anulaba el espacio y las proporciones. Sus ojos, sus manos y su piel estaban todavía imbuidos por esa sensación de aislamiento o apertura del amor, pero también de lo contrario. En sitios semejantes, uno mata o se vuelve loco de pasión. El cuerpo de Marta tenía aquel día una blancura inverosímil. «Tú tienes el aspecto de un hada.» «Yo soy una princesa —le confesó ella—, lo que viene a ser lo mismo.» «¿Qué quieres decir? Las hadas y las princesas no son formas reales, ellas descienden del pasado, se acuestan con los elegidos y vuelven a entrar en el más allá del tiempo. ¿Soy yo acaso un elegido?» «Sí, yo leo en tu frente una historia que te concierne: tú escribirás hermosos libros, tú serás conocido, y estoy celosa de las mujeres que te amarán.» el sol llenaba de luz su boca esplendente, brillaba al contacto de sus dientes, que centelleaban como heleros en el fondo de una gruta al ser tocados por el haz de una linterna eléctrica. Marta era maravillosa para mirarla, para oírla, para sentirla, para olerla; ella otorgaba al presente un gran deseo de transformarse inmediatamente en recuerdo, en contrapeso indestructible de sí misma. Hubiera querido hacerla dejar de hablar, o de besarla, o de revolverse en sus brazos, a fin de revivirla en seguida por medio del pensamiento, de ordenar sus palabras, sus gestos, las sensaciones que ella le hacía sentir, en la memoria más segura y más al alcance de su mano. Tenía ya quizás el presentimiento de que aquella mujer era un ejemplar único o el último de una especie desaparecida, descendiente de una diosa que había amado a un terrestre y engendrado una línea, aparentemente similar a las otras, mas en el fondo incomparable, reconocible únicamente en el amor, en sus espacios privilegiados, como aquel embudo abierto en la arena, donde su unicidad resplandecía al contacto directo con el cielo, su tierra de origen. En el momento en que ellos se separaban, él no dejaba nunca de pensar que era para siempre, que ella iba a desaparecer en algún sitio, marchándose hacia el sol o hacia la luna.

Consultó su reloj, se levantó, atravesó el salón y salió al jardín. Era ya hora de bajar a la estación. La belleza del paisaje, una vasta bahía de verdor y de colinas cercada por altas montañas, excepto por la parte del Sudeste, donde daba a la mar, bastante lejana, pero muy visible, donde tres barcos blancos atravesaban la luz, no dejó de cautivarle, como de costumbre, desde que salía a la terraza. A la derecha, Polop encima de sus rocas, al fondo la cúpula de Altea. Aquello era posiblemente algo sin igual, ningún otro paisaje le había sorprendido ni calmado tanto; pero él andaba en aquellos momentos bajo los pinos sutiles, el pensamiento en otro sitio, como un autómatas, la mente en pleno viaje, ocupada en no dejar escapar el contacto con Marta, con aquella duna caliente que había sido su lecho aquel día de mayo, rodeados por los nenúfares que, en el camino de retorno, se abrían al paso de su barca como blancas aves, dormidas sobre las negras aguas, durante el crepúsculo.

Ovidio se detuvo al extremo de la alameda, que desembocaba en un césped, en el centro del cual había hecho excavar la piscina. Al borde del agua, derrumbado en una meridiana, Dan dormía, la cabeza y el vientre en la sombra, las piernas al sol, pequeño, rollizo, rubio, las gafas caídas en un libro que tenía a su lado, como perdido en una felicidad infinita. Había pasado cinco años en lo más profundo de la jungla, en Venezuela, y cuatro años en Paraguay; había construido fábricas, puentes y plantas industriales en las Américas, en África, en Italia y en el Japón, y había descubierto, en la soledad, rodeado de bestias y de hombres feroces, una especie de sendero secreto hacia Dios. Ovidio lo había conocido en Dumitresti, un joven ingeniero a la sazón, ebrio de proyectos y de cifras, alejado de la vida del espíritu, y lo había vuelto a encontrar convertido en el oculto reverso de las matemáticas. Su sueño parecía tan profundo que vaciló en despertarle. Volvió, pues, sobre sus pasos, fue a buscar el coche, le pidió a Pepa que encerrara a *Kripsy* durante algunos minutos, justo el tiempo necesario para alejarse, porque el perro quería acompañarle y era muy capaz de corretear delante del automóvil durante kilómetros y kilómetros, y emprendió el viaje, tomando el camino que bajaba a lo largo de las colinas boscosas y del cementerio e iba a salir al centro mismo

de Polop. La montaña de Ponoch ardía bajo el sol, un alto penacho de humo subía de su flanco oriental, donde unas hierbas secas se habían incendiado y caían en andrajos incandescentes a lo largo de la roca rojiza y abrupta. Las llamas estallaban aquí y allá, en medio de los torbellinos. Nadie podía acercarse allí, a causa de los barrancos que separaban la montaña de los senderos accesibles, pero no había peligro alguno. (En este momento Alejandro miró por la ventanilla del *Lemon Express*, vio la montaña envuelta por las llamas y la humareda, que parecía un volcán, tuvo un arrechucho de angustia, reflexionó, con ayuda de recuerdos mezclados con lecturas, acerca del peligro de la lava, de los cascajos y piedras escupidos por un volcán en plena acción, tuvo el deseo de informarse preguntando a alguien, mas se refrenó a tiempo, como bloqueado por el otro terror, intensificó su propia emisión de humo y volvió su mirada hacia la calma sin sorpresas de la mar.) «Esta noche —pensó—, el espectáculo va a ser deslumbrador, si eso continúa.» Se cruzó con la señora y el señor Berkóvitz, sus vecinos, que regresaban de su cotidiano paseo a pie, e intercambiaron unos gestos amistosos. Aceleró donde el camino se lo permitió, y echó una ojeada al paisaje verde y ondulado que reposaba sobre la mar vaga, apenas visible en verano, envuelta a aquellas horas en su propio vapor. Los barcos blancos habían desaparecido. Siguió a lo largo del cementerio, desembocó en la carretera Polop-Chirles, dobló a la izquierda, luego a la derecha delante del «Bar Cano», saludó al carpintero, señor Coello, y a sus dos hijos, Juan y Jaime, que trabajaban, desnudos hasta la cintura, en su taller, abierto hacia la calle, fue llamado, saludó con la mano al alcalde, don Vicente, y a Joaquín Fuster, tomó velocidad, atravesó el puente y se dejó llevar por la carretera, demasiado conocida. No había dejado un solo instante de mirar a Marta y tocarla. Todos estos gestos que acababa de hacer eran mecánicos, al igual que los tocantes al volante, al freno o al embrague. Su verdadera conciencia estaba concentrada en el recuerdo, y vivía mucho más intensamente el pasado que lo que le acababa de suceder, esos momentos fugaces con los que sólo mantenía unas relaciones limitadas por los más simples reflejos. Una parte de sí mismo moraba en una superficie necesaria, que le permitía conducir su automóvil hacia la estación de Benidorm y saludar a sus amigos a derecha e izquierda, mientras que la otra parte, más allá de aquella superficie que parecía viviente y que solamente lo era en parte, lo arrastraba hacia aquello que, aparentemente, no existía ya, pero que desbancaba toda penetración externa.

Atravesó la calle principal de La Nucía sin darse cuenta de ello. De cuando en cuando, en las curvas, tenía la sensación feliz de aquella separación y se dejaba llevar por su instinto, mientras su verdadero yo continuaba o volvía a comenzar la vieja historia. Aquél era un pueblo grande de blancas casas, habitado por ancianos y niños. Los hombres estaban todos «en la guerra», como ellos decían. Había grupos delante de las puertas, delante del Ayuntamiento, en derredor de la fuente. Algunas mujeres, la mano ante la boca, como para contener un grito que no llegaba a salir; los hombres escupiendo en el polvo. Ellos esperaban alguna cosa, la aparición del Desastre, a caballo, que tenía que atestiguar en favor de los rumores, de los boletines emitidos por la radio, de las noticias locas que llegaban de todas partes. No podían creérselo, necesitaban una prueba. Formaban un coro mudo, tan viejo como el dolor de los hombres. No cantaban, pero se les oía con espantosa claridad, inmóviles y elocuentes a la luz de fines del estío. Saludaban a Marta, la seguían con sus miradas, mendigando confirmaciones. Los carros, durante la noche, subían hacia la montaña, chirriantes, cargados de trigo o de muebles que los campesinos ocultaban en lo más recóndito de los bosques, lejos de la peligrosa carretera. Los iconos de la iglesia habían sido transportados al convento del Claro del Manzano, donde las religiosas se pasaban orando los días y las noches. Ovidio acompañaba a Marta al hospital, eso era, donde no había ya medicamentos, sino solamente heridos, por doquier, a dos hombres por cama, tendidos en el suelo, y el interior de la vasta sala zumbaba como una colmena agonizante. Nadie gritaba, pero los gemidos y estertores, las respiraciones postreras y los suspiros componían una música monótona, siguiendo el ritmo de aquel dolor, que marcaba una especie de aceleración del tiempo; aquello era como una vida que, evolucionando más rápidamente que la vida corriente hacia la muerte, llegaba a producir aquella sucesión de sonidos que Ovidio conservaba todavía en sus oídos, una música destinada también a alejar el mal y el sufrimiento, un filtro mágico y sonoro. El jefe médico, un viejo coronel retirado, el rostro sin afeitar desde hacía varios días, los ojos llenos de sueño, él mismo semejante a un alma en

pena dirigiendo a este coro hacia su fin sinfónico, se acercó a saludarles y a decirles que ya no le quedaba nada de nada, que nada podía hacer por salvar al hijo de Marta, que iría a visitarle por la noche, que los rusos estarían allí antes del anochecer.

Cuando salieron del hospital... Al llegar delante de «La Rambla», Ovidio vaciló un instante, sintió deseos de entrar, de pedir una cerveza, vino, una naranjada, a fin de poner fin a la escena; se dio cuenta de que aquello no era verdad, de que estaba rememorando; echó una ojeada en dirección al restaurante, donde su amigo el *Pied Noir*, se afanaba detrás de la barra, miró hacia la mar y la roca de Ifach, que terminaba la bahía por el lado de Calpe, en una perfecta armonía de cielo, agua y montañas, y siguió su camino...

...los rusos estaban allí. Acababan de penetrar en el pueblo, detrás de unas carretas tiradas por caballos. Una invasión milenaria, las mismas caras de siempre, bajados del frío de Asia en busca de alimentos para saciar su hambre, de nuevos límites para sus sueños. Unos soldados andrajosos, marchando a un paso de extenuados, o a un paso de borrachos, huraños, mirando a todos lados, los ojos escudriñadores, como los de las bestias de presa, que prefieren las tinieblas a la luz del día, que atacan por la espalda, que no se atreven a atacar solos, que se lanzan como fieras sobre los heridos y los moribundos. ¿Quién les había ayudado esta vez a salir de su sueño y de sus madrigueras, transformándoles en vencedores? Eran seres venidos de muy lejos, de otro mundo, ignorando desde siempre lo que es la libertad, el amor al prójimo, la conciencia de ser hombres. Lo que buscaban era un camino capaz de llevarles fuera de sí mismos. El primer sentimiento de Ovidio fue de piedad, los recordaba perfectamente. En el frente los había visto desde lejos, había disparado sobre ellos, quizás había matado a alguno. Les había considerado como iguales suyos, hombres armados de fusiles como él y los suyos, y los había odiado como se odia al enemigo, por puro deber de guerrero, mas ese odio era limpio e implicaba una perfecta reciprocidad, de igual a igual. Vistos de cerca, ellos rodaban aparatosamente hacia otras categorías. Unos hambrientos, unos oprimidos. unos fenómenos situados —¿por quién?, ¿por qué?— más allá de la estirpe normal de la condición humana, una subvalía de la ética, puesta fuera de las órbitas, vagando por el espacio en busca de una ley, de un orden, de una libertad que todo ser humano, hasta el más caído, oculta en el dormido fondo de sí mismo. Le hubiese gustado encargarse de ellos, de toda aquella compañía de indigentes que la guerra, es decir, una miseria, al empujarlos, había hecho caer sobre Europa. Un oficial a caballo los mandaba, un rufo flaco, de ojos sin expresión, que tenía el aire de no saberse detener, avanzando sin objeto, presto a caer de su montura, más agotada aún que su dueño, pero cuyos ojos reflejaban por lo menos el deseo de descansar y llegar al establo.

Marta le había cogido de la mano y le había arrastrado detrás del hospital, desde donde, por senderos que ella conocía sin duda desde la infancia, entre manzanos cargados de frutos, cuyas ramas tocaban el suelo, como en un cuadro alegórico en que la abundancia parecía surgir de la belleza, como Venus de las olas del mar, regresaron ocultamente a casa. Aquella noche y al día siguiente, con la rapidez de una historia contada, pero no vivida, la tragedia se desencadenó sobre el pueblecito...

A la entrada de Benidorm, tras de haber rebasado el depósito de agua potable, cruzó la vía férrea, tomó a la derecha, aparcó su coche a la sombra de un muro, y se apeó. El tren tenía que llegar dentro de un cuarto de hora. Algunos turistas greñudos lo estaban esperando a pleno sol, los hombros y las piernas quemados, leprosos laicos peregrinando en busca de una quemadura cada vez más fuerte, como desprovistos de alma, movidos por un terrible deseo de vivir al aire libre, de immortalizarse al sol, y matados por ese deseo como las mariposas en la llama. Los bárbaros del Norte ya no venían para matar, invadir y saquear; se habían hecho más ricos que las gentes del Sur y ahora venían, simplemente, a morir al borde del Mediterráneo, convencidos de lo contrario. Había un sentido en la Historia, un sentido que ha seguido siendo el mismo a través de los años, diferenciándose solamente en tanto que finalidad inmediata y apariencia. No habiendo encontrado ya sitio en el banco, a la sombra, ocupado por muchachas rubias, oliendo a cremas, Ovidio volvió a su automóvil, saltó apoyándose en sus manos, se tendió encima del maletero según su costumbre, y cerró los ojos. Se abandonó así, durante los pocos minutos que le separaban de la llegada del tren, a la fuerza soñadora que constituía lo esencial de su vida de escritor. Un sueño cada vez más vasto y

rico en matices a medida que su vida se iba llenando de acontecimientos y que éstos iban a engrosar, a su vez, las fuentes de su sueño.

Mas la máquina oculta modelaba nuevas imágenes. El pueblo, los campesinos, los rusos, Marta... todos se iban esfumando hacia el fondo del paisaje interior, y él no hizo el menor esfuerzo por retenerlos. Había un cambio de decorado y de personajes. La estación y los rieles, los vagones aparcados en una vía de servicio, delante de un cochérón, que él había entrevisto en un contacto fugaz, pero tan valedero para la retina y el proceso de registro en la memoria como una escena prolongada y consciente, le llevaron hacia el «viaje» y el «desplazamiento», mientras que la inminente llegada de Ion Manu a esta estación de Benidorm desencadenó en él el recuerdo de su último viaje a Montreal, donde Ion le esperaba en el aeropuerto, sus paseos por la ciudad, sus largas discusiones en los bosques de las Lauréntidas enrojecidos por el otoño, la entrevista con Wilder Penfield, el drama humano, en un todo igual al suyo mismo, oculto en aquella villa guardada por un perro en el fondo de un bosque, la viuda transformando esa villa en un templo consagrado a la memoria de su marido, la soledad turbadora de la mansión. Doquiera que él iba a posar sus miradas, el espectáculo era invariable. Bastaba con alzar una punta de cortina, dejarse arrastrar por el reflujo de un destino: dolor, inquietudes, muerte, lucha encarnizada con el objeto preciso de no llegar a ninguna parte, desgarramiento irremediable de la vida bajo el signo de una derrota permanente, unos vencidos integrales y unos vencedores parciales. Y el hombre de hoy en día le parecía más expuesto que nunca: separado de sus raíces, flotaba en los aires, víctima de su propia independencia, aislado de todo, sin patria. Los exiliados no eran otra cosa que unos signos más visibles, los acentos puestos sobre, una realidad humana igual a su propia enajenación. Esta palabra le hizo sonreír. El hombre sin raíces en busca de unas nuevas raíces hincadas en un suelo menos fugaz en que crecer y con un más allá tranquilizador: esta paradoja quizá no fuera solamente del día de hoy. El exilio y el desarraigo eran unas condiciones, no unas variantes. Y los que se obstinaban en buscar por la parte de la memoria, tales como Wilder Penfield, no eran otra cosa que nigromantes, fascinados por el objetivo, cuya existencia real no querían, empero, reconocer. En el fondo de la memoria había un contacto con las raíces, como en el fondo del inconsciente, personal o colectivo, como en el fondo de la *célula* o del átomo y de las galaxias; todo esto iba a desembocar al mismo lado, llamado de distintas maneras, y que significaba el eterno deseo enloquecedor de llegar a una tierra más segura y echar raíces en ella. *Ahora bien, esto no era posible en este mundo.* Él oyó claramente una voz, que parecía escrita con letras luminosas y sonoras encima de las imágenes que se sucedían en su mente. Durante un instante se encontró como agradablemente electrocutado, y acto seguido el rostro del doctor Penfield acabó por cubrir el mensaje.

El ascensor se detuvo en el primer piso de la Universidad Mc Gill, los dos batientes se abrieron ampliamente, una cama de ruedas fue empujada dentro por un sanitario, los batientes se volvieron a cerrar, y el ascensor reanudó su lenta ascensión, fiel a su nombre. Era un edificio de la *Facultad* de Medicina de Montreal, donde Penfield tenía su laboratorio. Una mirada atrajo la suya. Una mujer joven estaba tendida en aquella cama móvil, el cuerpo cubierto por una sábana blanca que le llegaba hasta la barbilla, solamente la cabeza emergía de la higiénica blancura, una cabeza muy bella, animada por unos ojos magníficos que se habían clavado en los suyos y comenzaron a hablarle. «Yo no estoy enferma, no crea usted que me vayan a operar, yo no tengo nada, yo me someto a un experimento, una simple toma de sangre, eso es todo. Soy bella, ¿no es cierto?, bella y sana.» O bien: «Voy a someterme a una pequeña intervención quirúrgica, pero eso no tiene ninguna importancia, saldré de ella más hermosa todavía; podría encontrarme de nuevo con usted en algún sitio, a fin de convencerle mejor de mi excelente estado de salud, no se deje usted engañar por las apariencias. Soy bella, ¿no es así?» O bien: «Van a operarme, es posible que me extinga dulcemente bajo la anestesia; éstos son mis últimos momentos y yo se los regalo a usted. Eso es todo lo que puedo ofrecerle todavía, tómelos usted, esta belleza postrera le pertenece.» Aquellos ojos le estuvieron hablando durante un minuto, o menos, con una intensidad casi vulnerable; él oía perfectamente lo que la joven mujer le comunicaba y trató de tranquilizarla lanzándole a su vez un mensaje: «Es usted bella, en efecto, me agradecería volverla a encontrar, incluso podría amarla y comprenderla, usted es para mí lo que suele decirse un encuentro inolvidable.» el ascensor se

detuvo de nuevo, la camilla fue retirada de allí, suavemente, las ruedecitas registraron el paso por encima del suelo encerado del ascensor y el de un pasillo y los batientes se volvieron a cerrar sobre aquella mirada, que no dejó de clavarse en él de una manera que quería ser alegre, optimista y prometedora, pero que conservaba rastros de ansiedad vencida, sometida por la voluntad de vivir. Ovidio se sintió emocionado. La intensidad de aquellas miradas que deseaban hablarle vivía todavía en él, abrió los párpados y volvió a encontrar aquella mirada como proyectada sobre el cielo claro; volvió a cerrarlos. El ascensor continuó subiendo. Él bajó, preguntó y llamó a la puerta... Basta con tocar con una aguja, puesta en contacto con un electrodo, un sitio cualquiera del cerebro. Allí encontrará usted recuerdos, con toda clase de detalles. Lo que nosotros estamos viviendo es inmediatamente registrado por la memoria. Absolutamente todo, como en la «memoria» de un ordenador. Retira usted la aguja y vuelve a apoyarla a un milímetro de allí, y otra época de su vida surge al instante de la manera más real posible. Yo estaba una vez operando a un epiléptico, sometido a anestesia local. Sabe usted, eso dura horas enteras, mas el enfermo está absolutamente consciente, él le oye a usted, le habla. Ésta es una operación-conversación entre el bisturí y su víctima. Pues bien, yo acababa de tocar un centro con mi aguja. El enfermo cesó de hablar al instante y cambió acto seguido de conversación: yo le había transportado sin querer a otra época de su vida. Él comenzó a contarme lo que veía y sentía en el momento del cual se acordaba. La escena tenía lugar una quincena de años antes, en una ciudad de África del Sur. Él lo describía todo como si estuviera allí: la calle, los colores, los olores, las palabras que él cambiaba con la gente eran las palabras que él pronunciara en *aquel* momento, aquello constituía un presente perfecto. Interrumpí el contacto. Mi paciente se calló. Toqué otro sitio, justamente al lado, a menos de un milímetro de distancia. Él me describió una escena, muy viva, en una casa de Montreal, posiblemente en la suya, ocurrida unos meses antes. Entonces me di cuenta de que nada se perdía, de que toda nuestra vida, en su plenitud, que escapa a menudo de nuestra conciencia, se halla almacenada en nosotros mismos. No le falta nada. Una función o un instrumento desconocidos archivan estos recuerdos y estas impresiones en el inmenso fichero que llevamos dentro de nosotros. Si no, quedaríamos sumergidos, ahogados, bajo esa marea de recuerdos que son minuciosamente seleccionados y ordenados, muy a menudo para siempre; quiero decir que sin posibilidad de hacerlos volver a la superficie. ¿Para qué sirve esto? Puede ser que para hilvanar los sueños. Es un material inagotable para nuestra otra vida, la nocturna, que se nutre de este fichero, extrae de él imágenes, componiendo así la vida onírica, con sus riquezas y sorpresas. Nuestra libertad es así un Prometeo encadenado a la roca de la memoria. Esto era, mi libertad nació en Dumitresti, o bien en alguna parte en torno de Marta, y sigue encadenada allí. Yo no soy otra cosa que una especie de esclavo de aquello que fuera programado en el sentido de aquello que voy a ser. Yo sólo soy libre en el sentido en que me supero sin cesar, en que acepto desplazarme en el tiempo, que es el porvenir y la alienación, distanciaci3n y separaci3n, y no puedo ser libre porque estoy ligado a unos recuerdos, dominados a su vez por un recuerdo arquetípico que ha dado el tono a mi vida entera: Marta, como amor y muerte. Nuestra «incompletez» —esta palabra lo transportó a Lausana, y Ferdinand Gonseth se halló durante un instante ante él— solamente tiene relaci3n con lo que no existe aún, lo que nos falta vivir, nuestro futuro y el de los demás, hasta el fin de los tiempos. Lo que nos completa es la muerte, donde volveremos a encontrar las raíces cortadas y perdidas. Una especie de claro de paz se hizo día en él. Durante un período de tiempo que le pareció largo y corto al mismo tiempo, sintió-se en el centro de sí mismo, desprovisto de pensamientos y de recuerdos, interpretando el papel de su propia muerte, separado de todo y completándose. Y cayó en una frase como en una corriente de agua fresca que acabó despertándole: «Yo he amado a Marta, la amo todavía; ella estará siempre conmigo, incluso cuando yo no exista ya, *cundo yo no exista ya.*» Una idea contradictoria se formó inmediatamente después de este pensamiento, algo que tomaba forma bajo un impulso de angustia y que no quería encarnarse en palabras, algo parecido a esto: Otros hombres han amado a Marta. ¿De quién es ella? ¿De quién será ella más allá de los tiempos...? Pero la entrada del tren en la estaci3n le obligó a interrumpirse de pronto y a saltar, apoyándose en sus manos, como había subido, pero esta vez en sentido inverso, en direcci3n al suelo. Se encaminó hacia el andén, miró las ventanillas abiertas en la masa amarilla del *Lemon Express*, vio un brazo que le hacía señas, y luego otro, cada

uno en una ventanilla, reconoció inmediatamente a Alejandro Cosma y a Ion Manu que le llamaban en voz alta. Y como una continuación de estas llamadas, Ovidio asistió a la siguiente escena, curiosa e inesperada: sus dos amigos se miraron, bañados por el sol, las cabezas y los hombros fuera de las respectivas ventanillas, mientras el tren frenaba lentamente. Sus rostros parecían agitados por sentimientos difíciles de expresar. Ambos estallaron al mismo tiempo en una risa coral que hizo volver la cabeza a los viajeros que se apeaban y a los que estaban esperando en el andén. Las dos cabezas desaparecieron, y Ovidio vio que sus amigos se precipitaban el uno hacia el otro, desaparecían en la noche del vagón, reaparecían en la ventanilla que hasta entonces los había separado, y se lanzaban uno en brazos del otro, sin cesar de reír con sus voces de antaño, vueltas a ser jóvenes, transfiguradas por el reencuentro —pero ¿por qué no se habían visto hasta entonces?— borrando veinticinco años, veintisiete más exactamente, de sus pasados separados, para recomenzar a vivir en el momento de su última separación, en Dumitresti, o en el Claro del Manzano, en agosto de 1944. Se apearon del tren, saltando como locos, Alejandro se hizo daño en una rodilla y se agachó para frotársela, y formaron un grupo de tres, abrazándose, dándose palmadas en el hombro, riéndose hasta las lágrimas.

—Pero, ¿qué os pasa?

—Viajamos juntos desde París, y no nos hemos reconocido. ¿Te das cuenta? ¿Acaso hemos cambiado tanto? Yo te había tomado por un agente secreto encargado de asesinarme —exclamó Ion Manu.

—Yo también —confesó Alejandro—. Pero eso no es posible. *Managgia la miseria. Managgia la porca miseria.*

Desde hacía largos años se había habituado a jurar en italiano. Sus ojos azules se alzaban hacia el cielo, parecían abreviarse en él; a veces tenía el aspecto de un adolescente disfrazado, imitando a maravilla a su padre, o a su tío, vueltos de la India, bueno, de algún largo viaje. Por mar. Ion pensó inmediatamente: «Se parece a una de esas viejas pipas en forma de cabeza de lobo de mar, tallada por un inocente de manos puras, por algún joven montañés, imaginándose la cabeza de un lobo de mar de leyenda.» «Él ha envejecido más que yo —se decía Alejandro, contemplando a Ion—. Yo soy el más joven, según el aspecto, el mejor conservado de los tres. Yo quizás haya abusado de... Si no...»

—¿Fatigados? —preguntó Ovidio.

—En absoluto. Un poco desorientado —contestó Ion—. No conozco España. Vengo del Norte, estoy un tanto deslumbrado por tanto sol.

—El sol es mi país. Y la mar —añadió Alejandro, que cojeaba ligeramente.

Se dirigieron hacia la salida, echaron las maletas todas revueltas al fondo del portaequipajes, se metieron, hablando y riendo todos a la vez, en el automóvil, y éste arrancó a toda velocidad, abandonó el terreno baldío, el camino pedregoso, se encaminó hacia las montañas y se precipitó en las curvas. «Los tres mosqueteros —no cesaba de pensar Alejandro—, los tres mosqueteros», y reanimó su apagada pipa, todavía caliente en la palma de su mano, amistosa, cargada de recuerdos en común, su único confidente verdadero. «No podré decir la verdad» pensó.

—¿Qué sabéis de Víctor? —preguntó Ovidio.

Basta con entreabrir un poquitín los párpados, incluso menos, para reconocerle. Su cuerpo ocupa el vano de la puerta, su cabeza llega al techo. Acabo de ser despertado por su entrada, porque él ha cortado la luz que penetra desde fuera, y esta interrupción, a su vez, ha cortado mi sueño, o mi desvarío, o mi agonía. Durante una fracción de segundo he tenido incluso la certidumbre de que esta sombra que se interponía entre el mundo y yo era la de la muerte. Esto no debo decírselo. Los indios son supersticiosos. Él se inclina y me dice: « ¡Salud! », con su voz desdentada, que se abre camino a través de una boca casi sin mandíbulas, aplanadas por la coca que masca desde su infancia. Le contesto: « ¡Salud! » ¿Qué quiere de mí? Yo ya no puedo hacer nada por ellos, me encuentro reducido a mi última probabilidad.

—Cierra la puerta —le digo—, hace frío.

—No hay nieve, no hay frío —me contesta, mientras, con un gesto impreciso, como dedicado a una actividad secundaria, cierra la puerta y se queda esperando.

—Siéntate.

Da un paso de costado y se deja resbalar a lo largo de la pared, entre la puerta y la ventana, toca el suelo con su trasero huesudo, y oigo el ruido de sus dos isquiones al tocar la tierra apisonada, el ruido que hacían los perros esqueléticos en esta aldea, al terminarse la guerra, al echarse al suelo delante de sus yacijas, como desesperados de vivir o de esperar, lo que viene a ser lo mismo. Él tiene el aspecto de un perro, lo supongo, porque no le miro. Mirar me hace daño, mi cabeza se extravía en cuanto intento mirar imágenes vivientes. Únicamente he conservado mi libertad de movimientos en este aspecto, cuando cierro los ojos y paso a ser atemporal e infinito, normal, sano y paseante. La verdadera vida se halla al lado de acá de los ojos abiertos, en el interior, allí donde he conservado intactas todas mis posibilidades vitales. Eso quiere decir algo. Pero, ¿qué? Yo tendría que volver a la lectura de Platón; *Fedón* por ejemplo, pero ¿dónde encontrar aquí un libro? Y ¿con qué ojos?

—¿Y bien?

Él vacila. ¿Cómo he venido a meterme en este agujero? Si no lo recuerdo en seguida estoy perdido, en el momento en que pierda el contacto con los detalles que forman mi camino desde el comienzo hasta aquí ya no tendré razón alguna para vivir, estaré aislado de mí mismo, eclipsado bajo unos escombros. Y quiero conservar la razón hasta el fin, no quiero perderme el espectáculo del fin. Así que... Eso sería demasiado largo, mas una vez llegado a Salta, eso es, yo tenía que ponerme en contacto con el padre Castellani, amigo del obispo. Fue él quien me envió aquí. Patio interior del obispado, el pasillo a mano derecha, el rostro del viejo jesuita, raspado por el sufrimiento, la inmediata *entente cordiale* y en seguida los indios, los primeros que encontré fuera de la ciudad, la sensación de estar contemplando a una especie lejana, a otra especie, no humana, el deseo brutal de convencerme de lo contrario, mi gesto de amistad, su rechazamiento mudo, digno y animal al mismo tiempo; yo tenía que abatir aquella barrera, hacerme útil, rehacer la unidad visible que había sido rota, no aquí precisamente, sino en toda la Tierra, desde tiempos inmemoriales, rota por un golpe brutal asestado en nombre del deseo de posesión, deseo divino y diabólico a la vez, que formaba parte integrante de nuestra condición y que había que romper a su vez, para que el orden reinase de nuevo. ¿Qué orden? ¿Con qué derecho he intervenido yo en esta historia? Yo he cometido, aun deseando lo contrario, un pecado más pesado todavía que el que llevaba ya sobre mis hombros, el del orgullo, que nos empuja a corregir la obra de Dios. ¿Es divino o diabólico lo que yo me he visto obligado a vivir? Pronto lo sabré. El dominio sólo es un instrumento de la voluntad

divina. Yo no tengo miedo. Tengo miedo.

—Pero, habla ya. ¿A qué esperas?

—¿Se encuentra usted mejor, don Víctor?

—No me voy a morir esta noche.

—Está bien. Eso es lo que yo quería saber.

—¿Van a pasar cosas graves esta noche, Domingo?

—El tren no llegará a San Antonio. Y don Esteban se halla en ese tren. *Pobrecito**, se pasará la noche temblando de frío, con los otros. Sin pan ni fuego. El domingo va a estornudar diciendo la Misa.

Oí la risa de Domingo, que parecía el chirrido de una puerta.

—¿No ha habido muertos, ni heridos, ni daños?

—Ha sido tan sólo un pequeño deslizamiento de tierras sobre la vía férrea. El tren se detiene. Rocas a la izquierda, precipicios a la derecha. Nadie se mueve. Nos hemos quedado solos en San Antonio, don Víctor. Nos reuniremos, como de costumbre, en mi casa; delante de la casa, mejor dicho. Ellos se marcharán antes del alba. Nadie sabrá nada de ello. Excepto usted. Juanita le vendrá a ver de vez en cuando. Por si necesita usted alguna cosa.

—Será como la primera vez. ¿Te acuerdas?

—Sí, don Víctor.

Estas gentes son amigos míos, pero yo deseo ahora que esta noche pase, que el cura haya regresado, que la circulación haya quedado restablecida. Yo mido así mi espantosa soledad. Mi extrañeza. San Antonio de los Cobres es mi último refugio. No tengo por qué quejarme. Yo les he ayudado a vivir y ellos me ayudan a morir. Eso estará pronto hecho. Unos indios se reunirán esta noche ante la casa de Domingo, que es quizá su jefe, o bien el jefe vendrá esta noche, les hablará, para decirles las mismas cosas, incitarles a sobrevivir, a esperar la hora. ¿Hasta dónde se extiende su poder? ¿Cómo hace para transmitirlo? Yo sé que esto existe, que los indios venidos a establecerse en las alturas después de la conquista se han constituido en un Estado por encima de los Estados, que los quechuas por lo menos extienden su reino, o lo que sea, desde el norte de Argentina hasta Perú, pasando por Bolivia y el norte de Chile. El antiguo imperio de los Incas todavía existe, ha sobrevivido a su propio hundimiento. Domingo es posiblemente un reyezuelo de ellos, un jefe local, pero poderoso, pues esta reunión no es la primera desde que yo estoy aquí. Vienen a caballo, montados en llamas y a pie, desde muy lejos. Aquella noche en que yo los vi, alrededor del fuego, mascando y hablando, no comprendía aún su lengua ni su destino. Los veía allí, como sombras, como estatuas adoradas por las móviles llamas del fuego, en cuclillas bajo el cielo tropical; yo no sabía todavía lo que ellos representaban ni por qué los iba a amar. Pero en seguida, intuitivamente, pensé en mis montañas y en todos los oprimidos del mundo, en las razas inmortales, en los volcanes que se ocultan en la sangre.

—No he terminado.

—Pues habla, habla entonces.

—A la mina ha subido gente.

—¿Los has visto tú?

—No. Son dos. Un hombre y una mujer, según parece. Dos *gringos***.

—¿Cuándo llegaron?

—Anteayer. Han encendido un fuego delante de la entrada.

—¿Les habéis advertido del peligro?

—Lo haremos mañana. Hoy no dispongo de nadie.

—Enviad al menos algún niño.

—Es posible que sean gente peligrosa. Están armados.

Lleva razón. Los que suben hasta San Antonio de los Cobres son generalmente personas fuera de la ley, unos locos, unos desesperados, maleantes fracasados que han agotado ya todos los trucos y

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

han acabado por caer ellos mismos en la trampa de la mina, cuya leyenda circula por doquier, el Eldorado argentino, un vacío atrapabobos. La mina ha cambiado frecuentemente de propietario, fue abandonada ya a fines del siglo XVIII; pero en el fondo pertenece a los indios, quizás a mi amigo Domingo mismo o a su jefe, si es que tiene alguno, pues ellos hacen siempre lo imposible para que los recién llegados no echen nunca raíces allí. En el fondo, a la izquierda, tercer corredor, hay un pozo muy profundo, en el que muchos han dejado su vida. De vez en cuando lo tapan, pero basta un pequeño temblor de tierra para que vuelva a ser peligroso. Yo creo que los mismos que lo tapan por orden de Domingo vuelven luego sobre sus pasos y destruyen su propia obra. Esa misma es quizás otra cosa.

—Dime, Domingo...

Pero, no, éste no es el momento. ¿Y de qué me sirve saberlo en adelante? Yo hubiera querido ponerle a prueba, decirle, por ejemplo: Yo quisiera ser enterrado en el fondo de la mina, tercer corredor a mano izquierda, éste es mi último deseo. Una vez muerto, yo quisiera que tú y los tuyos... Él se habría opuesto, si la mina es un templo, si allá, en el fondo del fondo, hay tesoros o restos sagrados, la osamenta del último Inca o alguna cosa por el estilo, si es lo que yo pienso. Pero ¿a santo de qué poner a prueba nuestras buenas relaciones? Esos secretos no me pertenecen... Los secretos del lejano pueblo, aquella noche... Aquello no era sangre, sino vino, ellos ni siquiera se daban cuenta. Ellos caían de rodillas en el vino, desaparecían, y el vino se convertía en seguida en sangre. El vino es el símbolo de la sangre, mas no de la sangre derramada, Dios mío, no de la sangre derramada. Un secreto histórico enterrado en aquel pueblecito lejano. La Tierra está llena de ellos. Y aquí también, ¿por qué no?

—Nada. Dile a Juana que no tengo hambre.

—De todas formas, usted tiene que comer alguna cosa. Don Víctor, yo he hecho todo lo posible por salvarle...

Un aluvión de lágrimas detiene su voz. Yo quiero a estos hombres. Me he convertido en uno de los suyos. No, yo ya no soy un extranjero, Dios mío; yo estoy en mi casa aquí, en esta montaña tan alejada de la mía, tan cercana de los míos en este tiempo del sufrimiento que no tiene fronteras, que rodea y conserva las razas.

—...y estaba a punto de conseguirlo, mas usted se opuso a su curación. ¿Por qué, don Víctor?

—¿Que yo me he opuesto? Pero, ¿qué es lo que tú me cuentas? Yo soy un ser humano y quiero vivir, aun a despecho mío.

—Usted no quiere, don Víctor; usted me perdonará, pero no quiere seguir viviendo. Basta tocarle para saberlo. Su sangre se retira de la vida porque usted se lo ordena. Su espíritu está cansado de su cuerpo. Eso es lo que yo quería decirle. Usted sabe que no me equivoco. He hecho todo lo posible por salvarle.

—¿Cuánto tiempo duraré todavía?

—Un mes, o una semana. Usted es fuerte como una roca, encontrará fuerzas donde otros habrían hallado ya la muerte, y a su cuerpo no le gusta lo que está usted haciendo con él. Teme quedarse solo, se agarra a usted como una lapa, pero usted no quiere tenderle la mano. Aparenta no darse cuenta de ello, como si se tratara de un enemigo.

—Será preciso que pienses en algún medicamento. No, no pienses en ello. Quiero seguir lúcido hasta el fin, darle un sentido a todo esto, no despilfarrar mi sufrimiento. No dejes que me suma en las tinieblas. ¿Comprendes? Si tú conoces la hierba de la lucidez postrera, prepárame un brebaje con ella, es todo lo que te pido. ¿Es mucho?

—No, don Víctor, lo haré. Estaré siempre a su lado. Cuente conmigo. Mas, si miro hacia el porvenir, veo este pueblo privado de su presencia, como desierto, y siento deseos de caer de rodillas y de suplicarle que no nos abandone.

—Eso no depende ya de mí, Domingo. Durante veintisiete años me he estado diciendo: morir sería demasiado fácil. Y he resistido, a despecho de los riesgos que me he permitido correr. Pero hubo un momento, tú lo sabes bien, hace unos meses, en que no pude resistir a la tentación.

—Lo comprendo, don Víctor.

Se calla y, con una voz ligeramente alterada, como santificada por las palabras que pronuncia,

dice: «Su muerte habrá sido nuestra vida.»

Y así había sido, en efecto. Me había tendido en la litera, en el vagón sanitario venido de Salta, y me dejaba hacer... «Más, tomen ustedes más.» «Pero se va a quedar usted seco, sin una gota de sangre...» «Y qué más les da a ustedes; sigan, tomen más.» Me pinchaban por todas partes, ya no quedaba sitio para hincar otra aguja, y yo sentía que la vida se me iba con la sangre que me quitaban, y aquello me hacía un bien enorme. Era la cura de beneficencia, en nombre de la Cruz Roja o de la UNESCO, de todos los entes y charlatanes del mundo, y yo me reía de todos locamente: sacrificarme así era una coartada genial. Había encontrado la manera más gloriosa de marcharme sin dejar rastro, sin despertar sospechas. Don Esteban se dio cuenta. Él lleva sangre india en sus venas y es un buen sacerdote que ha visto en su carrera muchas cosas en lo tocante a la vida y la muerte. «Hijo mío —me dijo—, esto que tú haces no es muy ortodoxo.» Yo acababa de despertarme de un largo desvanecimiento. Él sonreía ligeramente. «Ya lo sé, padre. Pronto le voy a pedir la absolución. Estoy librando mi último combate. Dios tendrá piedad de mí.» «Dios ha velado siempre por ti, hijo mío, ¿acaso no lo sabías?» «Es posible, padre mío, mas no de una manera muy clara y correcta. Yo he pecado mucho.» «Todo el mundo ha pecado mucho, y no hay que añadir un pecado de orgullo a los que has cometido hasta ahora. Yo creo que hace ya mucho tiempo que fuiste perdonado.» «¿Cómo lo sabe usted, padre mío?» «Hay una especie de claridad en torno tuyo.» Durante la noche, en mi cama, me desperté como tocado o empujado por una mano; mas no había nadie en mi habitación, lo que había en mí era el recuerdo presente de aquellas palabras, que me hacían un gran bien. Me resistí durante largos minutos, no quería, aquello me parecía indigno; pero acabé por ceder y lloré toda mi saciedad, me vacié de todo el mal acumulado y, por las lágrimas que caían sobre mi almohada a derecha e izquierda, vomitaba yo las dudas, el dolor experimentado, los gestos que desencadenan la sangre; y yo no veía la claridad que de mí emanaba y que el padre Esteban había visto, sino a Marta; yo veía a Marta encima o al lado, como si estuviera viva, y comprendí que había sido perdonado y que podía marcharme en paz, y que mi truco de donante de sangre, salvando de la muerte a docenas de niños en San Antonio, no era un truco mío, sino una manera que Él tenía de hacerme una señal e indicarme la última vía que tenía que seguir, el camino a la derecha de que habla Platón. Pero al día siguiente había perdido ya una parte de mis certidumbres. La noche no es nunca franca, nunca hay que tener en cuenta los consejos y los consuelos, o las amenazas, de la noche.

—¿Comprendes, Domingo? Me siento feliz al oírte hablar de esta manera.

—No soy el único.

Oigo que se levanta, ya está de pie, le veo sin verle, pues sigo teniendo los párpados cerrados, y ésta es una manera de despegarme, de no verme más, de dejar que se suelten *mis* amarras.

—Es tarde, tengo que dejarle, *Callaway*.

Es la segunda vez, desde que nos conocemos, que emplea esta palabra. Sabe que esto me halaga, que lo necesito. Esta palabra significa: el que lleva los medicamentos a la espalda, el médico errante, el curandero que va en busca de las plantas.

—Te espero para mañana. No te olvides de los dos de la mina. Agradezco tu visita, *Callaway*.

Estoy seguro de que no se ha movido un solo músculo de su cara y de que ha aceptado de buen grado el título que acabo de darle a mi vez, ya que él es un curandero, como yo, y está muy orgulloso de serlo. Nosotros dos somos seres iguales, por encima de las lenguas y las razas, ambos llevamos sobre los hombros la sombra de una vieja nostalgia que nos hace, en cierta medida, vulnerables y poderosos. Hemos perdido la tierra de nuestros antepasados y nos hemos refugiado —él y los suyos hace tres o cuatro siglos y yo hace algunos años— en estas alturas, lo que significa un acercamiento, una ascensión, mientras nuestras miradas no cesan de contemplar el valle, el lugar en que nacimos, el símbolo de pecados desconocidos o conocidos. Hay un instante de sombra, que desflora ligeramente mis párpados; luego, la luz reanuda su curso, atenuada por la ausencia de Domingo. O es que ya es tarde. Juanita me traerá muy pronto el potaje y me ayudará a prepararme para la noche. Muchas cosas van a pasar durante su reinado. Me sentía mal así, tendido de espaldas, pero ya me he habituado a ello. Además, estoy cada vez más ligero, mi cuerpo ya no tiene el mismo peso que mis huesos estaban acostumbrados a sostener. Yo soy Víctor Magura, nacido, crecido,

educado y amado en Rumania... ¿Acaso ha existido alguna vez ese país? Sí, porque en este mismo momento estoy hablando en rumano, en cuanto me aísló del mundo exterior —la visita de Domingo y mi conversación con él—, yo retorno a mi esencia, a la única realidad fija y suprema, la de mi pasado lejano, el lugar de mi nacimiento, una calle mísera de Arroyo Salado, a lo largo de la línea de ferrocarril, no muy lejos del gran puente de hierro, bajo el cual nos íbamos a bañar, entre los cochinos y los patos, los días de verano. El barrio no tenía nada de bonito, sobre todo en febrero, cuando la nieve se derretía. Mas en diciembre aquello era un cuento de hadas, no me cansaba nunca de verlo: aquella nieve que venía a dar claridad a las almas, los aires, los objetos; a encubrir las fealdades, atenuar la inútil batahola de los hombres. A lo largo del Bulevar de la Estación, entre los plátanos, cuyas ramas conservaban hojas amarillas y tendidas como manos, en las que los copos de nieve iban, chirriando, a posarse. Yo estaba delante de la locomotora, en el sitio preciso en que se detenía el tren, estaba habituado a ello, claro está, y la nieve caía a grandes copos; el aire estaba inmóvil, no hacía frío; yo esperaba a mi padre, y le había traído una cesta; era la víspera o la antevíspera de Navidad, cuando ella se acercó a mí sonriéndome. Tenía yo doce años, ella iba muy elegante, a pesar de su edad; ella también esperaba el tren. Estuvimos mirándonos, intercambiando palabras de chiquillos y riéndonos en medio de la nieve durante tres o cuatro minutos, pues acababan de anunciar la llegada del tren. Y yo no quería ya que llegase. «¿Qué esperas? ¿El tren? ¿Te vas?» «No, espero a mi padre.» «¿Aquí?» «Mi padre viaja en la cabeza del tren. Es el director de la locomotora.» «¡Ah!» Ella tuvo una expresión de profundo respeto ante este título y quiso quedarse allí, a fin de conocer a este personaje. «¡Qué novia tan hermosa has elegido, hijo mío!», me dijo mi padre, frenando justamente delante de nosotros. Lo había adivinado. Marta era ya mi novia. Ella estaba tan bella bajo su capuchón irreal y bajo la nieve que caía para ella aquel año, que yo sentía deseos de gritar. Yo no hice nada por conocerla ni por encontrarla. Ella vino a mí desde. El fondo de los siglos. Y ella me fue arrebatada un día, del mismo modo aparentemente injustificable. Aquella noche..., sí, era justamente la noche de los villancicos y de los coros infantiles, yo recorrí con mis amigos las calles de Arroyo Salado, cubiertas de nieve como los senderos del bosque. Nos deteníamos delante de las puertas, ladraban los perros, una sirvienta venía a abrir, nos invitaban a entrar, cantábamos ante la puerta o ante un árbol de Navidad, nos daban dinero, nueces, pasteles, una taza de leche caliente con ron o un vaso de vino abrasador, con azúcar y especias. Era la primera vez que yo veía casas tan ricas y tan bien caldeadas, mis miradas se deslizaban por encima de las arañas, pero yo no estaba maravillado, yo estaba habitado por el recuerdo de Marta... «Yo me llamo Marta», me había dicho ella antes de marcharse, mientras la locomotora nos envolvía en sus vapores ruidosos y mi padre me felicitaba riendo: «¡Felices Navidades, hijo! Dile a mamá que mañana estaré de regreso.» Cuando se disiparon los vapores, ella había desaparecido. Y, mientras recorría cantando calles y casas, yo solamente la veía a ella, en la nieve, ante mí, en los cuadros colgados en las paredes, en el cielo, entre las fulgentes estrellas suspendidas en el gran frío. Al fin, calle de San Esteban el Grande. Hacía quizá diez grados bajo cero, quizá más. Pero, ¿qué le importaba a nadie? Un mozo de cuadra vino a abrirnos la puerta y nos llevó por un camino de nieve bien apisonada, una especie de alfombra de pasillo dura y resbaladiza, hasta la mansión, cuyas ventanas centelleaban al fondo del patio. Veía el árbol de Navidad detrás de las cortinas y a gentes que pasaban por aquel interior de cuento de hadas. Nos hicieron entrar.

«Sean bien venidos, niños; límpiense los zapatos», nos saludó una voz que salía de aquella luz. Yo estaba como deslumbrado por un presentimiento o por un olor. Apenas entré con mis seis o siete compañeros, la vi. Ella me vio también y corrió hacia mí. «Es el hijo del director de la locomotora», explicó, presentándome a su madre o a alguna otra persona, yo sólo me acuerdo de mi éxtasis. «¿Cómo te llamas?»

Ella me agarró de la mano, mientras los otros cantaban —todo el mundo cantaba, la mansión estaba como saturada y tapizada por el cantar de Nochebuena—, y me llevó al lado del árbol. «No puedo darte nada, todos los regalos tienen ya un dueño, y el mío es una muñeca. ¿Quieres mi muñeca?» «No. Yo no quiero nada. Estoy muy bien como estoy.» Ella alzó su brazo libre, arrancó una nuez dorada y me la tendió. Las llamas de las velitas de colores centelleaban en sus ojos.

¿Cómo podía ser tan bella a sus años? Tenía el aspecto de un ángel-mujer, y yo sentía ganas de ponerme de rodillas ante ella y orar, en medio de aquellos cantares y de aquellos aromas de abeto, de mandarinas, de tabaco y de personas elegantes. «¿Es ésta tu casa?» «Sí.» «¿Vives aquí?» «Aquí nací.» «Yo también», dije yo, pronunciando estas palabras directamente, sin control alguno, queriendo decir que acababa de nacer en aquel momento preciso, aquella misma noche, ante el árbol de Noel y ante Marta. «Tienes el aspecto de un ángel caído del cielo», me dijo ella, y no cesaba de mirarme de una manera muy extraña, femenina, como si ella, también ella, viviera con la misma intensidad aquel instante de felicidad infantil que tan bien satura mi memoria, que todavía es tan fresco, tan dulce, después de tantos años. La nuez la tengo todavía. Una nuez puede ser tan fuerte como la vida de un hombre, ella me acompañó en el colegio, en la Universidad, en el frente; basta con extender la mano, ella está en el fondo de un cajoncito, vagamente lacabada o redondeada por el tiempo, sin arrugas casi, al contrario que las caras humanas. ¿Eres tú, Juanita?

—Sí, señor. ¡Buenas noches!*

—Ven, Juanita, acércate, abre, el cajoncito, aquí, a mi lado; en el fondo encontrarás una cajita. ¿La has encontrado? Hay una nuez debajo de unos papeles o unas fotografías. Haz el favor de dármele. ¿La encuentras?

—No, señor.**

—Busca bien. Allí estaba hace una semana, o dos.

—Perdone, señor.*** Pero, ¿qué es una nuez?

Acabo de perder toda adherencia. Ya no tengo cama, ni cuerpo en la cama, ni orejas alzadas contra los ruidos y las voces de este mundo. Yo me evado, o vuelo, o planeo; las palabras no significan ya lo que mi lenguaje les permitía significar, ya no se trata de una pérdida de adherencia, como si yo abandonase una tierra por otra, sino como si yo fuera otra persona, como si yo estuviese muerto, ésa es la palabra, como si yo soñara que estaba muerto, más allá o más acá de todo temor, integrado, por el contrario, a la más profunda e inefable felicidad. Lo que yo podría llamar la Tierra, o la vida, de la cual me estoy alejando, es asimismo la memoria, o mi pasado, que se aleja también, se hace cada vez más uniforme o concentrado, como un punto en el espacio lejano que he dejado ya, un punto con el cual conservo un contacto esencial y que podría desarrollar si quisiera; pero no lo quiero, porque habría que correr un riesgo (¿cuál?), y sigo subiendo, y ante mí surge otro punto; me encuentro, pues, entre dos puntos: mi pasado, o la Tierra, o la memoria de todo esto reunido, y mi porvenir, convertido ya en un presente en el que voy a vivir eternamente, sin perder, no obstante, mi contacto con el otro. Y todo me parece de una claridad extraordinaria, me encuentro como libre de las escorias y de las futilidades, por encima de los acontecimientos, mis pensamientos de antaño convertidos en componentes desprovistos de significación del punto de abajo, reagrupándose de una manera más lógica y más geométrica en el punto de arriba, donde otros puntos más o menos similares, todos los míos —quiero decir, mis padres, Marta y mis amigos— convergen hacia la misma unidad. Sé que yo existo de una manera nueva, y tengo la sensación, o la certeza, de ser verdaderamente, de haber transformado el verbo en sustantivo, de formar parte del Ser. Encuentro una línea que solamente tiene con la muerte una relación de separación: ceso, pues, de estar separado, me concibo en tanto que formando parte de aquello de lo cual la vida me había separado hasta ahora, siendo la muerte lo que da verdaderamente la vida. Pero..., ¿qué es una nuez?, me pregunta alguien en español. La visión desaparece, el punto de abajo vuelve a quedar solo, y veo, justamente en medio, a un grupo de amigos, Ovidio, Alejandro, Ion y Dan, reunidos en algún sitio, al borde de unas aguas, mientras Mihai, es él, sin duda, delante de un fuego, con dos desconocidos, hace unos gestos como si estuviera exorcizando el mal o al maligno. Ellos piensan en mí, nosotros estamos vinculados por el mismísimo centro del punto terrestre, tenemos un deber común que cumplir o que ha sido cumplido y que nos empuja a los unos hacia los otros en el mismo sentido de responsabilidad cósmica o moral, lo que, para mí en este momento, significa lo mismo. Yo

* En español en el original. (N. del T.)

** Ibidem.

*** Ibidem.

comprendo cómo la vida aquí abajo nos une y nos empuja juntos hacia la otra vida, y una gran esperanza se adueña inmediatamente de mí. «¿Qué es una nuez? *¿Qué es una nuez, señor?*»^{*} ¿Por qué no me contesta usted?» «El Cosmos, la sabiduría, la Tierra es una nuez», respondo; pero mis palabras no van más allá de mi voluntad de hablar. El amor es una nuez.

^{*} En español en el original. (N. del T.)

Largos minutos pasaron así. Los sollozos del desconocido llenaban el espacio como el ruido de un motor. Él le había tomado gusto a aquello, eso se hacía evidente. Michel se dormía, se despertaba, le hablaba a Lisi, se despertaba de nuevo, quedaba dominado de nuevo por su angustia, sonreía a Milagros, se dejaba arrastrar por su paso de danza hacia un Universo muy claro, hecho de luz, de lechos de flores, de ramas cubiertas de frutos, se dirigía a Ovidio, revoloteaba como una hoja seca hacia un abismo en espiral descendente donde hacía esfuerzos desesperados para no caer, pues allí abajo, justamente al fondo de la barrena, se hallaba el paso hacia el otro mundo, donde todo había continuado inmóvil, insensible al paso de los días, aquello era Marta, el tormento inicial, la segunda guerra, la interior, y la exterior también; su generación era la de la segunda guerra, mundial y personal, la guerra de los millones de muertos que pesaban todavía sobre cada vivo. Aquel pobre sujeto era también una víctima de la segunda guerra, y no hacía otra cosa que llorar sobre sus ruinas.

Hubo una pausa, durante la cual la habitación y su fuego recobraron su aspecto familiar. El ruido de las brasas, al desplomarse sobre sí mismas, volvió a ser sensible a los oídos. *El Viejo* se puso en pie, echó los restos de leña a la lumbre, la atizó con la punta de su bastón, y unas chispas y un poco de humo volaron hacia las alturas invisibles. Michel tuvo la sensación, muy neta, de encontrarse allí desde hacía horas, o incluso días, que tenía que hacer cualquier cosa, la que fuera, para seguir allí el mayor tiempo posible, a fin de poderse defender mejor de su propio destino, y que tenía un deber de hombre, o de intelectual, para con aquel pobre hombre; que su saber psicológico, sus lecturas y su inteligencia iban a salvarlo. Llegaba así a una cumbre, o una sima, en la que él mismo tenía posibilidades de hallar una justificación o la salvación. Buscar por el lado de los otros y no por el de nosotros mismos: he aquí el terrible secreto de la guerra; tratar de resolver los problemas que no nos conciernen, que nos tocan por tangente existencial y nos parecen de golpe esencialmente nuestros.

—Me excusarán ustedes —balbuceó el desconocido, con una voz cambiada, que se había hecho calmosa e incluso cortés. Sacó un pañuelo, se enjugó metódicamente los ojos, el rostro y las manos, y se estuvo sonando las narices durante largo rato—. Parece mentira lo que puede consolar eso —añadió.

Se sentía un poco avergonzado, eso se veía por la manera tosca y tímida que tenía de estar en la silla y de hacer gestos con las manos y el pañuelo; pero un peso muy añejo se le había quitado de encima: acababa de eliminar un mal que le bloqueaba los pulmones, o el alma, y se sentía como curado, y no sabía cómo ni a quién dirigirse para dar las gracias y decir alguna cosa agradable. Tenía aspecto de campesino, corrompido por la ciudad desde el primer contacto. Su revolución había sido una resistencia al progreso, a la evolución hacia un mejor personal, interior, que él no deseaba por razones demasiado evidentes. El dogmatismo, la congelación en una falsa verdad inicial, ése es el vicio que acaba por apoderarse de todos los revolucionarios.

—Me excusarán ustedes, ¿verdad? Me llamo Sebastián Pargu.

Y esbozó un gesto, como para levantarse y saludar, pero no lo terminó.

—Yo me encontraba en Pitesti, saben ustedes, cuando... cuando aquel famoso asunto. ¿Han oído ustedes hablar de ello?

Michel tuvo una especie de revulsión en medio del estómago. «Voy a tener un ataque de gastritis —se dijo—. ¿Por qué hoy precisamente? Así que este puerco llorón es, pues, un monstruo.» Hubo un nuevo silencio. Michel y *el Viejo* sabían muy bien lo que había sucedido en Pitesti. Habían hablado frecuentemente de aquello, sobre todo unos cuantos años antes, cuando los que habían logrado escapar o personas que habían tenido conocimiento de aquella historia de asesinato moral en masa habían venido a contarlo en Occidente. Nadie comprendía cómo había sido posible hacerlo.

La estúpida crueldad humana había rebasado allí sus propios límites.

—Sí —admitió *el Viejo*—, hemos oído hablar de ello.

—Yo tenía que vengar la muerte de mi padre. Ya lo saben ustedes. Como hijo de un mártir de la causa, obtuve un buen puesto en la milicia. A los veinte años yo... yo trabajaba en las cárceles. Yo era un muchacho bastante robusto, pero aquella vida acabó por debilitarme, saben ustedes, noche y día a las órdenes de los oficiales de la Seguridad y de los jueces, a convencer, a ayudar, a hacer firmar, en fin, ya lo saben ustedes. Me dolían las manos. Cuando ya estuve harto de Pitesti pedí otro empleo, menos brutal. Acabaron por mandarme al extranjero y fui trasladado al servicio diplomático.

El Viejo esbozó una risita irónica.

—Comprendo —dijo Michel.

Súbitamente se sentía fresco y dispuesto, como si hubiese dormido una larga tirada, dispuesto a escuchar a aquel personaje que venía de muy lejos, en apariencia; pero que era él mismo, en el fondo, disfrazado bajo otro aspecto, el que la vida adopta para interpretar mejor la comedia de la diversidad. Tenía hambre, buscó en sus bolsillos un paquete de cigarrillos que estaba seguro de no encontrar, puesto que no fumaba, salvo en ocasiones como aquella. En este momento, Sebastián Pargu le tendió su paquete.

—Éstos son cigarrillos de nuestra tierra —dijo, como para justificar de alguna manera aquella intimidad.

Estuvieron fumando, tratando de traducir el humo en imágenes, cada uno por su lado, navegando hacia atrás, hacia el espacio en que aquel humo había sido preparado y empaquetado, conservando todavía el olor de aquellos sitios, convirtiéndose en pasado personal, separando a los fumadores, cada uno en su propio yo, quiero decir, en su memoria, como en una barca que cruzase unas aguas superiores y aéreas, siempre hacia arriba, con la esperanza de abordar en una orilla perdida para siempre.

—Extraña profesión —observó finalmente *el Viejo*—. Usted estaba convencido de que vengaba así la muerte de su padre, ¿no es cierto? ¿No tenía usted nunca la impresión de estar cometiendo... digamos... abusos? ¿Injusticias?

—Eso son palabras. Yo tenía un hecho entre manos: el asesinato de mi padre. Todo lo demás, sabe usted, tenía muy poco peso. Jamás había habido un dolor más grande que el mío. Yo tenía ocho años al terminarse la guerra, cuando mataron a mi padre; yo mismo descubrí su cadáver no lejos de nuestra casa, en una cuneta, semicubierto por un agua sucia y hedionda. Allí había sapos, inmundicias; él estaba casi irreconocible. Él me había enseñado a odiar a los burgueses. Tenía dos balas en la cabeza y otras dos en el pecho. La vista de aquel cadáver provocó en mí una conmoción, se lo juro; me hice juramentos, me crié en el odio, nunca he dejado de buscar ni de vengar esa muerte en cualquiera que fuese.

—Los que estaban detenidos en Pitesti eran poco más o menos de su edad —dijo *el Viejo*—, estudiantes, jóvenes de su generación. Era imposible que el criminal, el asesino de su padre, se hallara entre ellos.

—Pero eran burgueses, hijos de burgueses o hijos de traidores, quizás alguno de ellos fuera el hijo del asesino que yo buscaba, lo mismo que yo, por mi parte, era el hijo del asesinado. Había que exterminar a toda aquella plaga de parásitos, y aquella era la ocasión. Y tomé parte en aquella operación, que ya sabe usted que acabó mal para todos. Yo tuve suerte, pude escapar de allí a tiempo.

—¿Un cargo en el extranjero?

—Además, yo no había desempeñado allí un papel principal.

—¿Y los que lo habían desempeñado?

—Luego fueron todos exterminados.

—¿Los verdugos después que las víctimas?

—¿No lo sabía usted acaso?

—He oído hablar de ello —respondió Michel—. Pero ¿cuál fue su pequeño papel allí dentro?

—Una sola vez, sólo pude resistirlo una sola vez. Ésta fue mi suerte. Hay debilidades rentables,

sabe usted... Todo aquello terminó muy mal, excepto para mí.

—Los que estaban encarcelados en Pitesti eran todos estudiantes, ¿no es cierto?, que ofrecían resistencia al régimen de la prisión, organizaban cursillos y conferencias, oraban juntos, ¿verdad? Ellos formaban una célula de vida contraria a la filosofía del régimen. Habían llegado a sentirse dichosos, incluso en la prisión; bastaba con no tenerlo en cuenta, con apoyarse en los valores espirituales, en la amistad, la familia, la religión, el comunitarismo... En suma, lo opuesto al dogma oficial.

—Si usted lo dice... Yo les oía cantar. Yo les odiaba. Su castigo se había convertido en una recompensa. El director de la prisión no sabía cómo salir de aquella situación. Fue uno de los condenados quien imaginó la solución. Solicitó ser recibido por el director y le expuso su proyecto, el cual fue aceptado inmediatamente por las autoridades competentes, aceptado hasta el último grado y puesto en práctica acto seguido. Yo ayudé una vez: él había caído en medio de un charco de sangre, su propia sangre, y no gritaba ya, no se revolvía ya; pensé que estaba muerto...

—¿De quién está usted hablando?

—Ese fin yo no lo había tal vez deseado, aquello no figuraba en mi programa, yo no quería quizá ser un asesino como los otros, es posible que nadie lo quisiera, era el estilo, el régimen, la moda rusa; pero lo que cada uno de nosotros quería no tenía ninguna importancia, uno parecía ser lo que se esperaba que fuese; era necesario que aquel nido de reaccionarios desapareciera: eso era lo que yo me decía, mientras contemplaba aquel cuerpo que no daba ya señales de vida y al que yo había golpeado unos momentos antes. Era uno delgaducho que no tenía muy buena cara, pero que se había quedado impávido cuando su mejor amigo se había presentado a testimoniar contra él. Porque éste era el sistema, sabe usted.

—Usted ignoraba en aquel momento —dijo Michel— si era usted un liberador o un asesino, ¿no es así?

—Y lo sigo ignorando.

Michel se acordaba de aquello. Había oído contar la epopeya de Pitesti, una tarde, en la iglesia de la calle de Canning, donde alguien llegado recientemente de Rumania y al corriente de los hechos los había contado tal y como fueron. Aquello había sido montado basándose en la caída de los valores supremos, lo que Heidegger denominaba una *Verwesung*, una descomposición por el espíritu. El inventor del sistema, él mismo estudiante, antiguo guardia de hierro arrepentido, deseoso de salir de la prisión y de abrirse un camino en la nueva sociedad, fue enviado de nuevo a la celda, donde él reforzó los lazos de amistad y de confianza que le vinculaban con los más resistentes. Cuando el contacto quedó perfectamente establecido, cuando se hubo convertido en el amigo y el hermano y se hubo aprendido de memoria la historia de cada uno, la vida de los padres, los sueños, la infancia, todo lo que forma la vida de un hombre joven, sus ideales, sus dudas y sus debilidades, fue llamado por el director de la prisión y encerrado en un cuarto con su mejor amigo y algunos guardianes. Aquello parecía un interrogatorio. Bastó una palabra considerada como ofensiva —lo cual sólo era un pretexto— para que el amigo fuera brutalmente aporreado. El inventor del sistema era el que le golpeaba con más furia. La víctima perdió todo apoyo, se sintió abandonado, solo en medio de aquel abismo de injusticia. El mismo que le había sostenido, escuchado y ayudado a soportar las durezas se metamorfoseaba en un verdugo. Su vida se convertía en un filme muy claro, relatado por aquel monstruo en presencia de los esbirros. Su familia, su primer amor, sus ideas juveniles y sus esperanzas eran pintados a contrapelo, como pruebas de un complot contra el régimen, como imágenes de la descomposición burguesa. Y se derrumbó inmediatamente por dentro, su esqueleto moral se encontró como extraído de su carne y quebrado en mil pedazos, su persona no era ya otra cosa que una masa amorfa, operada en el alma como se opera de apendicitis... y él aceptó desempeñar el mismo papel cerca de los otros compañeros de celda. En unos cuantos meses, ellos fueron traicionados, golpeados hasta la muerte, aplastados, descompuestos, transformados en verdugos de los demás. Lo que hasta entonces los había defendido, el alma, su alma de jóvenes todavía puros, dispuestos a todo acto de heroísmo y de santidad, capaces de oponerse y vencer al propio espíritu de la prisión, símbolo del régimen, fue reducido a migajas, eliminado. Y aquellos cuerpos sin alma se convirtieron en instrumentos.

Las torturas que ellos infligieron a sus antiguos compañeros fueron espantosas. Ya no existía ninguna barrera humana y todo se volvió posible. Más de la mitad de los presos dejó allí su vida. Morían bajo los golpes, embobados, más bien aterrados por lo que estaban viendo —la caída moral del amigo, más terrible que el fin del mundo—, que por el dolor físico. Ellos morían porque no podían soportar la vida en un mundo que tomaba tal aspecto. Ellos comprendían que una cosa importante, el sostén moral, acababa de morir en el país, que uno no podía ya fiarse de nadie, que Dios acababa realmente de morir o de marcharse..., y entonces ellos preferían perder la vida, que no es nada una vez desprovista de moral y de espíritu, de fe y de esperanza, de confianza y de amistad, y se vuelve vacía y flácida y se derrumba al primer soplo maligno. Pero aquel horror sin igual fue conocido en el extranjero, y el Gobierno ordenó que se pusiera fin a la interesante experiencia de Pitesti. Incluso en la propia Rumania, a despecho del secreto que había rodeado todo cuanto estaba sucediendo en la cárcel, la gente empezó a hablar de ello. Y los verdugos fueron enviados a la milicia y trasladados a otros lugares. Y nadie habló más del asunto. El hecho fue oficialmente enterrado, junto con otros horrores semejantes, en los archivos de aquel período, el más penoso, el más inexplicable, el más vergonzoso en la Historia de la especie humana, el más inquietante.

—...y entonces no se habló más de ello. Cuando salieron de la cárcel, una vez vueltos junto a los hombres y las mujeres que estaban en la calle, tras de haberse reintegrado al seno de sus familias, dos o tres se suicidaron.

—¿Se refiere usted a los verdugos?

—Sí. No pudieron llegar a justificarse ante sí mismos. Creo yo. Yo me hallaba ya en el extranjero, y no había matado; yo había sido un simple agente de segunda categoría, un miliciano respetuoso de su uniforme y de su pasado. Pero yo sé lo que pasa después. Porque eso tiene un después. En aquella época yo me hallaba en París, y tenía una misión que cumplir. Yo tenía que rellenar un informe semanal acerca de un escritor exiliado, que había recibido un premio literario, y del que se había hablado mucho, enemigo del régimen, el cual publicaba en todas partes artículos acerca de lo que sucedía en nuestro país. Yo le seguía como su propia sombra, y trataba de saber con quiénes se encontraba y lo que estaba escribiendo. Lo que no era fácil...

—Se trataba de Ovidio Bunescu, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe usted?

—No veo a ningún otro capaz de interesar hasta tal punto a sus jefes.

—Era él, en efecto, en 1962 o 1963. No podía averiguar gran cosa, pero me las inventaba, hasta llegué a leer sus libritos y a fe que me gustaron, hasta cierto punto, claro. El personaje me resultaba simpático. Aquello no rimaba en absoluto con los tipos con quienes yo trataba. No lo comprendía. Y sigo sin comprenderlo. Pero me confesaba a mí mismo que hombres como aquél eran posiblemente necesarios a todos los regímenes, no sé por qué, quizá para ponernos desnudos ante nuestras propias atrocidades, para decirnos: la realidad es ésta, y no lo que vosotros pensáis que es. Para despertarnos de nuestras pesadillas. Yo llegaré a comprenderle algún día, me lo he prometido. ¿Quizá me ayude usted a ello, señor? —preguntó, dirigiéndose a Michel, como implorando un gesto o una palabra.

—Ha dicho usted que había un después, una continuación. ¿Qué continuación?

—Yo me hallaba, pues, en París, como acabo de decirles, cuando un compañero, otro espectro de la milicia, un antiguo cazador de caras, me acompañó un día y, en una taberna, frente a la casa en que moraba entonces Ovidio Bunescu, en la rue Damesme, me contó la continuación de esa historia. Los tres supervivientes del asunto Pitesti, entre ellos el inventor del sistema, que habían llegado a ser coroneles de la milicia, fueron invitados un día por el Ministerio del Interior a redactar un informe exacto acerca de su actividad en la prisión, un informe muy detallado, con vistas, al parecer, a un nuevo ascenso. Ellos se esforzaron cuanto pudieron para contar cuanto había pasado, poniendo cada uno de relieve sus méritos personales. Inmediatamente fueron conducidos ante un tribunal, acusados de haber obrado contra el espíritu del Partido y por iniciativa propia, y condenados a muerte y ejecutados el mismo día en que fue dictada la sentencia. ¿Lo sabían ustedes?

—No —contestó *el Viejo*, como si acabara de despertarse—. ¿Qué piensa usted de ello?

Sebastián le miró, visiblemente desconcertado.

—¿Qué es lo que pienso de ello? Entonces pensaba que estaba bien hecho, que aquellos tipos habían abusado de su poder y de su autoridad; yo estaba fuera de toda responsabilidad, puesto que el rubito que se había desplomado delante de mí no había sido mi víctima, sino la de los otros condenados. Eso quedaba de golpe claro y preciso. Si yo hubiera sido culpable, el Gobierno me hubiera condenado también. Pero yo había obrado fuera de toda iniciativa propia, nada podía reprocharme. Estaba como autorizado a proseguir mi tarea, buscar al asesino de mi padre y castigarle con arreglo a mi ley. Mi compañero, el que acababa de contarme el final de la historia, tenía, en cambio, un aspecto bastante inquieto. Él había bebido. Vaya, aquella taberna se llamaba «El Estribo», ahora lo recuerdo; yo iba allí todos los días y espiaba por la ventana las entradas y salidas del escritor, anotaba en una libretita los nombres de los amigos que iban a visitarle — franceses, rumanos o extranjeros—, y había llegado a conocerlos a todos. Me había convertido en un espía internacional. Mi compañero parecía tener miedo. «Si todos los que han servido al Partido terminan de ese modo —me confesaba— el Partido se quedará pronto sin apoyos, sin militantes», dejándome adivinar que él también había participado en escenas similares a las de Pitesti y que un día u otro le iban a pedir cuentas. Yo pienso ahora que eso estuvo mal hecho. Que fue incorrecto. Injusto. Pero, ¿qué es lo justo?, a ver si hacen el favor de decírmelo. Ustedes mismos, ¿tienen ustedes idea de lo que es justo o no?

—Usted anotó en su libretita, aquel día, las reflexiones de su compañero, ¿no es cierto? —inquirió Michel, haciendo caso omiso de la pregunta—. Y las comunicó a sus superiores.

El hombre no tenía ya fuerza para sublevarse. Michel veía su interior, se convertía en su nuevo amo.

—Sí —confesó en voz baja.

—Eso formaba parte del oficio.

—Exactamente. Yo era un empleado sin tacha. Un miembro del Partido. Podían confiar en mí, sabe usted.

—Dice usted que *era*. ¿No lo es ya en este momento?

—Pues, no lo sé.

Y se calló, las manos en los bolsillos, la tez amarillenta, que indicaba una dolencia incorporal, los ojos, en los que la amenaza y el orgullo habían dejado paso a la humillación, o a la incertidumbre; todo aquel conjunto, cuerpo y conciencia, reflejo exterior de un drama atroz que acababa de hacer explosión en él de una manera personal y simbólica a la vez, dominaba las luces y las sombras de la habitación; había una especie de comunicación secreta e invisible entre los tres, y todos ellos vivían, a nivel del inconsciente, la misma perplejidad, dominada por el cambio que acababa de producirse. Esta tensión mantenía despierto a Michel y le obligaba a interesarse por el miliciano. Había allí un caso digno de ser conocido y vivido en sus dimensiones ejemplares. Él tuvo súbitamente la intuición de lo que iba a suceder aún. Por otra parte, eso no tenía nada de difícil, pues las cosas tenían ya el cariz de desarrollarse con arreglo a un ritmo lógico, bien definido y reconocible.

—Yo no sé —repitió el otro—. Quisiera cambiar de vida. No volver más a mi casa. Volver a empezar. Estoy cansado de odiar, ya no tengo la fuerza necesaria para ello.

Su voz temblaba, como si fuera a repetirse la crisis de lágrimas de unos momentos antes; pero logró dominarse, a despecho de su evidente necesidad de llorar todo su cansancio. Se puso en pie.

—Me voy a marchar. Todo esto ha sido muy penoso, ¿verdad?; pero hace una hora o dos no habría podido preverlo. Había venido a su casa para matar, me habían puesto sobre una pista falsa, quizás adrede; probablemente, querían deshacerse de mí de esta manera, transformándome en un vulgar asesino, con todas las consecuencias que eso implicaría para mí. Yo no sé nada. Lo único que sé es que había venido aquí para matar a alguien, y ha sido a mí mismo a quien he acabado por asesinar. Pero no lo siento. Les ruego que me excusen...

Se levantaron todos, entumecidos por haber estado tanto tiempo sentados. *El Viejo* no sabía qué máscara poner sobre su cara, si irónica o compasiva, y tenía una extraña expresión, indecisa y cambiante. Se daba cuenta de que, con un poco de mala suerte, un instante de furor, una palabra, un ademán, el curioso visitante lo hubiese abatido, pues, bajo su antigua manera de ser, no había sitio

para la piedad o el razonamiento o los remordimientos. Mas todo esto había sido conducido hacia su resultado por una mano potente y segura de sí misma, que toca los destinos y los hace estallar en su propia luz de un modo imprevisible. «Este hombre ha encontrado su camino —pensaba Michel—. ¿He encontrado yo alguna vez el mío? Y es porque yo nunca había tocado un fondo tan claro, tan postrero. Menos hoy. Hoy, por primera vez, yo también he tocado el fondo.»

—Voy a acompañarle un trecho —dijo.

Y salieron juntos a la noche opaca, empujada por brascas ráfagas de viento. El invierno olía a océano y a pantano. «Este hombre me necesita todavía.» Este pensamiento le atravesó de parte a parte, como una luminaria. «La jornada del 23 de agosto no ha terminado todavía para mí. ¡Y menuda jornada! Y mañana tengo que partir aún hacia Lausana, para asistir al entierro de Lisi. No voy a llegar a tiempo, debo enviar un telegrama, y tengo hambre.» Preguntó:

—¿En qué parte vive usted?

—Plaza Once.

Caminaron en silencio por los charcos y el fango. Unas bombillas sacudidas por el viento se balanceaban aquí y allá ante tiendas con las contraventanas cerradas. «Ferretería Enea», «Bar Vasco» (abierto), «Frutería Napoletana» (con la N al revés), «Camisería Sporting». No había acera, la calle se extendía a su aire entre las casas bajas, cubiertas de lodo, saturadas de agua hasta encima de las ventanas. Se distinguía claramente la línea sinuosa que separaba lo seco y lo húmedo a lo largo de las fachadas. Esto constituía una especie de cartografía bien dibujada, móvil, porque el agua subida de la tierra avanzaba cada año hacia el techo, marcando su nueva posesión, como una curva estadística de la entropía local. Eran las diez y media. El autobús no había llegado todavía. Se pusieron al abrigo, detrás de una esquina, a esperarlo. Reflejada a lo lejos en el vientre bajo de las nubes, se distinguía el alma luminosa de la ciudad, moviéndose a merced del viento o de su propia inconsistencia, un alma turbia, incierta, devoradora de conciencias, capaz de engendrar miserias y genios, doblada sobre sí misma en la actitud y el ritmo del tango, su música originaria, su voluntuoso pecado universal. Ante la noche, ante este cielo habitado en verano por estrellas extranjeras, Michel se hacía siempre la misma pregunta: ¿Por qué aquí y no en otro sitio, por qué todo esto me ha sucedido a mí, y no a otro? Preguntas absurdas y sin salida, manchadas de agua sucia, como las calles de San Martín. Él las canturreaba a veces en la cadencia del tango, que había acabado por penetrar en su sangre y le consolaba de sus sinsabores. «Me he convertido en argentino sin darme cuenta de ello, domado por esta música sentimental y ontológica», como gustaba de definirla. Solía ir de cuando en cuando a pasearse por las calles de La Boca y Avellaneda, en los barrios más miserables, donde, en una taberna a la antigua, una *pulpería* hecha a la medida del gaucho y de su soledad, que se encuentra en el fondo del alma argentina, el hombre sin mujer, sin posibilidad de descendencia, que vive con los caballos, las vacas y los perros en medio del campo infinito, él buscaba el sentido del tango, la música del hombre abandonado por la mujer, que acaba de pasar a los brazos de otro y al que ella traicionará muy pronto, abandonado en medio de su soledad y cantando este drama con estas palabras y esta música, que no podía haber sido concebida de otra manera ni en otro lugar. La música del abandono existencial más cruel y absoluto. Michel iba a contemplar en aquellas tabernas la repetición del drama, al hombre y la mujer bailando en medio de un local apenas iluminado, al ritmo de su destino de soledad; su último baile juntos, seguido de una separación, un crimen o un suicidio, la entrada en la vejez más terrible del mundo, la vejez del hombre solo, rodeado por la gran ciudad como lo estuviera antaño por la llanura infinita. Y esto tenía una tristeza tan profunda, tan desesperada y tan verdaderamente humana que él se sentía como aliviado y tranquilizado, porque él mismo jamás había caído tan bajo. Él se dio cuenta en este momento de que todos estos pensamientos le habían sido inspirados por un tango tocado con un acordeón, cuyas notas características llegaban hasta él, por encima del fango y de los charcos de agua, saliendo por la puerta entreabierta del «Bar Vasco». Sebastián Pargu escuchaba también aquella melodía, que le inspiraba seguramente otros pensamientos: «Adiós muchachos, compañeros de mi vida, barra querida de aquellos tiempos...» Una voz de hombre, enronquecida y autobiográfica, contaba la historia del abandono, siempre la misma.

—Yo amo a este país —dijo Sebastián.

— ¡Ah! ¡Sí!

— Sí —confirmó, con toda simplicidad—. Me quedaré aquí.

— Así, pues, va a elegir usted lo que llaman la libertad. ¿Tiene usted medios de vida aquí?

— Tengo dos manos. Me las apañaré. Estoy enfermo de mi pasado. Quiero curarme. Eso es todo.

— Le comprendo. Perdóneme si caigo en la ironía de vez en cuando.

— Es natural. No me había dado cuenta de ello. ¿Qué hace usted aquí? Si puedo preguntárselo.

— He montado un truco de importación. Vendo cadenas.

— ¿De veras? En el fondo... ¿por qué no?

— Hay personas que lavan cadáveres, fabrican carruajes malos, cavan fosas, trafican con drogas o con ideas podridas. Vender cadenas hasta es un poco mejor. Las cadenas están frías y limpias.

— Quisiera hacerlo esta misma noche. ¿Quiere usted ayudarme?

— ¿A elegir la libertad o a vender cadenas?

Sebastián se echó a reír. Lo hacía mal, como una cosa a la cual no estaba habituado.

— ¿Qué puedo hacer por usted, bromas aparte?

El microbús apareció, nadando en la noche, balanceado por los baches, sus dos faros buscando tímidamente enemigos y clientes entre las tinieblas, como si todo estuviera al acecho, oculto en alguna parte, la mano apoyada en el cuchillo o en un corazón desfalleciente. Una carroza fúnebre para personas vivas, cumpliendo su cometido, como el héroe de un tango. Subieron a él y pusieron a punto un plan simple y lógico, durante el largo trayecto. Llegados a la Plaza Once, se apearon delante de la estación y se metieron bajo los pórticos, donde bares y restaurantes estaban aún abiertos. «Voy a zamparme una buena cena —pensó Michel—, y luego haremos lo que sea.»

Entraron en un restaurante, bastante mísero, y se sentaron a una mesa, no lejos de la barra, en la sección de hombres solos; lo que llaman «salón familias» se hallaba al otro costado de una separación de vidrio opaco adornada con flores artificiales; y Michel pidió al camarero, que le conocía y le saludó con unas palmaditas en el hombro, cuatro huevos duros con mostaza, que se tragarón a toda velocidad, y dos «bifes» con patatas fritas. «Dobles», añadió Michel, como si estuviera pidiendo whisky. La vida estaba allí, a pesar de todo, y había que vivirla. Una buena carne, rociada con la salsa picante, con pimienta, contenida en una botella que estaba en todas las mesas —bastaba con darle la vuelta y sacudirla un poco: la salsa caía a través de un orificio practicado en el tapón—; «un trozo de carne a la medida del hambre que tengo... eso hace olvidar todo lo demás.» Michel se había hecho glotón, su cuerpo se precipitaba hacia el peso pesado, lo mismo que su inteligencia; pero a él le gustaba esta situación postrera, última fase soportable en la vida de un hombre, antes de la decadencia parcial o definitiva. Todo se revestía de un sabor especial, como sazonado de remembranzas, de angustias, de últimas voluntades.

— Está buena, ¿verdad?

El vino tinto, regado con gaseosa, que lo hacía hervir durante unos instantes y dejaba unas huellas en el borde de los labios, alzaba poco a poco en ellos murallas de defensa contra la vida, contra ellos mismos y aquello en que se habían convertido, contra el frío y la humedad del mundo. «Nosotros somos representativos», pensaba Michel, pletórico de entusiasmo. ¿Representativos de qué? Él no hubiera sabido decirlo. La carne, el vino y el amor le separaban de sus derrotas, que se diluían en el tiempo, o bien se le aparecían bajo un brillante e ilusorio aspecto de victorias.

— Usted acaba de tomar una buena decisión —dijo, en el momento del café. Pidió al camarero un paquete de cigarrillos americanos, porque tenía dinero, sus bolsillos estaban llenos. Una sensación de bienestar había venido a remplazar las caídas de la jornada. Esta hora de plenitud le parecía bien merecida—. Sabe usted, ahora es mucho más fácil romper las amarras. Cuando nosotros lo hacíamos, hace ya veinte años, todos los rumanos eran pobres, no tenían posición alguna, no estaban organizados en el extranjero. Había que ingeniárselas, cada uno por su cuenta, aceptar cualquier trabajo miserable, en cualquier sitio, conducir un camión, ser médico en algún lugar perdido, repartir botellas de leche por la mañanita temprano, hacer de buzo. Hoy en día somos ricos, en fin, muchos de nosotros han llegado a tener una buena posición, tenemos pasaporte, iglesias, cuentas corrientes, centros culturales, apartamentos...

— ¿Y usted? ¿Tiene usted un apartamento?

—Tengo una casa, en Morón, hoy pernoctará usted allí. No veo otra solución por el momento. No me dé las gracias. Eso es natural, entre compatriotas. Además, así no estaré tan solo.

El vino, bruscamente, lo había llevado a la orilla opuesta. De golpe y porrazo sintió sobre sí el peso insoportable de lo que había sucedido: la muerte de Lisi, la imposibilidad de ir a decirle una última palabra, su hija, que se alejaba de él entre las brumas suizas; trató de apoyarse en el cuerpo de Graziella, último recurso, derrapó hacia el lado de Milagros, registró en su corazón una especie de choque agradable y se dejó arrastrar por su sueño, los codos apoyados en el mármol blanco de la mesa.

—No existe una medida común. Se ahorrará usted sufrimientos inútiles. Si no tiene usted dinero para empezar su nueva vida de hombre libre, yo se lo puedo prestar. No se sienta usted molesto.

El otro ya no sabía cómo comportarse, entre el deseo de darle un apretón de manos o abrazarle y un resto de dignidad hundida, a la medida de su revólver y de su pasado.

—Voy a buscar mi maleta —dijo—. Será cosa de un momento.

—Adelante. El último tren para Morón saldrá dentro de una media hora.

Pidió otro café, encendió un cigarrillo, su sangre reaccionó al instante a los dos venenos, se dejó deslizar a la exaltación de sí mismo, cerró los ojos y aspiró nuevamente el humo bienhechor; instalaría a Sebastián en el cuarto de Ileana, se dejaría tentar sin duda por la idea de pasar la noche en casa de Graziella... No, solamente una hora o dos, y presentársela al día siguiente a Sebastián, el cual se enamoraría de ella. Así se libraría de sus insistencias, podría dedicarse a sus asuntos y buscar el dinero necesario. Pero ¿a santo de qué buscar el dinero necesario, si ya era demasiado tarde, si ya no podía llegar a tiempo? ¿Para qué emprender aquel viaje tan costoso? Lisi vivía en su pecho, y no fuera de allí. Él se convertía así en su monumento funerario y sagrado, su árbol de la vida, habitado por sus recuerdos, sus largos tratos, sus frecuentes disputas, sus traiciones recíprocas... Lisi había sido una sensual, como él; por eso se habían entendido tan bien, y tan mal. Lo que le quedaría de ella serían sus noches, sus reencuentros fugaces y violentos en camas que olían a exilio y a hemisferio antártico.

Las gentes salían, entraban, pedían vino, «bifes», cafés, hablaban en voz alta, fuerte, con el acento muelle y dulce de los cantadores de tangos, llenaban de voces y de humo el inhospitalario restaurante. Y él estaba solo, cara cara* con sus dos aspectos, profundos y desconocidos: su pasado y su porvenir. El presente no existía, pues implicaba la detención del tiempo, es decir, el fin de los tiempos, el Apocalipsis. «Afortunadamente, el presente no existe —añadió Michel—. Hay, pues, dos misterios indescifrables en mi vida. Primero: ¿quién era el pierrot enmascarado, monstruoso y lúbrico, que había arrastrado a Lisi a un vals completamente indecente, aquella noche de carnaval de 1949? ¿Cómo había podido Lisi aceptar bailar como una desvergonzada, delante de todo el mundo, tan apretada y sumisa a la voluntad de aquel histérico, poseída por él, talmente se inclinaba sobre ella, la envolvía, la hacía desaparecer casi entre los pliegues de su disfraz? ¿Era aquél el pintor? Jamás había logrado saberlo. Ni siquiera había tenido el derecho, como esposo, de saber por lo menos aquello, si aquel pierrot monstruoso, bestial e importuno, arrastrándose detrás de su máscara, era el pintor o era otro. Ambos habían muerto, el pintor y Lisi, su cita había sido concertada para el más allá. Segundo misterio, el primero por orden de fechas: ¿Quién había matado a Marta? ¿El oficial ruso, el marido, uno de los amigos reunidos en Dumitresti, exasperado por un último acceso de celos o de piedad? Nunca lo sabría, tampoco.» Era posible que la reunión de Polop, a la que Ovidio le había invitado, tuviera por objeto descifrar aquel misterio. Conocer, simplemente, o castigar al culpable. Uno de los culpables, presunto culpable, había sido ejecutado sobre la marcha; él mismo había tomado parte en la ejecución; la mirada del rufo, el intenso terror humano ante la muerte evidente, mirada de condenado a muerte, ¿qué quería decir concretamente aquella mirada? «Soy culpable y os odio, os detesto, vosotros sois enemigos míos, con mi muerte no vais a recuperar la vida de esta mujer, al contrario, os vais a hacer culpables de un asesinato»; o bien: «Soy inocente, tengo miedo, no he sido yo, os equivocáis.» Pero no le habían dado tiempo para ser más claro, de traducir su expresión en palabras. Habían disparado todos al mismo tiempo.

* Así en el original ¿Cara a cara? ¿bifronte? [Nota del escaneador].

Todos estaban enamorados de Marta y aquel pequeño ruso no podía saberlo; acababa de concentrar en su persona un odio múltiple; no se le mataba porque acababa de matar a Marta, si era cierto que el último culpable había sido él, sino porque encarnaba la imagen del enemigo, responsable de un asesinato más vasto, sin juez posible; el responsable de la derrota, del fin, de todo cuanto nosotros presentíamos como continuación de aquella presencia maldita entre nosotros. Esto era. De modo que, ¿quién había matado a Marta? O, con mayor precisión, ¿quién la había acabado?, porque su muerte había durado muchas horas. Ningún vino, ninguna mujer, ningún sufrimiento nuevo ni ninguna miseria podrían borrar jamás de su memoria aquel recuerdo atroz. Ni siquiera una caída en la locura. Su matrimonio, sus noches de amor, sus celos, la presencia cálida y violenta de Lisi en su vida, su busca desesperada de otras mujeres... nada había servido. Marta seguía teniendo en él un sitio privilegiado, la Marta viva, amante, bella y secreta, la mujer sin nombre, prístina, causa de la damnación primera y de su olvido por el placer, el único, el placer por definición, por condenación y por elevación, la caída y la salvación. Marta. Viva y agonizante. Durante el resto de su vida había buscado vestigios de Marta en las demás mujeres. En la risa y los andares de Milagros acababa de reconocer, aquella tarde... Es posible que mirada más de cerca, abrazada, besada, llorando de alegría o de pena... es posible que fuera más parecida aún.

Encendió un tercer cigarrillo. Su corazón latía con fuerza. «No voy a poder dormir. Me importa un bledo.» En este momento apareció Sebastián, arrastrando una maleta de madera, de las que hacía ya muchos años que no veía, una especie de cajón de recluta, como en un antaño, completamente ridícula y antioccidental. Tuvo unas ganas locas de echarse a reír, pero se abstuvo de hacerlo, no tenía derecho a ello, ya que aquel cajón demostraba al menos un hecho evidente: Sebastián había sido un miliciano honrado, que seguía siendo pobre a pesar de su posición y de su carné, obsesionado por una sola idea, mala y primitiva, sí, pero, en cierto sentido, limpia. Podía tener confianza en él. Hizo señal al camarero, pagó, dejó una buena propina en la mesa y fue a reunirse con su nuevo amigo, su huésped.

Atravesaron la plaza, detrás del monumento a los once, tomaron billetes de segunda y descendieron al antro humeante y lúgubre, donde el tren esperaba ya en la vía. Vistos desde lejos, digamos desde el punto de vista de una perspectiva objetiva, aquellos dos hombres, uno rebasando apenas los cincuenta, ligeramente grueso, ligeramente ebrio, golpeado de lleno por el destino aquel mismo día, golpeado veinte años antes por el fin de la segunda guerra y por la muerte de una mujer a la que él había amado, habiendo sido obligado por estos dos acontecimientos a matar a gente, enemigos, sí, pero seres humanos a despecho de todo, traicionado por la Historia (o cómo mejor llamarla, ya que era la Historia lo que le había alejado de sus bases), obligado a emigrar y a vivir de una manera que no estaba en consonancia con su preparación y su cultura, o su vocación, burlado en esta orilla, abandonado —ésta era la palabra— por todo aquello que él había amado y soñado; y el otro, que acababa de elegir un nuevo destino, convencido por el primero de la manera más inesperada, transformado en su sombra en virtud de uno de esos gestos-sorpresas característicos de la vida, del *hado*, de los dioses reidores, con su caja mortuoria que golpeaba los sucios peldaños, al bajar, como una mandíbula contra otra, vistos de lejos, digo yo, tenían un aspecto extraño: Don Quijote y Sancho Panza; los dos mosqueteros, últimos supervivientes de los tres, que habían sido cuatro; Leopold Bloom y Stephan Dedalus; Ulises regresando a Itaca en el tren de la Plaza de los Once de Buenos Aires, vencido, miserable, sin esposa, sin hijo, arrastrando en pos, como Bloom desde Dublín, un hijo adoptivo cuyo verdadero padre había sido asesinado; aquellos dos hombres que bajaban hacia su tren en medio de la luz gris de medianoche, bajo las bombillas envueltas en la bruma y el humo podrido y en el olor de -tren y de fatiga, eran el Hombre, en toda su miseria antigua y moderna y en toda su grandeza, en su miserable grandeza, sin posibilidad de explicación, ni de un lado, ni del otro; lo indescifrable dirigiéndose hacia lo indescifrable en la inconsciencia más absoluta en lo tocante a sí mismo y al mundo circundante, alejándose a cada paso de sí mismo y del Ser, de su origen y de su verdadero fin, sombra el uno del otro, aunque ignorándolo, incomprensibles bajo su doble aspecto engañoso, lo mismo que bajo el de su engañosa unidad.

Mas nadie había allí; quiero decir, nadie que tuviera el don de la objetividad pura para enfocar esta tragedia esencial y tan simple desde un punto de vista precisamente objetivo; quiero decir, útil

para los demás, digno de servir para algo y de impedir que estos pasos se dirigieran hacia el último tren para Morón; quiero decir, hacia su próximo destino. Excepto el ángel quizá, que sabía sin duda su cometido y se guardaba mucho de intervenir.

Unos peldaños grises, duros, desgastados, que rechinaban bajo sus pies. «Yo no hago otra cosa que bajar desde que se terminó la guerra. Subir sería preferible, pero la guerra quemó mis alas, y las alas no son por cierto rabos de lagartija, ellas no vuelven a crecer una vez cortadas; ellas, mis alas de antes, mis alas iniciales, vuelven a crecer en la tierra de antaño; las perdí en el bosque, en el Claro del Manzano. Podría volverlas a encontrar allí.»

Los hombres de cincuenta años tienen todas las características de la adolescencia, menos una, pensaba Ion Manu. Ellos están cambiando una edad por otra. La Edad Media también era una adolescencia. Habría que escribir un libro acerca de la psicología del cincuentón, que se siente joven como un joven de quince años, se siente todavía un niño, mas siente brotar en él la amenaza o la promesa de una edad nueva, hecha de conocimiento, pero también de peligros. El joven y el anciano representan etapas más o menos largas y estables, que preparan al hombre para la entrada en lo definitivo. Nada es definitivo, ni la madurez, ni la muerte. Yo estoy en el mundo para curar, para esclarecer, para hacer más fáciles a los demás la vida y la muerte, lo mismo que un sacerdote. Yo pertenezco a la antigua raza de los curanderos. ¿Cuál de los cuatro aquí presentes ha sido más profundamente dañado por la edad? ¿En qué medida? La neurosis acecha a Ovidio. Dan se halla al borde de trastornos debidos al exceso de trabajo o del infarto, del cual acaba justamente de librarse. Alejandro oculta una profunda angustia bajo su aspecto sano y dichoso. Yo mismo...

Yo soy el mejor conservado de los cuatro, pensaba Alejandro. El más equilibrado. El más guapo. Estoy verdaderamente contento de encontrarme aquí. A lo lejos, la mar. Sentados a la mesa, he escogido el sitio que me permite echar una ojeada a la mar. El primer plato ha sido excelente. Ovidio tiene muy buen gusto. Su casa se parece a uno de sus libros. ¿A cuál? Sobre todo, no hay que pensar en Marliese. Yo estoy de vacaciones. Marliese, en el malecón de Hamburgo. Marliese en el restaurante, ante mí, yo tocaba sus rodillas, sus manos, sus cabellos alemanes. La alegría de volverla a ver, de recomenzar con ella... Tengo que enviar un telegrama a Teresa, llamarla por teléfono sería todavía mejor; he de llamar a Mario, el segundo de a bordo, y darle instrucciones, lo que me olvidé de decirle al partir. Los puertos tienen para mí rostros de mujeres. No hay que complicarse la vida inútilmente. El baile de fin de año en Durban. El primer baile con Leni. Yo era el comandante más joven. Muy rodeado. « ¡Oh, pero si eso es imposible! ¡Tan joven y mandando un barco tan grande! » Descendiente de los boers, acento holandés. Fresca como una manzana al horno en octubre, húmeda de rocío, oliendo a sol y a luna. El Claro del Manzano... ¡No!

No comas demasiado. Tengo hambre, tengo sed, he pasado cinco años en la jungla, sin tocar las cosas buenas, embebiéndome de eternidad, construyendo puentes que las aguas acabarán un día por arrastrar. Este arroz está fabuloso. Alejandro Cosma mira a menudo hacia el lado de la mar. Verdaderamente, tiene el aspecto de un marino, porque se ha pasado la vida navegando. Así que yo, por mi parte, debo tener el aspecto de un hombre que se ha pasado la vida en la jungla, entre los monos, un aspecto de mono rubio. Afortunadamente, jamás he dejado de leer, de meditar y de comprender. Me gustaría construir una fábrica, un puente, lo que sea, pero en Europa, una maravilla técnica, una Torre Eiffel o alguna cosa por el estilo, en Madrid por ejemplo. Se lo voy a decir a Ovidio. Él tiene muchas relaciones por doquier. Pero más tarde. Tengo todavía un año por delante, un reposo merecido. No tocar el tema Marta. Dejarlo para más tarde. Yo soy un ciudadano del mundo. He cortado mis raíces y eso no me duele en absoluto. Al contrario. A menudo siento deseos de gritar de alegría. ¿De alegría? Verdaderamente, no tengo derecho...

No hubiese debido. Hay una vaga tensión en el aire, a pesar de nuestro aspecto distendido, de personas dichosas, bien llegadas a la cumbre de la edad pletórica, allí donde la inteligencia, la virilidad y el sabio placer de vivir se dan cita en primera persona y al mismo tiempo. Nosotros somos conocidos, respetados, obedecidos, seguidos, estamos bien remunerados, tenemos cuentas corrientes en el Banco; pero eso no es tan sencillo como pudiera parecer. Nosotros hemos perdido algo que no podemos recuperar; hemos participado en un fin del mundo de la manera más directa, más brutal e inolvidable. Y eso se ve o se deja adivinar en nuestras caras y en nuestras miradas. Yo

creo que todos somos conscientes de ello. Yo diría incluso que hemos evolucionado y vamos a envejecer con arreglo al molde de este hecho inicial, que ha marcado quizá nuestras fibras más íntimas y ha modificado nuestro plan vital, nuestro código estructural, ya que esas esencias son modificables, pues nuestro espíritu y nuestro organismo registran los grandes golpes y se dejan modelar por ellos. Hay en nosotros una especie de lucha permanente entre el destino prefigurado en los genes y la libertad del azar existencial. Hay un secreto que yo quisiera saber. ¿Cómo sucedió verdaderamente aquello? ¿En qué momento exactamente? Los medios para llegar a la verdad son modestos y frágiles, esta vez lo mismo que siempre. Yo tengo la mala costumbre de mirar a las personas como posibles personajes de novela. Entonces combino lo que comprendo, lo que se deja examinar en cada uno, con lo que a mí me convendría como manipulador de personajes. Acabo pronto. El más interesante, a primera vista, es Alejandro, posiblemente a causa de su variedad en el espacio. Él no ha contado nunca su historia, la verdadera. Tiene un aspecto equilibrado y contento, tiene unas costumbres muy precisas, su pipa, sus puertos, su whisky, su mujer, su futuro mismo, todo parece inscrito en un proyecto casi matemático; pero esa rigidez es un fallo en sí misma, en su precisión ingénita, de todo punto inhumana, como una muralla erigida para defender, mas vulnerable. No se puede hacer alarde hasta ese punto de una dicha, de un orgullo de ser lo que uno es, de una certeza. Sus ojos azules se han vuelto movedizos a fuerza de mirar las olas, las orillas, los buques; pero también de contemplar un paisaje interior, oculto, pero presente, que propone a su propio dueño una duda inicial. ¿Quizá la muerte de Marta? No sólo eso. Yo diría una profunda inquietud, bien disimulada en su propio contrario. Yo le conozco poco, porque él no se deja conocer. Dan es, también *él*, un secreto viviente, pero más fácil de descifrar. Él no tiene el valor, o la posibilidad, de llevar hasta el fin un ideal de meditación que oscila entre el budismo,

el cristianismo y la filosofía de los magos, que le impide concentrarse. Al mismo tiempo, él es tentado por el mundo. Construir puentes y fábricas de cemento no está exento de peligro, como para un Papa ceñir una espada o intervenir en política. La acción modifica el siglo, el cual, a su vez, modifica al modificador. Un tecnólogo crucificado en el nirvana, sensible a los poderes de lo perecedero y a la voz de los ángeles. Él me decía ayer por la tarde, apenas llegado, que había resuelto su problema, que desde hacía mucho tiempo había dejado de considerarse un exiliado, que quería fijar su residencia en Europa. ¿Acaso es éste el *problema*? Esto es tan sólo la apariencia del mismo. En cambio, Ion Manu, a pesar de los pozos y cavernas que toca por su oficio de psicoanalista, es el más fácil de mirar. Sus gestos y su mirada, su manera de hablar, tan clara, no son otra cosa que una confesión, una autobiografía espontánea. Él se autoanaliza en alta voz. Por deber profesional, como yo, aparentemente. ¿Es correcto eso de vivir encima de las almas, como un médico vive encima de los cuerpos y un panadero encima de la harina de trigo? Quizá no. Eso se presta a los malentendidos. El psicoanalista se une al curandero, pero él no cura. El alma es incurable. Como el cuerpo, dicho sea de paso. Hay pequeños arreglos y reparaciones, operaciones quirúrgicas, microbios asesinados en masa; pero no hay curación. Si no, seríamos inmortales. Y nosotros hablamos por los codos de nosotros mismos, como si fuésemos el ombligo del mundo. Alejandro vuelve continuamente a sus viajes. Ion, a sus mujeres enfermas. Yo mismo... No, yo no hablo nunca de mis libros. Soy el más secreto. Nadie dirá la verdad, pero tengo algunas posibilidades, conociendo desde hace tanto tiempo a mis interlocutores, de captarla, o por lo menos de entreverla y reconocerla o deducirla. Esto me bastaría, porque esa verdad que busco en este momento no es abstracta, está vinculada a un hecho preciso que quiero poner en claro hasta su último detalle, y este detalle es un nombre. ¿Quién mató a Marta? La segunda verdad, que engloba la primera, es, en efecto, de orden metafísico, por así decirlo: ¿Por qué? Se trata, como siempre, de llegar a la causa.

La *costra* de arroz y de pollo, oculta bajo una capa de huevos y cocida al horno, plato típico de la región alicantina, regada con vino tinto de Monóvar («Yo nunca bebo tinto —dice Ion—, prefiero el blanco, si tienes»), rico en alcohol, mas también en posibilidades de evocación, como todos los buenos vinos del Sur, habitados por antiguos símbolos y por los mitos del Mediterráneo, que hacen madurar los racimos al mismo tiempo que el sol, que es igualmente mitológico, constituían una introducción al pacto que ellos habían ido a discutir y firmar allí. Los representantes de cuatro

potencias se hallaban reunidos en torno de aquella mesa, en el comedor que prolongaba el salón, formando entre los dos una vasta habitación de techo inclinado, a la que, por el lado más alto, venía a dar una galería de madera, correspondiente al piso superior, y, por la parte de abajo, se apoyaba en el muro de la fachada, perforado por puertas y ventanas que se abrían sobre el jardín y el panorama. El muro opuesto al comedor estaba dominado por una alta chimenea de piedra de La Nucia, amarilla y áspera al tacto. Bastaba con alzar los ojos de su plato para hundirse en el paisaje, terminado por la mar y coronado por el sol. El canto de las cigarras llegaba de todas partes y parecía, en aquel lugar, acompañar la boda de los pinos y el calor del mediodía. Cada una de las cuatro existencias presentes en aquella luz exterior representaba una condición frente a las otras tres, puesto que toda vida es condicional respecto a lo que la rodea, como lo es un árbol frente a sus frutos. Cada uno se convierte así en la condición de su prójimo. Hay una especie de murmullo a cuatro voces, dominado de cuando en cuando por la voz de Dan o por algún silencio que se prolonga, como atrapado en el fondo de los vasos, y luego las risas, las palabras y las exclamaciones estallan nuevamente. Nadie toca el recuerdo común, encerrado en el fondo de todos, llamando a grandes golpes a las puertas de la conciencia; pero bien guardado, trabado y amarrado como un prisionero de calidad. El momento de ponerlo en libertad no ha llegado aún, llegará mañana, o más tarde, ellos no tienen derecho a echar a perder sus vacaciones, ellos han descubierto de pronto la alegría de estar juntos, de contar cosas, de reírse en rumano, de comunicarse, como antaño, por encima de toda censura. Lo que les apasiona son sus propias existencias más acá de la muerte de Marta, la historia de su éxito, el itinerario seguido en un siglo en que ellos triunfaban por el bien, a plena luz, como aquella casa encima de la colina. La lengua que ellos utilizan está salpicada de palabras extranjeras: francesas y españolas, inglesas o italianas, en dependencia del sitio en que cada uno de ellos ha cumplido su misión de hombre y ha interpretado su papel de exiliado, que es algo así como la adaptación a un texto. Sus ademanes denuncian asimismo esa perfección de actor que caracteriza este segundo acto de su vida, tras la violencia del primero, cuando habían actuado en calidad de autores. Su última noche en Dumitresti había marcado el fin y la culminación de ese primer acto, en el que el problema del idioma y del comportamiento no se planteaba aún.

Ion Manu había adquirido un parecido vagamente anglosajón a lo largo de sus años en Canadá y sus frecuentes estancias en los Estados Unidos y en Inglaterra. Él decía «in the States» y pronunciaba Montreal a la manera inglesa, debido sin duda a sus contactos con la Universidad McGill y a su amistad con Penfield. El corte de sus trajes, su camisa y sus zapatos, la parsimonia de sus ademanes y de su risa, una actitud vagamente afectada, implicaba la imitación de una imitación calcada de Oxford o Cambridge y convertida en naturaleza primera, que daba forma a sus pensamientos y posiblemente a sus recuerdos. Los largos inviernos le hacían agradables el sol y el calor. Su cuerpo buscaba el contacto de las cosas calientes, equilibrantes. Su mirada escapaba hacia la mar azul, donde soñaba tenderse, en una playa abrigada y sin segundas intenciones.

Alejandro Cosma mezclaba su estancia italiana, que lo había marcado profundamente, con sus años en Argentina, palabras francesas recogidas de sus lecturas preferidas y expresiones inglesas impuestas por su profesión. *Mezzo scemo* retornaba frecuentemente en sus frases, gentilmente irónicas, dedicadas a otros marinos, menos hábiles, o a toscos inspectores de la Policía aduanera y portuaria de todos los puertos del mundo. *¡Pero caramba!* se le venía a menudo a la lengua, una expresión aparentemente española, convertida en italiana a medias por su manera de acentuar la palabra «peró» a la italiana, en la última sílaba, mientras que *my Captain señalaba* siempre el comienzo de alguna frase acerca de la respuesta dada por algún subordinado que hacía siempre el papel de segundo de a bordo o de cocinero. Su mundo era, pues, el barco, en el que él era el amo, o el único Dios, dirigiendo su cosmos hacia unos destinos puestos a sus órdenes.

El lenguaje de Dan Popescu resultaba ser el más estropeado, por su soledad en medio de la jungla o sus comienzos argentinos. Cada palabra española que se deslizaba por su lengua llevaba una marca sudamericana muy precisa, y la entonación misma de su voz se había hecho a la manera cantarina de los argentinos, descendientes de la fonética española de las Canarias o de Andalucía. *Macanudo indicaba* su consentimiento; *pero ché*, su oposición. Él se reía a grandes carcajadas pantagruélicas de sus propias historias, arrastrando a los otros a sus entusiasmos y a sus carcajadas.

De su persona se desprendía una fuerza natural, y se percibían en él, todavía vivos, sus contactos con los hechos brutos, en estado natural, que le habían habituado a no disimular, o bien, si lo hacía, a no tener aspecto de hacerlo. Su combate había sido el más duro y el más encarnizado; su necesidad de reírse y de comer daba cuenta de ello con, a veces, una gracia chocarrera épica y muy antigua, como si estuviera copiada de los modelos primitivos y eternos, tan arquetípicos como los sueños.

Ovidio no intervenía ni confundía. Su vocación le había prohibido los compromisos, lingüísticos o de otra clase. Palabras olvidadas, esas palabras que la falta de uso aleja de la conciencia, volvían en sus frases, abriendo súbitamente ventanas en la memoria de los otros tres, a cada uno en su vida, desplazada inmediatamente por la expresión inesperada por parte de un recuerdo lejano y casi olvidado. A despecho de sus libros, escritos casi todos en francés, y su profundo conocimiento del español y del italiano, o del alemán y del inglés, había podido alzar barreras entre estos idiomas, y raramente se deslizaba al empleo de un adjetivo o de una expresión extranjeros. Lo que había quizá perdido era el acento, si lo había tenido alguna vez. No se le podía clasificar en ninguna región fonética precisa del rumano; sus escasos residuos moldavos, heredados de su madre, y sus entonaciones valacas, impuestas por sus estudios en Bucarest, habían desaparecido con el tiempo. Ion Manu, el único sensible a esas sutilidades, estaba maravillado de ello. La lengua que hablaba su amigo se había apartado de toda pertenencia especial, parecía salir directamente de las cosas que designaba y que se expresaban solas, como tocadas y hechas emerger por una varita mágica del fondo sin acento de la estructura lingüística del rumano. Alejandro Cosma se dio también cuenta.

— ¡Qué mal hablamos nosotros! —exclamó—. ¡Y qué bien hablas tú! Eres el único que no lo ha olvidado.

Pepa entró en este momento para cambiar los platos. Hubo un instante de silencio, interrumpido por un claxon lejano, y luego por la campana de la iglesia. Ovidio llenó de nuevo los vasos, excepto el de Ion, que tenía a su lado la botella de vino blanco y se lo servía personalmente. Terminaron de comer y nadie osó tocar el tema central de su reencuentro. Sus voces habían hecho todo lo necesario para ocultar la fuente de su presencia en Polop, el origen de su ternura recíproca. Su alegría impedía ferozmente la entrada de su memoria común.

El café les esperaba en la terraza, a la sombra, y una botella de coñac que ninguno tocó. El paisaje desplegado ante ellos, inmovilizado por el sol, desencadenó en cada uno de ellos una distensión liberadora. Habían comido bien, discutido y tanteado; esto había acabado por producir una concentración de energías que se descargó sobre los árboles, sobre las montañas deslumbrantes, sobre la mar, las flores y el cielo. Las escarpadas laderas del Ponocho continuaban ardiendo.

—Esta montaña —indicó Ovidio, cuando estuvieron sentados— parecía desnuda, desprovista de árboles y de vegetación, y mirad cómo es capaz de alimentar un verdadero incendio. Vamos a tener una noche fantástica, y mañana por la mañana, si el fuego no baja hasta los vergeles y el pinar, todo habrá terminado. Una fogata breve, pero espectacular y gigantesca.

«Mañana por la mañana —pensó Dan— todo habrá terminado, en efecto. Nos lo habremos dicho todo, contado todo, vamos a reconstituir los cimientos de nuestra vida actual, resucitaremos a Marta y su muerte simbólica.» Tendió la mano, maquinalmente, se escanció coñac en un vaso, y bebió un largo trago, el rostro alzado hacia el cielo, como si estuviera bebiendo sol.

—¿Quién tiene noticias de Víctor Magura? —preguntó Ovidio.

Yo cojo la mágica nuez, maravillosamente modelada por el tiempo, limpiada de toda aspereza, una nuez que parece torneada por mis propios dedos, lisa, suave al tacto, y veo a Marta ante el árbol de Noel, mirándome, llenos los ojos de una admiración que era ya enamorada. ¡Qué fresco y vivo está todo esto en mi memoria! Me acuerdo hasta de los olores que saturaban el salón, y podría enumerar una por una sus evidentes fuentes: el pavo, el abeto, los cigarrillos, el perfume de las elegantes señoras, los cabellos de Marta. El olor de la nieve, una vez salidos de la fiesta, el perfume de todo aquello pegado a mis ropas y a mis manos durante los días siguientes. Juanita me mima como si fuera su hijito...

—Basta, Juanita, no tengo apetito.

—Una sola cucharada, se lo ruego, una sola.

Comer me hace daño, me da vértigo. Mi cuerpo se niega a continuar lo que le queda de vida, desearía saltar por encima de la última distancia. Está cansado, dispuesto a retirarse hacia sus orígenes de silencio mineral; y esta renuncia, hecha de amistosa comprensión, me llena de alegría. Hay que poner en orden mis recuerdos antes de marcharme, hallar un sentido a mi vida, el sentido que, seguramente, está oculto detrás de los acontecimientos que la componen. «Usted tendría que entrar en la religión —me decía el padre Castellani—, tiene usted, verdaderamente, el sentido del pecado.» «Esto no es lo suficiente —le contestaba yo—, hace falta, además, un valor especial y el sentido comunitario de la disciplina; de otro lado, yo he estado casado, y sigo siendo un hombre casado, a pesar de la muerte de Marta.» Él no me quería comprender, se enfadaba, y acababa cogiendo mis manos entre las suyas, unas manos huesudas y secas, envejecidas de sabiduría y de sufrimiento. «Usted ha sufrido mucho, ¿no es cierto, hijo mío?» «Y usted también, padre mío.» «Sí, pero en otro meridiano. El sufrimiento me ha sido impuesto desde fuera. Y, en su caso, lo ha producido usted mismo, si no me equivoco.» «No se equivoca usted.»

Juanita dobla mis ropas de cama bajo el colchón, me arropa con sus manos maternas. La mujer de Domingo no tiene descendencia, de modo que emplea sus gestos de madre conmigo, sigue instintivamente su itinerario fallido, pero imperativo y que no quiere tener en cuenta su desgracia, un accidente sin importancia para la especie humana. A ella le agradaría acariciarme la cabeza y depositar un beso en mi frente; pero no se atreve, ni lo piensa siquiera; eso solamente toma forma en el fondo de su ser, más allá del pensamiento consciente. A despecho de nuestra pobreza, mi madre fue una mujer dichosa que no llegaba a realizar su felicidad, del mismo modo que Juanita no llega a realizar el drama de su maternidad sin objeto y sin fruto. Mi padre pasaba su tiempo entre la locomotora y la casa. Era un hombre cumplidor de su deber, no bebía, casi no tenía amigos, leía cien veces el mismo libro y volvía sin cesar a la sarga. Poseía una treintena de libros, y cada vez que terminaba de leer uno daba muestras de impaciencia, meneaba su bigotuda cabeza y alzaba los ojos al cielo, diciendo: «Los hombres no están maduros para una revolución.» Él leía y releía *el Capital*, obras de Lenin, Bakunin y Fourier; pero también de Labriola y Proudhon, de Mussolini y de los doctrinarios del nacionalismo rumano Iorga, Cuza, Goga y Codreanu. Él los tenía a todos por precursores de un acontecimiento que tenía que producirse un día, en un lejano porvenir; los encontraba apasionantes e ingenuos, como primitivos escribiendo para una humanidad retrógrada y cruel, consagrada al odio y a las grandes matanzas. Jamás llegó hasta los filósofos; de haberlo hecho hubiera tenido otra visión de la Historia, más completa y menos apasionada. La religión ni siquiera lo desfloró, como buen revolucionario que descendía directamente de las pueriles fobias del siglo XIX. Ese contacto le hubiese alejado, tanto de los revolucionarios, cuanto de los filósofos. Entre los doce y los quince años, yo también había leído aquellos textos, sin comprenderlos mucho; pero deducía que trataban del destino de la Humanidad y del pueblo rumano, que existía una relación

muy concreta entre estas dos realidades, y que el primer deber de un ser humano era el de dedicarse a los suyos, es decir, a los hombres. Pero, ¿cuál era la buena manera de hacerlo? ¿Odiar a los burgueses y proclamar la razón de la lucha de clases o adorar a su propio pueblo por encima de todos los demás? Ambas soluciones se confundían en una perspectiva más amplia, universal y negativa: ellas implicaban el odio y la guerra. Mi padre me dijo un día: «Dentro de algunos años te darás cuenta de que nosotros vivimos todavía en la prehistoria, que no somos dignos de llamarnos hombres. Porque nosotros enfocamos los problemas exactamente igual que los seres primitivos y nos dedicamos a resolverlos a mazazo limpio. El cañón o la flecha vienen a ser lo mismo. La flecha se utilizaba en un tiempo en que había pocos hombres en la Tierra, y nosotros empleamos el cañón a fin de matar más soldados que antes; la diferencia estriba en el número de víctimas, eso es todo. Esos librecitos que tú lees predicán la paz; pero cuando se trata de proceder a una reforma o a una revolución la palabra guerra estalla en seguida. Es necesario matar al adversario, y las doctrinas se convierten así en técnicas de matanza.» Su juicio era simplista, pero terriblemente correcto.

— ¡Buenas noches,* don Víctor! Volveré antes de las doce.

Ella deja en pos unas huellas en el aire; quiero decir, en la oscuridad. Su presencia sigue siendo perceptible para mí después de su marcha, noto en torno mío unos gestos que continúan ocupándose de Mí, que no quieren dejarme solo. Juanita vuelve a su hogar, donde la espera un duro trabajo, como siempre. Los jefes quechuas se reúnen delante de su casa, toman a menudo decisiones, rumian graves pensamientos, con arreglo a una doctrina que yo desconozco, pero que es fácil de adivinar, semejante a la de aquéllos libros que yo devoraba en tiempos, una doctrina de odio, tan primitiva como las ideologías avanzadas del siglo XX. Hablo en voz alta, porque estoy solo. El cuerpo no me duele; me pregunto si Domingo no mezcla hierbas en la sopa, o misteriosos granos, para que el sufrimiento no llegue a torturarme, para que mi fin llegue dulcemente, a despecho de mi prohibición expresa a este respecto. O es que se trata ya del fin, un deslizamiento al más allá. Un trineo con caballos blancos, deslizándose en el espacio, llevándose el alma hacia un horizonte blanco, mullido, infinitamente nevado, como la llanura que empieza al sur de Arroyo Salado y termina en la orilla izquierda del Danubio, para continuar aún, hasta la mar. Posteriormente leí a Marx, y me sentí como si despertara. Yo era hijo de obrero. Estaba, en cierta medida, preparado para ello. Éramos cinco o seis, yo jugaba junto a la vía del ferrocarril con mis amigos, era una tarde de primavera, nosotros nos ocultábamos en las altas hierbas, el sol acababa de ponerse, pero el cielo estaba todavía resplandeciente de luz, y había una fragancia de alegría en los aires y nosotros estábamos ebrios de ella. El tren se había marchado mucho antes, dejando en pos un vagón —de mercancías, pensaba yo—, cuando un camión de color militar se acercó por la carretera que iba a lo largo de la vía, unos hombres armados bajaron de él y abrieron el vagón. Una distancia de algunos metros, una decena, separaba el vagón del camión; y vi desfilar por ella a los llegados, empujados a culatazos por los hombres armados. Posteriormente supe que éstos eran guardianes de la prisión de Arroyo Salado. Ellos pasaban bajo la luz gloriosa del ocaso, sin rostros, sin brazos —se los habían atado a la espalda—, descalzos, las camisas ensangrentadas, unos restos humanos, unos tocones vivientes. Fueron embarcados en el camión y, mientras subían, continuaron recibiendo golpes. Hasta llegué a sentirme mal, y aquella sangre salpicó con fuerza mi memoria. Yo creía que el hombre era intocable, como una imagen santa; jamás había visto a nadie golpeando a su prójimo hasta hacerle sangre; yo creía que los hombres eran incapaces de hacerse daño hasta tal punto; este problema ni siquiera se me había planteado, ya que nunca lo había vivido. En aquel momento me sentí como sacudido por un cataclismo. Aquellos rostros cubiertos de barbas y de sangre coagulada, convertidos en invisibles, aquellos cuerpos golpeados como bueyes o como sacos, sin vergüenza ni miramientos, tambaleantes, en medio de la increíble dulzura del crepúsculo... ¿Sería aquello verdad? ¿No sería alguna alucinación? Aquella misma noche le conté la escena a mi padre. Eran obreros que habían osado declararse en huelga no sé dónde. «¿Y el rey?», le pregunté a mi padre. Yo sabía que mi país estaba protegido, gobernado, por un rey, un señor vestido de uniforme, por encima de toda sospecha, incapaz de tolerar tales insultos. Mi padre se encogió de hombros, en

* En español en el original. (N. del T.)

señal de impotencia o de desdén. Él no era monárquico y no aceptaba ninguna de las formas actuales de gobierno. Nunca votaba. Cuando, en la escuela, el sacerdote nos hablaba de los mártires cristianos, yo los veía inmediatamente bajo los rasgos de los obreros que había visto aquella tarde de mayo; y posteriormente, al leer a Marx, estuve tentado de confundir a aquellos mártires con la clase obrera. Y, mucho más tarde, me di cuenta de que aquella imagen era válida, pero de una manera permanente, sin solución, sin reparación posible.

No, eso no es la lluvia, son los menudos pasos de las llamas blancas que pasan por delante de la puerta, en el silencio de la noche. Si yo tuviera la fuerza necesaria para abrir los ojos podría ver pasar sus siluetas por el marco de la ventana, y, envueltos en sus ponchos, a los indios que van a reunirse con Domingo y a conspirar delante de su casa, alrededor del fuego, unos hombres bajados de las alturas de los Andes, en viaje durante días y días, cabalgando en sus grandes cabras de ojos sensuales y hocicos femeninos. Irán a sentarse en torno de la plazoleta, delante del fuego, y Juanita les servirá platos hechos a base de maíz, y aguardiente. Antes y después, ellos tomarán dosis de coca, que mascarán lentamente en el fondo de la boca, apoyando la punta de la lengua para hacer salir el jugo verdoso, dador de la paz y el olvido, encantador. Fue así como les vi aquella noche, la primera que pasé en casa de Domingo, apenas llegado de Salta, adonde fui desde Buenos Aires, donde había llegado procedente de París. ¿O de Dublín? Fui despertado por el ruido de las pezuñas de las llamas. No podía dar crédito a mis ojos. Eran indios poco comunes, solemnes, bien vestidos, monumentales en sus ponchos tejidos con pelo de vicuña, fumando, mascando y charlando. Eran jefes. Los pilares de un imperio anónimo, enterrado y oculto bajo las ruinas y bajo los renacimientos extranjeros, y se habían dado cita allí a fin de tomar parte en un consejo, para establecer juntos un plan de acción, o bien para fijar la fecha de un levantamiento, o para recordar antiguos mitos y relatar sus leyendas.

Quizá fuera pacífico. Quizá fuese guerrero, yo lo ignoraba. O para modificar la táctica de su resistencia. Resultaba hermoso verlo.

Domingo no me ha hablado nunca de sus conciliábulos, y yo jamás le he preguntado nada. Pero aquella noche, al encontrarme cara a cara con una prueba tan evidente, perdí el deseo de regresar a mi tierra; y aquel fuego interminable que me abrasaba, desde el recuerdo hasta la punta de los dedos, el fuego que consume los días y las noches del exiliado, cesó de torturarme. Acababa de reencontrar, tan lejos de mi país, pero tan cerca de mí mismo, mi justificación universal; yo calaba, como en virtud de una revelación, el sentido ecuménico del misterio más grande: aquí o allá, por doquier, unos hombres, aparentemente vencidos desde hacía mucho tiempo, continuaban ignorando al vencedor y su victoria. Yo comprendía asimismo que el verdadero vencedor era, en el fondo, el vencido, que representaba una continuidad a la que el vencedor no podía adherirse. La victoria militar o política significaba doble interrupción de alguna cosa: de los límites y de la mentalidad del vencedor, doble faz de su futura decadencia. Domingo sabe que yo lo sé, y está contento de ello.

Yo era demasiado joven, cuando me apasioné por Marx, para prever esta metamorfosis. La lucha de clases, durante algunos meses, se me apareció como una gran posibilidad, hasta el momento en que descubrí que los rumanos no eran proletarios, que éstos no existían entre nosotros. Existían campesinos cegados por el deseo de poseer su tierra, burgueses, grandes o pequeños, dispuestos a subir por la escalera social, pero no a bajarla. Proletarizar al pueblo rumano, a fin de que fuese capaz de recibir y realizar el mensaje de Marx, significaba hacerle repetir de manera artificial la historia de los rusos en el siglo XIX. Y esto es lo que sucedió. Mi padre expresó inmediatamente sus dudas en lo tocante a mi conversión. Él me decía: «Eso está basado en el odio. Todo es bueno allá dentro, menos la lucha de clases.» Y, para curarme, puso en mis manos libros de Maurras, Bainville, Léon Daudet y los rumanos que estaban de moda. Lo cual no tardó en proyectarme, automáticamente, hacia el otro lado. Me convertí en lo que en aquel entonces llamaban un nacionalista imbuido de ideas a la francesa. Con su ayuda, tendí un puente entre Rumania y Francia, establecí una comunicación directa con mis nuevos ídolos. Yo despreciaba a los rusos y a los alemanes, a través de esta nueva óptica, me acercaba instintivamente a los latinos, con arreglo a las enseñanzas de los nuevos felibres; consideraba el sistema corporativo italiano y portugués como una posibilidad de organizar el mundo del trabajo. Yo me adosaba a la Falange Española de José

Antonio y sentí como si fuera mía la victoria de los nacionales en Toledo, hermosa gesta típicamente occidental y latina. Me convertí finalmente en Guardia de Hierro, conocí a Codreanu y la embriaguez de forjar, de participar en un canto. Aquello no era política, sino música. Mi padre no estaba satisfecho. Pero sólo faltaba un esfuerzo, un simple paso más, para separarme de ese género de entusiasmo y despertarme verdaderamente, haciendo de mí un hombre sencillamente libre.

Tú sabes, Dios mío, pues es a Ti a quien hablo, mi postrer interlocutor. Tú sabes lo que es ser hombre, hombre ante las ilusiones de su edad, a los diecinueve años, dispuesto a cambiar el mundo, ignorándolo todo de la vida, convencido de todo lo contrario, carente de apetitos personales, dispuesto a dar más que a pretender. Enamorado de todo lo que parece ser y que no es.

¿Por qué me separé yo de los nacionalistas, o de la extrema derecha, lo mismo que me había separado de los marxistas? ¿Cómo y cuándo tuvo esto un principio, un desarrollo y una conclusión? Yo había tenido la sensación de estar participando en un levantamiento, que en mí se confundía fácilmente con una ascensión. Había, sobre todo, la idea de integrarse en una vasta tradición en la que Dios y los príncipes de Valaquia y de Moldavia se confundían en una especie de rumanismo trascendental que me exaltaba. Yo no podía hacer el signo de la cruz al entrar en una iglesia sin sentirme ungido y transfigurado, presente y pasado, como si me convirtiera en la parte exterior, la hermosa forma, de una vieja raíz que tomaba savia y fuerza en el fondo de la tierra, de mi tierra, y del cielo. Jesucristo, según nuestros poetas de entonces, no había andado sobre las aguas, sino sobre los trigales de nuestras llanuras. Mi madre tenía una anciana tía, hermana menor de su abuela, que era religiosa en el convento de Rogoz, a una docena de kilómetros al este de Arroyo Salado, donde nosotros solíamos pasar unas semanas de vacaciones en verano. El Apocalipsis era su tema preferido. Las cosas iban a estropearse en el mundo, y nuestro país no iba a escapar de ello. «Habrá una guerra —decía ella— antes del fin de todo.» Satanás se había convertido en el señor del mundo visible, él dominaba las almas de los grandes de la Tierra, y la salvación estaba en las oraciones y la vida pura, lejos del mal. «No te dejes arrastrar por el mal, el vicio lo está pudriendo todo, según la ley del fin del mundo, no te dejes conquistar por el demonio.» Ella tenía sueños y visiones, y, durante la noche, que yo pasaba en una cama que ella me hacía poner en la terraza, debajo de su ventana, la oía removerse, gritar, luchar en sueños. Ella era un alma sencilla, en contacto directo con las verdaderas fuerzas. Yo la escuchaba, medio convencido, medio incrédulo, admirando en ella la edad avanzada y visionaria, la posibilidad de llegar a profundidades olvidadas; pero el sentido dinámico y ascensional que se había adueñado de mí y de mi generación envolvía en una luz de duda sus profecías de mal agüero. Nosotros éramos forjadores y salvadores, la imagen de la guerra y del fin se confundía en nuestras mentes con el pasado, con el error, el pecado, la corrupción de las generaciones precedentes. Lo verdaderamente extraordinario era que los aristócratas, los burgueses, los campesinos y los obreros creían en nosotros. La noción de las clases, en el sentido marxista de la palabra, es decir, de combate permanente y sanguinario, era ignorado o considerado una prueba de primitivismo concerniente a los rusos, pueblo condenado a no comprender nunca nada y confundirlo todo, destinado a las desgracias colectivas y eternas. Nosotros cantábamos bellas canciones bajo un cielo lleno de amenazas, que nosotros tomábamos por promesas.

Y hete aquí que yo también tuve signos. Y, poco a poco, me fui apartando del siglo y de las ideologías. ¿Qué signos? ¿Qué es lo que te quería contar? Quisiera dormirme, pero no tengo sueño, arrastrado por sus aguas sombrías desde hace ya mucho tiempo, y no me debato, no grito; al contrario, me encuentro allí a gusto. Esta calma lentamente invasora conduce a algún sitio. Los dos *gringos* —un hombre y una mujer— ¿de dónde vienen? ¿Qué han venido a buscar en la mina? Para ellos es también el fin de un viaje. Si son de mi edad, no hay duda: vienen de la orilla lejana de la segunda guerra; si son jóvenes, anuncian la tercera. ¿No es cierto? Todos nosotros somos signos precursores del Apocalipsis, de uno pequeño y parcial o del último. Ellos se han visto obligados a escapar de algún sitio; de un país comunista, donde el mal tiene la ventaja de estar al alcance de la mano, o de un país capitalista, donde el mal es legión, pero incomprensible. Si son jóvenes, vienen de Occidente, donde han robado o matado, donde no desean vivir más, una vez cortados los lazos con una sociedad sin coacciones, pero de superficies podridas y resbaladizas, donde vivir significa a menudo dar la muerte. Huir constituye hoy en día, doquiera que sea, una manera trágica de ser,

como en la antigüedad griega. Los cohetes espaciales son los símbolos de una huida desesperada, como el muro de Berlín en el otro sentido. Si se trata de contemporáneos de mis ilusiones, acaban de escapar de los verdugos.

Y yo no me hallo ante Dios; ya no es a Dios a quien yo hablo en este momento, sino a ti, que le comunicas mis palabras, mis penas, mis alegrías; tú, que no me has abandonado jamás y que me guías en las tinieblas itinerantes que me quedan. Yo sé que mi amor por ti y mi amor por Él representan lo mismo, una manera de cortar con el tiempo y de conocer, o de rozar, lo invisible, lo que no cambia, lo que nosotros seremos. Tú has sido hecha de mil maneras, tú te has dejado podrir por el tiempo, tú has comprendido mal el amor, tú has sido una pecadora como tantas otras, doblegada bajo el peso del Príncipe, hasta el día en que tú, también tú, has comprendido y has venido a mí. ¿Te acuerdas tú, en Nikoláiev, en la margen izquierda del Bug, a la puerta del hospital? Nos volvíamos a ver después de ocho años, yo había sido herido; en plena retirada, tú evacuabas el hospital; yo *te* reconocí en seguida bajo tu uniforme de *crocerossina*, como dicen los italianos. Es una palabra muy linda, bonita y parpadeante, que hace bien a los heridos, pero que conserva, bajo la gracia superficial de su aspecto exterior, el sentido de sus orígenes, la seriedad de una cruz que salva, encarnada por una Madre: quiero decir por una mujer. Yo había perdido no poca sangre, me tambaleaba al bajar del camión; se oía el tronar de los cañones, mientras los aviones rumanos, alemanes y rusos jugaban a la muerte encima de la ciudad y las bombas caían de vez en cuando en el río o en los tejados; había un estruendo atronador, la gente huía... y tú descansabas, apoyada en la jamba de la puerta de entrada, las manos a la espalda, como si estuvieras esperando a la muerte o a alguien, imagen deslumbradora de una victoria sin nombre. Tus ojos miraban a lo alto, más allá de los aviones. Me detuve para contemplarte, como en tiempos a la luz del árbol de Navidad, para fijar mejor en mí tu imagen. Estabas como separada, anacoretica, alejada de cuanto sucedía en torno tuyo, por tu fatiga o por lo que acababas de descubrir.

—Hermana, estoy perdiendo sangre. Hágame un buen vendaje antes de partir.

Tú me miraste. Y te lanzaste a mis brazos, como empujada por todos tus pensamientos. Al final de todo lo que acababas de mirar en el cielo o en ti misma, solamente había una salida, y esa salida era yo. Ése fue nuestro segundo milagro. Los últimos restos de la belleza, herida, agonizante, perseguida, desgarrada, habían ido a refugiarse en ti. Tú eras en cierta manera intocable, pues, en aquel momento de desgarros y de ruidos de muerte, representabas la vida, lo que no puede morir, lo que anuncia o prefigura otra vida. Tú eras como el recuerdo del sol en plena noche. Yo me había apartado desde hacía algunos años de la confusión política, negándome a toda promiscuidad de masas, fuera clase o nación; pero fue en aquel momento, en Nikoláiev, cuando acepté, comprendiéndola, mi soledad. Mi soledad en ti. Mi amor se convertía en aquel momento en conocimiento, lo cual es amor entero, a un grado o a otro. Y tú también, tú acababas de vivir tu segundo nacimiento, sumida de lleno en mi reencontrada soledad. ¿Lo recuerdas?

Aquella misma noche fuimos todos embarcados, traqueteados y amagados por las carreteras de Ucrania, y luego por las de Besarabia y Moldavia, entre los estallidos de voces y de obuses, gritos de heridos, lamentos, estertores, patéticas rupturas y últimas tomas de conciencia. Yo empezaba a admirar el bien en el mal, el hospital de campaña como la más alta escuela de la vida en común, donde el dolor casa con la sabiduría, la postrera, la que nos da acceso. Tú sólo habías pasado cinco o seis meses en el frente, empujada por una extraña idea, o por un presentimiento, a hacerte enfermera, a sumirte en aquella sucia y sublime confusión. Nuestro convoy fue atacado dos veces por aviones soviéticos, a despecho de nuestras señales para que nos reconocieran. Perecieron heridos, médicos y algunas enfermeras. Tres de las seis ambulancias salidas de Nikoláiev llegaron sanas y salvas a Rumania; otros heridos dejaron su vida en el empeño. Una noche, una orden llegada de Bucarest nos hizo tomar el camino de Arroyo Salado. ¿Fuiste tú, verdad, quien había obtenido aquel traslado a tus bosques y tus tierras, cerca de tu última morada? Tú no me lo has confesado nunca, pero yo siempre he tenido mis sospechas a este respecto. Tú tenías ciertos poderes, pues habías nacido bajo un signo profético o brujo. Nuestra boda, que solamente duró un año, en la iglesia de madera del Claro del Manzano. Llovía, el bosque de abetos tenía el aroma de los Cárpatos, el agua bendecía nuestra unión. Los signos nos eran favorables; pero eran unos pobres

signos, desprovistos de significación, porque fueron echados abajo y falseados por un tiempo de guerra. Tú no cesabas de mirarme, como si fuese yo el que iba a morir muy pronto, pues, una vez curado mi brazo, yo regresé al frente, a Rusia. Volví a ver Nikoláiev y el hospital, esta vez en ruinas, e inmediatamente después fuimos rechazados hacia nuestras fronteras. Y todo terminó como una pesadilla, empalmando con otra pesadilla. En el momento en que el frente se hundió, yo tomé el camino de Arroyo Salado, de aquellas tierras y de aquella mansión blanca, convertidas en mías entretanto, donde un hijo acababa de nacer. Yo podía sentirme dichoso en medio del desastre, pero no era así: yo corría, saltaba de un tren a otro, amenazaba con mi pistola para conquistar una plaza en un camión, corría de nuevo por los caminos, convertidos en túneles en medio de la polvareda de agosto, había una sombra de amenaza sobre nosotros o sobre ti y quería llegar a tiempo para salvarte.

Pero de lo que te quería hablar es de mis dos signos. En este momento siento no hallarme en estado de salir: hubiera podido bajar a la mina, hablar a los dos extranjeros, ayudarles, pues conozco esos momentos de apuro en medio de un espacio nuevo. En Dublín, en Graf ton Street, aquella mujer que me detuvo en plena calle. «Usted es desgraciado y está solo. ¿Qué puedo hacer por usted?»

He aquí el primer signo, tal y como yo lo recuerdo: ¿cuándo fue? En verano, mientras estaba yo de vacaciones en casa de mis padres, en Arroyo Salado. ¿Por qué pasó así? ¿Por qué esa sangre por doquier en mi vida, en mi tiempo? Yo sufro al recordar esa escena, es como una herida, una úlcera que acaba de abrirse y me hace daño hasta el fondo del cerebro. Tendría que intentar dormir. Yo no estaba en paz conmigo mismo, acababa de descubrir a Papini, Gide, Valery, Joyce, Thomas Mann, Rilke, Claudel y Spengler, amaba a los poetas rumanos contemporáneos y me alejaba así, poco a poco, de mis entusiasmos políticos. Estudiaba Letras y Filosofía, pero realizaba también unos cursos en la Facultad de Teología. No era cosa fácil romper con mis camaradas, cada vez más perseguidos por la Policía del rey Carol, detenidos, torturados. La violencia se había hecho recíproca. Este rey, inteligente, pero profundamente corrompido, estaba dominado por su sexo y por todas las fuerzas que obligan a un hombre consagrado al mal; un hombre condenado, digo yo, desde su nacimiento por un defecto físico a no ser él mismo en lo humano, había creado en torno suyo una atmósfera infernal. Aquello era nuevo y descorazonador. La inmoralidad ligada al poder es lo más nefasto y horrible que pueda existir. El palacio real tenía el aspecto de un gabinete satánico. Se hablaba de noches de orgía, de partidas de póquer en las que el rey ganaba siempre, ya que sus contrincantes se dejaban despojar, por miedo y cobardía, recuperando al día siguiente por medio de sórdidos negocios de armamento lo que habían perdido durante la noche; francachelas inmundas, oficiales insultados, oficiales sublevados e inmediatamente condenados por los tribunales militares. Los políticos se doblegaban a este juego. El país olía a tabaco, a vino; un aire de casa cerrada y de club nocturno a altas horas de la madrugada planeaba sobre el centro de Bucarest, sobre el palacio y los ministerios. Se hablaba a media voz de torturas en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía. Los jefes de la Guardia de Hierro se ocultaban, otros proseguían abiertamente la lucha. Excepto ellos, nadie se atrevía a moverse en el país. Una lucha sorda, a veces visible, acababa de estallar entre un Poder marcado por el sello de la Bestia y aquellos jóvenes dispuestos a tomar el camino del martirio.

Tú, en cierta medida, formabas parte de esta podredumbre. Tu padre acababa de ser nombrado prefecto de Arroyo Salado. Y tú rodabas por el lodo, a toda velocidad, o quizá no, yo jamás he sabido encontrarte una definición, una justificación a tus cambios de rumbo sentimentales. Creo haberlo comprendido posteriormente. Tú tratabas de ahogar con el amor, si eso puede ser llamado así, la angustia de los hombres de tu tiempo. Había, sí, una angustia en los ojos de los jóvenes de mi generación. Los que vinieron a refugiarse junto a ti, y a quienes yo detesté en un primer momento, llevaban esta angustia en sus miradas, como una sombra, la del siglo o del país en que habían nacido. Tú habías sido su consuelo o su salvación, ellos habían soportado la guerra, y habían salido de ella sanos y salvos, porque estabas tú al cabo de sus pensamientos y de su postrera esperanza. El pequeño Mihai tenía los ojos llenos de lágrimas cuando se acordaba de un pasado que yo no quería conocer. Yo también he sobrevivido por causa tuya. Tú ni siquiera has existido quizá, tú has sido,

para todos nosotros, la imagen de Rumania o de la vida, tal y como cada uno la llevaba en su alma joven, una imagen convertida en mujer, como una estatua envuelta en los pliegues de una bandera.

Yo volvía del centro, lo recuerdo, con un libro de poemas en la mano. Había tomado por la calle de Isabel, que llevaba hacia el lado en que se hallaba tu casa, y la había tomado muchas veces, pero nunca te había encontrado en ella. Tú la recuerdas. Era una larga calle derecha, bordeada de casas burguesas, limpias, floridas; un hálito de frescor vegetal desembocaba en la acera por todas las puertas; unos jardineros estaban regando los parterres, mientras sus amos jugaban al póquer en el jardín; detrás de cada casa había espacios verdes y voces que pronunciaban las palabras rituales. Era la temporada de las ciruelas y de los racimos. Tú saliste por una de aquellas puertas, como empujada por el efluvio vegetal, y los dos nos detuvimos, frente a frente, yo confuso y tímido, seguía siendo el hijo del director de la locomotora, y tú sonriente y muy satisfecha, vestida de blanco estival, los cabellos tocando tus hombros derechos, de estatua. Tú eras una estatua, demasiado perfecta para pertenecer a una especie, a una masa de carne y hueso. Había en ti, desde la edad infantil en que te conocí, un tono de creación, de unicidad, que te daba al mismo tiempo el aire de estar por encima de la vida y por debajo, quiero decir un aire de pieza única, por su manera de haber venido al mundo, y perteneciente a todos. Una obra de arte. Te acompañé un trecho de camino. Tú salías de una casa amiga y regresabas a la tuya, donde tenías que hacer las maletas, ya que partías al día siguiente, con tus padres, hacia el mar, a una playa de Besarabia. Fue éste un breve encuentro. Yo me avergonzaba un poco de mis recuerdos, tú también quizás, y de aquel impulso pueril que nos había unido ante el árbol de Navidad. Había también una duda, una premonición, un soplo de porvenir que tendía a aproximarnos, pero que no tenía bastante fuerza en aquel momento.

—Haces política —me dijiste.

—Hacía. Ya no tengo tiempo para ello. (Con el aire desembarazado de los jóvenes que hacen cosas importantes, que se sacrifican en aras de la Humanidad.)

—¿De qué te ocupas en este momento?

—Leo, estudio. ¿Y tú?

—Nada, no hago nada. Me aburro. Víctor —me dijiste, y vi tus ojos, que tenían miedo, también ellos. Acababas de detenerte e implorabas alguna cosa incomprensible e insoportable, yo hubiese dado la vida por comprenderte y ayudarte; pero tu impulso fue de corta duración, tú lo recordarás. Me dijiste—: ¡Hasta la vista! Espero volverte a encontrar algún día en Bucarest, en otoño.

Y te despediste de mí con tu sonrisa habitual, a la medida de los demás. Yo había entrevisto mi camino hacia ti. Aquello había durado lo que un relámpago, mas lo que aquella luz me, enseñó, tu deseo de otra cosa, la búsqueda de un ser humano que no estuviese podrido, de un joven dedicado al combate contra el mundo representado por tu padre y los suyos, el deseo de compartir ese anhelo de renacimiento místico que nos arrastraba a nuestra actividad semipolítica, semirreligiosa, la certeza de haber encontrado en mí, convertida en madura por la verdadera vida, aquella lejana promesa infantil, todo esto, lo mismo que el temor a una catástrofe cercana que nos concernía a todos, me fue revelado en aquel instante. La ventana fenomenológica se acababa de abrir hacia lo abierto de lo existente. Reanudé mi camino, a lo largo de un muro que rodeaba un patio grande y una mansión, la más rica del barrio; la acera no era ya de piedra, sino que había sido cavada en la tierra seca y polvorienta, sembrada de guijarros; yo tenía mucho calor, como *si* tuviera fiebre, me hallaba como deslumbrado por aquel encuentro; abrí un periódico que acababa de comprar. Aquella fue la señal. Algunos de mis camaradas, yo conocía uno o dos de ellos, habían matado a tiros de revólver y golpes de hacha a un antiguo Guardia de Hierro en su lecho del hospital. Éste había sido acusado de traición, se había separado del partido y había fundado otro. Yo veía la matanza, las sábanas ensangrentadas, oía los gritos de la víctima, sentía que me estaba volviendo loco, no podía poner en el mismo saco mi encuentro contigo y la noticia de aquel asesinato. Me volví y grité: «¡Marta!» No había nadie en la calle, que se iba hundiendo dulcemente en el crepúsculo amarillo y silencioso. Yo me sentía morir de rabia, de impotencia, de amor por ti y de odio por todo lo demás. Y yo estaba dominado al mismo tiempo por la certidumbre de la caída. El estío había sido invadido por los primeros pasos del otoño y yo temblaba en aquel aire profético.

Aquel día puse fin a mis pasiones políticas. Había comprendido que era necesario contar con el crimen, la traición, la mentira y la mediocridad para hacer la Historia y llegar a la escena, y yo me sentía tallado en otra sustancia, mejor o peor, pero distinta. Mi retirada fue silenciosa y lenta. Fui cortando los contactos uno por uno. Yo creía poderlos cortar. Pero aquello no era suficiente. Mi nombre estaba inscrito en las fichas, la Policía lo sabía todo, era difícil adherirse a la objetividad, al apoliticismo, y demasiado tarde. Yo estaba marcado, sin saberlo, por un sello indeleble.

Y he aquí el segundo signo:

Yo fui detenido, con otros estudiantes, y conducido, unos meses después, a la prisión de Arroyo Salado, donde mis padres ni siquiera tenían autorización para venir a visitarme. Sucedió esto pocos días después del asesinato del Primer Ministro Armando Calinescu, el cual, a su vez, había hecho matar a Codreanu y a todos los jefes de la Guardia de Hierro. ¿O fue antes? Ya no lo recuerdo con exactitud. Todos estos acontecimientos han perdido la fecha y el frescor en mi memoria. Yo seguía ya un itinerario que no era el de la historia pública y me iba concentrando cada vez más en mí mismo, en mis relaciones personales con el mundo. Mis camaradas se pasaban el día cantando, y la atmósfera era de las más reconfortantes. Aquellos jóvenes representaban mi generación, lo que ella tenía de mejor, de más inteligente y más evolucionado. Ellos eran mis amigos. Ellos perecieron casi todos en las cárceles del rey Carol, en el frente, algunos años después, o en las prisiones comunistas. En poco tiempo, esta flor y nata fue aniquilada por la monarquía, por la burguesía militar y por los marxistas extranjeros luego. La sinfonía en rojo de Katín fue dirigida en nuestro país por varios directores de orquesta, pertenecientes a diferentes estilos y escuelas. Se rumoreaba entre nosotros que Codreanu se hallaba en la misma cárcel, y esos cantos iban dedicados a él. Mi detención se acabó una noche, bruscamente. Me hicieron salir de mi celda y me subieron a un camión, en el que decenas de los nuestros estaban ya hacinados. En cierto momento me di cuenta de que estábamos rodando por el puente del Arroyo Salado y que nos llevaban en dirección a Bucarest. Al otro extremo del puente, el camión se detuvo, fue abierta la puerta trasera y una voz gritó mi nombre en las tinieblas. « ¡Baja! » Salté a la carretera. «Dirígete hacia aquella luz.» Eso hice. Estaba seguro de que me iban a matar por la espalda, disparando sobre mí en cuanto me alejara un poco; pero no tenía miedo, al caminar miraba el cielo claro y frío. Esto sucedía seguramente en otoño, y yo no pensaba nada, no lamentaba nada, esperaba con loca impaciencia que resonasen los disparos, que otros pasos siguieran los míos, que otros camaradas estuvieran a mi lado, que mi muerte no fuese demasiado solitaria. Me dirigí hacia aquella luz, que yo percibía claramente, situada entre los gruesos álamos que bordeaban la carretera, y oí el ruido del motor del camión, que se alejó en la noche hacia el lado de Buzau y de la capital. Me detuve. Nadie me seguía. Había quedado solo. No podía comprender lo que pasaba. Una voz de hombre, desconocida, me llamó, procedente de aquella luz, que era la de una bujía o una linterna. Oí que unos caballos resoplaban en la oscuridad, percibí su olor a cuadra y a simplicidad animal. « ¡Señor Víctor! » Yo tenía frío. «No tema usted nada. Acérquese. Vengo de parte de la señorita Marta.» Comencé a correr. Ella no estaba allí, era solamente un cochero y un viejo coche de dos caballos, una victoria de antaño, con el capó levantado. El cochero me rogó que montase en ella. Había allí un saco de provisiones, una botella de *tsuica* y una buena pelliza en la que me envolví inmediatamente, sin preguntar nada, satisfecho de vivir. Tú habías preparado aquella evasión, cuyo autor directo había sido tu padre, el prefecto. Los otros, mis amigos del camión, fueron ejecutados al borde de la carretera, unos kilómetros más lejos. Sus cadáveres fueron luego expuestos en calles y plazas de todas las ciudades rumanas. «Así acaban los traidores», podía leerse en unas pancartas puestas encima de ellos. Nadie comprendía lo que habían traicionado ni cuándo. Chicos de dieciocho años, estudiantes sobre todo, a millares, que no habían tenido tiempo de comprender, que se habían consagrado a una causa, justa o injusta, eso no tiene relación alguna con su muerte, pero que eran acusados de traición y juzgados en consecuencia. Yo tomé aquella salvación en el último minuto por otro signo. Yo no estaba muerto, estaba destinado a la inmortalidad. Eso era lo que yo pensaba entonces. Pero no era cierto. Todos estamos destinados a la inmortalidad, que está llena de matices. Tú lo sabes mejor que yo.

¿Por qué me habías salvado la vida? ¿Cómo eras? Bella, sí, ligera, sensual, inteligente. Tú estabas muy ocupada en aquel entonces en correr de un piso de soltero a otro, tu tristeza justificaba

tu inconstancia, había una especie de vergüenza colectiva que tú gustabas de asumir por medio de actos concretos. O bien había otra cosa, que tú encarnabas ese poder mágico de las mujeres pertenecientes a los pueblos que se sabían en camino de deslizarse al mal por el trujamán de una derrota oculta en el inmediato futuro, ellas se convierten en el *olvido por el placer* en el momento en que ya no marcha nada. Las obras de arte, la poesía grande y el pensamiento pueden también asumir el mismo sentido. Algunos escritores y artistas como Brancusi y algunos poetas como Luciano Braga y Ion Barbu alzaban, en derredor nuestro, las mismas murallas de protección que tú y las mujeres de nuestro país, con el mismo cuidado exquisito, a fin de que nosotros pudiésemos soportar el oculto desastre tras los recuerdos y las obras maestras. Tu cuerpo se despojaba así, poco a poco, de su alma, que tú transmitías a los vencidos del mañana. Dan Popescu, Ion Manu, Ovidio Bunescu, Mihai Noaptes, Alejandro Cosma, yo mismo y luego tu hijo, tu última encarnación. Tú no tienes necesidad ni de mis plegarias ni de mi perdón. Tardé en comprenderlo. En el fondo, soy yo el que necesita ser perdonado. Y, pensándolo bien, ni yo tampoco.

Mientras bajaba la escalera lentamente, tratando de no hacer ruido y no despertar a los otros, que descansaban todos al abrigo de aquel silencio inverosímil, Ion Manu no pudo evitar el pensar que todos ellos se hallaban a merced de Ovidio. La casa estaba aislada, a más de un kilómetro del pueblo, y en las cercanías no había ninguna otra villa. Ni tampoco teléfono. «En el fondo — pensó—, estoy aquí para descansar.» Pero una curiosa inquietud se apoderó de él. Durante la noche, aquel aislamiento debía pesar en el sueño. Admiró el piso de baldosines rojos de forma octogonal, los antiguos muebles rústicos de madera pulida, una estufa de hierro apalastrado, puesta allí para calentar la entrada y la caja de la escalera, entró a paso de lobo en el salón, y se puso los zapatos, que había llevado en la mano; el embaldosado era aquí de un amarillo ocre, cubierto con alfombras en invierno, probablemente, cuando las llamas se retuercen en la chimenea, rústica también, y que domina la sala como si fuera un trono. Todo era sencillo y de un gusto sin fallos. Aquello no estaba hecho para deslumbrar o para manifestar infatuación o fanatismo por lo moderno o por lo antiguo, sino sencillamente para ser habitado. Era una morada humana, a la medida de su dueño. Había incluso, y éste era el único partido tomado discernible en el edificio, cierto deseo de sorprender por el desprecio de todo cuanto pudiera ser considerado una moda al gusto del día o de los demás. Cuadros de todas clases, clásicos, antiguos, abstractos, grabados —uno de ellos representando el antiguo palacio de los príncipes de Valaquia en Bucarest, fechado en 1802—, vagamente agrupados con arreglo a sus tendencias, daban a las paredes un aspecto de museo personal, indicando la evolución del espíritu de Ovidio, o de sus preferencias, o testimoniando su eclecticismo, indiferente a las modas y a las escuelas. Lo más hermoso de aquella pieza estaba constituido por su parte superior, donde las habitaciones del primer piso iban a acodarse en la balaustrada de madera oscura. Aquello era como una especie de balconada interior, anunciando la fachada exterior y su apertura hacia el mar y las montañas. Aquello componía un conjunto muy español, lo mismo que el embaldosado y la chimenea, lo que hacía pensar a Ion en un proceso de adaptación, e incluso de metamorfosis, que había tenido lugar durante aquellos últimos años en el alma del escritor. La propia elección del sitio, donde Ovidio pasaba nueve o diez meses al año, habiendo transformado aquella casa en un hogar, explicaba asimismo la arquitectura de aquella morada, su estilo y sus muebles, el aire movedizo y febril que se desprendía de ella. Había allí una necesidad evidente de calma, una sed de refugio y de armonía entre un paisaje vuelto por fin a encontrar y una búsqueda interior, finalmente apaciguada. Lo que Ion buscaba en la colocación de los objetos, en las blancas cortinas, era el rastro de una mano o de un hálito de mujer, una fotografía reveladora.

Se aproximó a la chimenea, tocó con su mano la piedra amarilla, «con reflejos de mármol de Siena», pensó, miró hacia la derecha, descubrió una puerta que no conocía, la abrió, y penetró en el gabinete de trabajo de Ovidio; retrocedió al momento, como rechazado por la intimidad excesivamente pujante que se desprendía de las estanterías de la biblioteca que cubrían las paredes y por los papeles en desorden, los libros abiertos o cerrados que cubrían la mesa, más bien pequeña, situada al lado de la ventana. Volvió a cerrar la puerta tras él, sin haber osado quedarse más en aquella habitación, profanarla de algún modo con su curiosidad, y se encaminó hacia la terraza. Una vez al aire libre, caliente; pero soportable, fue invadido bruscamente por el paisaje. No había nadie, en ninguna parte. Una fragancia de flores poseídas por el sol flotaba en el aire inmóvil, un aroma de pinos la remplazó al instante, el aire era como un vasto almirez donde la luz machacaba hojas, frutos y pétalos, desprendiendo de vez en cuando el olor más recientemente obtenido. «La alquimia del mediodía», pensó Ion, y bajó la escalera que conducía al jardín y a la piscina. Marta hubiese amado

este lugar. Hubo en él una especie de mezcla de alegría y de celos, como si hubiera ofrecido a la memoria de Marta un objeto que no le perteneciese. Que pertenecía a Ovidio, autor de aquella casa, de aquel paisaje, estuvo a punto de decir; trató de cambiar de imagen, mas pensó inmediatamente: «¿A cuál de nosotros amó ella realmente?» No obtuvo respuesta. Tentado durante algún tiempo por la teoría de Adler acerca del donjuanismo femenino, coronación de una voluntad de poder ejercida sobre los hombres y que asegura una especie de equilibrio en el desequilibrio; empujado posteriormente, tras de su encuentro con el libro de Jung, hacia una interpretación más personalizante, según la cual cada hombre oculta en sí un *anima*, imagen de su propio ideal femenino, y cada mujer un *animus*, respuesta y complemento de la otra; él se había roto la cabeza tratando de encontrar el *anima* de Marta en cada uno de los hombres que fueron a buscar refugio en su casa al final de la guerra. ¿Quién poseía el *anima* que atraía el *animus* de Marta? ¿Uno de ellos, habiendo sido los otros cinco falsas coincidencias, o los seis a la vez, en diferentes períodos, como poseedores de la misma *anima*? ¿Era aquello posible? Él lo había discutido con Jung, en su villa de Küssnacht, donde había sido recibido durante el invierno de 1959, año y medio antes de la muerte de su dueño. Él veía por la ventana las aguas del lago de Zurich, cuando la mirada de Jung se dirigía también allí en busca de alguna cosa. Ion había quedado sorprendido por la paz de aquel hombre, el cual, respondiendo a alguien que le había preguntado si él creía en Dios y en el más allá, cómo y por qué, respondió: «Yo no creo, yo sé.» ¿Cómo podía saberlo? Al mirarle, sentado a su mesa de escritorio, en el primer piso de aquella villa, en la que, sobre la puerta de entrada, podía leerse este extraño mensaje, grabado en la piedra: *VOCATUS ATQUE NON VOCATUS DEUS ADHERIT*, Ion había podido descifrar el reflejo de su certidumbre. El libro de Memorias, publicado a título póstumo, le había puesto en contacto más estrecho todavía con el hervidero místico que hacía de aquel hombre un vidente científico, lo que Ovidio Bunesco había llamado en alguna parte, sin duda en alguno de sus libros, «una imagen del hombre futuro.»

Pero Jung había eludido la cuestión. «Yo tendría que haberla conocido personalmente —le contestó—. De todos modos, eso es muy extraño. Me hubiera gustado conocerla.» Aquello le había impresionado. Marta obraba a distancia. Jung miró por la ventana, dejando a Ion la posibilidad de contemplarle a gusto, o bien, separado de golpe del presente, como suele sucederles con frecuencia a los ancianos, concentrado en aquella mujer lejana y desconocida, pero que quizás estuviera en aquel momento presente en él, haciéndole una seña, deseando acercársele, turbándole con su belleza y su misterio. «Estoy seguro —añadió— de que ella vendrá muy pronto a visitarme.» ¿Qué había querido decir? Ion se enteró más tarde, al leer sus Memorias, de que su maestro creía en la manifestación incesante de los muertos, que vienen a visitarnos a menudo en los sueños e incluso en nuestra vida despierta, por medio de imágenes que se proyectan en nuestra pantalla interior y que nosotros somos incapaces de identificar. Basta con cerrar los ojos. Ion lo había experimentado muchas veces. Penfield le había dicho que se trataba de figuras registradas por nuestra memoria infalible, rechazadas al inconsciente y surgidas a la superficie de la conciencia en los momentos más inesperados. ¿Había ido ella, Marta, a frecuentar el mundo interior de Jung? ¿Quizás antes de su muerte, guiándole a ella como Besatriz, desvelándole su secreto vital? Su sentido más bien positivista de la vida y de la muerte le impedía inclinarse demasiado a menudo hacia estas profundidades envueltas en un misticismo incontrolable, que lo atraía sin embargo como un abismo y le daba miedo al mismo tiempo, y era por eso por lo que, bamboleado entre Freud y Jung, entre una concepción vieja y aparentemente sólida de la vida física, basada en lo experimentable y la estadística, y una novedad excesivamente deslumbradora, surgida de la intuición y de la noción religiosa del alma, él prefería apoyarse en lo que llamaba *lo sólido*, mas sin quedar satisfecho de ello. No siendo un exclusivista, habiendo rehusado siempre convertirse en un partidario o en un parcial, él no se adhería a ningún grupo o secta psiquiátricos, y su numerosa clientela le venía exclusivamente de sus dotes y su ciencia personales. Él vivía de lleno el drama del psiquiatra, tentado por tantas técnicas y teorías a la vez, poco seguro de su múltiple saber, incapaz de elegir aún entre una concepción materialista de la mente, cómoda por ser fácilmente aplicable y financieramente rentable, representada por Freud y sus continuadores y heredada del siglo XIX, y el alma de los nuevos buscadores, redescubierta por Jung. A la manera de su época, Ion Manu

habitaba en unos espacios intermedios, teniendo que soportar todas las incomodidades de la friabilidad y de la inconstancia.

El agua de la piscina, absolutamente inmóvil, le sugirió una zambullida; mas era demasiado pronto, se encontraba aún en plena digestión, así que anduvo a lo largo de los reflejos cegadores y se dirigió hacia el vergel, que bajaba en cuatro terrazas hacia un camino que él entreveía entre los árboles. Un ruido de fruto seco, roto entre dos piedras, el único ruido en el silencio de la tarde, centró su atención, y vio a Alejandro, el cual, en mangas de camisa, sentado en uno de los peldaños de la escalera que hacía comunicar las terrazas de uno y otro lado del vergel, se entretenía cascando almendras. Dedicado a su trabajo, invadido el rostro por una alegría infantil, los rubios cabellos caídos sobre su frente sudorosa, tenía el aspecto de haberse escapado de su habitación, a escondidas de sus padres, para cascar almendras y aprovechar, en plena soledad de adolescente, el mediodía brujo de las vacaciones estivales. ¿Cómo Marta había podido amar a este niño? ¿Cómo Marta había podido amarnos después de haber conocido a este niño? ¿Por qué yo he envejecido antes que él? Porque yo salí de la infancia a los dieciséis años de edad, para no volver jamás a ella. En este momento, Alejandro alzó la cabeza y le sonrió, mientras con el dorso de su mano derecha trataba de poner un poco de orden en sus cabellos.

—Ven aquí, viejo, acércate. Las almendras frescas, llenas de leche vegetal, ¿conoces tú el sabor que tienen? Yo las comía con mi mujer, en Estambul, poco después de la guerra. Con higos. Mira, detrás de ti, al final de la terraza, hay una higuera. Vete a buscar unos cuantos. Tú sabes cómo hay que hacerlo. Hay que palparlos con las puntas de los dedos y arrancar los más blandos haciendo un movimiento circular, como si estuvieras desenroscando una bombilla. Yo, por mi parte, voy a buscar racimos de uva. Verás qué delicia.

Cada uno de ellos se dirigió a su objetivo. Ion buscó, con tímidos dedos, detrás de las ásperas hojas. Había, efectivamente. Era necesario palparlos. Los más maduros se desprendían inmediatamente de su pedúnculo; los depositaba a sus pies, con cuidado, formando un montoncito que iba creciendo por momentos. Se apartaba unos pasos, buscaba entre las hojas, sus dedos se hundían a menudo en la frágil pulpa, y volvía sobre sus pasos para depositar su cosecha. Así, fue dando varias veces la vuelta al árbol, bajo y frondoso, visitado por las lagartijas. Cuando este *giro tondo* le llevó en la dirección favorable, él divisó entre las hojas la montaña humeante y tuvo la sensación absurda, y quizá pueril, de que el calor del día emanaba de aquel incendio, como si fuera de un horno. Se detuvo ante el espectáculo, comenzó a pelar el último higo cogido, hundió en él sus dientes curiosos, quedó sorprendido del frescor agridulce del fruto, pensó en el paraíso terrenal, fue invadido por un sentimiento de libertad, de soltura ante el espacio y el tiempo, de alegría sin mezcla, sin compromiso alguno, cogió otro higo, tuvo la intención de establecerse para siempre en aquella sensación, ya que el paisaje le ayudaba, viró bruscamente hacia el lado de lo real, mas completamente refrescado o purificado, como si acabara de comprender o de vivir algo esencial e inédito, volvió al montículo formado con todos los frutos recogidos, los tomó entre sus manos y se encaminó hacia Alejandro, el cual acababa de llegar también, cargados los brazos de racimos blancos y rosados.

—Los he lavado —dijo—. Son muy dulces, pero sin aroma, no son como la uva de nuestra tierra.

Se sentaron en la misma escalera, a la escasa sombra de un almendro. La terraza de abajo había sido plantada de naranjos, de sombra baja y compacta, de donde subían vaharadas de frescor. El murmullo de una corriente de agua enmarcada en una acequia llegó hasta ellos, completando la soledad y el aspecto de complot de su reunión bajo los árboles. Se pusieron a comer, metódicamente. Una almendra, un higo y dos granos de uva. La mezcla sabía a Olimpo, o a otros tiempos.

—Yo soy un meridional, no hay duda —comentó finalmente Alejandro, con la boca llena—. Me he sentido siempre fascinado por el calor inmóvil. Veo dioses por todas partes, ninfas detrás de las hojas, en el jugo de la fruta, en el cielo estático. Llevo sangre griega en mis venas, del lado materno. Siempre he evitado el Norte, el frío. La nieve sólo me agrada vista desde detrás de los cristales de una confitería de Munich o de un chalé suizo. Mientras que este calor, estos sabores... Adoro sumirme en ellos. Me gustaría...

Se calló. Hubiera querido decir: me gustaría compartir esta felicidad con una mujer; pero Ion le daba un poco de miedo con su ciencia del alma y su frialdad de médico o de mago anglosajón.

—¿Qué te gustaría? Dímelo. Aunque ya sé lo que quieres decir. Yo también...

Se sonrieron desde el fondo de los ojos, transmitiéndose imágenes: brazos desnudos y bronceados, senos voraces bajo una tela veraniega, palabras mínimas y buenas, como imantadas por el calor.

—¿Tú no has hecho nunca el amor así, entre los árboles, en plena tarde, los dedos hincados en la tierra, después de haberte dado un atracón de higos?

—No, yo habito en un país del Norte, de suelo frío y húmedo. Un país demasiado civilizado, donde la gente ha dejado de relacionar el amor y la Naturaleza. Ellos prefieren una cama en una habitación bien caldeada y, si es posible, bajo el control, lejano, pero eficaz, de un psiquiatra.

—Tú *te* has aprovechado bien de tu profesión, ¿verdad? —Y tú también, tengo esa impresión.

Se echaron a reír con su risa de antaño, mientras con sus dedos, que ya habían adquirido experiencia, arrancaban la blanda pelleja de los higos y la fría de las almendras, que se pegaban a las uñas.

—Yo desplazándome, y tú sin moverte de tu sitio. Si te dijera que tengo una amante en cada uno de los puertos en que hago escala ¿me creerías? Mi vida está poblada de mujeres. Eso me hace al mismo tiempo dichoso y desgraciado. ¿Puedes comprenderme?

—Lo intentaré.

El rostro de Alejandro quedó cubierto por la sombra que había invadido sus ojos. Envejecía de pronto, bajo los recuerdos y los remordimientos. ¿Cómo empezar, por qué lado? Quería tomar una actitud imparcial frente a sí mismo, tener un aire de soltura y de indiferencia, no dejar en Ion la impresión de que pedía un consejo, de que lo necesitaba a él precisamente como especialista, que había consentido en emprender aquel viaje para encontrarle y provocar en cualquier sitio una sesión psiquiátrica. No necesitaba ninguna cama para caer en la confesión. La vieja amistad bastaba ampliamente para ello. Un problema, el más arduo de su vida, debía ser resuelto allí, aquel mismo día. Comenzó, pues, contándole su encuentro con la prostituta, aquella que le había prometido una noche iniciadora, noche estúpidamente perdida, evitó hablarle de Marta, pasó al matrimonio con Teresa, a sus noches de amor en Estambul. Vaciló. Ion le escuchaba con aire objetivo, desembarazado y cortés, inclinado sobre las almendras que seguía rompiendo, pero siendo todo oídos. Alejandro se lo agradeció interiormente. Él necesitaba aquella actitud profesional, ocultándose bajo gestos de amistad y expresiones casi indiferentes. Prosiguió. Sus celos, pues era muy celoso, se traducían por una falta de confianza en sí mismo. Él se ausentaba durante largos meses, dejando a Teresa sola en su apartamento de Roma. ¿Qué pensaba y qué hacía Teresa? ¿Estaba ella siempre satisfecha de su virilidad? ¿Lo había estado en el pasado? Él dudaba de todo. Si él no se hubiese privado de aquella noche de amor, si aquella mujer, que había querido transmitirle un secreto, le hubiese puesto en contacto con quién sabe qué técnica salvadora... Mas eso no había sucedido. Él había perdido aquella ocasión. Durante uno de sus viajes a Saigón, o quizá fuera a Indonesia, había tomado la decisión de verificar sus posibilidades ante una nueva compañera, ya que nunca se sabe, uno puede dar así con verdaderas maestras en la materia. Aquello le había gustado. La posibilidad no era para ser rechazada. Su ojo se había hecho clínico. Así que estableció oficinas amorosas en todas las latitudes tocadas por su barco. Su última conquista era una alemana de Hamburgo. Pero no había aprendido nada. Eso no es muy variado que digamos, ya lo sabes. Se trata de cierta fuerza natural, que uno posee o no posee. Las mujeres amarillas son quizá más zalameras, ya que el hombre no es su igual, sino su dueño y señor; esto le exaltaba al principio; pero el gran secreto que quería sorprender para aplicarlo después no lo había encontrado, y hay que ver los trabajos que se había tomado, verdaderamente, para ello. La mujer más extraordinaria, la que sabía ser su igual y su esclava, la que no había cesado nunca de amar y desear por encima de todo, después de tantas pruebas, seguía siendo Teresa. Y eso era lo que le traía a mal traer. A aquella mujer perfecta quizá no había logrado llenarla con su imagen viril, quizás él no estuviera a su altura. En vano había buscado el modo de hacerse mejor; tenía dinero, una gran experiencia. ¿Acaso esto es suficiente para que una mujer como ésta te sea fiel, quiero decir siga dedicada a

adorarme? Yo he hecho todo lo posible para conservar mis privilegios, para no ser destronado. Y prosigo ese juego aberrante y agotador, que se ha convertido en mi vicio y mi perdición, y del cual no puedo librarme. ¿Qué piensas tú? Cortarlo de golpe quizá fuera peligroso.

Se puso en pie.

—Voy a buscar unos racimos.

El caso estaba bien claro. En apariencia. Original, en tanto que situación exterior. Habría hecho falta enfocarlo también bajo su aspecto astrológico. Alejandro era un Géminis, tenía de ello las características, muy netas. ¿Pero Teresa? Aquella especie de locura sexual, basada en un mito de adolescente, ¿no había madurado acaso *después* de la boda? En tal caso, haría falta conocer a la esposa, a su compañera en aquel juego increíble que Alejandro jugaba en toda la Tierra, pero que partía de un solo lugar y tenía su puerto de amarre psicológico en Roma. Él no era, probablemente, otra cosa que el reflejo de ella; su amigo llevaba por doquier, por todos los puertos, por todas las aguas, la imagen de su *anima*, como una bandera, invisible para los demás, pero cegadora y tiránica para él. Sin conocer a Teresa, él no podía pronunciarse. Tenía la intuición de su fidelidad de esposa, de su paciencia, de su casta y dominante sexualidad, y allí estaba ya un primer paso ganado en su diagnóstico.

Alejandro regresó con los brazos llenos. Mas ellos no tocaron ya más ni los racimos ni las almendras.

—Yo le mandaba a veces telegramas como éste: Estaré en Durban, o en Lorenzo Marqués, o en Sidney, el 15 de enero Stop Ven a recibirme. Y ella venía, llegando siempre a la cita antes que yo, esperándome en el muelle, como una luz, transformando el puerto aquél en una patria, un lugar de espera. Yo la veía desde lejos. A veces yo la embarcaba y juntos cruzábamos los mares interminablemente: el Océano Indico, el Mar Caribe, el Golfo Pérsico. Aquello eran mis vacaciones. Por no perder un mes de salario, lo pasaba a bordo, con Teresa. Podría escribir un libro sobre estas cosas; pero no tengo ningún talento, sigo siendo el imbécil de siempre.

Y sonreía con su sonrisa picarona, como añadiendo: No soy tan imbécil como eso. Su juego vital se reflejaba claramente, honradamente, en sus gestos y en sus palabras. Se hacía transparente cada vez que se movía o abría la boca. Era todo un espectáculo. Alejandro era un Géminis, sin lugar a dudas. Un «eternamente joven». «Ama el azul.» «Actor.» Ion trataba de recordar las características del signo. Su complemento amoroso: Virgo o Sagitario. Él sabía al mismo tiempo, tras tantos años de psicoanálisis, que forzosamente faltaban piezas en el tablero, que Alejandro no iba a confesárselo todo, no siendo además ningún enfermo, sino, simplemente, un obseso, y su obsesión era una de las formas del amor. Una manera de escapar de otros males más profundos, más peligrosos; una técnica de la resistencia a la vida. Comprendió inmediatamente que Marta había sido expulsada, si no del pasado, al menos del presente de su amigo, que él era posiblemente el único de los seis que podía hablar de ella objetivamente, y que la verdad acerca de ese fragmento de su historia común, la última noche en Dumitresti, la última noche de la segunda guerra, iba a ser pronunciada por este representante del amor loco, que buscaba en los puertos del mundo entero lo que solamente podía encontrar en Roma. Había allí algo semejante a una especie de explosión cósmica, terminada en implosión. Hay que creer, según Jung y Anrich, que lo psíquico se une a lo físico por unos canales impensables, y que el amor de un hombre por una mujer como Teresa, o como Marta, mujeres portadoras de existencias, podía ser comparado, más allá de todo lirismo, a la onda de soporte del rayo de luz a la que viene a adaptarse el rayo partícula, formando juntos ese chorro continuo tan largo tiempo mal enfocado por sabios imbuidos por lo parcial, que ignoraban la complementariedad universal, que es la luz, comprendida en el espacio y el tiempo, mas simbolizando la eternidad, exactamente como en el amor, en el que ambos miembros de la pareja llevan, más allá de su separabilidad, la forma digamos perfecta de lo que ellos son juntos. La partícula Alejandro rodaba en las tinieblas, ella misma tiniebla, buscando en un Cosmos atrayente, pero con el cual él no rimaba, una onda que le esperaba en algún sitio y lejos de la cual el milagro de su metamorfosis en luz no podía producirse jamás.

—Lo primero que tienes que hacer es renunciar a tus deslices sentimentales. Estás en trance de convertirte en un vicioso, y de aquí a tres o cinco años esto te hará daño, te agotará y te humillará a

la vez. Tu signo no es el de la concentración, mas, con ayuda de los años, tienes que olvidarte de los puertos e instalarte en Teresa como en una casa o un hogar fijo. Ya me entiendes. ¿Cómo son tus sueños?

—Mis sueños... Eso no tiene nada de complicado. Llevo una vida casi mecánica. Si no fuera por la mar... Yo viajo, y mis viajes tienen un sentido que ya conoces. ¿Puede quizá decirse que estoy siempre de viaje hacia mí mismo? ¿Puede decirse eso de todos? Quisiera llegar algún día a comprender algo de todo esto. Estoy cansado de esta ignorancia, de ese negror que me rodea. En fin, helo aquí: sueño casi siempre lo mismo, con una infinidad de variantes. Desde que me embarco, me paso las noches soñando con la tierra, me encuentro en una ciudad como Roma o París, Génova, Nápoles o Buenos Aires, que no tienen nada que ver con las ciudades reales que yo conozco. París es, por ejemplo, una ciudad con pavimento de caucho, con estaciones de Metro gigantescas y siniestras, donde yo pierdo todos los trenes, donde espero un tren que jamás llega o que soy incapaz de atrapar. El Sena aparece a veces en ella, pero azul, luminoso, con altos taludes verdes a una y otra orilla. Es la ciudad que yo soñaba antes de haberla conocido, esto lo he notado, y cuya imagen testaruda ha quedado grabada *en* alguna parte y torna a la superficie, sumergiendo y aniquilando la otra, la verdadera. La mar aparece a menudo al final de las calles de mis ciudades soñadas, mas a lo lejos, intocable. Yo deambulo por esas calles en busca de un hogar, pues siempre acabo de perder mi empleo y mi casa, y, en compañía de Teresa, vago de un sitio a otro, visito apartamentos inmundos, ocupados por familias numerosas, en los que se nos destina una habitación miserable, justamente al fondo, saturada de malos olores, dando a espacios apretujados y nauseabundos. Nosotros salimos a toda prisa, montando a horcadas sobre enfermos, camas ocupadas y niños andrajosos, y nos encontramos de nuevo en la calle, solos, desesperados. Yo me pregunto: ¿por qué habré abandonado la mar? Me despierto en mi camarote, transido de frío o bañado en sudor, y vuelvo a encontrar, poco a poco, el contacto con la dicha de la realidad, de mi realidad de capitán de altura y todo lo demás. Cuando, al contrario, una desgracia me acecha, cuando tengo ante mí un problema difícil de resolver, entonces tengo un sueño maravilloso, siempre el mismo, quiero decir en las mismas condiciones que el anterior, dotado de infinitas variantes. Sueño en Marta. Y hacemos el amor. Yo la pro-tejo, ella suele aparecérseme generalmente desnuda, joven, tal como la conocí al empezar nuestras relaciones; ella camina a mi lado por una calle de Bucarest, yo enlazo su talle fresco y dulce; echamos a correr hacia un hogar que nos espera en algún lugar y para siempre. Me despierto como embrujado, presa de una felicidad infinita, cuyo calor noto en torno mío durante los siguientes días, a menudo durante años enteros.

—Eso son los llamados sueños compensatorios.

—Lo sé, pero eso no me ayuda en absoluto a resolver mis complicaciones ni a poner en claro mis tinieblas personales y universales. Los marinos, sabes, tienen mucho tiempo por delante; y yo pienso mucho, los ojos fijos en el agua, durante semanas enteras. Y no he llegado a ninguna conclusión. ¿Y tú?

—No hay conclusión alguna. Sólo hay puertas que se abren delante y se cierran detrás, nuevas puertas que se abren... y así siempre, hasta lo infinito. La muerte no es tampoco otra cosa que otra puerta, tan provisional como las demás. Todo está abierto, permanentemente.

Alejandro sonreía, había recobrado su aire pícaro y sutil. Parecía dispuesto a forjarse una buena filosofía personal acerca de aquella imagen. «Y eso era probablemente lo que buscaba», pensó Ion Manu, sorprendido por aquella adhesión inesperada. El calor parecía haber llegado a su apogeo. Un aroma de hierbas secas, posiblemente de tomillo, comenzaba a juntarse al olor de los pinos. El sol laboraba las profundidades vegetales de la colina y lanzaba a la superficie las esencias más secretas del mundo subterráneo, a donde el sol no llega más que a su hora suprema, antes de perder su ardor y de inclinarse hacia la calma de la tarde. ¡Qué bien se vivía así, a la sombra del vergel, cascando almendras, charlando acerca de los dramas íntimos, que se volvían objetivos y soportables en medio de aquel diálogo oloroso entre el cielo y la tierra!

—Yo creo —observó Alejandro— que hay ideas tan consoladoras como una mujer o un vicio, o una fe. Se puede soñar en ellas. Yo sólo soy un marino, he vivido lejos de la tierra y miro de lejos lo que pasa en ella. Tengo la impresión de que la gente se vuelve loca.

—Hay psiquiatras que lo afirman, basándose en sólidos argumentos. Mas, volvamos a tus sueños, ¿quieres?

—Lo que acabo de decirte eran también sueños. Sueños despierto.

—Éstos son menos importantes que los otros. Marta no ha cesado de vivir en ti. Lo que tú buscas, en el fondo, no es la mujer capaz de enseñarte una nueva técnica del amor. Ese mito de la prostituta ha sido creado por tu conciencia para ocultarte a Marta. Pero tu inconsciente sigue defendiendo tu autenticidad amorosa y no cesa de plantearse el problema bajo su aspecto real. Cuando te encuentras en mala posición, acorralado al pie del muro, quiero decir de la realidad, en los momentos en que ningún subterfugio, ni siquiera tu astucia, puede salvarte, Marta aparece. Hay un sitio en nosotros donde los trucos cotidianos no valen para nada: ese sitio es el sueño. Tú tienes que poner fin a tu adolescencia y a la mentira que te obliga a buscar lo que ya no puedes hallar. En el fondo, si lo piensas bien, la que ha remplazado en ti, sin que quieras admitirlo, el mito fundamental de Marta, es tu propia esposa. Tu equilibrio en el pasado y en el porvenir es Teresa. Marta no existe ya, y tu manera de remplazarla por lo que los puertos lanzan a tus brazos constituye una falsa técnica.

—Hablas como un oráculo. Eso me agrada. Ciertamente, llevas la razón. Debo de tener el aspecto de un perro que se ahoga. Vaya, exactamente, el aspecto de un perro que se ahoga. Teníamos uno a bordo, recogido en Kuwait; un borde simpático e inteligente, al que Teresa gustaba de volver a ver cuando pasaba a bordo unas vacaciones conmigo. Los marineros lo querían y mimaban, era su pasatiempo predilecto mientras atravesábamos el Océano Índico. No bajaba nunca del barco, pues la tierra era para él una fuente de malos recuerdos; era un verdadero lobo de mar. Pero un día mi barco volvió a Kuwait, el perro fue incapaz de resistir la llamada de su tierra, de sus olores conocidos, y bajó, tornó a ver a sus compañeros, a sus primeros amores, regó sus esquinas y sus árboles y volvió a bordo el mismo día en que yo tenía que levar el anda. Poco tiempo después dejó de comer, nos miraba de una manera extraña y empezó a babear: había cogido la rabia. Un marinero espantado, sin pensarlo dos veces, lo arrojó por la borda. El perro flotó unos momentos sobre el agua en movimiento, y antes de hundirse nos lanzó una mirada, como diría yo, una mirada comprensiva, carente de todo odio; al contrario, llena de amor, y de inteligencia; él lo había comprendido todo desde hacía mucho tiempo, y se dejó hundir, se fue a pique como un navío, sin un gesto de resistencia. Jamás he tenido una muestra tan evidente de la inteligencia de los animales, una prueba tan impresionante de concordancia y de aceptación. Él sabía que estaba enfermo y que se había hecho peligroso, sabía que más pronto o más tarde se iban a desembarazar de él, y aceptó morir sin oponer resistencia. Y no desapareció antes de transmitirnos, por medio de su mirada, su asentimiento, su agradecimiento por la buena vida que había tenido entre nosotros, y su adiós. Yo debo de tener ese mismo aspecto, pues estoy a punto, también yo, de despedirme de los puertos agradables.

Y rompió a reír con su risa inocente, lanzó al aire un grano de uva y lo atrapó con su boca muy abierta, como un desafío burlón dirigido a todo. Y todo parecía claro en el más claro de los mundos. Menos su propia vida, todo le parecía claro al psiquiatra, pues había adquirido la costumbre de reconocer de una ojeada el mal que anidaba en el alma de los demás, o, por lo menos, el costado del mal que la astucia de las gentes, sanas o enfermas, os deja entrever en un momento de depresión o de suprema confianza. Lo que Ion podía curar era ese extremo visible, y era por eso por lo que el psiquiatra no llegaba nunca a atacar el *mal en sí*, el inconfesable, que sólo los novelistas llegan a descubrir, en tercera persona. Pero el suyo, su propio mal, nadie estaba dispuesto a tenerlo en cuenta. Salvo Alejandro, quizás.

—¿Quieres? ¿Higos? ¿Almendras?

El marino depositó dos higos en la mano tendida y reanudó el ritual del rompedor de almendras. Ion tiró los dos higos, con un gesto cansado, al verde intenso de los naranjos.

—¿No marcha la cosa? ¿Tienes disgustos?

—Estoy fatigado. Eso no es nada. Mi padre, probablemente, jamás conoció semejantes disgustos —añadió tras una breve pausa—. Yo pienso a menudo en mi padre, que era profesor del «Liceo Shaguna» de Brasov, profesor de alemán; había cursado sus estudios en Viena, antes de la Primera

Guerra, y se había casado con una muchacha de su pueblo; había nacido en Lancram, ya lo sabes, en el pueblo de Blaga; estuvo enseñando durante toda su vida en Brasov; excepto largos paseos por el Tampa, él nunca se movió de su casa; creo que si lo hubiera hecho habría muerto en el acto. Yo, por mi parte, me he movido demasiado, por puro capricho de la Historia, porque yo no lo deseaba en absoluto; hubiera querido ser médico en Brasov o en Bran, en cualquier lugar de Transilvania, cuidar al maestro, al alcalde, al cura, a los campesinos, fumarme una pipa cada tarde en el mismo sitio.

—Tus preocupaciones son tan metafísicas como las mías —dijo Alejandro.

—Eso es, precisamente, y el psicoanálisis no tiene remedio alguno para ese género de mal.

—Tendrías que haberte casado.

—Nunca he tenido suerte con las mujeres de mente sana.

—¿Qué quieres decir? ¿Te has acostado solamente con chifladas?

—Con maníacas sexuales, con angustiadas, con mitómanas, con esquizofrénicas, con sonámbulas, con histéricas... en fin, con toda la gama patológica que desfila por una cama de comadrón de almas.

—No has tenido suerte. Pero el porvenir es tuyo. Y mío. A los cincuenta años uno está hoy día como a los treinta y cinco a principios del siglo. El tiempo juega de alguna manera a nuestro favor. Yo me siento joven, vigoroso, ávido de saber; tengo todavía una buena veintena de años por delante. Tú también juegas ganando. Sabes, te miro, te escucho y no te creo. De todos modos, tiene que haber una mujer en tu vida, una de verdad.

—Las mujeres de hoy en día son mucho más complicadas que las de antaño. ¿No lo sabías? Las categorías han desaparecido, solamente hay individualidades, mucho más completas desde el punto de vista espiritual que los hombres contemporáneos suyos, más completas y variadas, más fuertes. ¿No te has dado cuenta durante tus altos en los puertos?

—Mis puertos son casi todos extraeuropeos o extraoccidentales. La mujer hindú o indonesia, árabe o japonesa, está forjada todavía a la antigua, a pesar de su cambio exterior. Ella pertenece aún a una categoría bien definida: la madre, la esposa, la prostituta, etc. Uno sabe de antemano cómo va ella a reaccionar.

—El cambio de que te hablo comenzó justamente en Occidente, después de la guerra, en América, en Alemania, en Italia, en Francia, en España, como todas las revoluciones. La Segunda Guerra convirtió en realidades sociales ideas y maneras de ser que, antes, solamente habían pertenecido a minorías escogidas: la Física Cuántica, la Psicología, freudiana y surrealista, la genética, la fenomenología, el poder de abstracción encerrado en las matemáticas estructuralistas, hilbertianas o burbaquianas. Todo esto, que se tenía de un hilo, casi a punto de romperse, en el seno de las aristocracias del pensamiento, tentadas por otras novedades, se convirtió de pronto en un fenómeno de masas. Hasta la afición desmedida a las drogas forma parte de esta vulgarización.

Mientras él hablaba así, iniciando a Alejandro en sus pensamientos más íntimos, se sintió asaltado por una duda: «no le cuento lo esencial, lo que él no llegará a saber nunca. Ojo por ojo. Él no me ha contado la verdad acerca de sí mismo, y yo tampoco le voy a hacer partícipe de la mía. ¿Y por qué no, en el fondo? Pues, porque yo no sería capaz de hacerlo. ¿Qué quiere decir en realidad eso de "toda mi verdad"? ¿Hablarle de Sanda? ¿Para qué? ¿Acaso es ella mi verdad completa? Tendría que decírselo todo, todo de una vez; mas, incluso en tal caso, ¿cuál sería la garantía fría de la objetividad? La objetividad no existe. Según Heisenberg, nosotros transformamos el mundo en sujeto en el momento mismo en que pensamos que lo estamos enfocando como objeto. Las estrellas y los virus tienen ya nombres de personas.»

—¿No te estoy molestando?

—En absoluto, es la primera vez en mi vida que escucho a alguien —contestó Alejandro—. Soy un charlatán.

—Yo, en cambio, no suelo hacer otra cosa que escuchar. A lo largo de los años, esto se vuelve fastidioso. Voy a hablarte de Sanda.

No podía conciliar el sueño. Trataba de no pensar en ello, de dejarse deslizar por la pendiente de la fingida indiferencia, como había aprendido durante el tiempo en que había andado entusiasmado por el yoga; pero estaba demasiado excitado por la llegada de sus amigos, y la técnica conocida no le daba el resultado apetecido. Terminó por abrir los ojos en la semioscuridad de su habitación y trató de concentrarse en el hecho del día. La proyectada reunión no había alcanzado un éxito total, ya que Mihai no había respondido a su llamada y Víctor ya no daba señales de vida. Y él había acabado por notar una especie de resistencia en la actitud de sus amigos presentes, cada vez que orientaba la conversación hacia el tema que los había reunido por segunda vez en su vida. ¿Qué era lo que temían? ¿Una violación de su pasado? ¿Una inútil y quizás espantosa bajada a los infiernos? Con arreglo al plan que él había estado preparando durante meses, la conversación decisiva debía tener lugar aquella noche, después de la cena. Todos ellos sabían por qué se encontraban allí.

Se levantó, fue al cuarto de baño a refrescarse, se puso de nuevo camisa y pantalón, abrió la puerta que daba a su gabinete de trabajo, miró maquinalmente su mesa, como si le esperase en ella una respuesta (todas las respuestas le habían venido de sus libros, de lo que había ideado inclinado sobre aquella mesa), volvió a cerrar la puerta y salió por el otro lado, atravesando el hall, a la parte posterior de la casa, delante del garaje. Se dejaba guiar por confusas emanaciones inconscientes, como un soñador. La brisa marina comenzaba a abrir las flores de la tarde, a la sombra de los pinos. Montó en su automóvil, lo puso en marcha tratando de hacer el menor ruido posible y salió al camino que bajaba hacia el pueblo. Llegado que hubo al cruce de Polop, en vez de tomar a la derecha, por la carretera de Benidorm, tomó a la izquierda, dirigiéndose hacia Callosa. Dedicó los pocos minutos que lo separaban de ella a la felicidad de la carrera en las curvas y la beatitud de los vergeles. Naranjos, limoneros, almendros, nísperos, aguas dulcemente susurrantes al borde de la carretera, en las acequias invisibles, cubiertas de hierbas y de flores. Paró de golpe, frenó, desconectó el motor y se puso a escuchar esta música de las aguas agrícolas, fecundantes, que parecía venir del fondo de la tierra, del sitio donde Cibeles les otorgaba tal o cual destino. Las montañas se destacaban muy netamente sobre el cielo, que volvía a ser profundamente azul, azul nadir, como gustaba él de llamar a este matiz crepuscular que indicaba un atardecer. Este rincón entre los dos pueblos, un valle a la derecha, y un talud a la izquierda, encima del cual un laurel que colgaba sobre un seto vivo parecía saludar a los coches con sus pétalos rosados, era el punto más favorable para escuchar las aguas. Ovidio veía a través de ese murmullo las recolecciones de naranjas en diciembre, cascadas de almendras en las terrazas de las casas campesinas, racimos convertidos en torrentes tintos o blancos, deslizándose a los toneles y a las botellas, sacos de higos secos esperando el camión al borde de los caminos... toda una riqueza de aromas y de tonos, nacida del matrimonio de la tierra y las aguas, y destinada a satisfacer no ya el hambre, sino la imaginación de los hombres. Él amaba esta tierra por su poder de evocación y de fábula en marcha. Lo que ella producía no estaba destinado a satisfacer necesidades elementales, sino los caprichos típicamente humanos de los postres, jugo, pulpa y dulzor, signo de evolución, comienzo de los bellos pensamientos, fragmento de una naturaleza cuidada y explotada para fines sutiles.

—¿Debo de ir o no?

Puso de nuevo en marcha el motor y partió como una tromba, lo que le liberaba de toda respuesta. La curva, una vez atravesado el puente sobre el Algar, le obligó a aminorar la marcha. «No puedo continuar así, no puedo continuar así —no cesaba de repetirse, sin pensar con precisión los términos de su frase—. He escrito un libro, he construido una casa, pero no tengo ningún hijo; una de las tres condiciones que Julio César proponía al hombre, para que éste pudiera considerar acabada su tarea en este mundo, no la había cumplido, y era la esencial.» Pero se daba perfecta cuenta de que no era eso, que él había llegado una vez a una especie de culminación, y que todo lo que había vivido después sólo era una continuación. El amor, la muerte y el exilio, el conocimiento por la creación y el acercamiento místico que corona ese todo: he aquí un destino completo, mas dominado por una hendidura. Hay un punto donde todo comienza a rodar a una velocidad insoportable, el punto de ruptura, cuando la muerte de Marta coincide con el final de la guerra. «Sí, lo he conocido todo, y estoy aún deslumbrado por ello, cada instante y cada obra implora en mí un

olvido o un consuelo. Mihai ha tenido a Lisi; Alejandro, a Teresa; pero los otros... Los otros tres, cuatro conmigo, jamás han vuelto ya a encontrar la paz. Dan se ha convertido en un buscador místico, mas el instrumento de su búsqueda es la mujer, Marta en esencia, pluralizada hasta el infinito. Ion se ha dejado caer en la Psiquiatría, porque esto quería decir lo mismo. Él buscaba el inconsciente femenino como clave y manantial. Queda Víctor. ¿Qué ha sido de él? Tuvo súbitamente la certeza de que el marido de Marta había muerto. «Yo lo hubiera sabido de una u otra manera. Pero, ¿dónde se habrá metido, en qué continente?» Una nueva certidumbre se apoderó de él: sin el testimonio de Víctor ninguna encuesta en el pasado sería valedera. Su reunión tomaba el sentido vulgar de un ágape conmemorativo entre compañeros.

Llegado al cruce de Callosa, donde altos edificios de quince pisos rendían cuenta de la prosperidad del pueblo, pero tapaban la iglesia y las viejas casitas campesinas que daban al conjunto un encanto actualmente perdido, Ovidio tomó la carretera de Altea, salió pronto de la aglomeración y, llegado a un camino apenas visible, abandonó el asfalto y continuó por los guijarros y el polvo, en segunda velocidad, pasando a la primera en los sitios en que los baches amenazaban con desfondar la carrocería del coche. Imme habitaba en lo alto de un contrafuerte que dominaba los valles y las colinas hasta llegar al mar. Su blanca casa parecía una mancha descolorida entre los pinos. Detuvo el vehículo a la sombra, saltó corriendo los pocos peldaños, entró y llamó: «¡Imme!», atravesó el salón lleno de cuadros, obras de su amiga y, al no recibir respuesta alguna, salió a una explanada que parecía suspendida sobre un mar de verdor. El contacto con la Naturaleza era allí más directo que en su casa. Imme amaba esta confusión. Él, por su parte, prefería tomar ciertas distancias. «Yo me sentiría más al abrigo en un submarino», decía ella, queriendo proclamar así su pasión romántica y alemana de confundirse con las fuerzas auténticas, sin solución de continuidad, y de dejarse dominar por ellas. Ovidio le replicaba citando una frase de Heidegger, que él encontraba más justa: «El hombre no es un ser *de la* Naturaleza, sino *ante* la Naturaleza.» Su propia literatura lo testimoniaba. Los lienzos de Imme, en cambio, representaban el interior tumultuoso del agua, de la piedra, de los volcanes y de las tempestades visto desde dentro, como si el pintor formara parte de ellos. Esta necesidad de llegar a *la* estructura abstracta y última de las cosas, que tenía Imme, estaba presente por doquier en nuestra época, en Biología lo mismo que en Física, y esto, de alguna manera, aniquilaba al individuo en favor de la especie, y, por encima de ésta, ponía en evidencia la vida oscura, sin pasiones y sin historia, de la que había nacido la «nueva novela». Ese estructuralismo inhumano, engendrador de lo abstracto, pero también de la uniformidad, de sombras totalitarias, de angustia animal degradándose hacia lo mineral, le daba miedo a Ovidio, como un anuncio apocalíptico, mendigado por los hombres, acelerado por ciertos artistas. Era una prolongación del romanticismo. «Tú eres una hacedora de tempestades postreras», le decía él. «Y tú eres un salvador», le contestaba ella. Y sus ojos azules parecían muy pacíficos.

Imme reposaba a pleno sol, tendida en una meridiana, con la indiferencia de los nórdicos y su pasión de almacenar calor contra la humedad y el frío de sus inviernos. En su traje de baño estilizado, reducido a la mínima expresión, atezada por todos los soles del estío, los cabellos de un rubio pálido, puesto de relieve por el bronceado de los hombros, las piernas largas y finas, típicas de su raza, como dibujados por Cranach, una Eva que había perdido el pudor junto con la hoja de parra. Ovidio se le acercó de puntillas, para no despertarla, y abrió suavemente el parasol que estaba a su lado. Mas, en cuanto la sombra le cortó el contacto con el sol, ella abrió los ojos.

—Ven, genio mío, ven a mi lado. ¿Qué te pasa? Estás mirando a través de mí. Pero, ¿qué es lo que estás mirando de ese modo? Más cerca. Te diré un secreto que cura la tristeza de vivir.

Dan roncaba a toda marcha, se despertaba de cuando en cuando, espantado por la intensidad de sus propias cascadas sonoras, volvía a dormirse y emprendía de nuevo el combate. Se aquietaba en el momento en que su sueño físico le cedía el paso al sueño del alma. Y se hundía en sus junglas, donde tenía lugar la aventura de sus otras vidas, las que él mismo había vivido, las que su ordenador componía para él mezclando imágenes apenas entrevistas, eliminadas de la conciencia, pero

fielmente registradas por el inconsciente, bien conservadas para su retorno en el sueño, y las que le venían de más lejos todavía y que había heredado de sus antepasados. Estos tres aspectos del sueño vivían en él de una manera clara y alucinante. Esta vez, en cambio, la felicidad del día, la calma recobrada en casa de Ovidio a partir de su llegada, le empujó hacia el otro lado, para restablecer el equilibrio, amenazado por el descubrimiento de Polop. Él volvió a tomar o fue tomado de nuevo por un viejo camino. Corría pues hacia la libertad por un territorio enemigo, se ocultaba detrás de los árboles, saltaba por encima de los muros, exactamente como lo había hecho una vez en la vida real; era presa del hambre y del miedo, avanzaba, la frontera griega estaba ya a pocos pasos. Este decorado era fiel a la vieja verdad vivida, y reconocía los detalles. Atravesó una fortificación, una primera línea de casamatas. Sabía lo que iba a pasar y que no había pasado. Extraño sueño durante la siesta, en el cual le estaba permitido mantener un ojo abierto sobre aquella fantasía onírica que habría podido dirigir de haberlo deseado. Mas él prefería dejar correr el sueño. Llegado detrás de los últimos blocaos, él se preparaba a escapar, estaba pronto a taparse las orejas, para no oír el ruido infernal que iba a comenzar, que había empezado a su paso durante su verdadera huida, cuando un oficial salió de una casamata, le encañonó con una pistola, hizo fuego tres veces consecutivas y le alcanzó de lleno, en el hombro izquierdo, en el hombro derecho, y en el vientre. Y se disponía a hacer fuego por cuarta vez. Dan se decía: «He sido alcanzado, esto hace menos daño de lo que yo pensaba, voy a morir»; se sentía resbalar hacia la muerte como hacia un agujero negro en el fondo de un barranco que se abría ante él... y se despertó.

He comido mucho, se dijo en español, y cerró de nuevo los ojos. El cuarto disparo me hubiera dado en plena frente. Mi matador comunista acaba de hacer sobre mí, a pistoletazo limpio, el signo de la cruz. Sonrió, se sentó en la cama, efectuó algunos movimientos para despertarse de veras, se levantó, puso la cabeza bajo el grifo, se frotó los dientes con movimientos precisos, se miró al espejo, muy de cerca, a causa de su fuerte miopía, se vistió a la buena de Dios, encontró sus gafas, no sin dificultades, y salió de su alcoba con un libro en la mano, en busca de un rincón, al borde de la piscina, su sitio preferido, donde esperar que se despertasen sus amigos.

Llegado que hubo a un extremo de la terraza, vio a Ion y a Alejandro conversando bajo los almendros, vaciló un instante, se dirigió a paso de lobo hacia su meridiana, se desembarazó de su calzado deportivo, dejó que las plantas de sus pies tomaran contacto con la piedra caliente, abrió el libro...

—Sanda era, es —he dicho era porque se casó entre tanto—, la hija de un emigrado rumano, de muy buena familia, rico, que hizo fortuna en Canadá, trabajando duro, tras largos años de miseria. La hija había recibido, pues, una excelente educación desde el principio; ella era uno de los ejemplares, bastante raros, de esas niñas vestidas al límite de la pobreza, durante los años flacos que atravesaron sus padres, pero que bastaba verla entrar en algún sitio para saber de dónde venía, quiero decir un ejemplo logrado, formado por unos padres que habían perdido su fortuna, pero no su rango o su origen. Tú conoces casos de éstos, seguramente. Daba gusto verles. Cuando los encontré eran pobres, apenas desembarcados, y Sanda tenía diez o doce años. Habían hecho la travesía en tercera clase, y ahora tienen un apartamento en Montreal y una villa en Cannes. Les perdí de vista durante esos años de gestación, de actividad en lo negro, y volví a verlos en pleno esplendor, en el momento en que casi todos los nuevos emigrados rumanos, tras un purgatorio de una decena de años, volvían a la superficie, dueños de un nuevo destino, ricos o muy bien situados. Ella se presentó un día en mi casa. Yo no la reconocí: se había convertido en lo que es, una mujer joven muy bella. Sufría unas ligeras angustias, que se fueron atenuando tras algunas sesiones de análisis. Fue éste un caso típico de traspaso. Ella me tomó al principio por un salvador, quiero decir desde el punto de vista psiquiátrico, y luego por un Dios, y se enamoró de mí al final de esta evolución. Debo confesarte que yo no me oponía a ello, eso hubiera sido imposible; hasta pensé casarme con ella, a despecho de la diferencia de edad. En fin, en una palabra, que había en ella rastros de, Marta,

basados, a mi juicio, en un parentesco real, ya que Marta había sido prima de su padre, pero, sobre todo, en la felicidad de hallarse junto a una mujer como Sanda. Yo no sé si yo estaba verdaderamente enamorado, pero ella colmaba mi vacío de una manera tan maravillosa que yo no tenía ni tiempo de pensar en el amor, de pesar mis sentimientos abstractos por ella y rehacer el itinerario de toda esa charlatanería sentimental característica de la juventud. Ella me completaba, tapaba el agujero que había quedado abierto tras la muerte de Marta. Mi resistencia, pues al principio me resistía, a causa de la diferencia de edad, como te he dicho ya, terminó al borde de una piscina. Yo habito, tú lo sabes, en un gran edificio de la Costa de las Nieves, que elegí por su posición, el prestigio que rodea a sus inquilinos y, sobre todo, por sus comodidades. Tengo abajo tiendas, un restaurante y una piscina climatizada en la cual nado todos los días, después de las fatigantes horas dedicadas a mis clientes. Me la encontré allí una tarde, en traje de baño: ella quería mostrarme su cuerpo desnudo, hacerme perder las últimas dudas quizá, no lo sé. Mis escrúpulos fueron ahogados sin remordimiento alguno. Después del baño la invité a mi casa, y se quedó allí hasta el amanecer. Tú ya sabes el adagio italiano: *donne e boui dai paesi tuoi* (mujeres y bueyes, de tu país). Y creo que Ovidio lleva la razón cuando, en una de sus novelas, presenta a la mujer como una patria. Yo no soy ningún nacionalista furibundo; me considero un hombre que ha cortado sin dolor sus lazos y, por mi profesión, me he hecho un sibarita, y todo lazo con la tierra natal, la familia, las iglesias y todo ese trémolo me parece una cosa del pasado en estado puro, situado bien lejos de mis intereses actuales. Pero hacer el amor con una rumana... eso es algo que fortifica mis cimientos, y ahí tienes el porqué tú amas a Teresa y retornas a *ella* como a una tierra prometida. Yo no soy de esos que hacen del amor una historia mística, bien que me había quemado los dedos en ese contacto, lo mismo que tú y nuestros amigos, y no quería saber nada más de ello, yo sólo ambiciono la alegría del cuerpo, y nada de complicaciones sentimentales. Mas con Sanda fue de nuevo el paraíso de antaño, perdido y vuelto a encontrar, el contacto con las profundidades. Una noche le pregunté si quería ser mi esposa. « ¡Pero si me caso la semana próxima! », fue su respuesta. Y ella estalló en una risa de nunca acabar, que amenazaba con arrastrarla a un desvanecimiento histérico o a una crisis nerviosa. Me costó trabajo calmarla, y la puse a la puerta. Una semana después, en efecto, ella se casaba con una especie de hominidaco, profesor de Sociología o de Economía, un tipo de cabellos largos peinados a la africana, cliente de las casas de Saint-Paul, ya sabes, por el lado del río, en el viejo Montreal, casas de hippies y de drogados. Les vi un día, juntitos, en la calle; ella tan bella como puede serlo una bella rumana, y él un pequeño monstruo a la moda, aferrado a todas las idioteces del día, desde Marcuse hasta las atrocidades más horripilantes, encarnación de la era del nihilismo anunciada por Nietzsche, perfecto ejemplar del conformismo occidental, que alcanza en Montreal profundidades descorazonadoras. Ella me lo presentó. Leí en seguida en sus miradas el arrepentimiento, la vergüenza —sus padres habían enfermado del disgusto y se habían retirado a Cannes—; ella fingía divertirse en compañía de aquel marido, chocho ya a los treinta años, que representaba ante su mujer y ante mí su comedia de farsante intelectual. Le daban a uno ganas de vomitar encima. Les invité a cenar, y ellos aceptaron: ella para tener así la ocasión de librarse durante dos horas de la compañía de su adán; él porque eso le permitiría comer hasta saciarse y no pagar la comida. Tenían aspecto de andar mal y de no tener un céntimo. Durante la cena —yo había elegido un local poco en boga, a causa de la cabellera del marido—, él se eclipsó dos o tres veces y siempre volvía con aspecto triunfante. Se inyectaba en el inodoro, y un olor desagradable, de animal escapado de un laboratorio, se desprendía de aquel espectro, reflejo cruel y realista de una generación que ha acabado por perderse en su propia debilidad. «¿Cómo has podido casarte con semejante tipo?» Se lo pregunté así, a quemarropa. «Estaba fascinada por sus ideas.» « ¿Qué ideas?» «En fin, lo sabes muir bien, a ¿qué hablar de ello? Soy su mujer.» Ella se empecinaba en su desgracia, se obstinaba en no reconocer su decadencia. Cambiamos de conversación. Su cara; su manera de andar, de hablar, comenzaban a dar señales de contaminación, como si aquel pequeño monstruo fuera una enfermedad o la imagen misma del tiempo acelerado y destructivo al cual nos empujan esos frenéticos del progresismo. Aquello me hacía sufrir. Puedes imaginártelo. El contraste entre ambos era todavía sorprendente, ella tan sana de cuerpo, tan armoniosa, rimando con la belleza del mundo, y él tan injustamente en desacuerdo.

Encontré en ello un punto de apoyo, una esperanza. Les acompañé en coche, hacia la parte de Maplewood, una larga avenida donde unos bulldozers desmontan poco a poco el viejo bosque de silvestres aromas a fin de preparar sitio para las casas nuevas. «Usted no está de acuerdo», me dijo él al apearse. Yo le dije: «No.» Sanda me imploraba con la mirada. Estábamos en la acera, habiéndonos apeado los tres, despidiéndonos. «Usted es incapaz de comprendernos», proseguía el macaco. «Al contrario, yo les comprendo y quisiera serles útil. Ayudarle a usted.» Yo hacía alusión a su vicio. «Se está usted destruyendo, a usted y a su mujer.» «Destruirme. La felicidad no es la destrucción, especie de imbécil.» Y me atizó un puñetazo en el estómago; tuve que apoyarme en mi automóvil, para recobrar el aliento, antes de molerlo a golpes, pues tenía unas gañas locas de hacerlo. Aquello duró un instante. Todo pasó, para siempre, en unos segundos. La historia terminó allí en la acera, ante mis ojos deslumbrados. Él avanzaba hacia mí, un largo cuchillo en la mano, un puñal o algo por el estilo, un cuchillo de resorte, pues oí el ruido y vi su relampagueo; me preparé para hacerle frente, pensaba desarmarle de un puntapié, mas eso era problemático, ya que el tipo aquel parecía bien entrenado en ese género de lucha, y vi también que Sanda se estaba quitando su largo abrigo a toda prisa y se lo tiraba a la cabeza. Me aproveché de ello, me lancé adelante y le golpeé a ciegas; el cuchillo acabó por caer a la acera; seguí golpeando aquella masa blanducha, él cayó a mis pies, y Sanda recuperó tranquilamente su abrigo. Él se había desvanecido, y nosotros, entre los dos, lo subimos por una escalera que no se acababa nunca y lo tendimos en una miserable cama de una buhardilla, en la que no faltaban los retratos de Mao, Che Guevara y Lenin, donde algunos libros, algunos muebles y latas vacías se pudrían en un aire de Apocalipsis bestial y mediocre que partía el corazón. Su hogar, comprendes. Ella sacó un billete de diez dólares de su bolso y lo puso bien a la vista en la mesita de noche, a modo de carta de explicación y de adiós, llena de desprecio y de insultos, fue en busca de sus cosas al cuarto de baño y abandonamos al maridito a su suerte. Sanda pasó la noche en mi casa, mas sin dejarse tocar. «Soy todavía su mujer — me dijo—. Pero te estoy sumamente reconocida. Tú me has curado dos veces en esta vida.» En fin, que lloró, tomó un buen baño y acabó por quedarse dormida. Al día siguiente tomó el avión hacia París y fue a reunirse con sus padres, en Cannes. Después, no la he vuelto a ver más. Quería contártelo. Hay una especie de incertidumbre por parte de las mujeres de hoy en día. Ellas están viviendo una mutación. Esto sucede de momento en Occidente, pero se extenderá por todo el planeta, y eso será más fuerte que la polución, la industrialización, la guerra, el progreso y la droga, más fuerte que el renacimiento religioso de que se habla. La novedad, la revolución, el orden o el desorden nuevos se producirán al término de esta mutación. Es allí donde habrá que buscarlos. Entraremos en una época de matriarcado, muchas mujeres vienen a consultarme, y esas mitómanas, esas histéricas, esas angustiadas son algo así como unas vanguardias, unas antenas futuristas; yo vislumbro el mundo del mañana a través de sus caprichos y sus fantasmas. Sus reacciones son imprevisibles. Ellas preparan un gran cambio. A veces me dan miedo. Yo pienso que Marta y su muerte fueron algo así como unos signos precursores. En los comienzos de esos cambios hay siempre mártires. El que mató a Marta era un Judas y un Pilatos con millares de brazos. ¿Comprendes?

La tarde parece deslizarse por las acequias hacia los naranjales de la noche. La montaña sigue humeando. Los campaneos de los bomberos llegan desde muy lejos. Pero ese mundo en constante agitación les resulta exterior, él se manifiesta por sus colores, sus amenazas y sus ruidos; pero sin lograr tocarlos, excepto de cuando en cuando, mediante vagos soplos sonoros. Su encuentro es separador. De modo que el pueblo, la casa, la mar y hasta el propio vergel sólo constituyen para ellos un decorado secundario, un zócalo que les sirve de punto de apoyo. Lo que ellos viven intensamente es su contacto con su fuente de vida. El calor es dulce y perfumado, el Sur los envuelve con todos sus matices, hay una especie de abandono en el aire, una manera de otorgar a estos hombres una especie de libertad de expresión, favorable a los abandonos confesionales. El

pasado común, que representa un conjunto familiar, lo cual significa en estos momentos todo cuanto han perdido juntos, los une y los unifica a la vez. Es como un techo invisible, un hogar del alma, algo que les ayuda a sentirse solidarios. Entre el tiempo de su juventud, consumado por la muerte ritual de Marta y por el fin aparente de la Segunda Guerra, y este tiempo de su edad madura, había nacido un mundo nuevo, del cual eran ellos profundamente responsables, lo mismo que todos sus congéneres. Este monstruo había nacido de sus entrañas, o quizá no: del acoplamiento agónico entre las ruinas y los cadáveres de la Segunda Guerra. Un vampiro universal poseedor de sus rasgos, pero vacío de hálito interno. Aquello era difícil de soportar. Y este calor hace posible la metamorfosis, el disgusto y las falsas ilusiones se convierten en su propio contrario; esta paz irreal, que no les pertenece, les asocia a la idea de victoria, de éxito, de esperanza, que falta a su existencia porque ésta ha sido fundada sobre una doble derrota. El demonio del mediodía se convierte, a la sombra protectora de estos naranjos, en un demonio del anochecer.

Dan deja caer su libro en el momento en que oye el coche de Ovidio entrando en la carretera, moliendo la grava bajo sus neumáticos. Se pone en pie, se despereza, el sueño de hace un momento le acosa aún durante algunos segundos, el tiempo necesario para ponerse en contacto con la belleza real de las cosas circundantes, se acuerda de sus dos amigos, se encamina hacia el vergel, intercambia unas palabras convencionales acerca de su sueño, se sienta al lado de Alejandro en la escalera de piedra caliente y empieza a romper almendras. Unos minutos después, Ovidio viene a reunirse con ellos. Él parece haber estado también durmiendo. Se pone en cuclillas, busca una piedra y golpea con destreza las duras cáscaras, de las cuales escapan las almendras tiernas, que amontona a un lado, haciendo provisión, como los niños glotones. Hay entre ellos algo así como un pacto de adolescentes. Este coloquio bajo los árboles, que los invita a reír y a decir buenas palabras, les rejuvenece una veintena de años. Alejandro se levanta y va en busca de higos al sitio conocido. Ovidio sacude unas ramas y las almendras caen como una granizada en la tierra pedregosa. Unos racimos de uva vienen a juntarse al festín. Todos tienen hambre, de sopetón. Ovidio se levanta de nuevo, da un salto hacia la casa, y vuelve con una botella de «Moscatel» y unos vasos. Nadie piensa marcharse de este sitio incómodo, que será poco a poco invadido, a medida que la tarde remplace la hora de la siesta, por el perfume de las petunias, de la «dama de la noche» y de las daduras. Mas ninguno de ellos lo percibe de manera consciente, pues serán atrapados por la fatalidad del juego. Este ágape rejuvenecedor no es otra cosa que una trampa que les constriñe a la fuga hacia atrás, hacia lo que su juventud quiere decir en realidad, el drama igual que los modeló de la misma manera y los lanzó a sus vidas de hombres con la misma intensidad y el mismo dolor. Ninguno de ellos piensa eludir su parte ni su misión. Polop se extingue poco a poco en el horizonte, su atención se centra en los frutos, en el gesto de recoger y de comer, que implica una participación en el conocimiento, y Dumitresti, el Claro del Manzano, la mansión de Marta y el vergel rumano, junto con los dos amigos ausentes, sustituyen a la realidad.

—Vosotros estabais allí todos cuando yo llegué —masculla Alejandro entre dos bocados, queriendo decir que él era el menos indicado para empezar.

Sus dedos se han puesto viscosos a fuerza de pelar higos, los tiene metidos hasta debajo de las uñas, y trata de limpiárselos pasando la mano por la corteza del almendro más cercano, al cual está adosado; pero la friable corteza pone los dedos más pringosos todavía, y él no sabe qué hacer, porque, en este estado, ya no se atreve a tocar la fruta. Su rostro expresa la desesperación. Los demás le miran y rompen todos a reír con una risa loca, todos a la vez. *Kripsy* llega a grandes saltos, por encima de breñas y parterres, y se pone a mirarlos, la cola en el aire en signo de interrogación, las orejas en acecho; al no tener respuesta, se pone a ladrar, lo cual hace que aumenten las carcajadas.

—Vete a lavarte en la ducha.

—No es la primera vez que eso me pasa. Éste es el castigo a la glotonería.

Se ve de nuevo en Prinkipo, pelando higos por primera vez en su vida, con Teresa, una tarde parecida, más de veinte años antes, mirándose a los ojos, tocándose mutuamente cada dos minutos, incapaces de interesarse por otra cosa. Él había perdido entonces todo contacto con el recuerdo de Marta, que volvió a él en el momento en que empezó a navegar, sí, señor, ésa era la verdad,

inesperada, como de costumbre; él había buscado ese olvido en los puertos, en el momento en que Teresa, ausente, le dejaba solo, sintiéndose amenazado por el retorno de aquello que él no aceptaba ya hacer revivir, ni siquiera por el intermedio de la memoria; eso era la fuente de su manía sexual, y en absoluto lo que le acababa de confesar a Ion. Él comenzó a silbar una marcha marcial, de guerra, que recordaba de muchos años atrás, muy contento, mientras se lavaba la cara en la ducha, tendidas las manos hacia el chorro de agua fresca. Cuando él volvió, *Kripsy* se había calmado y, la lengua colgando, se había instalado al lado de su amo, el vientre pegado al suelo. «Ya no hay otro medio de escapar», pensó él, sin remordimientos. Todos ellos estaban sentados a la mesa, alrededor de Marta.

—Vosotros estabais todos a la mesa, alrededor de Marta, comiendo. Os acordáis, ¿verdad?

—Nosotros habíamos llegado uno o dos días antes —dijo Ovidio—. Yo me hallaba en Moldavia en el momento del armisticio, a una cincuentena de kilómetros de Dumitrestí. Yo no sabía que Marta se hubiera casado. Lo que buscaba era restablecer a través de Marta el contacto con la realidad, que yo había perdido durante aquellos días de locura colectiva. Yo mismo estaba loco de dolor. Todo se derrumbaba. Yo deseaba el fin de la guerra, mas no de aquella manera; me sentía profundamente ultrajado, le hubiera dado de bofetadas al rey, y a los políticos que habían firmado aquel armisticio inmundado. Yo me cruzaba durante la noche con carros y carretas, tirados por bueyes, tomando el camino de siempre, buscando refugio en los bosques y en las montañas.

Alejandro recuerda perfectamente aquellas noches, y el ruido de las carretas le ha quedado en la memoria del oído. Había una fuente en la noche, en medio de la llanura valaca, entre Braila y el Arroyo Salado; él se había detenido en ella para apagar la sed entre los carros, y los hombres abrevaban a sus bestias, acompañando el agua con sonidos y palabras de ternura, mientras oía en la oscuridad el ruido del agua al ser absorbida con violencia por los belfos temblorosos. Él se había sentado sin mirar, atontado por la fatiga. Alguien le tendió un pedazo de polenta fría, un cacho de queso y media cebolla. Él se había vuelto para dar las gracias. Era una mujer, los ojos chispeantes y profundos, fijados en él con curiosidad, eran como vastos agujeros de sombra, a través de los cuales veía él titilar las estrellas, al otro lado de la cabeza. «¿Viene usted de lejos, mi teniente?» «Sí.» «Usted se irá también muy lejos. Va usted a emprender un viaje muy largo, irá errante, sobre las aguas, hasta el fin de su vida. ¡Que Dios le proteja!» Ella había olfateado en él la búsqueda del océano, el deseo de escapar a la maldición colectiva, de eludir sus consecuencias. Ovidio acababa de confirmárselo. Todos ellos habían empezado de la misma manera.

—Yo había llegado el primero —dijo Ion—, y mi sorpresa fue grande y desagradable al encontrar a Marta casada, con un niño *en* los brazos. Yo pensaba, también yo, llevármela conmigo, a Francia o a América. Había terminado mi carrera de Medicina durante la guerra y había sido movilizado al hospital militar de Focsani, cerca de Arroyo Salado. Me había escapado al aproximarse los rusos. El hijito de Marta se puso enfermo uno o dos días después de mi llegada, y yo no podía prestarle ayuda alguna, falto de medicamentos. El médico-jefe del hospital de Dumitrestí no podía hacer tampoco nada por él. Marta tuvo entonces la idea de pedirle medicamentos al oficial ruso que acababa de ocupar el pueblo. Lo recuerdo perfectamente. La encontré en el momento en que ella se preparaba para salir, eran alrededor de las cinco de la tarde; nosotros estábamos todos en la casa, ya no salíamos por miedo a ser descubiertos y hechos prisioneros por los rusos. Ella me dijo: «Yo bajo al pueblo, el oficial me ha hecho saber que él tiene una caja de sulfamidas. No salgáis. Volveré dentro de una hora.»

—Todos nosotros la estábamos esperando, me acuerdo perfectamente —empalmó Dan—. Víctor se hallaba con nosotros en el gran salón, cuyas dos puertas abiertas al jardín dejaban entrar un aire cargado de perfumes otoñales. Lo recuerdo. De manzanas maduras y de rocío. Nos habíamos preparado un escondrijo en la buhardilla y otro en el fondo del vergel, en los establos, desde donde se podía huir hacia los bosques del lado del Claro del Manzano y pasar a Transilvania. Habían sido tomadas todas las precauciones. Víctor y Marta no querían abandonar la casa, a causa del niño, mientras que nosotros, los cuatro aquí presentes y Mihai Noaptes, nos preparábamos para abandonar el pueblo aquella misma noche. Disponíamos de víveres para varios días y estábamos armados. Víctor iba y venía del salón al cuarto del niño, el cual había cesado de llorar. Yo pensaba que quizás estuviera ya muerto. Una extraña amistad se había establecido entre todos nosotros, y

digo extraña porque todos estábamos enamorados de Marta y, en vez de disputárnosla, acabábamos de formar en torno suyo una especie de familia o de grupo protector. Yo creo que fue Víctor el que nos impuso esta actitud; había un algo que imponía en este hombre, se veía claramente que Marta le amaba, que era verdaderamente el hombre de su vida. (Yo miro a Ovidio. Tiene el aspecto de estar sufriendo atrocemente. ¿Por qué más que los demás? Y, sin explicación alguna por mi parte, por parte de un amigo, yo no sé por qué, me agrada verle sufrir.) Había en él una paz, yo diría que contagiosa, o una forma muy directa de entendimiento con el mundo, lo que de algún modo le hacía superior. Él podía constituir para Marta el ideal masculino que en vano había buscado en nosotros. Yo soy modesto.

—Es posible que yo le haya conocido mejor que vosotros tres —terció Ion, con una sonrisa en los labios, provocada por la salida de Dan—, porque nosotros dos escapamos juntos después de aquella noche, os acordaréis, y pasamos dos meses vagabundeando por las montañas. Él había caído en la manía religiosa, no sé si incluso antes de haberse casado con Marta, o quizás a consecuencia de su muerte. Nos detuvimos unos días, o incluso algunas semanas, en el convento de P., al norte del distrito de Buzau, donde él mantenía largas entrevistas con el prior. Desde el primer momento habíamos adquirido la costumbre de visitar con frecuencia los conventos más aislados, de detenernos en ellos; eran lugares seguros, lejos de las carreteras y de los rusos. Hasta asistimos a una especie de milagro, ya os lo contaré más tarde. Víctor era un personaje extraño. Yo creo que tenía visiones. Para él, Marta no estaba muerta, en el sentido vulgar de la palabra, él le hablaba, y hasta es posible que ella le contestara a su vez; a mí me resulta imposible creer en esas cosas, yo no tengo ningún espíritu religioso, pero eso me impresiona a más no poder, lo confieso. Yo no puedo por menos que pensar que Víctor estaba, de alguna manera, mucho más evolucionado que yo, que mi ciencia sólo es un impedimento, un velo interpuesto entre mi conciencia y la verdad. En fin, volvamos a esa tarde.

Ovidio volvió a llenar los vasos, puestos en el mismísimo suelo, en la piedra de la escalera o al lado, entre los guijarros que afloraban de la tierra, y el vino ambarino parecía un concentrado de luz bajo los árboles.

—Yo me encontraba con vosotros en el salón, buscando un receptor de radio para escuchar las últimas noticias. Al no encontrarlo —dijo, a su vez, Ovidio— volví a vuestro lado. Mihai nos proponía retirarnos a su tierra, en los Necule, a casa de sus padres, donde los rusos no habían llegado aún. «Llegarán —le dije—, si no ellos mismos, sus acólitos; antes de un año tendremos a los comunistas en el poder.» Mihai pensaba que los americanos y los ingleses iban a echar a los rusos antes del otoño o inmediatamente después del final de la guerra. Muchos rumanos creían todavía en los Aliados y en su intervención liberadora. No se conocía aún el Tratado de Yalta ni las concesiones hechas por Roosevelt a Stalin. Nosotros ignorábamos que la Segunda Guerra Mundial había sido dirigida por unos locos, los locos más grandes de la Historia, por unos anormales desencadenados. Un borracho ambicioso y sanguinario, un paralítico ignorante, un pintor fracasado con gestos de autómatas, un hombre primitivo y aterrado por sus propios crímenes. Había que empezar por ahí la historia de la Segunda Guerra para llegar a comprenderla correctamente, a fin de evitar una tercera. Estas discusiones nos hacían olvidar un poco nuestra desgracia. Recuerdo perfectamente aquel instante. Hubo una pausa, un silencio entre nosotros; estábamos cansados de pasarnos el día charlando, cuando aquel grito estalló en algún sitio, procedente del camino, algo así como un desgarramiento físico, como si la tierra acabara de ser herida y clamara al cielo su dolor en demanda de justicia. Nos levantamos, al acecho. Era un grito de mujer, que se hacía cada vez más claro y potente. Nos precipitamos en busca de nuestras pistolas, como aguijoneados por la misma sospecha y por la misma necesidad de defensa, o quizá de ataque y de venganza. La cocinera y el jardinero se reunieron con nosotros delante de la casa. El bebé se había echado de nuevo a llorar. Salimos a la carretera. Había una masa de sombra ante nosotros, una mujer inclinada entre la cuneta y la empalizada. Los gritos venían de allí. Alguien me empujó por detrás. Estuve a punto de caer.

—Era yo —precisó Dan—. Prosigue. ¡Dios mío, cuánto me hace sufrir esto! Prosigue.

—Nos acercamos. Yo tenía la espantosa certeza de lo que iba a ver, esta visión estaba inscrita en mí desde el momento en que había oído aquel grito.

—Yo también —exclamó Alejandro—. Y no quería creerlo. Yo tenía una especie de calambre en el estómago, un pánico nervioso se había apoderado de mí, sentía algo así como una transformación que se estaba produciendo en mis entrañas o en mi alma, o una ruptura entre lo que había sido y lo que se iba a producir. Marta yacía delante de una campesina, el rostro ensangrentado, llevando ya impreso en ella el sello visible de la muerte. ¡Dios mío, qué duro es hablar de todo esto, jamás me lo habría imaginado! Ella murmuraba: «El oficial, los rusos», repitiendo sin cesar estas palabras. Ni siquiera traté de comprenderlo, no había que comprender nada. El médico nos puso sobre la pista unos instantes después. Ella tenía una cita con el rufo en el hospital, donde los rusos habían hecho evacuar una habitación y habían instalado en ella su puesto de mando. Marta fue violada en esta habitación, sobre una mesa de operaciones de hierro blanco; ella había luchado contra ellos; ellos la habían golpeado, insultado y herido con un cuchillo; todos habían pasado por allí, uno tras otro; el médico había tratado de intervenir: ellos lo habían atado y le habían dejado tirado delante de la puerta.

—Victor no nos acompañaba —intervino Ovidio—. Se había quedado al lado de Marta.

—¿Estás seguro? —le preguntó Ion—. Él la dejó con aquellos hombres y todas aquellas mujeres que acudían de todas partes. Es lógico suponer que tenía ganas de buscar a los culpables.

—No estoy seguro. Quisiera estarlo, pero no me acuerdo de ninguno de vosotros con precisión. Yo avanzaba como si estuviera solo, y estaba dominado por una sed de venganza y de sangre que me hacía indiferente y vago el resto del Universo. Quería matar. Eso era todo. Casi había olvidado el porqué. En el hospital ya no quedaba nadie, excepto el médico, al cual liberamos de sus ligaduras y que nos contó lo que había pasado. Y nosotros nos precipitamos hacia el pueblo. El rufo estaba en su cama, deshecho de fatiga, con la sangre de Marta en la cara. Se incorporó, deplorable, en camisa de noche robada, a punto de echarse a llorar, vuelto a ser un niño miedoso y casi inocente. Era tan horrible verlo que disparé para borrarlo. Vosotros también. Él quería decir alguna cosa, abría ya la boca, pero no salió de ella ningún sonido; era evidente que se arrepentía, que hubiera querido excusarse o hacerse perdonar; y todo aquello, con aquella sangre en su cara y aquella camisa de noche, era demasiado vil y feo; y aquella mirada implorante... Yo hubiera querido darle una muerte lenta y atroz, morir de aquel modo bajo balas rápidas y honorables era demasiado fácil, pero no supe contenerme. Y descargué mi cólera sobre aquella masa que había sabido hacer sufrir, pero no quería consentirlo para sí mismo. Le dije al campesino en cuya casa se alojaba: «Salga al patio, pero no lo toque.» Yo no tenía ningún plan preciso, pero aquel cadáver de bestia inmunda en una casa humana no me parecía estar en su sitio. Y pregunté dónde se hallaban los otros. Al final del vergel, ¿os acordáis?, había una viña, y al final de la viña, excavada en la colina, estaba la bodega. Nosotros nos acercamos, con mil precauciones ridículas, mas ellos estaban todos dentro y no esperaban nuestra reacción, ignorando nuestra presencia en Dumitresti. Dan, o bien tú, Ion...

—No, fui yo —indicó Alejandro.

—...abriste la puerta, que nadie custodiaba, ellos tenían prisa por lavarse de su pecado, o de olvidarlo, o de prolongar su placer; habían desventrado los toneles a hachazos y a balazo limpio, el vino fluía de todas partes, y ellos chapoteaban entre las cubas, borrachos ya, dando cabezadas a la luz de un quinqué puesto en una rinconera. Nosotros disparamos todos a la vez, al montón. Ellos caían y desaparecían en el vino tinto, ni siquiera sorprendidos, como en un infierno. Yo tenía la sensación de que la guerra había terminado de verdad, en aquel momento preciso. Pero me equivocaba. Esta guerra no va a terminarse nunca, ella vive en nosotros, se prolonga en nuestros descendientes, se convirtió en eterna en el momento mismo de estallar, como todo mal a la medida ecuménica del hombre.

Kripsy alzó la cabeza y miró a su amo, a quien nunca había visto tan apasionado, salvo cuando él rompía alguna cosa o entraba en el salón con las patas llenas de lodo. El animal pone la cabeza en el suelo, y se oye algo así como un profundo suspiro saliendo del fondo de su garganta o del fondo de sus entrañas, como si acabara de comprenderlo todo.

Dan agarra su vaso, lo vacía de un solo trago y enciende un cigarrillo con su viejo encendedor, que un soldado le había vendido en el frente, en Besarabia. Ion coge un higo y lo tira de vuelta, inmediatamente, al montón.

—Yo también tenía la sensación —dice— de haber hecho justicia, esto había acabado por calmarme un tanto; pero yo sabía que no había resuelto el problema. ¿Qué problema? Mi problema era Marta, no la guerra. Yo me consideraba en esa época un ser elegido, me reía de todos los demás. Hubiera sido capaz de mataros a todos, a vosotros y al pueblo entero, a fin de salvar a Marta. Mas ella ya no podía ser salvada. Porque ella había fallecido entretanto y yacía en su lecho, bella y serena. ¿Os acordáis? Os rogué a todos que salierais, a fin de constatar su muerte, en mi calidad de médico. Su cuerpo estaba magullado, irreconocible; pero ella hubiera sobrevivido probablemente a sus heridas y a su humillación; yo digo probablemente, no lo sé de fijo. Quizá no. Lo que la había rematado era una bala disparada desde muy cerca, bajo el seno izquierdo, por debajo de la blusa, que no tenía rastro alguno de bala, un balazo en pleno corazón. Esta bala, ¿había sido disparada antes o después de nuestra partida? Ésta es la cuestión. Si había sido antes, el autor de su muerte había sido uno de los rusos; si fue después, ¿quién había disparado, y por qué? ¿Ella misma? La sangre estaba completamente fresca, yo veía claramente la diferencia al compararla con la de las otras heridas. ¿Uno de sus servidores, cumpliendo órdenes de su señora? ¿O su esposo?

Él había cogido la mano derecha de Marta entre las suyas, había apoyado en ella su frente y había estado llorando durante largos minutos. El mundo entero estaba impregnado del olor de aquella sangre derramada: el pueblo, el jardín, la casa, aquel cuerpo amado. Un olor a vino y a muerto. Ion ya no quiso beber nunca más el vino tinto. Examinó de nuevo la mortal herida, que sangraba abundantemente bajo un vendaje improvisado, puesto encima de la blusa por una mano piadosa e inexperta, y lo puso de nuevo en su sitio, zumbante la cabeza de preguntas. Jamás se había sentido tan solo.

—Ya que Víctor no ha venido, el secreto sigue encerrado en su estuche.

—Pero, ¿dónde está en resumidas cuentas? —preguntó Alejandro.

—He perdido su rastro desde, veamos, desde 1948, cuando se hallaba en Asís. Debo de tener aún su dirección de entonces, en alguna parte, entre mis papeles. Si la memoria no me engaña, él habitaba en la morada de unas religiosas francesas, Via Borgo di San Pietro.

—Yo sabía que estaba en Dublín —precisó Dan—, en 1960 o un poco más tarde.

—Yo sabía que estaba en Suiza —añadió Ion—. Pero él no me ha escrito nunca, nunca he sabido su dirección. —Yo tengo que comunicarle una buena noticia —dijo Alejandro—, y puesto que él no ha venido, seréis vosotros los que la vais a recibir. Vi a su hijo, en Arroyo Salado, durante mi último viaje a Rumania.

—¡Su hijo! —exclamó Ovidio, fuera de sí—. Eso no es posible. Tenía cuarenta de fiebre y sin medicamentos... Cuenta, cuenta... Eso me parece imposible. Estaba a las puertas de la muerte aquella noche.

—Víctor se lo confió a una aldeana, aquella última noche en Dumitresti, os acordaréis todos. Sin ninguna esperanza por otra parte. Hasta le indicó el sitio en que tenía que enterrarlo uno o dos días después, ya que el niño ya no daba casi señales de vida. Pues bien, esa mujer lo salvó. O Dios misericordioso. Alquilé un coche en Braila, el año pasado, y, acompañado de Teresa, me fui hasta Dumitresti. Encontré a esa mujer. El hijo se llama Víctor. Enseña Filosofía en el liceo de Arroyo Salado. Fui en su busca, lo vi, se parece a su madre, claro está; es un guapo mozo, inteligente y puro, de una tristeza que te parte el corazón, como todos los jóvenes de nuestra tierra por cierto; pero en él eso es algo especial, como si hubiera nacido de las propias entrañas de la guerra. Escribe. Ensayos filosóficos, me dijo que se trataba de un Diario íntimo; mas no publica nada, pues ninguna revista ni editorial de nuestro país encontraría publicables esos textos. Él quisiera terminar un libro y hacerlo llegar a tus manos, Ovidio, con todos los riesgos que eso implica para él. Me preguntó noticias de su padre, y me preguntó muchas cosas acerca de su madre. Él estaba al corriente de todo esto, quiero decir de la manera que había muerto Marta.

—Habría que descubrir el paradero de Víctor —dijo Ovidio—. Y hacerlos venir aquí, a él y a su hijo. Pero Víctor se halla en paradero desconocido, y su hijo está más allá de los pasaportes. Tú podrías ocultarle en tu barco, en tu próximo viaje.

—Podría —dijo Alejandro.

«Yo podría hacer cualquier cosa, lo que fuera —piensa—, yo soy el amo a bordo. *Yes captain,*

oui mon capitaine, sí, señor, a sus órdenes, comandante... Yo puedo incluso, si quiero, dejar de sopetón a todas mis amantes de todos los puertos del mundo. ¡Qué bella es la mar! Ella no tiene cuentos, ni ignominias: todas esas miserias horribles tienen lugar en la tierra. La muerte de Marta y todo lo demás: las revoluciones, las guerras, las opresiones, las enfermedades, las violaciones, las invasiones, el envejecimiento. Se tendría que poder vivir siempre en la mar.»

Hay un prolongado silencio que nadie trata de interrumpir. Ellos acaban de recomponer este hecho en casi todos sus detalles, aportando cada uno su parte de recuerdos a la penosa reconstitución, y se encuentran como agotados después de un largo y difícil esfuerzo. Marta está en ellos, tan presente como de costumbre, pero más completa, como refrescada, puesto que acaban de añadir a su retrato ese fragmento prohibido, el de su muerte, que cada uno de ellos había tenido buen cuidado de ir borrando poco a poco, de irlo recubriendo con otras imágenes. Ellos callan, pero piensan en la continuación del relato, en su venganza. Ellos apilaron los cadáveres en un carro tirado por bueyes, con ayuda de los campesinos, se dirigieron al bosque y enterraron a los rusos en el fondo de una fosa muy profunda, que estuvieron cavando durante largas horas, al pie de una roca, detrás de los abetos, al final del mundo conocido. Habían enmascarado cuidadosamente los rastros de su paso y de su obra, y los campesinos, posteriormente, jamás abrieron la boca. ¿Rusos por aquí? Nunca los hemos visto. Por esta parte, no. Los que fueron en busca de sus camaradas sospecharon que éstos habían escogido la libertad, la encuesta no dio el menor resultado, el silencio del pueblo acabó por tragarse esos últimos muertos de la guerra en Arroyo Salado. Y los seis supervivientes abandonaron la casa de Marta el día siguiente. Ion y Víctor se dirigieron hacia la parte de la montaña, Mihai se refugió con Ovidio en casa de sus padres, en Necule, Dan y Alejandro tomaron el camino de Bucarest, con arreglo a unas decisiones impuestas ciertamente por las afinidades electivas nacidas durante su breve estancia en aquel lugar, o por razones más profundas y misteriosas, siguiendo así cada uno su destino, empezando aquel día su entrada en el exilio, su segundo nacimiento. Los años pasaron para cada uno de ellos, perseguidos, detenidos, sometidos a horarios de mediocridad cretinizante, vagabundeando entre un pueblo y un convento, buscando todos ellos la manera de escapar hacia el Oeste, pisando el fango y las ruinas antes de conseguirlo.

—¿Quién ha estado cuidando del hijo de Marta? —preguntó Ovidio.

—Aquella campesina de Dumitresti. Me acordaba de ella y de su marido, el viejo Tomás, que tocaba la flauta. Yo les había visitado muchas veces, porque había oído tocar al viejo, un domingo, en la plaza, delante del Ayuntamiento. Marta les quería mucho, eran personas muy honradas, Tomás acababa de cumplir ochenta y cinco años el último año, cuando nosotros subimos al pueblo. Ellos se ocuparon del joven Víctor, después de haberle salvado la vida. Lo cuidaron con hierbas; tardó mucho tiempo en curarse, y dos años después, cuando las cosas se calmaron un poco, se pusieron en contacto con los padres de Víctor, en Arroyo Salado, los cuales se encargaron del niño. Fui a verles, viven cerca de la estación, en una casita, donde el hijo de Víctor ha leído, según él me decía, los mismos libros que su padre y su abuelo. Nos invitaron a comer, a Teresa y a mí, y nos pasamos la tarde recordando a nuestro amigo, del cual ignoraban el itinerario, la dirección... en fin, todo. Había desaparecido, no les había escrito nunca, no sé por qué, no comprendo ese misterio, yo creo que la muerte de Marta le hizo ser indiferente, alejado. Mas, si supiera que su hijo está vivo... Aunque, ¿quién se lo hubiera podido imaginar? Es posible que todo esto tenga un sentido que yo no entiendo, que yo sea demasiado tonto para comprenderlo; pero, os lo confieso, al contemplar a este Víctor, tan parecido a su madre, yo me sentía obligado a filosofar, delante del pequeño Víctor me sentía obligado a mirar a través de los acontecimientos y de los hombres, que es lo que significa filosofar, supongo yo. Jamás me he encontrado con un ser joven tan envuelto de tristeza, es muy posible que a causa de esa historia que está en la base de su vida, de la duda total que se adueñó de él en el momento de su entrada en la vida: la muerte de su madre, la desaparición de su padre, la derrota de su país, la miseria, el miedo. «¿Está mi padre vivo todavía? Si es así, ¿por qué no me da ninguna señal? Y, si está muerto, ¿cómo aceptarlo, cómo justificarlo?» Y me lo preguntaba pegándose a mis labios, a mi mirada. Se sabía que estaba en Italia, y luego en Inglaterra o Irlanda. «¿Dónde puede hallarse en estos momentos?» «El nos cree a todos muertos y enterrados», cortó el padre, un viejo ferroviario. «El nos cree a todos muertos», repitió la madre. Los padres de Marta

han muerto, me enteré de ello unos días después en Bucarest, en la miseria más anónima. Regresaron a Arroyo Salado inmediatamente después de la guerra; el padre fue condenado a veinte años de prisión, como antiguo prefecto, y murió en su celda, hacia el año 1956. La madre falleció en Bucarest, en casa de unos amigos, adonde había ido a parar, en un sótano sin ventanas, húmedo como una caverna, donde los campesinos de Dumitresti iban de vez en cuando a llevarle víveres. Ella escribió a su nieto muy hermosas cartas, hablándole de su madre. De Marta...

—¿Y la mansión?

—Ha sido convertida en hogar cultural. Al menos, eso dice el escrito que hay en la puerta. Entré en ella. Pertenece al Estado; bueno, al *koljós* local. Las gallinas se habían adueñado de la biblioteca, había un polvo de cuatro dedos en las mesas, un olor a gallinero y escoria social y política; aquello olía a podredumbre ideológica por todas partes, la mansión sin muebles, el patio; los árboles del vergel estaban en gran parte muertos también, faltos de cuidado; la viña se había helado; la bodega se había convertido en un agujero abierto en la tierra, tuve la curiosidad de ir a echarle una ojeada. Un delegado, o miliciano, o algo parecido, me acompañaba en esta visita. «Lo van a reconstruir todo —me dijo—. Hemos estado ocupados en otras cosas hasta ahora, hemos tenido otras preocupaciones, más graves. Hemos cambiado el país.» «Sí —le respondí—, ya lo veo.» Él me miraba de muy mala manera. El pobre trataba de echar a las gallinas fuera, con torpes gestos. «Déjelas usted —le dije—, ellas también quieren hacerse cultas.» Él no se rió, ni contestó nada. «Todo esto cambiará dentro de uno o dos años, ya lo verá usted», me dijo al salir. Mas creo que era el único que tenía esperanzas en el pueblo. Yo no podía dar crédito a mis ojos. Caminaba como en un sueño, una pesadilla, y quería despertar, y eso era superior a mis fuerzas. Aquello era una especie de cementerio abandonado, y los perros, famélicos, daban la medida justa del desastre, unos perros fantasmas como jamás había visto, salvo en Calcuta quizá, que abrían la boca para ladrar, sin proferir ningún sonido. Bueno, eso es, ahora lo sabéis todo.

—Excepto lo esencial —murmuró Dan, detrás de su cigarrillo—. ¿Quién mató a Marta?

Ovidio se puso en pie. Todo había sido dicho, en efecto. En cierta medida, él había cumplido su misión. Tenía que haber una solución. Los otros se levantaron también. Unas luces se encendieron sobre Polop. La mar, en la lejanía, había desaparecido. Una fresca brisa empezó a subir del valle, la brisa que hacía entrar a los pescadores en los puertos de la costa, mezclando los perfumes de las flores con el aliento salado y lejano. Cuando salieron de entre los árboles, la montaña en llamas les hizo cara. Ardía como una antorcha, avivada por el viento de la noche. Su humareda extinguía las estrellas en algunos sitios.

—Vamos a cenar a casa de Imme —explicó Ovidio—, si eso os divierte. Habrá bastante gente.

—¿Quién es Imme? —preguntó Alejandro.

—La vais a ver.

—Yo tenía mis dudas —repuso Ion, sonriendo con las comisuras de los labios.

Cuando regresaron, por la noche, muy tarde, las llamas habían cedido. La montaña rojeaba en algunos sitios, pero parpadeante ya, como vencida por el sueño. Un telegrama esperaba a Ovidio: *No puedo ir. Lisi fallecida Lausana. Sigue carta. Abrazos. Michel.*

Él tuvo alguna dificultad para salir del Metro, una mano sobre su trasero, cómicamente protectora, resguardando así el fajo de billetes que había metido en el bolsillo posterior del pantalón, y la otra apoyada en su vientre, por el que aquella gente parecía no sentir el menor respeto. «Yo me paso la vida en el Metro, he dejado en él, contando todos mis trayectos, dos horas al día, una buena parte de mi vida, doce horas a la semana, cuarenta y ocho al mes, más o menos quinientas al año. Quinientas multiplicadas por veinte hacen diez mil, en veinte años de estancia en Argentina; diez mil horas serían, en días, diez mil divididas por veinticuatro, lo cual resulta demasiado complicado...» Se embrolló en sus cuentas. «Tendré que buscar mi libreta de notas y mi bolígrafo. En el primer bar...» el aire subterráneo olía a humedad, a moho tropical, a multitudes sudorosas, a digestiones jadeantes. «¡Malditos sean los que exaltan a las muchedumbres! — exclamó Michel, mientras subía la escalera hacia la luz del día—. La muchedumbre quiere decir instintos, guerras, revoluciones, retorno a lo animal, a la fatalidad de los grandes números, a la estadística destructora. Yo soy un hombre solo, incluso en medio de la multitud. Un hombre solo.» Se detuvo, sin aliento. «En efecto, yo estoy solo, acabo de quedarme solo.» Sintió deseos de cerrar los ojos, de negar la vida, de desaparecer. Lisi había ayudado a soportar las catástrofes, las malas situaciones, las pérdidas, los desastres. «Yo no podré continuar solo. Necesito tener a alguien a mi lado. Esto quiere decir que no soy un hombre acabado, que hay en mí una fuerza, mi postrera juventud, que me empuja o me obliga a buscar. Yo soy capaz de hacer feliz a una mujer.» Reanudó la subida y se encontró en Corrientes, calle compleja, rectilínea, empapada de frituras y de razas, oliendo a ajo, a cebolla, la Europa subterránea, la judería y el zoco, las mil y una noches de una historia convertida aquí en geografía económica, libritos de cheques, vomitadas al borde de la acera, aire polucionado, rostros y fachadas grises, deseo de abrirse paso hacia el dinero contante y sonante. «¿De qué servimos esta Humanidad y yo mismo?» No había llegado a encontrar un sentido a su aventura desde su llegada a Argentina, no comprendía la razón de hallarse en aquella ciudad, a orillas de un río de sesenta kilómetros de anchura. Una tumefacción gigantesca e inútil entre las pampas y el Río de la Plata, en que había engordado, engendrado una niña, perdido a su mujer, hecho rodar su bola sin ninguna ventaja convincente, ni para él ni para los demás. No tenía ganas de quedarse allí ni de volver a Rumania. «Voy a matar mi soledad, eso es todo cuanto puedo ambicionar. Lisi lo comprenderá.» En el fondo se sentía aliviado, una vez enviado el telegrama, una vez adquirida la certeza de la imposibilidad de encontrar el dinero necesario para el viaje. Una tumba no quiere decir nada, la ceremonia fúnebre le hubiese agotado, y aquel adiós absurdo a un cadáver que ya no era Lisi. Ella vivía en él, él la encontraría un día más allá de esos estruendos inútiles, de esos millares de horas en el Metro. Su vida tomaba un aspecto inesperado, él se hallaba ante un nuevo comienzo. Hubiera sido hermoso volver a ver a Ovidio y demás compañeros de Dumitresti. Él había abandonado a Sebastián a los cuidados maternos de Graziella; en aquellos momentos estarían haciendo el amor, si el antiguo miliciano era capaz de ello, si no era pederasta o impotente, ya que esos tipos con pista las y deseos homicidas son generalmente unos anormales sexuales, unos pequeños monstruos ocultos detrás de cualquier muro: un arma, el cinismo, un fanatismo político, un rostro repugnante. «Yo soy un ser privilegiado, no debo olvidarlo, una armonía perfecta, mimado por las mujeres y por mi propia estructura.» Terminaba siempre por encontrar una salida feliz a sus divagaciones metafísicas. Sus debilidades, su pobreza, su destino fallido, todo cuanto le inclinaba al pesimismo verbal, lo convertía inmediatamente en oro autobiográfico. Eso era su modificación orbital, la única de que disponía para evitar su hundimiento. ¿Después de Marta? No, desde mucho antes.

Se detuvo ante el «Teatro Politeama», donde Milagros estaba sin duda tomando parte en largos

ensayos matinales. Milagros se había convertido para él en la España mítica metamorfoseada en mujer, es decir, palpable. Algo así como un viejo sueño se transfiguraba en forma femenina contemporánea. Su larga búsqueda acababa de alcanzar un objetivo, después de tantos años. «Ella es demasiado joven y yo empiezo a envejecer.» Las piernas le temblaban ligeramente, tenía la frente bañada en sudor, a despecho del frío; seguía plantado delante de la fachada anodina donde, en un gran cartel, leyó, entre otros nombres, el de Milagros de Granada, en letras no muy salientes, pero imbuidas para él de un sentido personal y atractivo. Buscó una entrada de servicio, una puerta abierta, y se presentó al portero: «Agente teatral de la señorita Milagros.» Éste le dejó pasar sin mirarle, sin responder a su saludo, ocupado en chupar su tubo con punta de plata sumergido en el hirviente mate, el rostro sumido en beatitudes. Al final de un pasillo, Michel desembocó en la sala de espectáculos, sumida en las tinieblas. Solamente estaba iluminada la escena, donde los personajes tomaban posiciones para una danza cien veces repetida. Tenían aspecto fastidiado e indiferente. Las guitarras explotaron al fondo de la escena, un gitano de cabeza caldea golpeó el podio con violencia y una voz monótona, como la del almuecín clamando hacia el cielo, se escapó de un rincón invisible, de una boca, de un agujero tenebroso que se comunicaba con un pasado más allá de los milenios, oriental, mediterráneo, musulmán, egipcio, en el que los tonos se mezclaban con pasión, formando una melopea triste, amorosa, acechando a través de la mujer alturas inhumanas o la vecindad del pecado y de la sangre. Michel tomó asiento al fondo de la sala, procurando no hacerse notar. Aquello olía a muchedumbre, como el Metro, al polvo y el tabaco del día anterior, enfriado, condensado, superpuesto a otras capas mucho más viejas, como una geología que se hubiera hecho sensible, expresando la curiosidad, la debilidad y los vicios del hombre. Había un algo turbio, pérfido y corrompido que empujaba unas tinieblas abiertas. La escena parecía una abertura hacia otro mundo, donde las promesas de pureza se mezclaban a las dudas, como si esta visión lejana fuera un mensaje, un fuego fatuo cristalizado en imágenes. Quizás una quimera. Aquello hablaba de una España que quizá no existía, que quizá no existía ya, parcial y fabulosa, como todo lo demás, invadida y deformada por un Oriente que la desacreditaba o la completaba. Un sueño pujante y engañoso, como cualquier espectáculo.

Milagros apareció en el momento en que Michel menos se lo esperaba, en medio de una oleada de rojo y de blanco, como encuadrada por su propio vestido. Carmen arrancada violentamente de una Sevilla falsa y viviente, más bien literaria que musical. Unas imágenes surgieron más allá de las miradas de Michel, unos personajes, unas calles, caballos, contrabandistas, toreros y largos pistolones; Milagros desencadenó en él el milagro de la zarabanda fantástica, creada por el acoplamiento de la realidad y el sueño despierto, situada más allá y más acá de la pupila. El espacio desaparecía así junto con el tiempo, éste con aquél, en un torbellino en el que vibraban los guiños y los pavoneos ontológicos de la antimateria. Aquellos movimientos podían ser engendrados por astros o por protones. Los ojos fijos de Michel se dejaban poseer por los gestos precisos y armoniosos de la mujer, que, proyectados en la memoria, fabricaban escenas que se multiplicaban hasta lo infinito. Él mismo ocupaba el sitio del bailarín, revoloteando en derredor de Milagros, llevándosela o dejándose llevar, daba vueltas por las calles de Bucarest, atravesaba noches y bosques, y terminaba en un diálogo amoroso, gestos y música transfigurados en ritual, retornando a su verdadero origen trágico. Y, súbitamente, el rostro lejano de Milagros, en medio de aquella confusa mescolanza que se había hecho indescifrable, tomó un nuevo aire, se veló, pero acabó por clarificarse y acercarse. La danzarina en blanco y rojo era Marta. El telescopio mágico se fijó en una dimensión del pasado, en un punto de la maravillosa galaxia, y aquella mujer en movimiento se convirtió en la Mujer, un ser mítico, vistiendo su eterno uniforme, envuelta en las emanaciones de su alma y de su cuerpo, sensibles al oído y a todos los sentidos.

—Yo vengo del frente —dijo él.

—Yo también —respondió ella.

Del frente de la Segunda Guerra. La había vuelto a encontrar, sólo él y sola ella, en el sendero, entre los manzanos sobrecargados de aquel fin de agosto que por su riqueza vegetal, por sus ramas dobladas bajo el desorden de los frutos, demasiado abundantes aquel año, marcaba el desorden del fin del mundo, o de un ciclo, o de la guerra, o de lo que fuera. Había entropía, aceleración hacia el

desorden final, claramente indicado por la Naturaleza, como un símbolo ofrecido a los hombres, activos e ignorantes. Él la había retenido de la mano, queriendo decir: «Yo vengo del frente, tengo derecho a una recompensa, te necesito, te deseo y tengo una buena justificación para ello.» Y ella se había soltado dulcemente, acentuando así su semejanza o su paralelismo. Ella también venía del frente, es decir, de un enfrentamiento, ella procedía de la misma soledad ardiente, como un soldado dolorido, deshecha el alma por la monstruosa revelación de la muerte. Él había osado desear a una mujer casada, mas ella no se había enfadado por ello: se conocían demasiado uno a otro; ella acababa de plantar ante él la lanza ensangrentada de su propia tragedia, y se había marchado, arrastrando en pos un saco de manzanas, sobre la húmeda hierba del crepúsculo, entre los árboles invadidos por su propia creación destructora. Algunas ramas habían cedido bajo su propio peso y yacían por el suelo, secándose lentamente. Un vago olor a podredumbre vegetal se alzaba en el atardecer, como la respiración de un moribundo, más fino y elocuente que el perfume embriagador de los frutos sanos y relucientes. Michel llegó al final del vergel, saltó una empalizada, cruzó un prado, saltó por encima de un arroyuelo y se hundió en otros vergeles, donde las rojas manzanas cubrían el espacio por doquier, como una alusión a la guerra y a lo que iba a suceder, en Dumitresti y en el mundo, pues la paz no existía, no había existido jamás.

La música cesó bruscamente, unas voces sonaron en la sala y en la escena, unas luces fueron desplazadas por unas sombras... Michel volvió a tomar contacto con lo inmediato, no sin sentimiento, como cada vez que le obligaban a volver a la realidad; se levantó con muchos movimientos de su butaca y avanzó, bajando pesadamente por un plano inclinado, hacia la silueta de Milagros, que se había quedado sola en medio del decorado andaluz. Ella seguía bailando, pero de otra manera, esbozando pasos, retorciendo, pero apenas, sus manos, maravillosamente simbólicas, irguiendo la cabeza con brusco movimiento, haciendo caer los cabellos sobre sus hombros, pero aquende de la tumultuosa dedicación de la danza, como marcando futuros pasos, actitudes futuras o pasiones todavía inciertas. Ella le reconoció y le hizo seña de sentarse en la primera fila, sin dejar de moverse, sin dirigirle la palabra. Su comunicación con él parecía semiconsciente, como soñada. Los movimientos se fueron haciendo cada vez más firmes y seguros, lo que ella había hasta entonces imaginado o adivinado evolucionó hacia su cumplimiento, su mirada y su expresión abandonaron la realidad, volvieron a tomar contacto con lo que un danzante ve allende su ritmo exterior. De cuando en cuando, ella parecía quererlo atravesar con sus miradas, mas esto no pasaba de ser mera apariencia. Ella miraba, a través de él, a otro Michel, que vivía en su interior y a quien, probablemente, se dedicaba esta danza.

La idea había sido de Ovidio: partir en busca de Víctor. Él había encontrado en un viejo cuaderno un nombre (el P. Aldo B.) y una calle de Asís (Via San Francesco, 7), donde Víctor había pasado una temporada en 1947 o bien iba a buscar su correspondencia. Esto era todo. Desde allí ya los mandarían a otro sitio, hasta encontrarle, doquiera que fuese. Solamente Ion Manu le acompañaba en este viaje. Alejandro se había marchado a Roma, mientras que Dan se había quedado en Polop, demasiado agotado para seguirles, conquistado por el encanto del pueblo, resuelto a pasarse ante la piscina el fin del verano y el comienzo de setiembre, a fijar allí su residencia, probablemente durante cierto tiempo. Ovidio e Ion habían, pues, alquilado un coche y tomado el camino de Asís apenas llegados a Roma, tras un viaje de dos horas en avión, el tiempo necesario para determinar un plan de acción. Una decena de días les parecían suficientes para descubrir el último lugar de residencia de su amigo, el único capaz de poner en claro el secreto de la muerte de Marta. A través de Terni y de Spoleto, que ellos dejaron a su derecha, hundiéndose más y más entre las colinas de Umbria, cruzando Foligno, caliente y lleno de ruidos y de turistas, se lanzaron hacia Asís, bañado ya por el sol poniente, entre los olivos, cuyos antepasados se habían dejado acariciar por las manos del santo más hermoso, el aparentemente más insignificante, el más fuerte y el más eficaz de la Iglesia. Su espíritu dominaba todavía el paisaje, que parecía impregnado de una presencia diáfana y potente al mismo tiempo, la del hombre regido por una voluntad, guiado por una mano oculta, dedicado a un trabajo de renovación que lo sitúa por encima de los demás y le otorga un peso tan grande que el espacio sigue saturado de él por los siglos de los siglos.

Llegados al «Hotel Subasio», al lado de la Basílica, subieron un momento a sus habitaciones, que daban al valle donde Santa María de los Ángeles yacía en la sombra de la noche, se ducharon a toda prisa y salieron por la ciudad, aplanada por el calor, ruidosa a causa de los autobuses, los coches y las lenguas de todo género, personas que estaban allí de pasada entre una playa y su norte cotidiano; lectores de Chesterton o de Jørgensen, los biógrafos más famosos de San Francisco, o ignorantes internacionales, tentados por el vago renombre místico de aquel lugar, digno de ser inmortalizado por sus cámaras.

Ovidio había estado allí antes de la guerra, y reconocía las iglesias y los edificios; pero aquel vaivén incesante, las numerosas tiendecitas de objetos de recuerdo y de figuritas de barro de Deruta, abiertas por doquier en el flanco de las antiguas moradas, transformando las calles en un bazar, infestado por el olor humano y los gases de escape, le hacían penoso aquel contacto. El santo, que reinaba aún en los campos circundantes, había abandonado visiblemente su ciudad, consagrada al mundanal ruido, todos los vicios y todas las pasiones al descubierto, en medio del ahogo veraniego, como una carabela endemoniada.

Don Aldo estaba en casa, acababa de officiar la misa a santo Stefano y les hizo pasar inmediatamente a su biblioteca. Hombre bien parecido, de ojos inteligentes y calmosos, uno se daba cuenta al mirarle de que se hallaba en la oposición: a su tiempo, a las perversiones a las que la Iglesia había terminado por sucumbir, a los pintorescos compromisos de muchos de sus colegas. Para quien conocía, como Ovidio, los misterios de Asís —él los había percibido en vivo en una época mucho más tranquila, durante el verano de 1938, cuando las cosas se expresaban aún claramente a través de sus propios símbolos y a través de los hombres— este sacerdote, que había cumplido con su deber y que rondaba los sesenta, era como un libro abierto.

—Yo amo —dijo él— el pasado y el porvenir. El presente me hace sufrir. Afortunadamente, va a desaparecer. *Il presente è fasulo*. Es de pacotilla.

La abierta ventana daba a unos tejados en cascada, descendiendo sobre incisiones de luz, formando las calles transversales una especie de lechos de río fluyentes todos hacia la parte de la Basílica, paralelamente al valle. Al fondo de las tinieblas, la fachada iluminada de lleno de la iglesia de Santa María de los Ángeles formaba una mancha blanca, atenuada por la distancia, como un

pesebre al aire libre.

—Su amigo Víctor, lo recuerdo, vivió en el convento de las hermanas *coletinas*, en la parte baja de la ciudad, Borgo San Pietro, durante más de un año. Yo les facilitaba pequeños trabajos, lo mismo que el P. Bonaventura, también rumano él, director del seminario franciscano para las misiones, no lejos de aquí, un santo varón, muerto en Roma hace uno o dos años. Creo que él le ayudó mucho. Pero hay que bajar sin falta a ver a las buenas hermanas. Él tenía allí un gran amigo, el jardinero Pietro, y es muy posible que la hermana Marie Helene de la Providence tenga su dirección; yo no la tengo, lleva mucho tiempo sin escribirme, he perdido su rastro; él no escribía mucho, una carta, sí, recuerdo haber recibido una carta suya desde Londres, y me hablaba de una estancia anterior en Suiza; pero no la he conservado, lo siento infinitamente. Ustedes tratan, a lo que veo, de volver a encontrar a su amigo, de reconstituir un poco su itinerario. Aquí tuvo cuestiones, no por culpa suya; era un hombre muy cortés, derecho y firme en su fe, un verdadero cristiano, como he visto pocos. Él era ortodoxo, pero el P. Bonaventura lo confesaba en la basílica del santo; eso era bastante revolucionario a la sazón. Tuvo, sí, cuestiones con un fraile franciscano, un polaco si no me equivoco, y con un francés, alguien... uno de esos que entonces llamaban colaboracionistas o algo por el estilo, y con antiguos guerrilleros. Aquello hizo ruido en la ciudad, fue inmediatamente después de la guerra, sórdidas historias del mercado negro y de contrabando de cigarrillos americanos, y de caza de colaboracionistas también, si la memoria no me traiciona. Los periódicos se hicieron eco de ello. Tuvo que marcharse de Asís a consecuencia de esos asuntos. Y hay aún otra persona cuyo trato frecuentaba él en aquel entonces: el sepulturero Carlo Silvani, que vive no lejos de aquí, Via San Francesco, 27. Se sentirá dichoso al evocar a Víctor con ustedes. Él tenía la costumbre de recorrer a pie largas distancias, o en bicicleta; Carlo le prestaba la suya, y se iba de paseo hasta Perusa, Foligno, Spello y Montefalco. Conocía muy bien toda la región, desde el lago Trasimeno hasta Spoleto. Pensaba establecerse en ella, eso me decía, pero le impidieron hacerlo. Él no estaba hecho para fijarse en algún sitio, era portador de un sufrimiento, se veía por su manera de comportarse, algo terrible había marcado su vida. Ustedes también, por otra parte, y todos los que han perdido su patria, están como marcados con un hierro ardiente, al rojo, en plena mirada. Yo no sabía lo que es el exilio; bueno, lo sabía por Jeremías y el Antiguo Testamento, pero su amigo me lo reveló de una manera casi insoportable, porque su sufrimiento era contagioso. Usted habla italiano con el mismo acento que él —añadió—, reconozco cierto parecido entre ustedes, entre ustedes dos aquí presentes y Víctor. Algo así como un aire de familia, diría yo.

—Estábamos muy unidos, eso es todo. Terminamos la guerra juntos. Eso, probablemente, nos marcó con el mismo sello. Es como una boda, o como la muerte. Pienso que todos los muertos de la Segunda Guerra tienen algo de común, que Dios misericordioso los reconoce a todos por una señal que llevan muy a la vista en medio de la frente, si las almas tienen una frente, bueno, una frente de almas, tan eterna como sus cuerpos indestructibles. La Historia ha sido hecha de señales, de signos, de signos desgraciados, claro está, puesto que la felicidad no deja huellas.

—Tiene usted razón. Durante años enteros, después de la guerra, yo reconocía a los antiguos guerrilleros, a los antiguos fascistas, a los ex combatientes; llevaban una señal, que se ha ido borrando poco a poco con el tiempo. Menos la de ustedes.

—Esos grandes trastornos modelan unos tipos humanos nuevos. Berdiáev decía que la revolución de 1917 había forjado inmediatamente un rostro nuevo, un ruso frío, bien rasurado, malo, que no se parecía al ruso tradicional. El nacionalsocialismo produjo asimismo un ejemplar humano a su medida, vestido de cuero, carente de sonrisa, capaz de entusiasmarse y de cometer los peores desafueros. Los jóvenes han sido, en general, las rápidas víctimas de esa modificación, porque los jóvenes no esperan otra cosa que ser engañados, seducidos, vaciados de responsabilidad, transformados. La juventud es la edad del conformismo en su estado puro, a despecho de todo lo que se cuenta. Y no conozco una joven generación más conformista que la actual, ella es en todas partes igual a sí misma, necia y orgullosa de su necedad. Ya se está formando como tipo.

Ion callaba, ya que no hablaba italiano, pero comprendía lo que Ovidio y el sacerdote se estaban diciendo. El calor se había hecho insoportable, pero eso no le molestaba. Le gustaba aquella atmósfera exótica, aquella habitación, aquella lengua; aquello le olía a Sur, a Mediterráneo, a la

pasión de vivir y de morir, a la razón a plena luz, a los instintos, a Dios y al diablo combatiendo a cara descubierta, bajados a la carne y al alma de los hombres, como epifanías. Aquello emanaba un olor peculiar, lo había notado inmediatamente en Roma, aquello olía a Italia, y era mucho más fuerte que en ninguna otra parte. Aquello venía ciertamente de antes de los romanos y los etruscos. Había como unas galaxias en el tiempo, por debajo de la Historia conocida, y su presencia se hacía tangible, ella se encarnaba en un perfume, lo mismo que los muertos se manifiestan por medio del perfume de las flores. Ella olía bien, toda una civilización alejada y perdida se manifestaba de este modo en las calles de Roma, o en las de Atenas o de el Cairo. Como los interiores campesinos de nuestro país, las habitaciones limpias y blanqueadas con cal, en otoño, con sus manzanas y sus membrillos en los rebordes de las ventanas y de las chimeneas, a lo largo de las vigas, bajo el techo, anunciando la muerte de la savia, o, mejor dicho, su retirada al reposo del invierno, su eterna posibilidad de renacimiento, haciéndonos retroceder hacia la parte de las mismas galaxias recubiertas por la Historia, mas vivas, deliciosamente olorosas, prometedoras de *vida* sin fin, de variedades inagotables.

Dieron las gracias, se despidieron y bajaron en busca del sepulturero. Mas éste no estaba en casa. Les recibió su mujer, toda sonriente, y les rogó que entrasen, aunque sólo fuera por un momento. Había una chimenea, al fondo de una vasta pieza casi desnuda, una cacerola colgada encima del fuego de unas llaves, en la cual hervía la cena, o bien agua para los macarrones; aquello podía estar sucediendo ciento o mil años antes, ya que la casa no tenía una edad definida, construida en 1300, como muchas casas de Asís, sobre unos cimientos romanos, edificadas a su vez sobre piedras etruscas.

—*Accomodatevi pure.*

Pero no había silla alguna.

—Si quieren ustedes encontrarle, caso de no poderle esperar, él está en el «Muro Rupto», ¿saben ustedes?, la posada de arriba, no está lejos, cualquiera les puede mostrar el camino. Amigos del señor Víctor... sí, él era también amigo nuestro. Nosotros le queríamos mucho. Tuvo que marcharse de Asís, hay personas muy malas —decía ella con una sonrisa llena de bondad y de comprensión humana, pegada a sus finos labios, que nivelaba los horrores y las injusticias del mundo.

No fue difícil encontrarla. La pequeña ciudad parecía retroceder en la noche hacia sus entrañas secretas; como cediendo terreno ante una invasión o un asedio; ella había buscado refugio hacia las alturas más aisladas, donde los turistas y las ideologías no tenían acceso, la zona inexpugnable del núcleo original, donde San Francisco había llegado a ser quizás un germen prometedor de futuro. Ovidio conocía el sitio, y habiendo estado allí una o dos veces se acordaba del vino seco que bebía, con pan moreno y queso de Parma. Las calles estaban desiertas, se oía a través de las ventanas abiertas el ruido de la cena y del retorno de los hombres en torno de la cazuela y de la familia purificadora. Las voces de la televisión constituían la única prueba de contemporaneidad en medio de aquellas casas de la Edad Media y de aquellos ruidos semejantes a sí mismos desde que el hombre había aceptado vivir en sociedad y apiñarse detrás de unos muros. La calle subía, se hacía más y más estrecha; pasaron por delante de un convento; unos gatos les espiaban desde lo alto de las escaleras de piedra con sus ojos centelleantes y fijos, heredados de los etruscos; las flores colgaban de las ventanas sobre los vacíos, Perusa brillaba a lo lejos por encima de los tejados; se engolfaron bajo una bóveda romana, bajaron unos cuantos escalones, franquearon una puerta muy baja y se encontraron en una sala de posada, negra y profunda como una bodega, con algunas mesas al fondo, un mostrador de zinc a la derecha, un posadero de aspecto astuto frotando un vaso, y un cliente, un hombre de cara demacrada, como arañada por los años o por las obsesiones, de la misma edad que el padre Aldo, de elevada estatura, un vaso de tinto ante él, apenas empezado. Se levantó en cuanto los dos extranjeros le saludaron.

— ¡Unos amigos del señor Víctor! ¡Hagan el favor de sentarse!

Pidió al instante vino y queso, y llenó los vasos con gestos minuciosos. Se le notaba concentrado de golpe en un montón de recuerdos.

—El vino es de Montepulciano —añadió—. Un buen vino, ya lo verán ustedes. El *caccio* viene del valle. ¡A su salud, señores!

Durante algunos instantes, en medio del silencio y de cosas naturales «venidas del valle», un aire rumano danzó en el claroscuro, como un hálito o como una melodía, que ambos percibieron a la vez, formando una especie de cuadro propicio en el que la cara de Víctor, tal y como ellos la habían visto la última vez, fue evolucionando a su antojo, cual un actor en una escena, a lo largo de toda la evocación subsiguiente.

—Es curioso —comentó el sepulturero—, estaba pensando en él cuando ustedes han entrado. Ese hombre ha turbado profundamente mi vida.

Su mirada parecía excusarse por haber dicho demasiado y demasiado aprisa o de una manera demasiado clara.

—En el buen sentido, saben ustedes. Él puso en marcha mi cerebro, como solía decirme bromeando. Fue en seguida después de la guerra, cuando llegó a nuestra ciudad, no sé de dónde, de Roma yo creo, desde donde alguien le envió un día al convento de las hermanas *Coletinas*, en Borgo de San Pietro. Yo le conocí en el cementerio, donde él acompañaba al P. Bonaventura; ustedes le habrán conocido sin duda, un monje de barba blanca, un santo varón, Dios tenga piedad de su alma. Él volvió a venir, yo seguía cavando; charlábamos por la mañana, a pleno sol, o en pleno viento; él se sentaba sobre una tumba, con un libro en la mano, y me contaba lo que acababa de leer; él nunca me habló de su país, de la guerra, yo ignoro completamente su pasado, eso era como un terreno prohibido. Sé que había perdido a su mujer, aludió una vez a ello, y que había tenido un niño, fallecido también en trágicas circunstancias. Lo que le apasionaba era la vida del santo y la historia de nuestra ciudad. Se pasaba las horas en la biblioteca municipal y venía luego a conversar conmigo de lo que había descubierto de nuevo en algún episodio, una fecha, un lugar, un personaje secundario. Yo también, debo confesárselo, conozco bien la historia de nuestra ciudad. Creo que él quería escribir un libro. Yo le prestaba a menudo mi bicicleta, y él bajaba hacia la parte de Foligno y desaparecía durante días enteros: o hacia la parte de Gubio; se había hecho amigos en todas partes, pasaba la noche en los conventos, junto a los hermanos; él quería conocerlo todo acerca del Santo, o bien, creo yo, hacía fluir así su vida, como él decía, no deseaba ninguna otra cosa. Yo creo que él hubiese querido gastar de un solo golpe lo que le quedaba de vida, su impaciencia se había hecho visible, y creo que no tomó el hábito porque la vida del convento es excesivamente monótona, las horas pasan allí con excesiva lentitud. Le hubiera gustado hacerse monje, quedarse aquí para siempre, hacerse enterrar en la fosa común, al lado de la basílica; pero decía que así habría vivido demasiado tiempo. ¿De qué vivía? De lo que le pasaban don Aldo y el P. Bonaventura, él les ayudaba en la iglesia y en el seminario, y, los últimos meses de su estancia aquí trabajaba para *Mister Perkins*, ya habrán oído ustedes hablar de él, un americano que se ocupaba de arte; vivía con su mujer, una inglesa, en esa hermosa mansión que se alza frente a frente del obispado; poseía lienzos de Giotto, Cimabue, Botticelli... ¡yo qué sé! Su casa estaba llena de ellos. Y el señor Víctor se encargaba de llevar esos cuadros a Roma o a Florencia, confiárselos a comerciantes extranjeros, volver con el dinero... ¡yo qué sé! el viejo le quería mucho. Murió unos años después de haberse marchado el señor Víctor. Y también su mujer. Yo creo que el señor Víctor les escribía de cuando en cuando.

—Él tuvo cuestiones con un monje polaco. ¿Se acuerda usted de ello?

—Perfectamente. Eso fue ya en 1946, al final de su estancia aquí. Ese monje no estaba solo, saben ustedes. Le echaron tierra al asunto. Yo no sé cómo, pero el caso es que el señor Víctor se había puesto en contacto con él, quizás en el convento de las hermanitas o también puede ser en otro sitio, durante uno de sus viajes. Yo también me lo encontré en Borgo de San Pietro, me acuerdo muy bien de él, un individuo rubio, de ojos azules, una cabeza pequeña sobre un cuerpo desmesurado, con gestos desmadejados y unos pies desnudos y blancos metidos en sandalias. Hablaba sin cesar y le olía el aliento a alcohol. De cuando en cuando aparecía en el convento de las *Coletinas* con un camión, camino de Roma o volviendo de allí; tenía la costumbre de dar golpecitos en el hombro a todo el mundo y de reírse a grandes carcajadas, pero sus ojos huían a derecha e izquierda; tenía aspecto de alma en pena, posiblemente a causa de su delgadez y de su estatura o de su curiosa manera de andar. El señor Víctor decía de él que iba y venía entre este mundo y el otro. «¿Pero qué otro?», le preguntaba yo. «El de abajo», me respondía él. Sucedió esto en los tiempos en

que el mercado negro vivía sus últimos días de gloria. Bolonia estaba aún ocupada por las tropas polacas, nuestro país se hallaba todavía en ruinas, yo acababa de volver del Mediodía, es decir, de la guerra; había gente que había hecho fortuna comprando a los norteamericanos cigarrillos, coches, armas, cualquier cosa, la que fuera, y revendiéndolo a todos, a los particulares y a los partidos. Todos tenían armas ocultas en sus casas, sobre todo en el campo, armas para hacer la revolución, para tener la sensación de una defensa o de una fuerza protectora. Esto parecía absolutamente necesario para volver a empezar, después de la guerra. El monje polaco se ocupaba de negocios de ese género, ignoro para quién y con qué objetivo, quizás en provecho propio, para enriquecerse con rapidez; probablemente no era otra cosa que un marrajo como los otros, disfrazado de monje para poder traficar mejor. Aquella época fue humillante para nosotros, quiero decir para el pueblo, se tenía la impresión de haber sido traicionados. Nuestra única esperanza era el Papa; saben ustedes, ese santo varón, Pío XII, fue quien verdaderamente salvó a Italia en aquel momento, librándola de lo peor. El señor Víctor le había visto en Roma, me habló de ello muchas veces: el Papa le había recibido un día en el Vaticano. Esto no todos lo consiguen. Pero esto no tiene nada que ver con el polaco, perdonen ustedes.

—¿Víctor se vio obligado a marcharse de Asís a consecuencia de ese asunto?

—Es posible que no.

—¿No se ocupaba él de sus asuntos?

—Eso es. Pero tenía sus razones para ello. Él decía que eso le ayudaba a pasar el tiempo.

—¿Es verdad lo que se dice: que le echó el obispo?

—Yo no sé nada de eso. Pero eso pasó delante del obispado, junto a la casa de *Mister Perkins*, allí donde san Francisco renunció a sus vestiduras y a sus bienes y empezó su vida de pobre dedicada a Cristo. ¿Lo saben ustedes?

—Sí.

—Fue allí, en medio de la plaza, adonde él condujo el camión del polaco y lo vació de cigarrillos, de latas de conserva americanas, de camisas militares, pistolas y granadas. La gente gritaba de alegría, pues el señor Víctor distribuía todo ese botín a las personas que corrieron a mirar el espectáculo, lo repartía a diestro y siniestro, tiraba los paquetes y las latas a todos lados, hasta las gradas, sin darse cuenta de ello. Aquello fue un verdadero escándalo. El monje trató de impedirselo, pero el señor Víctor le empujó de una manera muy violenta y cayó al suelo jurando en su idioma; luego se levantó y desapareció en el interior del obispado. Imagínense la escena. La gente se reía y se precipitaba sobre aquellos dones caídos del cielo. Daba gusto verlo. Concordaba un poco con la tradición franciscana de esa plaza, en la que el Santo había entregado a su padre sus vestiduras y su dinero, para ponerse bajo la protección del Padre Eterno. Mas yo creo que el obispo, esta vez, lo tomó de otra manera, y que el señor Víctor tuvo luego complicaciones. Un mes o dos después, en mayo o junio de 1946, estalló el otro escándalo, y ése fue su fin. Intervinieron los partidos, los comunistas, los guerrilleros... y tuvo que marcharse, tuvo que abandonar el país, claro. Aquello era demasiado, se había ganado la enemistad de todo el mundo. Lo que no sé es cómo salvó su vida, ya que hacía todo lo posible por arriesgarla así, y en todas partes. «Es usted muy valiente al hacer esto», le decía yo. «Soy un cobarde», me contestaba. ¿Pueden ustedes comprenderlo?

—Quería perder la vida a toda costa.

—Eso es. Bien se ve que le conocían ustedes. Quería perderse, acabar lo antes posible, ese gusano le consumía día y noche. Eso se había convertido para él en una obsesión.

—¿Qué le había sucedido exactamente?

—Lo ignoro. Nunca me lo contó en detalle. Una turbia historia de la posguerra, cuyas raíces se hundían en la propia guerra. Es decir, que yo mismo lo leí en los periódicos de aquella época. Pero, ¿acaso era aquella la verdad? ¿A santo de qué voy a repetirles a ustedes mentiras o verdades a medias?

El vino iba bien con el queso campesino, un vino negro como la tinta, del que sólo la espuma, en el momento de llenar el vaso, se tornaba roja, como un jugo de moras, pero de un gusto áspero y viril, y que no se subía fácilmente a la cabeza. Un vino silencioso, pensaba Ovidio. Esto era todo cuanto el sepulturero sabía acerca de Víctor, no mucho en suma, pero podía representar una pista.

La vida del amigo perdido despejaba de este modo su filón esencial.

—¿Dónde se encuentra en este momento?

—He perdido por completo su rastro. Sabía que se hallaba en Suiza, a fines del 46, desde donde me envió una esquila para las Navidades, pero sin poner su dirección. Y los Perkins murieron. El P. Bonaventura también. Vayan a ver a la hermana Marie-Hélène de la Providence, en el convento de las *Coletinas*. Ella podría saber alguna cosa.

Se separaron ante la puerta de la posada, y los dos amigos se dirigieron hacia su hotel, bajando hacia San Francisco. El aire nocturno era denso y asfixiante, incapaz de liberarse del calor diurno, que había penetrado profundamente en la piedra rosada de las casas. Las luces de los pueblos vecinos parpadeaban a lo lejos: Baveno, Santa María de los Ángeles, la masa blancuzca de Perusa hacia el Norte. Unos faros sableaban abismos ignotos, un poco por doquier, al azar de las carreteras que cruzaban la llanura y en los flancos de las colinas.

—Le encontraremos —dijo Ovidio.

—¿Crees tú?

—Nos hemos puesto en camino hacia él. No ha podido desaparecer así, sin dejar rastro en algún sitio. Hay policías, ficheros, huellas en el recuerdo de sus contemporáneos; un hombre es una dirección.

—Un cementerio es también una dirección.

Cenaron en la terraza del hotel, a eso de las once de la noche, mientras los otros huéspedes terminaban ya sus postres.

—Yo no te he contado nunca mi viaje con Víctor, desde que salimos de Dumitresti hasta nuestra llegada a Bucarest, nuestro vagabundeo por las montañas y sobre todo la escena del convento, que podría darnos luz acerca del personaje y ponernos en algún modo sobre su pista —dijo Ion—. En el fondo, yo soy el último que le vio antes de su desaparición.

Acaba de decirme que todo ha ido bien. ¿Cuáles son sus decisiones al fin de esas reuniones ante la casa de Domingo y de Juanita, en derredor del fuego, que acerca a los hombres en invierno? Esta palabra sigue maravillándome después de tantos años, ya que estamos a fines de agosto, mas al otro lado de la Tierra, allí donde las manzanas maduran en enero y la nieve cae sobre los Andes en julio. ¿No es esto, acaso, lo que en nuestro país denominaban «la otra orilla», donde todo estaba del revés? ¿Donde la vida significa la muerte, y la muerte, la vida? ¿Estoy yo muerto o vivo, entre estos hombres que no son quizás otra cosa que sombras? Esta inmovilidad no es, de todos modos, más que el reverso de mí mismo. Divago, luego existo. Es de día, la luz penetra a través de mis cerrados párpados. Juanita ha encendido el fuego; el calor revoloteante de las llamas me llega a soplos, y oigo cómo crepitan los leños. El invierno en los trópicos, he venido a morir en los trópicos, en una sierra lunar, en medio de personas que jamás han oído hablar de mi país, y que no obstante me han acogido y amado. ¿Qué quiere decir esto? Nada. Yo he buscado y querido esto, he aquí la evidencia pura y real. Yo he corrido, desde entonces y hasta el día de hoy, delante de mí mismo, he huido con el tiempo que llevo en mí, a fin de llegar antes a este objetivo, como el *homo ludens*, que goza al correr más y más de prisa, a fin de llegar, de marcar un punto en la gloria de su propio fin. Andábamos por la nieve y en silencio. Los bosques, las montañas, nuestros gorros de pieles... todo estaba blanco, y seguía nevando. Desde hacía tres meses huíamos de un pueblo a otro, de un convento a una majada. Nuestro proyecto era el de pasar el invierno en los Cárpatos, avanzando lentamente hacia el Oeste, esperar ocultos la terminación de la guerra, lejos de los rusos, y, a comienzos de la primavera, bajar hacia Bucarest. Pero la guerra no llevaba trazas de quererse terminar, y los rusos desplumaban el país. La gente se moría de hambre en Moldavia. Ellos nos habían arrebatado de nuevo la Bucovina, y estaban saqueando ciudades y pueblos y deportando a los campesinos a Siberia. Las antiguas desgracias parecían haber resucitado en este crepúsculo de la Segunda Guerra, donde los crímenes redimían los crímenes, como en un Evangelio a contrapelo. Pero nosotros, por nuestra parte, estábamos aún bien vestidos y bien alimentados, bien armados también, y el único peso que se nos caía encima era la muerte de Marta, cada uno de nosotros de distinta manera, cierto es, y el abandono de mi hijo moribundo. Aquella marcha en la nieve me parecía desprovista de todo sentido, pero yo me prohibía decírselo a Ion, que tenía unos fines muy

precisos: él pensaba emigrar, estudiar, olvidar, rehacer su vida en otros lugares, lejos de aquella pesadilla, de aquel incomprensible castigo.

Llegamos al mediodía. El convento estaba aislado de todo contacto por la nieve, y aquello duraría hasta el mes de marzo, cuando los caminos se hacían de nuevo transitables para los hombres y para las desgracias. El frío no era todavía muy intenso, pero aquel día, lo recuerdo, o quizá fuese al día siguiente, la temperatura bajó bruscamente, y nosotros pasábamos horas enteras delante de la lumbre de leña —esa misma de ahora— en el comedor de la hostelería, donde nos albergaban. Nosotros ayudábamos a los monjes a cortar la leña, a preparar la comida, a fabricar cirios y a limpiar los iconos. Me despertaba a media noche al oír el sonido de las campanas, me vestía temblando de frío y atravesaba el patio lleno de nieve para asistir al servicio religioso más emocionante; arrodillado al fondo de la iglesia, escuchaba el canto de los monjes en medio del silencio más absoluto que jamás había oído. Aquellas voces nasales con entonaciones bizantinas parecían desafiar al tiempo, subir directamente al cielo, donde ellas establecían un contacto concreto con otra realidad, con unas leyes o reglas de vida que nosotros habíamos olvidado desde hacía mucho tiempo, pero que seguían existiendo y que los monjes se sabían de memoria. Ion Manu no asistía al servicio de medianoche, él no era creyente, él tenía una vista psicológica del mundo, y chapoteaba en eso que Husserl denominaba error psicológico, que niega lo invisible. La profundidad que él buscaba tenía otro nombre. No sé si la ha encontrado nunca. Quizá no fuera otra cosa que un vacío con unas etiquetas encima. El abad, el padre Dionisio, fue mi primer guía espiritual. Una luminaria de aceite ardía día y noche ante la imagen de Cristo crucificado, a la derecha del altar, simbolizando el país en oración. «Ella arderá así, en este convento y en otros muchos —me decía él—, hasta el día en que seremos librados del mal. Eso durará mucho tiempo, pero seremos librados de él. Nosotros hemos pecado, todos, y Dios nos castiga. Mas Él nos perdonará un día, y nuestros enemigos serán castigados a su vez. No tengas la menor duda. Pero eso será largo. Quizá tú pierdas la esperanza, serás tentado de perderla.» Él me hablaba a menudo de mi porvenir, como si estuviera leyendo en un libro abierto. Supe un poco después que él tenía ciertos poderes. Él leía asimismo en la vida de Ion, mas no hablaba de ello, no sé por qué. «Vosotros os encontraréis de nuevo, cuando yo no esté ya en este mundo, para no separaron nunca más.» Pero creo que se ha equivocado, al menos en este punto, pues ya no he vuelto a ver más a Ion Manu y he perdido completamente sus huellas. Es curioso. ¿Qué edad podría tener él entonces? ¿Sesenta años, sesenta y cinco? Su barba no era del todo blanca todavía. Quizá viva aún. Por eso no me he encontrado todavía con Ion.

Bajábamos del bosque, arrastrando en pos un trineo cargado de ramas secas. La nieve parecía una hoja de papel en la que se inscribían claramente unos jeroglíficos, cortándose mutuamente, embrollándose, para despistar la curiosidad del buscador; eran los alfabetos secretos del invierno, donde los ciervos, los zorros, las liebres y los cuervos iban a escribir su historia. Yo me distraía descifrándola. Era justamente antes del anochecer, todavía estaba claro; yo distinguía ya el campanario, entre los árboles desnudos, cuando el fragor de una cascada se interpuso en nuestro camino. ¡Una cascada en medio de la nieve...! Aquello me parecía inverosímil. Nos fuimos acercando al ruido. Efectivamente, por debajo del hielo, un arroyo caía entre unas rocas, formando un pequeño aguazal que se convertía en hielo, y el hielo, un poco más lejos, desaparecía bajo la nieve. Pero había todavía agua viva, que el frío no llegaba a inmovilizar. Yo me detuve, me froté los ojos, no podía creerlo. Bajo el chorro de la cascada había un hombre desnudo, inmóvil, blanqueándose bajo mis ojos. Una estatua completándose a sí misma, modelándose bajo el buril del invierno. Me di cuenta de que se trataba de algo que estaba por encima de los poderes humanos, pues le vi cubrirse poco a poco de hielo, desaparecer, convertirse en una columna más y más blanca que el agua engrosaba a medida que iba cayendo y helándose a todo lo largo de su cuerpo. Había llegado a tener el aspecto de un cirio, o de un monje occidental, un dominico o un padre del desierto. Una estatua de mármol de Carrara. Nosotros corrimos al convento para dar la alarma; Ion, sobre todo, parecía fuera de sí. Los monjes lo sabían. Nos prohibieron movernos y hablar de ello. Al día siguiente, el abad desayunó con nosotros, el rostro como devorado por la fiebre, más locuaz como de costumbre, fresco y dispuesto, con buen apetito. Jamás me atreví a hacerle preguntas. ¿Cómo se había salvado? ¿Cómo lo habían liberado del hielo? ¿A martillazos? ¿Por qué se sometía

a tal rigor? Años más tarde, sí, leyendo los libros tibetanos llegué a comprender la vida de los santos. La fuerza otorgada a todo yoga llegado a la última sabiduría no tenía límites, pues martirizando el cuerpo, haciéndole sufrir cualquier prueba, ella se imponía a la materia y la dominaba a su gusto. Y el yoga no es un personaje únicamente hindú u oriental, él está presente en todas las latitudes del espíritu. Yo relacioné esa escena, pero mucho tiempo después, claro, la de la cascada, con la luminaria de aceite que ardía ante el altar, en la iglesia del monasterio. Es posible que hubiera una relación. Alguien, o incluso muchos a la vez, por doquiera en el mundo de los oprimidos, se hacían ver en nombre de los demás, se mostraban a Aquél que sabía mirarlos, comprenderlos y concederles lo que pedían. O bien era aquélla una vía en la que el alma encontraba su liberación, dándole de esta manera la posibilidad de migración o de viaje. El mundo está en deuda con tales hijos. El padre Dionisio era uno de estos hijos. El padre Bonaventura era otro. Los dos sonreían de la misma manera, sus barbas se llenaban de luz, como iluminadas por dentro, y yo me sentía perdonado, o por lo menos comprendido, en su presencia. Con el padre Castellani también, pero de otra manera, pues él es un monje de Occidente, un hombre inclinado al combate a todo precio, a la lucha violenta con el diablo o los hombres, o incluso con Dios, como una catedral que desafía al cielo. Un gótico encarnizado contra sí mismo y contra quienes le impiden combatirse. Pero un verdadero cristiano también, sin sonreír, hecho de asperezas conquistadoras.

Me resulta fácil conversar conmigo mismo, y agradable. Los ojos cerrados hacia el mundo exterior, abiertos hacia todo lo que he sido, me otorgan una libertad infinita. Nunca he sido tan dichoso. Y pronto estaré contigo, te siento cercana, como antaño, y más acogedora que nunca.

Ellos están allí para cavar, me decía Domingo hace unos instantes. Los dos *gringos* se han instalado ante la misma entrada de la mina, se están construyendo una cabaña, buscan lo que nadie ha encontrado allí nunca: oro, diamantes, tesoros escondidos, sin duda imaginarios; ellos encontrarán allí lo mismo que todos han encontrado hasta ahora, la muerte, pues nadie en San Antonio les ayudará verdaderamente, nadie les impedirá perderse. Las defensas situadas ante el pozo habrán sido ya probablemente quitadas por alguien, y pueden caer en él de un momento a otro, y yo no me hallo en estado de moverme. Domingo me ha asegurado que todas las medidas han sido tomadas. ¿Para prevenirles o para hacerlos caer?

En el fondo, si ustedes me lo preguntan —pero nadie me lo pregunta—, si ustedes quieren saberlo —es como si tuviera un auditorio al cual debiera una explicación—, he aquí cómo pasó todo: yo creo que él se apellidaba Duval o Dupont, supongamos que fuera Herbert Duval, llevaba una barba negra, no muy espesa, en una época en que la llevaban para disimular una identidad o para improvisársela; era evidente que ocultaba alguna cosa. En el 46 todo el mundo ocultaba sus años de guerra tras una nueva fisonomía o tras improvisados méritos, Europa entera tenía el aspecto de un teatro de títeres en el que los espectadores se convertían en actores, y éstos, en espectadores, a fin de aplaudirse por turno o de matarse a cual mejor. Se fingía creer en unas ideas, lo que permitía y justificaba el crimen ennoblecido por la mierda. Daba gusto verlo. Yo sospeché de él desde el primer momento. Pietro se encargó de presentarnos y de facilitarnos los primeros contactos, en el vergel. «*Un professore venuto da Parigi!*» Para él todo el mundo era un *professore*, yo mismo era un *professore venuto da Bucarest*; él cantaba y escondía los nombres en su barba blanca, ésta auténtica, se detenía en su trabajo para volver a poner la conversación entre los dos desconocidos en el buen camino y volvía, cantando siempre la misma melodía, a su trabajo entre los espárragos. Retornaba de golpe, con sus ojos grises acompañando con rítmicos centelleos sus palabras bien dichas, para interrumpir una conversación apenas iniciada y hacer alguna pregunta acerca del Papa o comunicarnos las últimas noticias. *Un professore venuto da Roma mi diceva ieri*, pronunciaba él sentenciosamente, con su acento piamontés, alzando con su mano izquierda el borde de su gorrito de papel, ornado con una pluma, y apoyándose con la otra mano en el azadón. Estaba hermoso en su enhiesta blancura de profeta, salida de un fresco de Lucca Signorelli. Pero el profesor *venuto da Parigi* no me agradó en absoluto. Sus grandes manos con dedos desmesurados, como si hubieran pertenecido a un cuerpo más grande, me llenaban de disgusto. Vino a sentarse a mi mesa, aquella misma noche, y empezó tratando de justificar su presencia en Asís. En el comedor de las hermanas *Coletinas* no había nadie más, era inmediatamente después de la guerra, los turistas no habían

recomenzado aún sus viajes ni sus falsas devociones, y frecuentemente desayunaba allí solo. Me decía que andaba buscando material ferroviario perteneciente a los ferrocarriles franceses, que los alemanes habían utilizado durante la guerra y diseminado por todas las estaciones de Europa, y que enviados especiales estaban recuperando. Él recorría Italia en automóvil, y en aquellos momentos tenía cosas que hacer en aquella zona. Se me ocurrió decirle que por Asís no pasaba ningún ferrocarril... Pero, a qué hablar, aquel personaje no me interesaba. Mas, día tras día, con una insistencia que me lo hacía más antipático aún, consiguió insinuarse en mi vida, viniendo a buscarme a la hora de la comida, acompañándome a Misa; quería saber a toda costa cuál era el santo de mi devoción, y entonces cedí a la tentación de tomarle el pelo. Un día hice alusión a un conflicto que había tenido con los alemanes, en otra conversación deslicé unas palabras favorables a los rusos; esto bastó para que me aceptara de lleno en su intimidad. Se veía claramente que necesitaba mi ayuda, sea porque yo hablaba francés e italiano o bien por algún otro motivo más sutil, que me iría revelando con cuentagotas. Yo buscaba siempre excusas, me inventaba citas urgentes, trabajos que tenía que hacer, para evitar acompañarle en sus recorridos. Mas él era inquebrantable: mis negativas no le enfriaban, ni mi actitud o mi falsa ideología. Él me creía de su bando, cumpliendo una misión secreta similar a la suya. Como todas las personas encargadas de ciertas cosas, no muy claras, no muy limpias, su inteligencia era limitada. Y contaba con los vencedores, lo cual le dispensaba, a mi juicio, de tomar excesivas precauciones.

Y lo que tenía que llegar llegó un día, y el velo cayó. Me pidió que le acompañara a dar un paseo por la parte de Terni, donde, según él decía, unos amigos le habían invitado a una fiesta en el bosque. ¿Qué género de amigos? Amigos muy seguros. Yo no sospechaba la existencia de tal bosque en Italia: un macizo compacto de robles, sembrado de grandes rocas, unos viejos robles centenarios, de un verde fresco que estallaba al sol, dejando filtrar una luz como pintada o teatral. El día era magnífico.

Una explosión silenciosa de la primavera en los árboles, en las flores que crecían por doquier, en el cielo, lavado y pintado de azul intenso, como la fachada de una casa para las Pascuas. Yo estaba muy inquieto, no cesaba de decirme: este hombre me va a matar; mas corregía inmediatamente esos impulsos primitivos, pues, en mi conciencia, yo estaba preparado y dispuesto a aceptar la muerte, sin importarme dónde ni cómo. Herbert me echaba de vez en cuando unas miradas que yo no llegaba a descifrar. Eran como una súplica, y yo no sabía si lo que él deseaba era obtener por anticipado mi perdón o bien se trataba de una demanda insólita, no siendo lo que así imploraba otra cosa que mi ayuda en una empresa profesional, tan turbia como sus miradas y su actitud en general; pero todo eso no estaba muy claro. Él conducía como un labriego, sin el menor respeto por su automóvil, haciendo caso omiso de todas las reglas de circulación, tomando las curvas demasiado a la izquierda o demasiado a la derecha. Afortunadamente, las carreteras estaban casi desiertas en aquella época. Después de Spoleto tomamos una carretera secundaria y penetramos en un gran bosque, donde acabé por disipar todos mis temores.

—La guerra pasó por aquí —me indicó él en un momento dado, señalándome con la mano un tanque abandonado, que se estaba llenando de herrumbre en pleno sol, como un cadáver de insecto. Luego fueron casas en ruinas. Mas la Naturaleza se encargaba ya de borrarlo todo. Hierbas y jóvenes árboles crecían entre los escombros, y aquella nueva primavera, la primera después del final de la guerra, aniquilaría muy pronto las postreras huellas del pecado humano. Aquel día era quizás un domingo, a juzgar por la intensidad de la luz y el silencio que reinaba por doquier. La carretera subía y bajaba; entre los árboles y las rocas, ella parecía llevarnos a algún sitio, a un lugar muy grave, algo así como una iglesia o un tribunal, donde yo tendría que rendir cuentas. A un momento dado, poco antes del mediodía, Herbert detuvo el automóvil en pleno bosque, respiró profundamente, me miró, miró sus manos de matarife y me lanzó estas palabras, a quemarropa:

—Lo que voy a pedirle es inaudito, y ni siquiera tengo tiempo para excusarme. Pero no tenía a quién dirigirme, y usted me ha inspirado confianza. Le ruego que me ayude. No es tan sencillo, puede usted dejar su pellejo en ello.

—Lo esencial no es eso. Yo sólo quisiera saber cuál es el objetivo. Si se trata de una cosa limpia o humana estoy dispuesto a jugarle la vida. Pero, si lo que usted me pide es intervenir en alguna

cuestión de política, no cuente conmigo.

—La cuestión es política y no del todo limpia. Pero usted sólo será un testigo. Lo único que puede suceder es que ellos disparen contra usted, a fin de borrar la última huella del asunto. Verá usted: yo ocupé un cargo bastante importante en provincias, bajo el régimen de Pétain, no hice daño a nadie, creía en el mariscal, como muchos franceses, disgustados por la política y por los partidos que nos habían llevado al desastre, y le seguí siendo fiel hasta el fin. Me refugié en Italia porque sabía que ellos tenían la intención de matarme. Mi mujer y mi hijo quedaron allí. Ellos los han capturado y se han puesto en contacto conmigo. Se trata de un cambio: yo por mi mujer y mi hijo, los cuales quedarán libres para volver, mientras que yo seré fusilado sobre el terreno, probablemente ante sus propios ojos. Como les conozco bien, quisiera que alguien se hiciera cargo de los míos y los llevara a Asís. Eso es todo. El canje se hará a un kilómetro de aquí. Usted me acompañará, le entregarán los míos, usted me entregará a quien sea y volverá a Asís, al convento de las hermanas, donde he depositado una suma de dinero.

—Acepto. ¿Va usted armado?

—¿Para qué?

—Yo podría... podríamos tratar de salvarle. ¿Por qué se somete usted a ese destino, así, sin tratar de acabar con ellos?

—Yo temo por los míos. Por otra parte, y ése es el riesgo que usted corre, ellos pueden hacer fuego sobre todos nosotros en cuanto yo esté en su presencia, en medio de esta soledad. Seguramente nos registrarán. Eso sería inútil, e incluso peligroso, he pensado mucho en ello. No hay otra alternativa para mí, y puesto que las cosas se presentan de este modo y no de otro, puesto que vivimos en una época de este género, sin piedad, ni honor, ¿a qué intentar resistir? ¿Para qué sobrevivir? Mi mujer y mi hijo emigrarán. Tenemos parientes en Canadá. Si ellos mantienen su palabra...

—Vamos, pues.

—Quisiera agradecerse. No sé cómo. No me había equivocado. A pesar de la actitud que usted adoptaba hacia mí, supe desde el primer momento qué podía confiar en usted.

Se deshacía en palabras, cada vez más desprovistas de sentido; hasta quería darme una sortija, recompensarme. La acepté al fin, pero con la intención de entregársela posteriormente a su mujer. Temblaba con todo su cuerpo, sus enormes manos no podían sujetar el volante; pero yo le sentía seguro de sí mismo hasta el fondo de su conciencia, dispuesto a aceptar aquel vil regateo sin sublevarse, sin blasfemar siquiera. Unas manos cobardes iban a darle una muerte heroica. Tal era el estilo de aquel tiempo. Yo no cesaba de pensar, de imaginar otra solución.

—¿Por qué correr riesgos inútiles? —le pregunté—. Podríamos intentar salvarles a todos. Ellos no vacilarán en matarle a usted, a su mujer y a su hijo. ¿No se da usted cuenta de que se trata de una trampa?

Para mí estaba claro: yo tenía posibilidades, actuando con astucia, de salvar a toda la familia, o bien de ser abatido con ellos. En ambos, casos jugaba a ganar.

Herbert poseía una pistola de fabricación italiana y tres cargadores, ocultos en la caja, que en un primer momento había pensado utilizar, siguiendo un plan que no tenía ninguna posibilidad de éxito, y al que había renunciado inmediatamente. Su imaginación había sucumbido al terror. Yo tomé posesión de la pistola, el corazón oprimido, abrumado por aquel encarnizamiento del destino que ponía de nuevo un arma en mis manos, para matar, ya que el ciclo inaugurado por la guerra no podía agotarse tan de prisa. Herbert y su caso eran prueba de ello. Yo me sentía empujado hacia delante por dos tendencias distintas: por una razón de hombre civilizado y de hombre quebrado, decidido a intervenir con objeto de salvar a aquellos desdichados, incluso *si* Herbert mentía, incluso si había sido un colaboracionista, culpable de delitos sin excusa, puesto que lo importante era para mí la vida de su mujer y, sobre todo, la de su hijo; y por el instinto mío que me empujaba a disparar sobre unos *pistoleros*^{*}, unos matones venales, nueva raza surgida justamente poco antes del fin de la guerra, culpable de horrores sin nombre, y que nadie ha osado jamás relatar en una historia objetiva

^{*} En español en el original. (*N. del T.*)

y reparadora. Sus víctimas se contaban entonces por centenares de millares de culpables y de inocentes, en Francia y en Italia. Yo tenía sobre todo, como decía Herbert, la posibilidad de dejar allí mi pellejo. Y era esto, sobre todo, lo que me impulsaba a intervenir; pero yo no lo reconocía entonces, yo me dejaba arrastrar por la noble apariencia de mi papel de salvador. Y mientras me ocultaba detrás de los árboles y de los matorrales, siguiendo con atención los pasos de Herbert, que avanzaba solo en medio de un claro, habiendo combinado, de común acuerdo, un plan ingenioso pero bastante simple, dejé de hacerme ilusiones. Había matorrales y árboles en el interior de mí mismo, y yo no hacía otra cosa que ocultarme tras de argumentos y razones completamente falsos, lo que me permitía creer en la belleza desinteresada de mi gesto. Pero lo que yo buscaba ante todo era mi propia destrucción. Yo tomaba un pecado por un mérito. ¿Lo comprendes? Yo era joven, y tú acababas de morir.

Herbert acortó el paso, yo hice lo mismo. Al otro lado del claro distinguí una camioneta detrás de los árboles. Sola, en medio de aquella soledad, tenía cierto parecido con el tanque que habíamos visto un momento antes, con un matiz de maldad en su color gris y en su posición de espera, instrumento de muerte en manos de los hombres. La idea de que quizás iba a matar no me preocupaba: acababa de salir de una guerra, y la muerte de un desconocido, o de varios, no me daba ni frío ni calor. Lo importante no era aquello. Lo importante era mi connivencia con aquel género de caída. Tres hombres se destacaron de la masa gris de la camioneta, dos portezuelas se abrieron una tras otra, despertando unos ecos en el calor primaveral, y unos pájaros espantados se escaparon entre las ramas. Vi en seguida a una mujer joven, vestida de azul, y a un niño de una decena de años, aparecer y avanzar hacia la luz, destacándose ellos también de la sombra del bosque y del vehículo, encuadrados por dos guardianes, mientras el tercero esperaba sin moverse, apoyado en un tronco. Herbert se detuvo; yo seguí corriendo al abrigo del bosque y me puse detrás de la camioneta, a fin de seguir la escena mirando a Herbert de cara y a los demás de espaldas. No había ningún otro testigo. No pude impedir el primer disparo, pues, habiendo llegado a una decena de metros de Herbert, mientras el canje parecía irse desarrollando según lo pactado, uno de los dos hizo fuego sobre mi amigo, el cual cayó o se dejó caer, agarrándose con la mano izquierda el hombro derecho en un ademán protector y desesperado, como tratando de ayudarse. La mujer se precipitó hacia él, partió como una flecha, con un movimiento tan brusco e inesperado que hizo salir el segundo disparo, que no llegó a alcanzarla. El niño se quedó pasmado, vuelta la cara hacia el que había disparado, blanco como una aparición. Fue entonces cuando yo disparé a mi vez, el hombre cayó al suelo, oí claramente cómo su cabeza golpeaba la tierra como una calabaza. Y grité unas palabras que parecían insensatas y absurdas, pero que produjeron un efecto inmediato. Los dos supervivientes tiraron sus armas y se volvieron hacia mí. Ordené al chico que las recogiera y las tirase lejos de allí, a un barranco, y a los dos energúmenos que cruzaran las manos detrás de la nuca y avanzaran hacia mí. Lo cual hicieron inmediatamente, lanzando miradas espantadas a todos lados, esperando ser eliminados de un momento a otro, convencidos de que numerosos enemigos se hallaban emboscados detrás de los árboles, las caras desfiguradas por el terror, expresión horrible y ridícula de aquellos años dominados por el disparo vengador, salido de cualquier sitio y contra cualquiera, en una calle de Roma o de Milán, en un bosque, en medio de un arrozal, sin miramiento o freno moral alguno. La muerte se había hecho inmoral e impúdica, como una ramera, tenía el aspecto trágico y ridículo, la muerte periférica y accesorio, como una enfermedad vergonzosa, digna de aquellos tiempos desquiciados, la muerte multitudinaria, modelada por Lenin, Stalin y Hitler en sus cárceles ideológicas y que Dostoievski había tan claramente entrevisto, la muerte de los «poseosos».

Transporté el cargamento a Asís. Herbert, gravemente herido, se pasó dos meses en el hospital; el asesino venal tuvo para un poco más, pues fue sometido a varias intervenciones quirúrgicas y se salvó por milagro. El único que no me salvé fui yo, ya que el proceso, que tuvo lugar en Perusa, tomó inmediatamente un tinte político. Yo fui absuelto, pero tuve que marcharme de Italia.

Alguien acaba de entrar. Lo siento, y el aire registra una baja en la intensidad de la luz.

—¿Eres tú, Juanita?

—Soy yo, don Víctor, le traigo la comida. No me diga que no quiere comer nada. Se lo ruego.

—El hombre no salvará nunca al hombre —añadió ella, inclinándose inmediatamente para arrancar una lechuga, que dejó caer en seguida en una cesta, a sus pies—. Me acuerdo de esta frase, que él pronunció un día aquí, en este huerto. Y me la repitió dos o tres veces en nuestras pláticas ulteriores. No sé si capta usted su sentido. Yo, por mi parte, he pensado mucho en ella, y esas palabras se me vienen a la memoria cada vez que me acuerdo de él.

La hermana Marie-Hélène de la Providence, vestida de gris, en el oscuro hábito de las *Coletinas*, los ojos soñadores, pero serenos (no hay nada oculto en esta mujer, nada turbio —pensaba Ion—, ella es la imagen de un mundo en que las profundidades han sido dominadas, reducidas a unas funciones esenciales y limitadas; ella sueña todas las noches en un madero en forma de cruz, pues sus profundidades son las alturas; yo quisiera ser como ella, mi compatriota de dulce acento moldavo, pero soy tan diferente, ya que estoy desprovisto de profundidades y mis sueños no conocen anunciación alguna; soy, pues, un desequilibrado, que acabará por ser engullido por su propia sombra; quiero decir, por su propio abismo. El hombre no salvará nunca al hombre, porque lo que le falta es la fe, ésta es la palabra, la fe que yo no tengo, de la que no soy digno, pues he sido construido en grados intelectuales que no suben, que no parecen subir, sino que ruedan, que nos ayudan diabólicamente a bajar. Me agradaría confesarme. Contarle mi vida a esta mujer sencilla que ha encontrado la paz. Yo sería incapaz de psicoanalizarla. Ella no tendría nada que decirme, porque está sana de espíritu), hablándoles en rumano, empleando a menudo palabras francesas o italianas, sin darse cuenta de ello, inclinándose de cuando en cuando, sobre los surcos de lechugas en un gesto casi piadoso. Ella era originaria de Moldavia, y había tenido, desde su infancia, el deseo de convertirse al catolicismo y de marcharse a vivir a Roma. Habiendo entrado en relación con las hermanas de Nuestra Señora de Sión, en Galatzi, cuyos convento y colegio habían sido bombardeados por los alemanes en 1944 y luego invadidos y saqueados por los rusos, ella fue enviada a Roma, donde, deseosa de una vida contemplativa, le recomendaron las religiosas de Sainte-Colette, refugiadas en Asís desde el tiempo de las persecuciones en Francia a comienzos de siglo. Ella había encontrado allí la paz, y así era cómo había conocido a Víctor, al monje polaco, al P. Bonaventura y a todos los personajes y todos los hechos relacionados con la posguerra y con ese fragmento de la vida de Víctor. Pero éste no le había escrito nunca.

—Excepto una vez, hace menos de quince años, cuando me preguntó noticias de las hermanas, de Pietro y del huerto. Él hubiera querido pasar toda su vida en Asís, me escribía, y estaba siempre presente aquí, pero Dios le había alejado de aquí a causa de sus pecados. Él hablaba frecuentemente de sus pecados. ¿Está eso en relación con ustedes, señores? ¿Les ha causado algún daño? ¿Cómo habría podido él causar daño a nadie? Él era incapaz de hacerlo.

—No, nosotros éramos muy amigos. Y quisiéramos volverle a encontrar. Él tiene un hijo en Rumania, un hijo que él creía muerto, y nosotros quisiéramos darle esta buena nueva. Y la carta que usted recibió llevaba sin duda una dirección, a la que usted le contestó. ¿La tiene usted todavía?

Ella les miró directamente a los ojos, buscando en ellos puntos de apoyo para un sí o un no. La guerra había derrumbado los valores. Ella había tomado la costumbre de no fiarse ya de los que llegaban de fuera. Para ella, el único sitio no tocado por el mal era su convento.

—Voy a buscarla. Tengan la bondad de esperarme un minuto.

Pietro apareció en este momento al extremo de la avenida, entre los olivos. Él los miró desde lo alto de su barba blanca, se detuvo ante ellos, saludándoles con una deferencia exagerada, quitándose el gorro de papel. Iba descalzo y su camisa flotaba por encima de su pantalón en andrajos; pero bastaba mirarle para comprender al instante que su pobreza era un uniforme. «Este hombre —pensó Ion— expía una falta cometida hace mucho tiempo. Su seguridad es una máscara. Él ha conseguido, probablemente, perdonarse a sí mismo, a fuerza de voluntad y de autocastigos. Es un arco tendido hacia el cielo. Pero su soledad debe de estar aún poblada de recuerdos de pecados. *"La memoria y el sueño son lo mismo"*», pensó, y se quedó sin aliento durante un largo momento, sorprendido por

esta idea que surgía en él sin ninguna relación aparente con lo demás.

—Me han parado en la calle y me han dicho: Pietro, besa la tierra por nosotros. Entonces he caído de rodillas, me he inclinado hacia delante, la frente en el polvo, y he besado la tierra por ellos. Son unos chicos, los chicos de Asís, y ellos saben muy bien lo que quieren de uno. Porque yo soy la última lombriz de todas las lombrices. Estuve en París, donde trabajé de cochero antes de la Primera Guerra Mundial, fui bombero en Buenos Aires, trabajé en África del Sur. Y nací en Piamonte, en Arnaz delle Gioie, ¿lo conocen ustedes? Fue allí donde me retiré del mundo, lo di todo a la Iglesia y a los pobres, me construí una choza en el bosque y me dediqué a salvar mi alma.

—¿Conoció usted al señor Víctor? —osó interrumpirle Ovidio.

—¿Conocido? Éramos como hermanos. Plaza de los Álamos, 9. En París. Era allí donde moraba últimamente, enfrente mismo del hospital, saben ustedes; eso está lejos del centro, más allá de la Plaza de Italia, un barrio que no tiene nada de famoso, con patios profundos, donde los cocheros y sus caballos pasaban la noche en mis tiempos. Pero la Plaza de los Álamos era linda y nueva, unas casitas alrededor de un grupo de álamos. El ruso habitaba en aquella casa de allá abajo, ¿la ven ustedes?, entre los árboles, al final del jardín, con su mujer y un hijo llamado Nicolás, como el zar. Él disputaba con el señor Víctor sobre cuestiones religiosas. Les voy a comunicar un gran secreto: el señor Víctor estaba por la unión de las Iglesias, mientras que el ruso no quería ni oír hablar de ello, era un fanático. En verano, yo los oía discutir al pie del níspero, en medio del calor de la noche.

Ion podía comprenderle, ya que Pietro hablaba en francés, mas aquellas palabras que acababan de surgir de la noche en su inconsciente le impedían tomar parte en la conversación. Estaba sorprendido de lo que acababa de descubrir. El sueño se compone de fragmentos de recuerdos, arreglados según las necesidades psíquicas del durmiente y a menudo sin relación alguna con sus necesidades. Pero la memoria, a su vez, se compone de fragmentos de sueños. Memoria y sueño coinciden en muchos puntos a la vez, soñar es acordarse al modo del inconsciente, si el inconsciente existe, lo que todavía hay que probar, si no se trata de un matiz de la conciencia al nivel de la memoria y del sueño, lo que simplificaría las cosas. Aquella noche, por ejemplo, él había soñado con Marta. La tenía abrazada, y con su mano derecha acariciaba sus senos, netos y firmes, tan firmes como realidades. Él no soñaba, él vivía una realidad compuesta, hecha de otra realidad y de una curiosa voluntad de arreglar el destino de una manera mejor que de otra. Aquellos senos los había acariciado, mas nunca de aquella manera, o bien lo había olvidado, simple fragmento de una escena que había conservado en su memoria, allá donde él no tenía acceso durante el día. Él intentaba ubicar esa caricia en un lugar preciso del pasado, mas no podía encontrar el camino. Él tenía a Marta muy apretada contra sí, ella estaba en una silla, o él se hallaba de rodillas ante ella, pues su busto estaba a la altura de sus labios; mas era con su palma con lo que él los englobaba, de abajo arriba, con movimiento calmoso y apoyado, como para tomar posesión de ellos o para hacerlos revivir. Y aquella caricia le producía tal felicidad que se sentía saturado de ella, a despecho de lo que siguió... Acababa de aparecer el rufo, él distinguía netamente sus rasgos por encima del hombro desnudo de Marta, con un extraño y largo bastón en la mano, quizás un fusil, eso no estaba claro; se apoyaba en él como si fuera una muleta, y pasó junto a ellos sin mirarlos siquiera, dirigiéndose hacia el costado de la fosa, convertida en una caverna, donde tenía su hogar, donde los otros le esperaban en la sombra impenetrable y hostil. Como empujados por el mismo impulso, ellos se habían puesto a seguirlo, precediéndole Marta, sus senos desnudos brillando de pura blancura a la luz del sol. Mas por la espalda, justamente entre los hombros, una herida sangraba abundantemente, una vieja herida —se dijo él— contemplando sin sorpresa aquel orificio en la carne y aquel hilillo de sangre que corría hacia su falda y se perdía en ella, sin que eso la molestara en su marcha o en su vida en general. Él quería gritarle: «¡Detente!» Mas era incapaz de abrir la boca y formular palabras. «Esto es como en un sueño», se repetía él sin cesar, aun sabiendo que no lo era. Marta penetró en la caverna, él hubiera querido seguirla, a fin de salvarla y de matar al rufo, matarle otra vez, pues, mientras él avanzaba por aquel decorado tan claro, llevaba en el recuerdo mismo del sueño el recuerdo de la realidad pasada, la muerte real del abyecto rufo y aquella mirada entre implorante y ofendida. Se había despertado en medio del silencio de la mañana temprana,

mientras los autobuses se abrían paso en las callejuelas estrechas y vacías de Asís, frenando delante de los hoteles. Fue entonces cuando él pensó probablemente esta frase que había terminado por tomar forma en su mente un momento antes: el sueño y la memoria son lo mismo. Él estaba dispuesto ahora a perfeccionarla. El sueño es una memoria nocturna. El sueño es tan modificador como la memoria. Y recordó inmediatamente que la noche anterior, mientras terminaba su *gelato* en la terraza, habían estado hablando de la memoria, y Ovidio le había contado las jugarretas que su propia memoria le había hecho. Aquel muro que se había hecho enorme y misterioso en su recuerdo, descrito en su última novela, aquel antiguo muro en el fondo de un parque de Madrid, ante el cual se desarrollaba una de las escenas más atroces del libro, y que, vuelto a ver unos días después, despojado de todo recuerdo e imaginación, se le había aparecido en sus verdaderas dimensiones: un muro como otros muchos, no demasiado alto, ni demasiado grueso, desprovisto de misterio, inscrito en una realidad que la memoria de Ovidio había transformado por completo, como si la memoria poseyese el mismo don burlador o modificador que el sueño. El sueño de la razón engendra monstruos —había escrito Goya al pie de uno de sus dibujos—. El sueño de la razón... Eso quería decir las ideologías engendrando las revoluciones y las carnicerías. El sueño modificador, hermano de la memoria modificadora, orígenes de las peores catástrofes de la Humanidad, pero también de las obras maestras.

Ion volvió a tomar contacto con la voz y la presencia de Pietro:

—Bum-bum —gemía éste—, los aludes de nieve, de hielo y de piedras cayeron desde lo alto de la montaña, y el pueblo desapareció, tragado, castigado... ¡Bum-bum...!

Aquella misma noche, tras la conversación con Ovidio en la terraza del hotel, había soñado cosas verdaderas, presentidas por la memoria como en un *show* extravagante, unas cosas reales rodeadas de lo irreal. Se hallaba en casa de Marshall McLuhan, en Toronto, en el despacho de éste, el cual le repetía las palabras que él mismo le había dicho un día: «Los comunistas y Marx son gente del siglo ellos se sitúan siempre allí donde lo nuevo acaba de pasar. Ellos llevan siempre un decenio o un siglo de retraso con respecto a los que hacen el Occidente.» Y el despacho fue invadido al instante por unos marquesotes, que no eran otra cosa que marxistas, y por el propio Marx, con su barba y sus proféticas cejas, que pasó por su lado esbozando un paso de pavana. Se dirigieron todos hacia el fondo de la pieza, que daba a un paisaje de rascacielos, una especie de Toronto onírico, en el que Montreal y Nueva York se combinaban con el Parlamento de Londres y la bahía de San Francisco. Unos automóviles rodaban a toda velocidad entre ellos y el lago, sobre una pista de caucho negro, de modo que el ruido era completamente absorbido, como borrado por un fenómeno inexplicable. Marx y los marxistas hacían señas a los automóviles, los cuales no se detenían y seguían rodando sobre la autopista silenciosa; ellos hubieran querido hacerse llevar a algún sitio, a un baile o a alguna reunión; y, en este momento, Ion se dio cuenta de que un vidrio muy grueso los separaba del mundo y del movimiento exterior. Ellos se agitaban, pegados al vidrio, como grandes insectos blancos atraídos por una luz que los deslumbraba y los mataba al mismo tiempo. Detrás, en el suelo del despacho de McLuhan, acababan de dejar unas huellas ensangrentadas, una especie de líneas paralelas, que se iban secando lentamente. En la pared, a la derecha justamente, entre ellos y los marquesotes marxistas, había un inmenso entrapaño representando a la Televisión bajo el aspecto de un flautista medieval que atraía a los niños y se los llevaba hacia un fin ignoto, la muerte quizás o el porvenir de la especie, embrujada por las emanaciones de la Galaxia Marconi. El sueño terminaba con esta imagen, o bien el resto había sido borrado por razones desconocidas y funcionales. Unas palabras, correctamente registradas, habían bastado para desencadenar la aparición de este mito político y social. Durante el día, bajo el control de la razón, la memoria no era en absoluto más fiel.

La hermana Marie-Hélène apareció, con una carta en la mano. La religión y el convento le habían conservado su sonrisa de joven, serena y confiada. «Ella ha encontrado su camino en la vida», pensó Ion. No había la menor duda.

—Aquí tienen la carta del señor Víctor: Plaza de los Álamos, 9, París-13.

—Ya se lo he dicho yo —exclamó Pierre—. Mi memoria nunca falla.

—Tómenla ustedes. Léanla si quieren.

Ovidio desplegó la vieja hoja de papel. *París, 20 de octubre*, sin indicar el año. Su atención fue retenida por la escritura, fina y menuda, gótica, erizada y atacante al mismo tiempo. En medio del breve texto, le sorprendieron las siguientes palabras: *el hombre no salvará nunca al hombre*. «Esto sí que está bien claro —pensó Ovidio—, es bien de Víctor, el hombre sólo puede ser salvado por el Salvador.»

La hermana Marie-Hélène había logrado interrumpir a Pietro y estaba contando su versión de la historia de Herbert. Ovidio la miraba, pero no la escuchaba: los sonidos formados por su boca no tenían ningún sentido para él y las palabras resbalaban sobre su piel e iban a perderse en los olivos y los espárragos, cual lluvia que tocaba a todo el mundo, menos a él, protegido bajo un paraguas invisible. Tenemos la tendencia a salvarnos nosotros mismo y tratar de salvar a los demás; por eso el hombre es insoportable para el hombre, *homo homini salvator*, la sola acción o la intención de salvar al prójimo desaparece; es por el amor por lo que nosotros nos salvamos a través del otro, lo cual, en cierto modo, hace que el amor sea divino. El amor más vil, el acto sexual más bestial, la propia violación, constituyen tomas de conciencia ante sí mismo, ante el otro, y ante el acto que obliga a la unión a través de la dualidad, lo cual acerca y a veces nos confunde con el transporte místico. Por eso un texto de San Juan de la Cruz o de Santa Teresa de Ávila parecen una declaración de amor profano, aun siendo el amor sagrado en estado puro. Lo inverso es también verdad. El deseo carnal, expresado en verso, en prosa, en gestos de danzante o de pitecántropo, representa la primera etapa hacia el amor místico. El rapto puede ser vulgar y biológico, como el de las sabinas, o puede hacer presente la garra de Dios, por así decirlo. Yo mismo he palpado esa sutilidad en el momento en que Marta se hallaba a mi lado. Ella me ayudaba a integrarme al amor, ella fue el instrumento y el vehículo de mi redención. Cada uno de nosotros era entonces el salvador del otro. Y mientras ella estuvo viva, esa transferencia y esa transfiguración eran posibles, eso formaba parte de mis posibilidades. Desde que ella dejó de ser, es decir, de contener esa posibilidad, nosotros hemos tratado de salvarnos por otros medios, yo, por ejemplo, escribiendo libros, lo que hacía posible e incluso necesaria la salvación de mis lectores. Porque el escritor, tal y como yo lo concibo, concentra en sí los tres estados del conocimiento y de la transformación: el estado estético, el estado ético y el estado religioso. El escritor es el único artista capaz de asumir estos tres estados o escalones evolutivos. Él es, pues, un salvador. Pero en el momento en que nosotros nos transformamos en vengadores, lo que implicaba asimismo la voluntad o la intención de salvar, perdimos el acceso a ellos. Nosotros matamos, movidos por el más bajo de los instintos, como bestias agueridas por la encarna general de la cual acabábamos de salir, por la muerte sin responsabilidad, aprendida en el frente; yo estoy seguro de que Marta nos hubiera impedido abatir a aquellos pequeños canallas hediondos que acababan de profanar el objeto de nuestro culto. La cosa es, quizá, mucho más complicada. Aquellos que nosotros abatíamos no eran solamente los asesinos de Marta, sino el símbolo del invasor al alcance de nuestras pistolas. Nosotros nos comportamos de una manera tan primitiva como aquellos rusos andrajosos. Y la mirada del rufo, en el momento en que se encontró ante nuestras armas, que le iban a matar, reflejaba probablemente una mediocre y postrera satisfacción: nosotros nos hacíamos a sus ojos tan salvajes e inmundos como él. Aquella hazaña, que daba remate a nuestra segunda guerra, prometía así otra. Yo tenía mis dudas desde hacía mucho tiempo, pero es hoy cuando me atrevo a formular ese juicio contra mí mismo. Marta no fue violada y asesinada por aquellos imbéciles, que veían en ella la vencida, el país que iban a tomar y a poseer, sino por la Humanidad entera, en el estado de salvajismo en que ella se encuentra. En el que seguirá encontrándose durante siglos todavía, dirigida hacia los desastres por los falsos salvadores que viven en cada uno de nosotros. Este jardín a pleno sol, con su claridad meridional colgada en las ramas y en las ráfagas de aire, este valle que invita a la meditación, esta monja rumana, expulsada como nosotros por la Segunda Guerra, y este anciano que besa la tierra cuando unos niños se lo piden, me han dado el valor de pensar, de ir hasta el fondo de mis presentimientos. Es necesario que hable de esto con Víctor.

Ella había venido a buscarle a eso de las seis y se, lo había llevado en automóvil, entre los naranjos y los almendros, dejando sitio poco a poco a los algarrobos, y éstos a espesuras de espliego y de tomillo, oloroso al atardecer, a medida que iban subiendo a lo largo de la montaña, donde la sombra venía a posarse lentamente, como una emanación de las cumbres y de, los barrancos escarpados, rosas y verdes a la luz del ocaso, y que casi podían tocar con la mano. Habían abandonado el camino y el coche, y habían venido a contemplar el paisaje desde aquel terraplén en forma de terraza, convertida por el tiempo en natural, prolongando hacia la inmensidad del horizonte los cimientos de la mansión en ruinas. El vergel que había en derredor estaba bien cuidado, los almendros y la viña se doblaban bajo el peso de los frutos, pero los propietarios se habían ido a vivir a Polop o a Chirles, saturados de soledad y de belleza. Los ruidos de abajo no llegaban ya hasta allí, y, salvo los pajarillos que se preparaban para la noche en las ramas y en los matorrales, el paisaje sólo tenía vastas líneas y silencio. Polop parecía una isla en medio del verdor, con su torre y su cementerio ofrecido al cielo; Benidorm fulgía de blancura hacia la derecha; Altea ocupaba el centro, muy lejos, al borde de las colinas y de la mar vasta y azul donde unos barcos marcaban puntitos en la inmovilidad inverosímil. María del Carmen le iba nombrando los pueblos y los picos. Ella le señaló la casa del sus padres, junto a la carretera de Chirles, donde venía a pasar sus vacaciones y donde había nacido. Y Dan aparentaba mirar y admirar. Él hubiera querido detener sus palabras, agarrarle la mano en un gesto brusco, mientras ella le mostraba un pueblo en la lejanía, y preguntarle: «¿Quieres ser mi esposa para el resto de mi vida?» O alguna otra cosa por el estilo. Pero le faltaba valor para ello, era demasiado pronto, la había conocido pocos días antes en casa de Imme, a donde había acompañado a Ovidio de mala gana. Pero aquella visita se iba a convertir en piedra de toque, en una fecha que señalaría para él la nueva era y a partir de la cual contaría los años en adelante. Tenía los ojos azules, y los cabellos, negros; hablaba, cantaba y reía con la desenvoltura de las madrileñas, al tiempo que sus blancos brazos de mujer abandonaban con desgaire su primera juventud, sin dramas, mas como si se doliera de una curiosidad insatisfecha (él la adivinaba muy religiosa, dueña de sus sentimientos y de sus impulsos); ella se convertía de golpe en lo que podía ligarle definitivamente a esta tierra. Era demasiado pronto para hablarle de boda, e incluso de amor; quizás estuviera prometida, posible era que hubiera estado casada; él no se atrevía a preguntárselo. Se tuteaban desde el momento en que él le había sido presentado, con arreglo a la moda española, y esto le parecía admirable para un comienzo simplificador.

Durante dos días, único residente en «El Tomillo», servido por Pepa, acompañado por *Kripsy* al vergel y en todos sus paseos, en los que él le atiborraba de almendras, que el perro rompía con sus dientes con sabia facilidad, moviendo la cola y mirándole a los ojos en cuanto se acababa de engullir la última porción, Dan había estado pensando en ella sin descanso, olvidando lo demás, borrando recuerdos y pasado, viviendo allí su futuro con una claridad de ingeniero al crear un proyecto de puente o de carretera. Él iba a poner fin a su vagabundeo, mas no como un viejo que se retira antes de la edad oficial y se aísla en un rincón del Universo, a donde va a rumiar su existencia pasada y dolerse de sus fracasos a la sombra de su desahogo y de su hastío, sino como un joven que funda una familia y empieza a vivir.

Aquella mañana, empero, él había sido proyectado fuera de su sueño y plenamente dominado de nuevo por el vértigo del pasado. Sus amigos se habían marchado, pero seguían sin soltar la presa. Había recibido una carta de Alejandro escrita en el aeropuerto «Leonardo da Vinci», en Roma, mientras esperaba el avión para Bucarest. Iba allí en busca del hijo de Víctor. «Sé que será

imposible obtener un pasaporte para él y hacerlo salir, pero, quiero decirle que su padre sabrá que él existe, que su hijo vive y es posible que, con el tiempo, pueden volverse a encontrar' y vivir juntos. Si Víctor ha muerto, haré venir a su hijo a Roma.» el hijo de Marta se convertía así en el hijo de Alejandro y de todos ellos. Sin lugar a dudas, él tenía derecho a olvidar y a recomenzar su vida en Occidente. El hijo de Marta... Estas palabras le causaban una impresión extraña.

—¿Me escuchas? —le preguntó María del Carmen.

—No.

Ella se rió con ganas.

—Esto no es muy interesante para ti.

—No lo es.

Ella lo había comprendido, también ella, desde el primer día, desde sus primeras palabras; pero la conciencia de lo que acababa de suceder la invadió bruscamente, ella sintió el orgullo inefable que sienten las mujeres al remplazar súbitamente en el corazón de un hombre al resto del Universo, haciéndolo vago y superfluo; y se alegró de ello. Ella no había tenido suerte, pero ahora todo se tenía de otro color. Las montañas, la belleza de la tarde, la mar en la lejanía, aquel espacio maravilloso que le era familiar, se difuminaban poco a poco, alejándose hacia los tonos grises del pasado, y el hombre apenas conocido pasaba a sustituir lo que ella había tomado por lo esencial en su vida.

—¿Me pasas un cigarrillo? —pidió ella, para rellenar aquel silencio, agradablemente angustiado.

—No.

—Por encima de las nubes, el sol es siempre azul —murmuró ella con su vocecita centroeuropea, cargada de una filosofía para las estrellas fugaces. Y añadió—: Él está terriblemente enamorado de mí.

Graziella tenía la costumbre de jugar con sus bucles rubios y descoloridos, como si fuera una chiquilla; ella tenía su mentalidad, y creía firmemente que los hombres eran unos devoradores de niños, unos sádicos que buscaban en el amor quién sabe qué perversos placeres. Hacía, pues, de muñeca, a la moda de Budapest 1925, imitando a modelos en desuso, y su nombre parecía rendir cuenta de ese comportamiento vetusto, tomado de otra época de su propia vida y de la del mundo. Desde que ella había pasado a otro, Michel aceptaba con placer su compañía; hasta había estado tentado de contarle su encuentro con Milagros, pero se guardó de hacerlo, temiendo sus habladurías por el barrio, por encima de las vallas, las callejuelas, los charcos de agua y los autobuses. Su voz era capaz de llenar el cosmos, como un tam-tam inactual, pero eficaz.

—¡Él es celoso, si tú supieras! Y poco generoso.

—¿Te pega?

— ¡No! ¿Tú qué te has creído?

—Estarías contenta si lo hiciera.

— ¡Vaya con los hombres! Sois todos unos cerdos, unos viejos cerdos viciosos y lúbricos.

Ella se reía, satisfecha, lisonjeada por la idea de los futuros golpes y por el supremo consuelo que le ofrecía su filosofía cotidiana.

—Yo soy fuerte, sabes. También podría pegar.

—Sería una bella escena de amor salvaje.

—Yo no le quiero —dijo ella, haciendo una mueca de muñeca, frunciendo en un mohín sus labios mal pintados, agrietados por el carmín de mala calidad, la edad y la negligencia—. Ése no es un tipo como para quererle, tú lo sabes. No tiene la menor idea, por descontado. Está como hundido en unos principios, en su timidez, en su... yo no sé qué. Te prefiero a ti, con mucho. Tú eres un hombre de verdad, ¿sabes? a mí me gustaba...

—Eso ya no es posible —masculló Michel—. Tú sabes bien por qué. Por ahora, no. Además, él me mataría. Debe ser horriblemente celoso.

Graziella soltaba una risita de muñeca triste.

—Sería muy capaz de matarte, no exagero.

—Lo sé.

Ella tenía en este momento el aspecto de estar jugando con esa posibilidad, que le ofrecía un lado apasionante, novela folletinesca, foto en los periódicos de Buenos Aires y quizá también del extranjero, mujer fatal provocando un crimen pasional en Morón, flashes, tribunal, hombres de miradas devoradoras, hombres pujantes y generosos preocupándose por ella, esperándola a la salida del hospital.

Ellos conversaban, como de costumbre, por encima de la valla, en el crepúsculo de incendio que daba a las cosas un tono de falso frescor, de inocencia teatral, que armonizaba bien con el rostro, los senos y el vestido de Graziella. Ella le sonreía, toda en confidencias, inclinándose hacia él, desvelando así una parte de su garganta, magníficamente acabada y generosa, como en espera de un gesto de retorno. Pero el gesto no llegó. Michel se arrepintió, pero decía no desde el fondo de su alma.

—Yo no soy dichosa, jamás lo he sido —exclamó ella, como movida por un resorte muy profundo impulsado por la negativa de Michel, y rompió en espectaculares sollozos—. No —murmuró ella, como si estuviera en la agonía—, no trates de consolarme. Es la pura verdad. Me he merecido una vida mejor. Otro marido. Otra casa. Una vida mejor, que...

—Como todos. Todos hemos merecido una vida mejor. Eso es lo que decimos todos a la hora del crepúsculo. Yo también, tu marido, mis amigos. Siempre hay algo, la intervención de un acontecimiento imprevisto, un fallo en la construcción de nuestro destino, que nos corta el aliento, nos hace desviar en el desarrollo, nos mutila. Eso se llama la condición humana. ¿Me comprendes?

«Sí», afirmó ella con la cabeza, en un gesto de comprensión súbita que la hacía aceptable y casi bella, imagen que se había hecho apasionante, por su claridad, del sufrimiento de los seres, condenados a sí mismos y a lo que Michel acababa de llamar la intervención, el encuentro con lo que nos hace desviar, girar hacia el abismo personal. («Si fuéramos dichosos —pensó él— seríamos inmortales.») Dios o la Historia se divierten con ese juego. Él nunca le había hablado así, considerándola por debajo de toda discusión; pero en este momento captó la extraña comunicabilidad de ciertas verdades omnipresentes, que todo ser está obligado a comprender, incluso una mujer como Graziella, situada al margen, mas situada, y por ende humana, gozando de todos los derechos de un conjunto psicosomático igual para todos.

Hay cambios favorables que llevan a la comprensión, a la obra maestra, a la teoría que trastorna; pero también a la intuición, al contacto directo, irracional, entre los hombres.

—Eso no es fácil soportarlo —añadió él.

—No.

—Pero es bello. Eso no carece de cierta grandeza. ¿No te parece?

—No lo sé. Nunca había pensado en ello. Yo soy más bien tonta. Nunca pienso en esos trucos. Pero acabas de decir una cosa que me hará pensar, durante mucho tiempo. Es posible que llegue a comprenderme mejor. Casi me da vergüenza hablar así.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no estoy acostumbrada a ello. Algunas palabras, demasiado importantes, me dan miedo. Y nadie, ni siquiera tú, me había dicho nunca semejantes cosas. Tú te acostabas conmigo y me contabas tonterías para hacerme reír. Hubieras podido...

—Sí, hubiera podido. Te conocía mal. Perdóname.

Él le tendió la mano, que ella tomó entre las suyas y se la besó, y él sonrió.

—Dime, ¿ninguna mujer te ha besado nunca la mano?

—Puede ser que ninguna. En todo caso, no un beso como éste. Un beso juicioso.

Ella continuaba sonriéndole, como una revelación, situada súbitamente a otro nivel. El sol había desaparecido detrás de las casas, la humedad de la noche penetraba, repentina, a través de las telas; el rojo del cielo viraba hacia un gris amarillento, y el rostro de Graziella parecía esculpido en piedra trágica. Una heroína, un personaje como el que más. Una mujer digna de un hombre, como todas las mujeres, con aquel matiz de buen juicio además que la hacía deseable, por vez primera, en un

sentido completamente nuevo. «Voy a intentar perfeccionarla», se dijo él al fondo de un pensamiento casi lateral o secundario, clavados los ojos en aquel rostro, que no había cambiado, pero que había sido tocado por la gracia de la comunicabilidad.

—¡Hasta la vista, Graziella! Tengo que salir corriendo.

— ¡Hasta pronto! Te quiero mucho, vete.

Él se alejó, no sin cierto sentimiento. Pargu no había regresado. Buscaba trabajo desde la mañana hasta la noche, se levantaba temprano, hacía los trabajos caseros, los recados, se hacía útil. Era un ser sistemático, triste por vocación, que necesitaba una dosis de fanatismo para soportar la vida, por lo que ahora se dedicaba a admirar a Michel y a Graziella, quién sabe cómo, hasta qué grado y con qué fuerza, pues él no hablaba nunca de ello. Mas sus gestos eran los de un esclavo contento de su condición. Le agradaba contar la muerte de su padre, que parecía constituir su toma de conciencia con el mundo exterior. «Yo lo encontraré un día —decía, haciendo alusión al asesino—. Le voy a ajustar las cuentas. Debe de andar rodando por ahí.» Ese *ahí* era el vasto Occidente, ahora al alcance de sus manos de hombre libre.

Milagros le estaba esperando en la entrada de la estación del Retiro. En unos cuantos días se habían hecho amigos, sus manos se hablaban durante largos momentos; habían adquirido la costumbre de pasearse, cenar en un restaurante de la calle de San Martín; la joven le había sorprendido por su inquietud intelectual; había leído mucho. Los ideólogos habían deformado sus perspectivas, y los sofistas del siglo habían acabado por turbarla, vaciarla de esperanza, hacerla desear compensaciones eficaces o desalienantes, como ella decía. Mas su fondo tradicional se oponía a ello, un fondo religioso y mágico que rechazaba todo concubinage, con esas degeneraciones del cristianismo. De una manera bastante sorprendente, dados su origen y su oficio, ella informaba a Michel de todo lo que estaba pasando en el alma de los jóvenes. El drama de la vieja «generación perdida» americana, limitada a unos pocos escritores geniales, acababa de pasar a *la* masa, carente de todo filtro y de todo remedio racional o metafísico. Eso era lo que Michel pensaba de la juventud de su tiempo, cuya crisis había nacido en los Estados Unidos cuarenta años antes, con los resabios desagradables de Faulkner, Pound, Hemingway, Henry Miller y tantos otros, disgustados del materialismo de su civilización, exiliados voluntarios, viajeros ebrios de viajes, cosa que los *hippies* heredaron a granel, cubriendo el mundo con su búsqueda sin respuesta. La moda y la política habían añadido su dosis de estupidez, crueldad y decrepitud a una desesperación que se anunciaba creadora y purificadora, como la de los escritores fundadores, y que había terminado arrastrando por el lodo de las pesadillas teledirigidas el bello sueño del principio. Surrealismo y expresionismo se hallaban también mezclados en la gran evasión hacia la pequeña muerte individual, testificando así el fenómeno de la descomposición de toda idea fundadora, escapada de su órbita inicial en el momento mismo de la muerte del fundador. La droga había remplazado al viaje y al sueño, Tanatos asesinaba a Eros, lo que, según Michel, reflejaba, bajo un aspecto humano, el proceso de la entrada en ese desorden final que Nietzsche y Heidegger habían denominado la entrada en el nihilismo. Lo que él había acabado por encontrar en ella era más bien una niña atemorizada que una mujer amante. Su acuerdo estaba en contradicción con el sentido del siglo, o bien realizaba de una manera osada y nueva el deseo oculto de la mayoría, demasiado limitada para reconocer el alcance de su verdadera búsqueda, que era la del padre.

El tren corrió durante algunos minutos a lo largo del río besado por el crepúsculo. Vasto como una mar, llevando hacia el océano las tierras de las junglas, el Río de la Plata parecía aquella tarde transfigurado y peligroso, tan rojo como un cielo vuelto al revés. El viento había cambiado probablemente, y el aire estaba como purificado de sus miasmas cotidianas, barridas por el hálito de alta mar que abofeteaba las fachadas y las aguas. La ciudad había vuelto la espalda al continente y reflejaba de repente los olvidados vigores de sus orígenes. Después se apagó el sol, el mundo se vistió de un gris intenso y nórdico, la luz transportaba desde el Polo Sur el espectro de las aguas privadas de la presencia humana. Había algo de literario en aquella intensidad sin matices, una suspensión de los colores, reducidos a una síntesis imaginaria o futurista. El mozo pasó con su *café*,

*café calentito, café**, y ellos tomaron, bebiendo con atención entre las sacudidas del tren, fijos los ojos en el lenguaje profético del río.

Milagros iba a bailar en la casa de unos admiradores suyos, en una quinta de recreo de Tigre, donde unas personas muy ricas habían invitado a sus amigos a fin de presentarles la nueva maravilla llegada de España. Mas ella había tenido miedo de ir sola y había pedido a Michel que la acompañara. «Ella no se parece a nadie —se decía éste, mientras miraba por la ventanilla—, ella no es la reencarnación de Marta, ni de Lisi, lo que me empuja hacia ella es el sentimiento egoísta de una nueva posesión. Dentro de diez o quince años seré un viejo, eso me da miedo, y trato de ahogar estas terribles imágenes del futuro en las únicas aguas puras que tengo al alcance de la mano. Lo que yo combino es inmundo y consolador.» No sentía el menor remordimiento. Siempre había vivido en la inocencia, cubierto de deudas y de mujeres; ignoraba el pecado, como si hubiera poseído siempre la certeza de su salvación, basado en la divisa luterana *peca fortiter et crede firmitus*. Su cristianismo no estaba ligado a una profesión de fe muy precisa. Había seguido siendo ortodoxo por comodidad, pero iba a orar a los templos católicos. Lisi había sido protestante sin frenesí ni deseos conversores. De repente ante sus ojos, con una fuerza real que le hizo parpadear como una luz excesivamente fuerte, la imagen del águila enorme... Con Ovidio, mientras huían hacia Transilvania, al día siguiente de su partida de Dumitresti, ellos se habían acercado al manantial. El sol despertaba de un pincelazo las altas cumbres en el lejano fresco de comienzos de setiembre. El águila apagaba su sed en la fuente, entre las rocas bajas, todavía jaspeadas de sombras y de rocío. Con el pico, como una gallina, buscaba pulgas en su plumaje. Al percibir sus pasos alzó la calva cabeza y les echó una mirada de una frialdad hipnotizante, de una comprensiva humanidad que les heló la sangre, y, con un simple movimiento de sus alas bruscamente desplegadas, que levantó el polvo y golpeó los árboles como un viento inesperado, se elevó por encima de las rocas y del follaje y se lanzó a la luz. Ovidio dijo: «Es el Dios de este lugar.» Aquel encuentro les trajo suerte. Michel no había olvidado nunca estas palabras, ni la potencia de aquel salto, como si el ave les hubiese concernido directamente, como si hubiera materializado de algún modo sus relaciones con un más allá convertido de sopetón en algo tangible y personal.

—¿Qué ves en el río? —le preguntó Milagros.

—Recordaba una cosa.

Y le contó aquel fragmento de su pasado, y le habló de Ovidio y de sus libros. Ella le cogió de la mano, como solía hacer cuando él le revelaba, por fragmentos, escenas de su pasado que le daba miedo. ¿Cómo has podido resistir tantos choques, tantas violencias y desdichas? Él adquiría entonces, ante sus ojos de mujer sin pasado, el aspecto de un monumento heroico, casi sagrado, que a ella le hubiera gustado adorar de rodillas. Ella no, ella no era molestada por ninguna sombra. Sus pesadeces intelectuales iban desapareciendo poco a poco al contacto con aquel hombre que había leído y vivido y a quien ella había encontrado para su felicidad y perfeccionamiento. Ella se estaba deshaciendo de los, lazos de su raza, que sobrevivía en ella por la danza, pero que habían perdido todo poder de embrujo. Su ideal habría sido abandonar lo provisional, el hogar sobre ruedas, y trasladarse a la ciudad, a un apartamento suyo, bien central y bien fijo. Lo que ella buscaba en Michel era un medio de acceder a otra modalidad de vivir, a otra cultura, y esa zona de exilio, de movilidad en busca de lo inmóvil, de que Michel estaba rodeado y que lo había formado, le facilitaba las cosas; sirviéndole de introducción al amor o a otra cosa que ella no había conocido nunca. Otro género de hombre, perteneciente a la ciudad y a la fijeza, le habría dado miedo.

Muchos pasajeros se apearon en Belgrano C; el vagón pareció de golpe más vasto y más ligero, y el tren a partir de entonces danzó sobre las vías, arrastrado por su locura eléctrica hacia el fondo de la noche. «Ella espera quizá que yo la bese. Quizá no lo piense en absoluto.» ¿Por qué había danzado ella de aquella manera, por qué le había mirado tan hondo, tan consentidora, cuando su primer encuentro en la caravana de Groza? ¿Por qué la acompañaba él aquella noche? ¿Por celos? ¿Para preservarla de los apetitos de los demás y conservarla para él solo? «Yo me encuentro por debajo de toda línea de flotación moral. Mas me río locamente de ello. Yo soy lo que soy en este

* En español en el original. (N. del T.)

momento, y nada más.» Milagros le hablaba de un guitarrista que conocía el lugar y que les esperaba ya en la estación de Tigre, o que viajaba con ellos en el mismo tren. Pero aquello tenía para él una importancia de decorado, secundaria, solamente existían él y Milagros, los únicos seres vivientes en un mundo de mentiras y de sombras. Los únicos seres vivientes, de los cuales dependía todo lo demás, la vida en general y la continuidad del mundo.

El guitarrista se hallaba, en efecto, a un extremo del andén; su guitarra en una funda negra, que podía ocultar un fusil, con aspecto de gángster meridional, nacido para la mafia y los sucios trucos de la noche. La humedad era insoportable, y el viento soplaba con fuerza, como escapado de una lavandería. Caminaban de prisa, sin mirar, como envueltos por el viento. Una barca de motor les estaba esperando al extremo de una acera. Durante algún tiempo estuvieron navegando entre quintas de recreo en unas aguas revueltas y chapoteantes. Súbitamente fueron atacados por el viento marino. «¡*Mecachis en la mar salada!*», juró el piloto, el cual aceleró, y hubo una batalla entre la barca y la tempestad, que los envolvía con sus ráfagas, tratando de empujarlos y de hacerlos cambiar de rumbo; hubo luego una brusca parada, un armisticio; ellos sentían pasar por encima de sus cabezas la larga y potente ráfaga, habían atravesado al descubierto un espacio de agua más vasto y acababan de tomar de nuevo la ruta de los canales interiores que separaban unas islitas en medio del delta en que el Paraná y el Paraguay se unían para formar el Río de la Plata, el río de plata con reflejos de fango. Aquello estaba lejos. Un tiempo infinito se había apoderado de ellos. Cruzaron perfumes, aquello era la jungla salvaje, cortada por vahos de azahar, de animales y de peces podridos. El aire salado de la mar llegaba a dominar a veces esos malos olores y esos perfumes fuertes, y paseaba unas imágenes antárticas sobre el fondo tropical. Se detuvieron ante un embarcadero, cuyas junturas de madera gemían a los embates del viento. Atravesaron un jardín, acto seguido un vergel, del cual parecía subir aquel perfume de flores de naranjo, subieron una larga escalera exterior, sometida asimismo a los silbidos de las ráfagas, y penetraron al fin en una mansión bien calentada, construida sobre pilones, como las chozas lacustres, y que estaba en plena contradicción, por su lujo, con las aguas, el viento, la soledad y los olores primitivos. Era una *finca* de gente rica, que se retiraba allí los fines de semana, para descansar o para dar fiestas.

Inmediatamente fueron mordidos por el humo, las voces y el claroscuro de un salón bastante espacioso, hecho de rincones, amueblados con sofás muy bajos y hondos butacones, ante los cuales unas mesas ofrecían en masas multicolores, emparedados, botellas, flores y cajas de cigarrillos. Los invitados habían perdido sus rostros en aquel aire, preparado justamente para destruir los límites y las vacilaciones. Michel se encontró solo ante una butaca vacía, se dejó caer en ella con todo su peso, perdió en seguida el interés que le había llevado allí, se dedicó a los emparedados, luego al whisky, nadie le preguntaba nada, y así dio satisfacción a su apetito y a su primera curiosidad.

—¿Es usted el uruguayo? —le preguntó una voz a su lado.

—Sí —contestó él entre dos bocados.

—¿Marchan bien las cosas en su país?

—Marchan maravillosamente bien, como usted sabe.

—Ustedes son potentes y están bien organizados.

Michel inclinó modestamente la cabeza y miró a su interlocutor, cuya voz no estaba en consonancia con lo que de ella se esperaba: una voz potente, que quería imponer las palabras. Era un hombre de unos sesenta años, pequeño, o bien engullido a medias por el grosor de la butaca, de rostro amarillento, cráneo reluciente, una cabeza de huevo, apenas entallada por unos ojos tártaros y una boca cual hoja de cuchillo que apenas dejaba salir las palabras, proyectándolas con fuerza sobre el interlocutor. Los párpados parecían más claros que el resto, como si estuvieran untados con una pomada de actor, a fin de acentuar el brillo perforante de la mirada. Su manera de hablar era la de un nativo. Su sangre mezclada, una ascendencia de *indios*, quizá bastante lejana, pero muy en relieve, le permitía ese juego fisonómico con el Extremo Oriente. Michel tuvo en seguida la revelación: aquel rostro, mediante un sabio maquillaje, quería imitar una cabeza de chino. La blusa a lo Mao, en seda blanca, que completaba el personaje, significaba, como todo lo demás, una actitud y una enseña. Michel sintió ganas de reír. «He caído bien. Voy a divertirme.»

—¿Es usted *el Chino*? —le preguntó con una voz que quería ser ligeramente admirativa.

—Pues, sí, hay quien así me llama, pero sabe usted...

—Según se dice por ahí, usted ha estado en China, ¿verdad?

—No, no, ni hablar. Hasta ignoraba que se hablara de eso incluso en su país, donde están tan bien informados. Esto me abruma. Yo trato de interpretar bien las cosas, de pensar bien, eso es todo. Usted es un intelectual, ¿no es cierto? Usted tiene estudios —se informó, como tomando precauciones antes de proseguir.

—Soy doctor en Economía Política de la Universidad de Roma.

—¡Caramba!* En tal caso pertenecemos los dos al mismo matiz; por así decirlo, a la revolución dentro de la revolución.

—Eso es, precisamente. Es por lo que, desde hace ya algún tiempo, empecé a desconfiar de los soviéticos.

—¿En qué sentido?

Había que tener cuidado; pero, ¿qué arriesgaba él en el fondo? el fin de la diversión, eso era todo.

—En el sentido de que era necesario separar el concepto de intelectual de todo pesoseudorrevolucionario y sacar de ello el máximo de consecuencias inmediatas.

—He aquí una cosa bien dicha. Estamos completamente de acuerdo. En el fondo, los rusos, desde el comienzo mismo han procedido del mismo modo; pero ellos no hall tenido el valor de sacar de ello las consecuencias. Mientras que los chinos y nosotros... Hay que distinguir entre la masa obrera y campesina y el intelectual. Trotski y Lenin fueron intelectuales, ellos *imaginaron* e hicieron estallar la revolución. Pero Stalin lo echó todo a perder, un antiguo seminarista medio inculto, como sólo un seminarista puede serlo. La revolución proletaria es, en el fondo, una revolución intelectual; ésa es la fuerza más florida, la más sutil, la más oculta, la más sádica diría yo, en el sentido que le da Sartre a esta palabra; ella es la que da el golpe y la que domina, en un verdadero régimen comunista. Una nueva aristocracia, mucho más pujante que la vieja, basada en unos méritos personales y no en unos títulos y unos papeluchos heredados. ¿No es cierto?

—Por eso la aristocracia occidental, la de los nombres y el dinero, está con nosotros —completó Michel, que se divertía a más no poder—. Ella quiere seguir teniendo el poder en sus manos. Pero hay que desconfiar de ella. Mire usted a estos imbéciles, que apestan a tinieblas espirituales: están casi todos con nosotros por instinto de conservación y por voluntad de pujanza, mas pocos de entre ellos resistirán el choque. Perecerán a efectos de la droga y del sexo antes de llegar a los veinticinco años. Pero nos son útiles. Ellos nos ayudan a minar y destruir los más fuertes bastiones de la vieja clase dominante: la familia, la Banca, la Iglesia y la Universidad.

—Necesitamos barrer todo eso a fin de que comience la era de los intelectuales, la última, la que pondrá a la Historia en su sitio. Hay que saberles empujar hasta el fin. No sé hasta qué punto han llegado ustedes, en su país. Sus métodos son algo más brutales, pero mire en torno suyo, esta noche verá usted muchas cosas. Por eso estoy yo aquí.

—Yo también, en cierto sentido, más modesto.

El Chino parecía sentir por él una simpatía que rebasaba ya los límites de la camaradería profesional. Michel quiso hacerle llegar hasta el fondo. Aquella ralea le daba náuseas, para él era la culpable de las encarnas y los desastres del siglo.

Aliando las dos tendencias podríamos llegar fácilmente a resultados interesantes. No se trata solamente de atracar unos bancos y echar a sus responsables, como hacen en nuestro país, en Montevideo, ni de empujar a los abismos a unos jóvenes inútiles y perversos, como, en el suyo; habría que unir los dos objetivos, dar un sentido más masivo y perverso al embrutecimiento y multiplicar, al mismo tiempo, la tentación de la caída. Nuestra conjuración cuenta con poderosos aliados.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó *el Chino*, evidentemente interesado.

—Podemos jugar en muchos tableros a la vez. La Iglesia es una presa fácil en este momento, como ella misma acaba de demostrarlo; entonces, destruir la esperanza por ejemplo, toda

* En español en el original. (*N. del T.*)

esperanza, en el alma de los sacerdotes, que, a su vez, sembrarían la duda y el sufrimiento psíquico en la conciencia de sus feligreses. Los sacerdotes jóvenes son lo bastante incultos como para soportar semejante operación. La preocupación por lo social los ha apartado ya de la esperanza; quiero decir, del más allá y de la eternidad, que son la base de su doctrina. Bastaría con sustituir en ellos la esperanza perdida con un paraíso encontrado, cristianizar la droga, por ejemplo, como se está cristianizando el marxismo. ¿Qué opina usted de ello? Y, acto seguido, estimular las fugas, transformar el fenómeno de los exclaustrados en modelo de existencia, ayudar a los antiguos sacerdotes a penetrar en la enseñanza, llenar de ellos las universidades. Ellos suelen ser los mejores instrumentos al servicio de toda causa contraria a su antiguo dogma. Me han dicho que en España esto es muy corriente, y que la eficacia de estos nuevos materialistas, procedentes del espiritualismo cristiano, es extraordinaria como efecto en los jóvenes. Ésos son los puntos que habría que tocar.

—Merece pensarlo. Me agradaría mucho retenerle a usted con nosotros durante algún tiempo. Pienso que nuestra colaboración daría unos frutos horripilantes. ¿Cuántos días va a estar usted aquí?

—Me vuelvo mañana.

—Es poco. Tendríamos que establecer una colaboración más estrecha. Nosotros nos disipamos en actos separados e inesenciales. Hay que atacar de arriba abajo. Hay que destruir la esperanza, como usted dice. No dejar más que una salida. Transformar al hombre en un andrajo inutilizable, desesperadamente agarrado a una roca única, sólida de fe y de esperanza: nosotros.

—Y los militares. ¿Qué opina usted? Lograr descomponer a los militares, deformar el Ejército. Hacer imposible el recurso del *cuartelazo**, que siempre nos impide conquistar el poder. Incluso en Chile, de no ser por el Ejército, que está en contra nuestra, todavía seríamos los dueños absolutos. Las últimas elecciones en Paraguay no nos han sido favorables, como usted sabe; en Bolivia hemos perdido la partida por largo tiempo, como en Grecia; Colombia se vuelve a equilibrar; Brasil ha vuelto a ser una dictadura militar y progresista, en un estilo completamente nuevo, que no es el nuestro. Estamos perdiendo en muchos tableros a la vez. De modo que hay que obrar en profundidad, ¿no es así? Hay que convertir esta zona en un andrajo continental y gobernar basándonos en los sin esperanza, los *descamisados*** del alma, como se gobernara en tiempos apoyándose en los *sans-culottes****.

—Sí, ése es el poder soñado, eso es lo que buscamos, en el fondo, desde los primeros nihilistas. El hombre apartado de Dios y del orden que Dios implica deja de ser humano, se convierte en un material que se puede moldear, el hombre del futuro, científicamente dirigido por unos omnipotentes intelectuales, manejando números perfectos, forjando estadísticas sin riesgo de error. Nuestro continente es el más apto para esta experiencia. Aquí están también los *indios*****, susceptibles de ser regimentados fácilmente, bastará para ello con darles de comer cuanto su hambre exija; están las clases poseedoras, apoyadas en el Ejército y la Iglesia, mas corrompidas ya en sus juventudes, por medio de la Universidad, en nuestro país como en el suyo, como también en

Europa. Nos queda por tragarnos el propio apoyo.

—¿La Iglesia y el Ejército?

—Sí, mordidos ya, pero de una manera poco eficaz. Hay que destruir la esperanza y el orden.

—¿Qué, quedará después? —preguntó Michel, ligeramente espantado por aquella perspectiva, que él mismo había desencadenado.

—Nada. El caos inicial, sobre el que nosotros construiremos un mundo nuevo, hecho a nuestra imagen.

Esta imagen, representada por *el Chino* en persona, no tenía nada de atractiva. Michel tuvo ganas de echarse a reír. Sus insinuaciones se habían transformado en técnica del golpe de Estado. Aquello le daba vértigo y náuseas, él habría aplastado con mucho gusto aquella crápula internacional, ebria de desastres y de ansias de poder. Echó una mirada en torno suyo. La mansión estaba decorada sin

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

*** «*Sans-culottes*.» Nombre, que los aristócratas franceses daban a los republicanos durante la revolución de 1789.

**** En español en el original. (N. del T.)

gusto alguno. Probablemente, habían buscado precisamente la faltó de gusto. Había una serie de fotografías de Marilyn Monroe, pintadas por encima, cada una de un color distinto; bolsas de objetos de plástico colgadas aquí y allá, lienzos ordinarios, en cuadros, agujereados por quemaduras hechas por la mano de algún genio. Ese arte fraudulento ligaba al artista a la descomposición general. Tomaba parte en ella de manera inconsciente, pero no menos culpable. Aquello le dio la idea de continuar, porque estaba dominado por unas ganas locas de hacer caer al personaje desde el punto más alto posible.

—Y luego están los artistas.

—¡Los artistas! No queda ya ninguno. Por otro lado, nosotros no los necesitamos. Hay que eliminarlos, si es que queda alguno. Les pagan para que aniquilen al hombre por medio de lo que constituía hasta este momento el apoyo más fuerte y la justificación del hombre, quiero decir el arte. Los cubren de premios para que no tengan remordimientos. Ya no hay artistas, como yo le decía. Pero quedan aún los otros, los que no se mueven, el enemigo número 1. Usted ha tocado ahí una cuerda sensible. Queda siempre el artista, el imbécil creador, o que cree serlo, y que no se somete y se burla de las teorías y de los planes y de todos nosotros. Nosotros los exterminaremos, como hiciera en tiempos Stalin. Mire usted a Brezhnev ante Soljenitsin. ¡Qué pigmeo! No tiene el valor de aplastarle de un solo puñetazo o de enterrarle vivo en algún rincón perdido de Siberia. Los rusos han perdido la sangre fría, están soltando presa, tienen miedo ante un solo loco, ante los libros. ¡Fu! En China liquidan todavía, según el buen método oriental. Pero en Rusia todo está perdido, se lo aseguro, hace falta que Mao se los trague de un solo bocado lo antes posible.

El Chino quería continuar el diálogo y enterarse de detalles más precisos acerca de la misión de Michel, pero una pareja fue a instalarse en el diván que tenían enfrente. La muchacha estaba casi desnuda, las piernas al aire bajo una minifalda tan cortita que parecía haber sido cortada de prisa y corriendo a navajazos o desgarrada por unas manos impacientes. El muchacho tenía una cabellera de bardo medieval que le caía sobre los hombros y le cubría en aquellos momentos la cara, ya que estaba completamente inclinado sobre la chica, de la que sólo las piernas se habían salvado de aquella caída entre el muchacho y el sofá. La música se había hecho ensordecedora. *El Chino* se acercó a Michel para que éste le oyera mejor.

—Mire a esos dos de ahí. Son hermano y hermana. Esto está muy a la moda en nuestro país, entre lo que aquí llaman la aristocracia. Tienen la manía del incesto, lo que conduce rápidamente al fin de una casta; eso es más eficaz aún que la homosexualidad, que, en este sentido, es inocente, ya que es estéril. Existe también la pastillita, pero lo que tenemos que estimular no es el remedio, sino el hecho en sí. El teatro y la novela tienen que desempeñar ahí un gran papel.

—¿No cree usted que ahí se oculta un gran peligro para nosotros?

—¿Qué quiere usted decir?

—Simplemente, lo siguiente: que el vicio podría apoderarse mañana de los hijos de nuestros intelectuales, de nuestros propios hijos. Bajar rodando es más fácil que subir, bien lo sabe usted, y esta táctica es contagiosa.

—Sí. Por eso hay que acabar cuanto antes la misión destructora, dejar fuera de fuego esta pestilencia peripatética —respondió el otro, con evidente disgusto—. Es preciso tocar algunos puntos muy sutiles. Los nazis también estaban elaborando una selección intelectual, política y militar al mismo tiempo, imitando a la Orden Teutónica, y para ellos el vicio que había que destruir, la podredumbre epidémica, eran los judíos. Hitler tenía sus intuiciones, por eso fue tan peligroso. Pero no era sutil. Se equivocó y perdió. Pero usted se da cuenta del paralelismo, ¿no es cierto? Hace falta saberlo utilizar todo, hasta los errores de nuestros enemigos. Donde ellos han fracasado, nosotros podemos triunfar.

—Tenga la bondad de excusarme un instante. Voy en busca de una persona. Sobre todo, no permita que nadie ocupe mi sitio. La conversación con usted me parece más importante que mi misión aquí.

—Es usted muy amable. Cuente conmigo.

Michel se levantó, súbitamente inquieto. Trató de encontrar a Milagros en aquel desbarajuste libidinoso. ¿Dónde había podido desaparecer? Seguramente, estaría cambiándose de ropa y

preparando su número con el guitarrista. Pero, ¿dónde?

Tropezó con cuerpos tendidos en el mismísimo suelo, pasó entre parejas que bailaban sin moverse de su sitio, abrazados, casi inmóviles. Aquello no tenía nada de excitante, tenía un aspecto más bien mortuorio. Él jamás había comprendido aquella pasión por exhibirse en público, el sentido de la orgía era completamente ajeno a su manera de ser, él prefería el lecho solitario, bien oculto, bien separado del resto de los hombres, el lecho observatorio, el lecho santuario, ligado a las raíces de la tierra, a las savias, y, al mismo tiempo, ofrecido a las alturas como un cáliz maravilloso hecho de pétalos y de espíritu. El amor era descenso y ascensión, en la soledad, de dos seres tratando de convertirse en uno, era una alquimia viviente, consagrada a los sobresaltos del conocimiento. Aquel espectáculo colectivo no tenía nada que ver con el amor, era la comedia de la muerte, y era esa comedia la que Milagros hubiera tenido que interpretar en su danza. Una mano le dio unos golpecitos en el hombro.

— ¡Hola, viejo!

— ¡Hola, negra!

— ¿Me das algo de beber? Tengo sed y carezco de energía. Si me muevo, me desplomo.

— Desplómate. Estarás mejor a cuatro patas que a dos.

— ¿De veras? Y tú. Tú eres tan animal como yo. Todos nosotros somos bestias ex salvajes, domadas por el alcohol y por el vicio. ¿Qué piensas tú de eso?

Ella no estaba del todo enfadada. Fatigada, los ojos semicerrados, una larga túnica blanca cayéndole sobre los pies, ella tenía un aspecto antiguo, el de una joven de Atenas o de Siracusa que hubiera sobrevivido a los desastres del tiempo y vencido a la Historia.

— Yo pienso que me gustaría presentarte mis excusas. He sido un estúpido, acabo de decirte una maldad que tú no te mereces. Tú eres bella e inteligente, tendrían que guardarte bajo un cristal, o hacer de ti un hermoso libro, para que esta rareza afronte los siglos.

— ¡Oh, no! Tu disculpa se convierte en un halago, pero me agrada lo que me dices, y los hombres de tu clase son tan raros como los de la mía. Apuesto a que eres un artista. Sería capaz de caer en tus brazos. Dime, ¿quién eres?

— Un artista, acabas de decirlo.

— ¿Pintor?

— Escritor.

— ¡Oh! Tienes aire de serlo, verdaderamente. ¿Sigues queriéndome presentar tus excusas?

— Sí.

— ¿Dónde lo hacemos?

Ella se reía, la cabeza echada hacia atrás. Pero, cuando logró calmarse y mirarle de nuevo, sus ojos estaban llenos de lágrimas y de una tristeza que concentraba de golpe el sentido de toda aquella parodia de los cuerpos, buscando lo que ellos sabían que no podrían encontrar jamás.

— Lo que yo deseo —prosiguió ella— es ser salvada... —le echó los brazos al cuello y se quedó así, colgada de él, como si hubiera hallado por fin un sólido punto de apoyo en pleno naufragio.

— ¿Cómo te llamas?

— Irene.

— Eso quiere decir, en griego, paz.

— ¡Vaya! En este momento, por primera vez, yo rimo con mi nombre. Tú hueles a países lejanos, tú no eres de aquí, ¿verdad? ¿De dónde vienes? Me agradaría mucho marcharme contigo. Escaparme de esta cloaca. Yo quiero que tú seas mi salvador. ¿Lo quieres tú?

Ella acariciaba su cuello y sus cabellos, apoyándose en él con todo su peso, como una gata. Él tuvo deseos de tirarla al suelo y poseerla, tenía la cabeza en llamas, y aquel cuerpo inquieto y joven estaba ya en él, absorbente cual agua de verano. Pero él buscaba a Milagros, él también estaba deseoso de ser salvado.

— Busco a Milagros. ¿No la has visto por ventura?

— Es tu mujer, ¿eh?

— Sí.

— Yo también tengo un prometido, pero a mí me sería más fácil desembarazarme de él. Ven, no

he visto a Milagros, pero te voy a presentar a la mitad de mi vida.

Ella le agarró de la mano y, tambaleándose, lo arrastró hacia el otro extremo de la sala, donde el espacio se hacía más estrecho, formando una especie de balcón cubierto desde el cual, durante el día, se abría ciertamente una vista magnífica de los naranjos y del río. Allí se oía mejor el viento, que parecía haber aumentado en rabia y potencia. Michel oyó incluso un discreto goteo, quizá fuera la lluvia, que había empezado a caer, haciendo cantar los aleros. Pero no tuvo tiempo de concentrarse en ello. Irene le palpaba nerviosamente el brazo, mientras le empujaba hacia un nicho medio rodeado de vidrieras que daba a la oscuridad. Allí se veían también piernas desnudas y cabelleras entremezcladas.

—Juanito —llamó Irene—, ¿dónde estás, mi alma, mi tesoro?

—Aquí estoy, paloma mía, te estaba esperando; pronto vamos a empezar el juego —le contestó una voz desde el fondo de las tinieblas.

Ellos avanzaron por aquel claroscuro, que olía de una manera rara. Un olor de farmacia, de alcohol y de inyecciones saturaba aquel espacio privilegiado, donde la silueta solitaria de Juanito se iba separando poco a poco de las otras. Él esperaba, en efecto, a su prometida, a la mitad de su futuro, empuñando un revólver.

—¿Dónde has pescado tú a ese buen hombre gordinflón? Debe de ser un amigo del viejo. ¿Quién eres tú, *compañero de mi alma*?

—Es un escritor —contestó Irene en su lugar—. Que viene de lejos, huele a Europa y a campesino del Danubio. ¿Quieres olerle un poco, alma mía?

—¿Va a tomar parte en nuestro juego?

—Quizá lo describa en uno de sus libros.

—En tal caso, voy a matarle. No me gustan los escritores.

Y apuntó con su revólver a Michel, el cual no se movió. El muchacho estaba ebrio o drogado, sus manos temblaban, quería darse aires de importancia, mas su rostro parecía tallado de una masa expresionista, desgarrado por un dolor casi animal, como si sufriera sin saberlo, como un caballo enfermo o un animal enjaulado.

—Venga a sentarse a mi lado —dijo él, guardando el arma debajo del sofá—. Yo creo que usted no me toma en serio. Yo tampoco. Por eso milito en otro sitio en nombre de la revolución salvadora —añadió, riéndose con ironía—. Pero venga, venga. Usted no es escritor. No un escritor de nuestros días, en todo caso. Tiene usted serenidad.

—Voy a ver de encontrar a mi mujer. Volveré en seguida.

—¿Lo has visto? —le susurró Irene al oído—. ¿Lo comprendes? No me abandones. Te acompaño. Voy a ayudarle a encontrar a su mujer —añadió, inclinándose hacia Juanito—. Sé juicioso, tesoro mío. Dentro de un instante estaré de nuevo a tu lado.

Cuando ambos volvieron la espalda al rincón de los privilegiados, la luz aumentó de intensidad, y se hizo una claridad menos sombría que el resto en el centro del salón, donde Milagros empezó inmediatamente a danzar. El guitarrista rasgueaba cuidadosamente su instrumento, y los movimientos de la danza parecían chispas salidas de aquellos sonos secos y milagrosos, hacedores de vida. Michel e Irene eran los únicos espectadores. Junto con *el Chino*, que acababa de levantarse y, apoyado a la pared, miraba estupefacto, cual si jamás hubiese visto cosa semejante. Él era, efectivamente, de pequeña estatura, y su cabeza se inclinaba a un costado, como la de un jorobado o uno que ha sufrido algún accidente. Los demás continuaban ocupándose de sus asuntos, evidentemente hechiceros, y nadie parecía interesarse por el espectáculo. La mansión tenía el aspecto de un buque cargado de almas muertas, a la deriva por una mar finita, de orillas cercanas y amenazadoras. «Pronto llegaremos a ellas —pensó Michel— y sufriremos una buena sacudida.» La danza constituía el único contacto con la realidad, ella trataba de reanimar a los moribundos, pero sin éxito. Milagros danzaba ahora para ella misma y para Michel. Sus gestos implorantes se dirigían a un Dios que no era ya de este mundo. Este ritual resultaba, pues, inútil y trágico, mas conservaba en su armonía y su equilibrio la veracidad de su antigua eficacia. Una ráfaga hizo temblar los cristales, y el ruido del oleaje llegó de manera más distinta a oídos de Michel. Aquel lado de la mansión daba seguramente al río, se hallaba sin duda junto a las aguas grandes. Pero todo aquello

resultaba secundario comparado con Milagros y con sus brazos, que enlazaban jirones de tinieblas, los obligaban a tomar forma, los digerían con los dedos y los tiraban y volvían a recoger para mejor integrarlos a la luz. Irene se apoyaba a su espalda. Ella había deslizado una mano en su bolsillo y con la otra acariciaba lentamente su cuello con ademanes monótonos y cansados, mas insistentes, como si quisiera a toda costa saturarlo de su presencia, convertirle a su juego, que era una especie de contradicción a la danza, una réplica a Milagros. Ella se alzaba de puntillas y murmuraba a su oído palabras desprovistas de sentido: «No me dejes sola, llévame fuera de aquí. Yo soy más bella que tu mujer, y menos pura. Tú me purificarás, o bien seré yo quien te haga vacilar y caer al fondo del infierno. Eso vale la pena, sabes. Pero tú serás el más fuerte, tú darás un sentido...»

Él la empujó dulcemente hacia el fondo de la sala, hacia el lado donde se hallaba *el Chino*, sin perder de vista a Milagros, que continuaba su solitario combate contra lo innombrable. Él tenía hambre. Con gestos paternos, como si se dispusiera a poner en la cama a una niña dormida ya, Michel se fue librando por etapas de las insistencias de Irene, la hizo sentar en el butacón, todavía libre, que él había ocupado al principio de la velada y le ofreció un emparedado, que ella aceptó con satisfacción. Esta nueva actividad concentró su atención, pero los ojos de la joven no le dejaban, clavados en él en una especie de abrazo del cual no se podía ya zafar. Le agradaba mucho sentirse amado. Sentía inmensos deseos de ponerse a gritar de contento. Todo aquello era para él una prueba de juventud y de fuerza, y la noche, el embotamiento de los sentidos, la tontería y la desesperación, que eran quizá los causantes, más que su propio aspecto, de la furia con que Irene se había lanzado sobre él, no le turbaban en absoluto, ni siquiera pensaba en ellos. «Yo no soy otra cosa que un hombre sano de cuerpo y de espíritu, por eso esta retozona me prefiere a los otros locos —se dijo al fin, como despertando—. Pero esto no disminuye mis méritos.» Luego miró a *el Chino*, el cual se deshizo súbitamente en una explosión de aplausos. Milagros acababa de poner fin a su danza y se inclinaba hacia ellos para dar las gracias a los únicos que le habían prestado atención. Una voz derrengada gritó en algún sitio: «¡Silencio! » Y se hizo el silencio, de nuevo. Michel la llamó, y ella corrió hacia él en un revoloteo de volantes y de perfumes entremezclados. Su cuerpo ardía.

—Huyamos —dijo ella, tengo miedo.

El Chino se había acercado a ellos, hecho un mar de inclinaciones y de sonrisas. Interpretaba bien su papel.

—Tiene usted mucho talento. Me agradaría volverla a ver en un escenario. Éste no es un espectáculo para estos lelos degenerados. Ellos no se merecen semejantes obras maestras. El segundo espectáculo será menos bello, pero mucho más fuerte. ¿No es cierto, Irene?

—¡Hijo de perra!* —le lanzó ésta—. Te detesto, porque tú jamás serás capaz de participar en él. Por otra parte, a ti no te hace falta, porque estás muerto desde hace mucho tiempo. Las balas no causan daño alguno a los cadáveres.

Ella vació su vaso con gesto infantil y furioso.

—Vas a asistir a algo espantoso —prosiguió, dirigiéndose a Michel—, y quisiera verte después para que me hablastes de ello. Es muy posible que haya un muerto, un segundo cadáver al lado de este que es simbólico, el símbolo de la podredumbre que está invadiendo el mundo, él hiede, anunciando el fin de los tiempos.

Irene vociferaba, los ojos llameantes, agitaba sus bellos brazos desnudos como si estuviera declamando en un escenario, pero su inquietud no era fingida, al igual que su odio hacia *el Chino*. Se arrojó al butacón y se puso a sollozar. Michel se inclinó hacia ella; pero, ¿qué podía hacer sin tocar aquel cuerpo dominado por la fiebre de la desesperación y del odio? Ella se volvió bruscamente, enlazó sus hombros y le susurró:

— ¡Sálvame! Ten piedad de mí. Llévame lejos de aquí.

—Es una pequeña loca drogada —exclamó *el Chino*—. Venga usted, señorita —añadió, dirigiéndose a Milagros y enlazándola por el talle, como para protegerla del peligro que emanaba de la otra—. Venga usted también —le dijo a Michel—, aprenderá usted una nueva técnica y podrá aplicarla luego en su país. Ustedes, los uruguayos, son eficaces y un poco brutales; lo que les falta

* En español en el original. (N. del T.)

es la sutilidad, yo diría china, que se halla como en su casa en Buenos Aires. Nosotros estamos más maduros que ustedes para el último acto redentor. Usted lo va a ver.

Milagros se dejó llevar. Parecía ausente, descorazonada; y ya no se acordaba de quién la había invitado a aquella mansión; la suma que le habían propuesto y pagado por anticipado había acabado por tentarla, pero sus antenas de gitana temblaban, anunciando tempestades. Ella tenía miedo y, repetidas veces, miraba hacia atrás para convencerse de que Michel la seguía. Éste logró desprenderse de Irene, la agarró del brazo y la obligó a ponerse de nuevo en pie y seguirle:

—No vayas —repetía ella, con voz implorante y débil—, no vayas. Esto acabará mal, pasará lo que el pasado mes, esto acaba mal de vez en cuando; no siempre, es cierto, pero esta noche han decidido no jugar a perder. Uno de ellos se verá obligado a ganar.

Volvieron a encontrarse delante del nicho. Alguien había dispuesto los sillones en círculo cerrado, como una *plaza de toros** improvisada. Había allí seis jóvenes, sentados o tumbados, cada uno en su sitio, riendo, bebiendo, fumando, pronunciando palabras carentes de lógica, clamando espantosos juramentos, excitados como unos caballos antes de la salida. Hubo un chasquido, seguido de estallidos de risa. Michel miró hacia donde había sonado aquel ruido conocido. Uno de los seis acababa de pasar el revólver a su vecino, el cual apoyó inmediatamente la boca a su sien derecha y apretó el gatillo sin vacilar. Hubo el mismo chasquido estéril. Se trataba de la famosa ruleta rusa, y el arma estaba, seguramente, cargada con una sola bala, que esperaba en su tambor de seis proyectiles, ya que el juego era de seis y, según acababa de decirle Irene, habían decidido no jugar a perder. Juanito era el sexto, sentado a la derecha del que había disparado primero. El revólver circulaba de izquierda a derecha. «Justo como en el circuito sagrado —pensó Michel—, donde todo ritual se realiza de izquierda a derecha. Vivimos en un mundo y una época aparentemente bien asentados, desarrollando su ciclo con arreglo a las leyes clásicas de la existencia, pero donde los signos tradicionales han sido trastocados. Ellos tienen la misma forma que antes, el ritual no ha cambiado, mas ellos ya no tienen el mismo valor. El lado derecho ha sido remplazado por el lado izquierdo, pero nosotros no nos damos cuenta de ello y rodamos a lo maldito, como si fuese hacia lo sagrado. La obra del diablo, que es un mono, se refleja en todo esto con una claridad más y más terrible. Nosotros nos encontramos ya en la orilla *siniestra*, en la orilla izquierda de la Estigia, y lo ignoramos, creyéndonos, al contrario, llegados al Paraíso. Este espectáculo me da náuseas. Habría que intervenir, hacer venir a la Policía, detener a esos imbéciles, destruir estos símbolos, aniquilarlos hasta las raíces. O bien someterse a la ley, preocuparse de sí mismo, hacer el amor y no la guerra, como suele decirse, y dejar que el mundo se funda en su propio veneno. Pero, ¿qué Policía? Aquí todo está corrompido y en estado agónico, y *el Chino* es el dueño y señor. Es necesario hallar una salida, una salida personal.»

Hubo un tercer chasquido. El arma pasó al cuarto muchacho, un rubio agostado, flaco y como enfangado por su propia juventud, borracho como una cuba, tratando en vano de apuntar el arma a su pálida frente. Cerrados los ojos, empuñó el arma con ambas manos y apretó el gatillo. Hubo una especie de distensión desengañada, pues todos, por motivos inexplicables, esperaban que el joven rubio fuese la víctima de la velada. Quedaban dos.

—Vamos —dijo Michel, agarrando del brazo a *el Chino*— ocupe usted el sitio del sexto, yo tomaré el del quinto.

—Está usted loco. Ése no es un juego para nosotros. Se juega uno la vida.

—Y usted es la muerte. Irene tenía razón hace un momento.

—Entonces, ¿no es usted el uruguayo? —inquirió *el Chino*, como quien despierta.

—No.

—¿Quién es usted?

—El exiliado.

—He aquí una palabra de doble sentido. Si viene usted de algún país occidental, camino de La Habana o de Pekín, es el exiliado, el verdadero, el progresista, la víctima del capitalismo. Pero, si viene de un país del Este, es usted un traidor, un espía, un reaccionario, un falso exiliado, una

* En español en el original. (*N. del T.*)

víctima de Pasternak y de Soljenitsin.

—Yo soy el reaccionario, el que reacciona, el que se ríe de las palabras huera, de las consignas, de las esclerosis cerebrales, de las cloacas a la moda; yo soy el que detesta las ruletas, rusas o americanas, los crímenes en el fondo de las cavernas, el asesinato de los inocentes. En efecto, yo no soy el uruguayo. Vaya, ocupe el sitio de Juanito.

Hubo un quinto chasquido, un silencio, un gemido colectivo. Aquellos muertos vivientes, ebrios, drogados, engañados por falsas ideas, acababan de ser despertados por el hálito de la muerte. Se habían levantado de sus sillones como búfalos angustiados por el presentimiento de una catástrofe, rompían sus amarras y se concentraban en torno del único sitio capaz de procurarles una sorpresa. Es posible que hubiera envidia y miedo en aquel gesto que los aproximaba a un centro, el sitio en que uno de los suyos iba muy pronto a emprender alguna cosa auténtica, una falsa acción, como todo acto desequilibrado, pero una acción, a despecho de todo, rayando en el heroísmo. Algunos babeaban.

— ¡Haz alguna cosa! —imploró Irene.

Michel gritó:

— ¡Juanito!

Y se lanzó sobre el muchacho. Éste, con un movimiento precipitado, alzó el arma y la dirigió hacia su cabeza; hubo una detonación y la sangre respondió inmediatamente a la llamada. Juanito se había desplomado sobre el compañero que tenía a su lado, el cual se levantó al momento y desapareció en las tinieblas, pues acababan de apagar las luces y no se veía nada. Michel encontró manos conocidas encima del cuerpo de Juanito, las de Milagros e Irene, que se habían precipitado al mismo tiempo que él sobre el herido. O el muerto.

—Aún vive —murmuró Irene—. Ayúdenme a llevarlo al hospital, en tierra firme. Ellos van a venir a buscarlo para tirarlo al río. Démonos prisa. Hay una barca al fondo del jardín.

La música había vuelto a empezar, las cerillas se encendían aquí y allá en las tinieblas, alumbrando vómitos; la noche iba a zozobrar definitivamente en «el viaje» con gusto de LSD o de morfina: era el único medio de dispensar un sitio tranquilizador al muerto y a los espectadores. Los cinco supervivientes debían estar siendo sometidos a un tratamiento intensivo entre las manos expertas de *el Chino*. Pero éste volvería muy pronto en busca de Juanito para desembarazarse de él, al igual que de Michel, el peligroso intruso a quien había comunicado una parte de sus secretos. «Los individuos como ése aparecen en el momento del desorden final —pensó Michel—, ellos son el producto de la podredumbre general, una generación espontánea de semejantes personajes se está abriendo en la Tierra, bajo todos los regímenes, en todas las latitudes, porque estamos viviendo la caída en el desorden y éste es su momento: los enterradores intelectuales pululan, ellos son la señal y el verdugo.» Tenía miedo. Ayudado por las dos chicas, arrastraba el cuerpo hacia la escalera, guiado por Irene, deslizándose de rodillas entre los muebles. Pasaron así al otro lado de la puerta, que fue cerrada inmediatamente tras ellos.

—¿Eres tú, Milagros, quien ha cerrado la puerta?

—Sí, he sido yo.

Él respiró aliviado. El aire fresco le sentó bien. Estaban en un balcón con piso de madera que parecía contornearse la mansión, por encima del jardín. El viento seguía soplando con fuerza, azotando la mansión por el lado opuesto al que ellos estaban en aquel momento. Allí estaban al abrigo. El oleaje parecía salir de los propios cimientos, como si la mansión se hubiera convertido en una isla.

Y lo era, en efecto. Habitándose poco a poco a las tinieblas, distinguió unas estrellas entre el techo y la Tierra y, en derredor, por doquier, el agua que subía, que había sumergido el jardín y los naranjos y llegaba a menos de un metro del nivel del entarimado. Si el viento del Este seguía soplando a aquel ritmo, impidiendo que el río desembocara en el océano, más allá de Montevideo, el dique formado por el empuje del viento subiría aún, y antes del alba el interior de las casas asentadas en pilotes sufriría la misma suerte que los vergeles. Esto solía ocurrir a veces en el Tigre, y entonces uno se podía pasear en barca por encima de las flores, las coles y los limoneros.

Había una barca amarrada delante de una ventana, como preparada para una misión o para una

fuga. No fue cosa fácil embarcar en ella a Juanito, que perdía mucha sangre, pero del cual se oía la respiración.

—Tenemos que dejarnos llevar por el viento —dijo Irene—, él nos llevará a la costa: es la única dirección que podemos seguir en la oscuridad. Hay que tener cuidado con las ramas y las ventanas.

Desatar el nudo, poner los remos en su sitio, guiar la embarcación entre los árboles, convertidos en espesuras sobre las aguas, donde hubieran podido quedar presos como en una trampa, remar, lo que nunca había sido su fuerte, mirar hacia atrás, detenerse, virar a la derecha o a la izquierda, buscar con los ojos una luz en alguna parte... «Esta noche sí que voy a perder yo kilos —se decía—. Y también puedo dejar aquí mi pellejo; con el frío que hace, y el viento, y sudo como un forzado en las galeras.» Pero estaba contento, y aquel movimiento rítmico y viril, aquel ruido regular batiendo las aguas, le llenaba de un orgullo infantil. «Tendría que haber estado en España en estos momentos, a fines de verano, charlando con mis amigos, en la inmensa paz de una noche civilizada. Pero han pasado muchas cosas, están pasando siempre, sin parar, a mí, a todos nosotros. Jamás hallaré la paz. Heme aquí embarcado para la guerra de los Cien Años. La guerra es la forma del mundo.» Y hundía los remos con voracidad en las aguas invisibles. En algún lugar, justamente delante de él, el cielo tuvo un sobresalto, o las nubes, una luz muy vaga se reflejaba en el río, unos contornos se fueron dibujando, unas sombras se destacaron de la sombra. «Pronto se hará de día. Y llegaremos a alguna parte. He tenido la tentación de acabar con *el Chino*, eso tendría que darme miedo. He estado a punto de querer matar, como antaño, en Dumitresti. Y no quiero matar, odio la muerte de los demás, no me agrada la guerra en que vivimos sumidos desde siempre. Quiero la paz, desembarcar un día en la orilla de la paz, con todos los hombres. Algún otro lo hará por mí, una de sus víctimas espirituales acabará un día por matar a *el Chino*, y ése será el fin de los intelectuales y posiblemente de la guerra. Y el mundo cambiará de forma.»

Se apearon del taxi ante una casa de cinco o seis pisos, con la fachada desfigurada ya por las lluvias y la polución, un edificio moderno, prematuramente envejecido por el contacto con los tóxicos del aire. Era el número 23 de la calle de Damesme. Entre la fachada y la acera había un espacio verde, algo de césped y algunos álamos que se agitaban, altos y frondosos, en el silencio de la noche agostea.

—Esto no es la Plaza de los Álamos, creo yo —dijo Ion.

—No, aquí, lo ves, en el primer piso, es donde yo viví durante tres años. Es el primer apartamento comprado a peso de libros. Trabajé mucho en él. Excúsame, quería volver a ver estos lugares. Esto ha cambiado mucho. Han sido diez años. Y diez años son muchos, hacen cambiar a los hombres y las cosas.

Ion sintió de golpe deseos de volver a su casa, a fin de evitar que ese cambio se produjera. Pero no, en realidad no lo deseaba. Montreal y su casa vacía, vacía de vida y de sentido, se le aparecieron como cosas lejanas y extrañas, abandonadas ya y perdidas para siempre.

—Si seguimos en el mismo sitio, sin movernos, no cambiamos, o, en todo caso, no nos damos cuenta de ello. Nosotros hemos cambiado porque hemos viajado, acelerando así nuestra propia historia. Somos todos unos impacientes. ¿Tanto te interesa poner en claro ese misterio? —preguntó, cambiando bruscamente de tono.

—Sí —contestó Ovidio—. Yo he amado mucho a Marta.

—Yo también. Pero ella está muerta.

—No está muerta. Sólo morirá conmigo. Ella no morirá nunca.

Fue una especie de gozo, florecido entre ellos o caído del cielo. Estas palabras saturaban el aire de un color de verdad y de certidumbre. «Yo también, yo la he amado —pensó Ion—, yo también soy eterno.» Sintió un afecto espontáneo por su amigo, como un perro por su amo, y le agarró del brazo. Siempre le había gustado tener amigos, y no tenía ninguno, excepto Ovidio.

Los postigos estaban cerrados, las persianas estaban bajadas, todos estaban aún de vacaciones. Atravesaron la calle desierta, devuelta a su paz de antaño por la fuga de los hombres hacia los mares del Sur. Calle del Molino de los Prados, calle del Doctor Leray, vasta y vacía como una ciudad abandonada, las pequeñas casitas expuestas al sol del crepúsculo, que les daba un aspecto espectral y nórdico, el aire extraño de París en el mes de agosto, bajo un cielo maravilloso que reflejaba los ocasos y las nubes de Amsterdam y de Brujas. Había sobre las casas unas reverberaciones oceánicas, diáfanas y puras, septentrionales, importadas de Irlanda, venidas de las profundidades célticas de esta tierra fabulosa, unas reverberaciones acuosas, de un gris que jugaba a la ubicuidad.

—Como vivía al lado, venía todos los días a comprar pasteles de almendras en la panadería, la ves, enfrente, regresaba a casa, me preparaba una taza de té, y así descansaba; luego volvía a mi trabajo y no me movía ya hasta las ocho o las nueve de la noche, cuando salía para ir a cenar en «La Coupole». Cenaremos allí esta noche, si quieres.

Se detuvieron ante el número 9, una casita como todas las demás, unos cuantos metros cuadrados de jardín delante y detrás. Tenía un aspecto vivo y alegre. Subieron algunos peldaños, Ovidio se volvió y echó una ojeada a la plaza, la panadería que se distinguía detrás de los árboles, el hospital de la Cruz Roja, justamente enfrente... Rápidos recuerdos pasaron ante él, aquello le parecía irreal: haber vivido en aquel barrio, haberlo abandonado, como tantos otros lugares. Apretó el timbre, un sonido musical se oyó inmediatamente en el interior, se oyeron unos pasos, un hombre grueso y bonachón de increíble altura ocupó el vano de la puerta, cual un fantasma venido de un planeta de gigantes, y su voz de bajo llenó el sitio como un trueno.

— ¡Pero, si es Ovidio! ¡Deja que te abrace, amigo mío! Y ¿quién es ése? Por su voz, algún rumano. No le conozco.

Y lanzó al mundo un juramento complejo y espantoso, tan grave y cósmico como la Vía Láctea, un juramento que hizo temblar de vergüenza, o de satisfacción ignota, la delicada y púdica y hermosamente occidental plaza de los Álamos, con sus árboles recortados y arreglados (que no eran álamos), su panadería de pasteles de almendras, su lechería con cien clases de queso, su hospital esterilizado y sus casitas burguesas y bien pensantes.

— ¡Demetrio! —exclamó Ovidio.

«Un extravertido —se dijo Ion para su capote—, con un enorme dominio sobre las mujeres, pero vulnerable; astuto, pero vulnerable; un punto débil en alguna parte, del lado físico justamente, donde nadie lo espera.» el gigante se apartó para dejarlos pasar y los condujo al otro lado de la casa, donde, en medio de algunos árboles, había una mesa de hierro blanco y sillas de jardín. Una libreta y lápices de color, libros, unos tubos en la hierba. Aquello olía a pintor.

—Harán venir máquinas, eso es lo que se dice. El otro día, ¿no lo oyó usted? Toda la aldea lo oyó, fue el ruido de una explosión que venía de abajo, de dinamita, esos demonios van a volarlo todo. Nosotros no tenemos nada contra ellos, usted lo sabe bien; pero éstos no son unos pobres diablos como de ordinario, éstos son técnicos, que van a demoler las montañas y provocar una catástrofe. La gente de la aldea está muy excitada.

—¿Ha hablado usted con ellos?

—Todavía no.

—Hay que hacerlo, padre Esteban, hay que tratar de convencerles. Es necesario que abandonen la mina antes que sea demasiado tarde para ellos. Y para nosotros...

—Así lo haré. Así lo haré, don Víctor, no se preocupe usted, emplearé todos los medios. Pero me estoy haciendo viejo, la otra noche la pasé en el tren, hubo un derrumbamiento, una caída de piedras, justamente delante de la locomotora, y no pude pegar un ojo, hacía un frío... A propósito, el padre Castellani me encargó de transmitirle su bendición y sus votos. Él se encuentra bien, va a publicar pronto un nuevo libro acerca del Apocalipsis, y hará que llegue a sus manos. Es un sabio y un santo varón, y de una inteligencia que le deja a uno asombrado. Se dice de él que es el hombre

más inteligente de Argentina. Los disgustos que ha tenido han sido a consecuencia de ello. Es quizá demasiado inteligente. Y eso puede hacer daño, como todo exceso, no hay la menor duda.

...Yo no tenía un céntimo, pero sí el hambre de tres personas. Oía a la multitud aclamando a su Dios del momento; aquello me hacía daño; no sé por qué, pero nunca he podido soportar el espectáculo de la muchedumbre y sus eyaculaciones masivas de entusiasmo sin razón, instintivo, animal. Yo temblaba de hambre y de frío, miraba los escaparates, olisqueaba los olores a la puerta de los restaurantes. Jamás había caído tan bajo, pero estaba sin amargura, ligeramente humillado por mí mismo, por aquella actitud de relajación moral a causa del hambre justamente. Me sentía como presa de las obsesiones de mi propio cuerpo, y esto llegaba, sí, a humillarme, en la medida en que escapaba a mi propio control. No hacía otra cosa que pensar en el hambre poderosa que había tomado posesión de mi espíritu, víctima de mi cuerpo. Y avanzaba hacia la multitud, como para hallar refugio en ella, como llamado por esa parte de mí *mismo* que yo creía vencida y que inesperadamente salía vencedora...

—Le dejo, don Víctor, le estoy fatigando con mi charla. Y no piense más en ello. Haré todo lo que pueda. Somos cristianos.

El padre Esteban era *indio*, o quizá *mestizo*^{*}; la gente del poblado le quería y al mismo tiempo desconfiaba de él, pues su misión y su papel lo llamaban a otros fines, lo separaban una o dos veces al año, cuando las reuniones secretas, del alma del poblado. Hay ciertamente, me doy cuenta de ello, una separación bastante neta entre los antiguos dioses y el nuevo, siendo éste último el Dios de los invasores. Puede ser que me equivoque. De todos modos, yo, el extranjero, tengo más acceso al espíritu de esas reuniones nocturnas, que el padre Esteban, su sacerdote y compatriota. Porque yo no represento a ninguna autoridad. Yo soy como ellos, un perseguido.

— ¡Hasta pronto, padre! Vuelva usted pronto. Esperaré sus noticias. Vaya a ver a los dos *gringos* de la mina, se lo suplico.

—Iré sin falta, hijo. ¡*Que Dios os guarde!*^{**}

...Y avancé hacia la muchedumbre, como en una pesadilla espantosa. Había largos momentos de silencio, seguidos de oleadas, de verdaderas mareas de voz, que me golpeaban en pleno estómago; yo me había vuelto muy sensible, y eran como puñetazos en el plexo. El general Perón hablaba a los *descamisados*; era un día de invierno, de 1952 si no me equivoco, hacía mucho frío, y mucha humedad; yo no podía avanzar más, hubo como una especie de alarido, muy prolongado, y las calles se llenaron inmediatamente de gente, que se dispersaba para volver a su casa. Pasaban camiones, abriéndose un camino entre la multitud; en la calle de Bartolomé Mitre estaba yo apoyado en la jamba de una puerta, justo delante del edificio de *La Nación*, cuyos redactores no veían con buenos ojos la manifestación, pues puertas y ventanas estaban ostensiblemente cerradas. Yo acababa de desembarcar en la tierra del nuevo mundo, donde no había nada de nuevo, ya que aquello se parecía a París, a Londres y a Madrid, con una pizca más de humedad y el hambre aquélla, que yo jamás había conocido en Europa. Un obrero se detuvo ante mí y me contempló de una manera, no sé cómo decirlo, entre insolente y comprensiva. Él tuvo, pienso yo, de una manera directa e intuitiva, la certidumbre de mi miseria; él estaba, por contraste, seguro de sí mismo, de su situación de superioridad frente a mi decadencia, lo que le empujaba a ayudarme. «¿*Recién llegado?*», me preguntó. Yo afirmé con la cabeza, pues ya no tenía ni voz. Él sacó un billete de cinco pesos del bolsillo y me lo tendió. «No llevo más encima. Vaya a comer en algún sitio.» Cogí el billete y traté de darle las gracias. Él se alejó, pero volvió sobre sus pasos. «Hoy es fiesta —añadió—. Es posible que no haya ningún restaurante abierto, sobre todo en este barrio. Pero vaya pronto a la plaza de Mayo, todavía había fuego cerca de la Casa Rosada, y carne asada. Dése prisa, *compañero*. Mañana será San Perón, hace falta que todo el mundo se alegre, hasta los *muertos de hambre*.»

No había ningún restaurante abierto, y yo no conocía la ciudad. Me dirigí, pues, hacia el lado del que poco antes me habían llegado aquellos gritos, desemboqué en una plaza, un *cabildo* español a la

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

derecha, una catedral de columnas neoclásicas a la izquierda, y un palacio color de rosa al fondo: la plaza de Mayo, donde acababa de tener lugar la manifestación. Era mediodía, pero un color de crepúsculo dominaba el conjunto, una luz triste, agonizante, bajo un cielo curiosamente gris y bajo. ¿De dónde venía aquella luz de final del día? Parecía fluir de la tierra. Y así era, en efecto. La plaza, desde el palacio hasta el *cabildo*, estaba cubierta de mondas de naranja. Seguramente las habían repartido a los manifestantes, y aquellos restos cubrían el suelo, hermoso a la vista, ligeramente siniestro, recordando un campo de batalla y el apogeo mortuorio de una ciudad, o de un ciclo; «la vida —me decía yo— está compuesta de infinitos límites y de vueltas a empezar sin fin.» Aquel color sobre la plaza hubiera tenido que ser alegre, y lo era sin duda; pero yo tenía hambre, y eso cambiaba las perspectivas, hacía agonizar al mundo; aquél era probablemente el verdadero color de la Humanidad en aquel momento; venido a mí desde el fondo de las revelaciones inconscientes, mi hambre, en aquel momento, era la de los profetas que hablaban por sus huesos y por el sufrimiento físico que les hacía ver a lo lejos, en perfecto acuerdo con la simplicidad esencial de Dios. Al lado del palacio color de rosa se alzaba un humillo en el falso atardecer, y, al acercarme, percibí el olor de la carne asada. Unos barrenderos, en derredor de las últimas brasas, consumían los pedazos postreros del festín político. Me acerqué a ellos a paso de perro vagabundo. «Ven aquí, viejo, acércate», me dijeron. Me hicieron sitio entre ellos, en un banco tomado del jardín público, me calenté las manos al fuego amical y comí hasta saciar mi hambre. Quedaban restos de vino tinto en el fondo de las botellas y abundantes cajones de naranjas. Masticando la carne dura y sabrosa me iba dando cuenta de que la política podía servir para algo. Mas no era esa imagen la que yo tenía en la cabeza. Ella ha surgido así, simplemente, no sé cómo ni de dónde; yo quería, hace ya mucho tiempo, pintar este cuadro, esa plaza en el crepúsculo inferior, reflejando los dulces fuegos del infierno, y que no era otra cosa que una ilusión, una *fata morgana* hecha de mondas de naranja y de aquella comida con los restos de un discurso. No se cede fácilmente ante el hambre de los demás. Uno hasta puede ser condenado a muerte por tener hambre: eso es antigubernamental y antiideológico; no se puede tener hambre en plena era industrial y postestaliniana, eso hace zozobrar las estadísticas. Mientras tiraba las anaranjadas mondas al repleto suelo, yo tenía la impresión divina de aumentar con mi gesto la belleza del mundo y de rendir así homenaje a aquellas buenas gentes.

Lo que yo quería contarte es mi encuentro y mi vida con el pintor Demetrio. Tú no le habías conocido en Rumania, él tenía el aspecto de un pastor dacio, había nacido en las montañas de la Bucovina, medía un metro noventa, hablaba como desde el fondo de un gran tonel y nunca había pintado antes de llegar a París. Había roto las amarras, como nosotros, al final de la guerra; había atravesado Europa, pasado varios meses en campos para los refugiados, en casas de campesinos, se entendía con todo el mundo, las mujeres eran las que más gustaban de cuidarse de él e incluso de hacerse cargo de su persona: era decorativo y eficaz. Una vez llegado a la capital de las artes, se puso a trabajar en lo que le parecía más acorde con el medio circundante. No creas que sus cuadros fuesen unos lienzos cualquiera, retratos optimistas o paisajes con árboles y casas. Demetrio era un alma sensible, es decir, metafísica. Él pintaba paisajes oníricos e imaginarios, grutas con buques fantasmas, ciudades engullidas; una realidad apenas reconocible, hecha de colores cocidos al fuego mágico de aquella alma suya abierta hacia dentro, verdes, azules, un universo enteramente suyo, en el que el espectador quedaba libre de interpretar y soñar a su gusto. Vivía en una casita, en la plaza de los Álamos, distrito XIII. Yo pasé allí varios años. No le veía con frecuencia, pues nuestros horarios no coincidían. Él se ocupaba de sus lienzos, mantenía cuidadosamente una vasta serie de relaciones, exponía frecuentemente sus cuadros en el extranjero; yo, por mi parte, me despertaba a las dos de la madrugada y me iba al mercado central, donde me ganaba la vida llevando de aquí para allá sacos de patatas o de coles. Volvía hacia el mediodía, dormía un poco, encontraba la comida hecha y los platos preparados, pues Demetrio tenía un gran talento culinario. Yo daba lecciones de latín, que me ocupaban las primeras horas de la tarde, y luego de Filosofía en un colegio de religiosos. Yo pensaba en ti, y el tiempo pasaba velozmente. Demetrio tenía una manía. Era original y poseía una naturaleza sensible, pero no amaba a los rusos. Jamás me contó lo visto o vivido por él en la Bucovina o en el frente, pero era una obsesión. Cuando me anunciaba con su voz

de trueno.: «Voy a cenar con unos tártaros», yo sabía ya lo que aquello significaba. Asistí una noche a una de esas cenas. Esto sucedía una vez al año, e incluso más a menudo cuando tenía dinero para permitirse este capricho, que duró una buena decena de años. Pienso que ya se habrá calmado. No sé cómo se las apañaba para encontrar nuevos invitados. París es grande, como Alá. Tenía la costumbre de reunir en torno de una mesa, cada vez en un restaurante distinto, a unos cuantos rusos y a unos cuantos negros. La cena era copiosa, él no tenía la costumbre de burlarse de sus invitados, era correcto hasta el fin, y el vino era abundante y de buena calidad. Yo asistí a una de esas cenas, era en un restaurante cerca de la plaza Denfert-Rochereau, asistían tres rusos y tres sudaneses, creo, bien constituidos y más bien silenciosos. Los rusos tenían aspecto oficial, evitaban tocar la política, serían guardas de alguna exposición, unos pobres hombres, o bien rusos blancos —para Demetrio era lo mismo, él no hacía distinciones, pues su manía era objetiva e histórica—; las alusiones del pintor al imperialismo se iban haciendo más y más claras, la Historia era su punto fuerte, citaba fechas, tratados no respetados, invasiones no justificadas, ocupaciones, genocidios. Él tenía una simpatía muy profunda por los lituanos, y cuando llegó al fin (de la cena y de sus maquinaciones preambularias) dejó caer su enorme puño sobre la mesa y exclamó: «¿Y Besarabia? ¿Y el norte de Bucovina?» Los rusos no decían esta boca es mía, los últimos tragos parecían haberseles quedado atravesados. Yo empezaba a comprender. Salimos a la calle, muy excitados; era en agosto, la ciudad parecía desierta; siempre discutiendo, tomamos por el Boulevard Raspail y, antes de llegar a la esquina de la calle Cassini, a la sombra de los castaños, sombra de la noche, espesa, parisina, silenciosa, hecha para el crimen y la aventura metafísica y absurda, Demetrio exclamó: «¿Y el Sudán? ¿Qué dicen ustedes del Sudán? ¡Pronto van ustedes a invadirlo, como Lituania, Besarabia, Bucovina, Hungría, Checoslovaquia!» Era la señal. Los tres sudaneses se pusieron a zurrar a los tres rusos. Él me hizo sentar en un banco, a su lado, su brazo de gigante en torno de mis hombros, en señal de amistad y asimismo para impedirme que me levantara e interviniera en favor de aquellos pobres diablos. Nada de grave. Unos golpes. «¡No tan fuerte! ¡Dos buenos golpes al estómago! ¡Un puntapié en nombre de mis primos! ¡Otro por la casa incendiada! ¡Un buen bofetón por los armenios, otro por los caucásicos!» Él dirigía un combate, a lo Napoleón, desde lejos, jamás mezclaba sus manos de pintor con aquel sucio trabajo. «Es por pagar una deuda —me decía dulcemente, acordando su voz a una grave satisfacción interna. Y añadía—: Esos negros son unos ingenuos. Hay que advertírselo, porque si no caerán como nosotros bajo el yugo de los tártaros...» Esto estaba justificado, hasta cierto punto. Pero eran siempre los mismos negros. Aquello venía de lejos, y era tan cruel como la Historia. Él tenía la impresión de comportarse como un reparador y un justiciero. Pero por quién, en nombre de quién, nunca llegué a saberlo con exactitud. Cuando él juzgaba que el asunto estaba arreglado, silbaba, poniendo dos dedos en la lengua, como el pastor una vez abatidos los lobos invasores; los sudaneses dejaban de pegar, los pobres rusos escapaban a todo correr entre los árboles; era glorioso y penoso al mismo tiempo, como toda venganza; yo trataba de comprender, recordaba mi propia historia y sentía ganas de insultar al Universo, tenía miedo de caer en la blasfemia y la profanación, y acababa por callarme, puesto por encima de mi amargura y de mis recuerdos, mientras Demetrio recompensaba a sus soldados. Los soldados de su segunda guerra.

Yo he pensado frecuentemente en esta segunda guerra, sabes tú, la que se desarrolla en los frentes interiores, más larga y más dura que la otra y que sólo acabará una vez agotados y desaparecidos los sitios en que ella prosigue: nuestro cuerpo y nuestra memoria. ¿Podrías tú decirme en qué se convierte la memoria al final de la segunda guerra, en qué se convierte el mundo infinito que llevamos en nosotros? Se integra en el otro, ¿no es cierto?, pues nada se pierde, estoy seguro de ello, hay una especie de derramamiento, el arroyo que desaparece y se perfecciona en el riachuelo, éste en el río caudaloso, y éste, a su vez, en la mar, a fin de que el agua se eleve, se purifique, se vuelva lluvia y arroyo, y así sucesivamente. ¿Pero, entonces yo? Tú y yo, ¿en qué nos convertiremos allí donde tú me esperas? Tengo prisa por saberlo.

«Tengo prisa por saberlo»; era con estas palabras, efectivamente, con las que él concluía cada una de nuestras conversaciones. Luego se barruntó alguna cosa acerca de mí, como suele decirse. Sentado a su mesa de trabajo, donde estaba terminando una nueva traducción de la *Summa*

teológica de santo Tomás, un verdadero monje de Occidente, de alta estatura, blancos los cabellos, un hombre de guerra también él, comparable a cualquier perseguido, sometido a la más sutil y torturante de las persecuciones, la de los suyos, quiero decir de su propia orden, que lo había excluido de sus filas por motivos oscuros o, para mí, incomprensibles. La Historia está llena de estos mártires, que son elevados a los altares después de haberlos despellejado vivos, como san Juan de la Cruz o Roger Bacon, el *doctor admirable*. Éstos son los únicos que yo recuerdo en este momento, pero las crónicas están llenas a rebosar de tales hechos. No sólo se ha matado al adversario, al que ha venido para matar, sino también al amigo, al maestro, al discípulo, al hermano... Todo ha sido objeto de muerte entre nosotros, la tierra está roja de sangre de los nuestros, de sangre imperdonable. Yo puedo comprenderlo todo, menos eso. Yo he puesto en claro no pocas cosas a lo largo de mi pasión en la Tierra, pero ésta no. Y tengo prisa por saberlo.

Él llevaba un ancho cinto de cuero negro en torno de su talle, y olía a monje, a joven, a pensamiento íntimo convertido en carne viva; su faz parecía hecha para cortar; sus palabras, para herir y curar; él insultaba a la Argentina y a su tiempo, a pesar de amarlos con un amor desgarrado y ardiente. Él vivía en una cruz. Así era como él amaba a la Iglesia, lo cual es bastante paradójico. Yo creo que se había mezclado en política, siendo perseguido por su orden, que entre tanto había virado hacia otras actitudes; él había aparentado no darse cuenta de ello, y el conflicto había estallado, sin posibilidad de solución, desde el principio. Trataron de echarle de la Iglesia, de suspenderle en sus funciones sacerdotales; pero él se mantuvo en sus trece, cayó enfermo, se volvió loco de dolor, curó y acabó ganando la causa.

Yo vivía en una pequeña habitación del «Hotel Colonial», en Salta, laboraba preparando una conferencia que tenía que dar en el Instituto de Humanidades, al que había sido enviado por la Facultad de Letras de Buenos Aires, donde no habían querido saber nada de mí. Ésta había sido la causa de no haberme quedado en Buenos Aires, donde no conocí a nadie, excepto el hambre y mi desarreglo habitual. Fue en Salta donde me encontré con el padre Castellani.

...Estoy en medio de las aguas, reina la oscuridad, el río empuja hacia atrás sus aguas turbulentas; soy como un espíritu de las aguas, corro como el viento, tengo unos brazos inmensos que agitan los aires, soy útil para alguna cosa o para alguien, hago desviar un destino hacia una orilla cualquiera y salvadora. Yo me alzo luego y planeo por encima de las nubes, en la luz deslumbradora donde, nuevamente, percibo unos hálitos favorables, unas manos espirituales que me buscan a través del espacio, y vuelo como una nube, a su lado mismo, sobre una dimensión agradable y conocida. Vuelvo a ser el amigo de la Tierra y de los elementos, no he vivido en vano, me digo, mientras regreso a mi cuerpo, a mi cama de San Antonio de los Cobres. El viaje me ha extenuado, probablemente voy a dormirme. La muerte será para pasado mañana.

Los gemidos del herido parecían haber tomado el ritmo de las ramas hundidas con regularidad en el agua, eso le aliviaba probablemente y le daba la ilusión de estar con vida, pegado a algo vivo. «O bien soy yo quien ha tomado ese ritmo —pensó Michel— para darle gusto y ayudarlo.» Una sombra espesa se extendió sobre las aguas, unas nubes borraron toda huella de visibilidad. Milagros le tocó el hombro, como quien dice: «¡Ten cuidado!» En ese momento penetraron entre unas ramas, en pleno follaje, en medio de un ruido seco de madera quebrada. Una naranja le golpeó la nuca, en un gesto más bien amistoso; él trató de frenar y de empujar las ramas en dirección contraria, pero la barca se hallaba inmovilizada, bloqueada por todas partes por mil brazos elásticos. Se trataba de un limonero, él acababa de coger un fruto y lo había mordido con todos sus dientes, penetrando en la ácida pulpa que le refrescaba la garganta, enronquecida por el humo y la bebida.

—Tendremos que cortar todas las ramas que nos retienen prisioneros, apoyarnos en las más sólidas y dar marcha atrás —ordenó él.

Se hallaban, pues, encima de un vergel, cerca, pues, de alguna casa, posiblemente no muy lejos del puerto y de la estación de ferrocarril. Mas la oscuridad era completa, les resultaba imposible

distinguir sus propios rostros. El herido continuaba gimiendo.

—Se va a morir —murmuró Irene—. Está perdiendo mucha sangre, su camisa y su jersey están empapados. Tenemos que darnos prisa.

Un relámpago de luz surgió de alguna parte, paseó su rayo por la superficie de las aguas, quedó un instante fijo en el limonero y se desvió hacia la derecha, seguido del zumbido de un motor. Los estaban buscando, a fin de impedirles llegar a San Isidro y presentarse en el hospital con Juanito. *El Chino* quería atrapar a su víctima y recuperar a Michel, el falso uruguayo, que sabía demasiado y tenía que pagar su impertinencia. Se había convertido en un enemigo y había que desembarazarse de él. Una barca de motor pasó a una decena de metros del limonero, barriendo el horizonte con su monótono faro, no demasiado potente, que hacía surgir espesuras de verdor en las que brillaban bruscamente las naranjas y los limones, como farolillos carnavalescos, o bien recortando sobre el cielo unas casas como islotes flotantes, vigas y tablas a la deriva. Los desperdicios de la ciudad gigantesca habían tomado el camino de sus orígenes, y aquella inundación a contrapelo olía mal: las cloacas trataban de corromper los manantiales. Michel pensó en *el Chino* y en su acción, en lo que estaba pasando en el mundo desde hacía un cuarto de siglo. Era el fin de un ciclo, subiendo como aquellas aguas, todas sus cloacas al descubierto, persiguiendo un objetivo invertido bajo un viento que parecía renovador y que olía a fin del mundo. «Me río de todo, lo que hay que hacer es salir de ésta. Se trata de mi propio pellejo, no estoy haciendo el bien o salvando vidas humanas, sino salvándome a mí, a mí mismo.» Pensaba en Milagros y en Irene. No importa cuál. Extendió una mano en las tinieblas, se apoderó de un brazo, buscó su desnudez bajo la tela y tomó posesión de él. Ignoraba a quién pertenecía aquella carne, pero se agarraba a ella como a un asidero; su pensamiento quedó invadido por ella, endulzado, calmado; acababa de encontrar de nuevo su equilibrio y respiraba con toda serenidad anímica el aire absurdo de aquella aventura de la descomposición.

El ruido del motor se alejó, desapareció entre los árboles; las tinieblas invadieron el mundo, no había nada que reconocer, nada que adorar, salvo aquel brazo viviente de verdades indiscutibles. Atrajo hacia sí el resto del cuerpo, que cedió a su llamada; un calor inesperado se apoderó de él en el momento en que aquel cuerpo se apretó contra el suyo; buscó la boca, que le acechaba ya, a una proximidad inverosímil, como si no esperase otra cosa que esa llamada para responder, preparada al amparo de la noche y del miedo universales. «Es Milagros», pensó, y sus brazos rodearon un talle que él reconstituyó en pleno movimiento de danza, tan elocuente como un acto de amor. «¿Quizá sea Irene?» Pero su curiosidad parecía estar algo aparte, como aniquilada por el placer que le proporcionaba aquel beso, en el que buscaba un abrigo y su justificación.

El herido gimió más fuerte, alguna cosa golpeó el agua, el pie o el brazo de Juanito, y la barca se inclinó por un lado. Michel se apartó dulcemente, rechazando aquel cuerpo desconocido, que tornó a ocupar su sitio anónimo en la noche. Lograron liberarse del follaje y reemprendieron su camino al extremo de las ramas. «Si derivamos hacia el océano estamos perdidos», pensó él, pero se daba perfectamente cuenta de que la corriente ayudaba a su esfuerzo y se deslizaban hacia Tigre, de que no se habían perdido y había una esperanza en algún sitio, detrás de aquel muro negro que trataban en vano de atravesar. Una borrasca los golpeó de lleno, la barca estuvo a punto de zozobrar, parecía ser empujada por una mano, Michel la dirigió en ese sentido, el cielo se fue aclarando a sus espaldas y hubo unos parpadeos en una orilla todavía lejana.

—Es Tigre —exclamó Irene—. Dirígete allí. Date prisa.

Ella golpeaba el agua con sus manos para ayudarle. Juanito había cesado de gemir. Quizás había expirado, bajo los efectos de la herida y de la droga. El viento cesó como si se hubiera desviado hacia el cielo, donde seguía descubriendo estrellas y trozos de claridad. Súbitamente se encontraron bajo potentes luces, la barca chocó contra una cadena y un muro, oyeron voces y siguieron desliziéndose a lo largo de un muelle. Irene comenzó a guiarle. Pusieron pie a tierra bajo un árbol, al extremo de una escalera, y desembarcaron uno por uno, Michel e Irene llevando al herido, que respiraba suavemente, la infantil cabeza caída sobre el pecho ensangrentado. El automóvil de Irene se hallaba a la vuelta de la esquina, montaron en él y se dirigieron hacia la ciudad, devorando calles dormidas, largas avenidas, con riesgo de chocar con alguien en cada uno de los cruces. Las ventanas

se despertaban aquí y allá a la austera luz del alba. Ella se detuvo delante de una quinta, en Belgrano, donde moraba un médico amigo de su familia. Al pie de la escalera, tras haber llamado a la puerta y mientras una luz se encendía en el interior, Irene se despidió de ellos.

—La estación está a la vuelta de la esquina. Seguramente nos volveremos a ver.

No les tendió la mano, ni siquiera les dio las gracias. Ella ignoraba su nombre y dirección. Era ya como si nunca se hubieran encontrado. «¿Eres tú?», sintió él deseos de preguntarle. Pero Irene evitó su mirada.

Me pregunto si me había elegido como compañero de viaje únicamente para hacerme hablar. ¿Tendría dudas? ¿Por qué me había preferido a los otros cinco? Pero, en el fondo, fui yo quien le eligió a él. Hubiese podido marcharme, volver a Montreal. (¿Para qué?) Quiero conocer el fin de esta historia. De modo que yo he sido, al mismo tiempo, perro y liebre, asesino y policía. Es el miedo lo que me otorga estas claridades, pensó él, con los ojos cerrados, tratando de rehacerse del choque que el despegue, la violenta subida por los aires, el ruido del tren de aterrizaje al ser engullido debajo de las alas, no dejaban nunca de producirle. Se refugiaba en sí mismo al cerrar los ojos, tratando de pensar en otra cosa. Y a él le agradaba mucho viajar, a pesar de todo, sobre todo llegar, ya que el viaje en sí era lo contrario de un placer, llegar, sentirse de nuevo dueño de la tierra, asentar los pies en el suelo firme y hospitalario. Y aquel viaje, aquella tortura, iba a durar nueve horas, o quizá diez. Él pensaba recibir de Ovidio el valor que le faltaba, charlar con él, descifrar aquel embrollo... Y si era Ovidio... Aquel deseo de reunirlos a todos en su casa, de hacerles hablar, pero sobre todo de hablar él mismo, a fin de poner en evidencia aquellas horas postreras en Dumitresti, esa permanente necesidad de hacer notar su presencia en medio de todos mientras ellos mismos estaban liquidando a los soldados rusos y a su comandante, es decir, de probar su inocencia, ¿no era acaso el deseo de prepararse una coartada?

Intentó concentrarse. Eso quería decir borrar la realidad del vuelo, desplazarse a la tierra, a un rincón del pasado en el que su vida tenía todavía una existencia permanente, incambiable y como en vela. Perdió bruscamente el miedo, sin que él mismo se apercibiera de ello. Estaban cruzando un viñedo, después de la muerte del rufo, el verdadero culpable de todo aquel drama. ¿El verdadero culpable? Veamos. Era la guerra. Aquel oficialito no había ido a Dumitresti por voluntad propia, había sido enviado allí por sus superiores, cumpliendo una misión, había recibido la orden de ocupar el pueblo, lo mismo que él, Ion, hubiese podido recibir la orden de ocupar un pueblecito en Ucrania, tres meses antes, con la diferencia de que él no había violado, no había dado muerte a personal civil, no había transgredido los límites de una ley más o menos humana. Mientras que aquel monstruo había obligado a Marta, con ayuda de sus soldados, que luego habían continuado... Aquellas imágenes le causaban un dolor espantoso, su cabeza estallaba bajo el peso de aquellos recuerdos, mas él no podía deshacerse de aquellos gestos de sangre, como dibujados en rojo oscuro en alguna parte de su cerebro, unos gestos que él no había dibujado, unas imaginaciones continuadoras, pero que se habían convertido en realidades a lo largo de los años. En adelante le resultaba imposible separarlas de lo que realmente había visto y vivido, pues ese fragmento del pasado se había transformado en una amalgama diforme de recuerdos y de creaciones más o menos oníricas (el sueño y la memoria, su teoría esbozada en Asís volvió poco a poco al nivel de la conciencia, como en un relámpago) fieles a un modelo de terror originario, por así decirlo, pues él lo había visto todo y lo había imaginado todo en el momento en que habían encontrado a Marta tendida al borde de la cuneta, agonizante. Todo fragmento de vida pasada está constituido de este modo. Estaban, pues, atravesando un viñedo, y Ovidio les acompañaba, incluso se había golpeado la frente con una rama y se había pasado la mano, el dorso de la mano, que empuñaba un revólver, sobre el araño, lo recordaba perfectamente, veía de nuevo esa mano, la que estaba en este momento a su izquierda, apoyada en el brazo de su butaca aérea. Ion abrió los ojos y miró la mano de Ovidio, puesta al lado de la suya, una mano fina y vigorosa, inocente y ligeramente infantil, con un puntito negro junto a una vena en relieve y sobre la cual Ion había visto entonces una huella de sangre, sangre que Ovidio había borrado rápidamente, con gesto presuroso e indiferente a su propio dolor, ya que estaba dominado por el pensamiento de la cercana venganza, concentrada en el castigo de los culpables. Y Ovidio había entrado delante de él, le había dejado pasar, ligeramente sorprendido por la brutalidad con que le había empujado, a fin de hallarse antes ante aquellos perros

inmundos que se refocilaban en el vino tinto como si fuera en la sangre; y aquel espectáculo le había excitado terriblemente, había pensado en la sangre de Marta, y él mismo había empujado a Ovidio y a los demás, se había plantado delante de ellos, como el comandante de un pelotón de ejecución, y había empezado el primero a disparar sobre el montón. Esto le aliviaba, lo curaba, como si acabara de echar agua en medio de un incendio, él repetía el gesto de la muerte apretando el gatillo de su revólver, recalentado a causa del fuego que él derramaba sobre los borrachos; y hablaba, decía cosas, insultos, blasfemias, juraba como un labriego delante de un campo devastado por la tempestad, y se sentía aliviado en medio de aquella orgía, mientras los cuerpos se derrumbaban en el vino, que se iba haciendo más y más claro a causa de la sangre que salía a chorros por las mortales heridas. Es posible que unas gotas de la sangre de Ovidio hubiesen caído en aquella marea infernal. Él había estado allí, con todos ellos, hasta el fin. ¿Todos ellos?

Alguien había abandonado la partida antes del fin de la carnicería, había vuelto a atravesar el viñedo, o bien había tomado un sendero más corto, entre el viñedo y el vergel, corriendo como un loco; él se imaginaba perfectamente aquella carrera, cuyo objetivo era Marta, respiraba con dificultad en medio del calor de aquel crepúsculo de setiembre, resbalaba al pisar las manzanas caídas, la hierba, cubierta ya de rocío, encontraba a Marta tendida al borde de la cuneta, o en su lecho, era incapaz de soportar aquel sufrimiento, aquellos ojos de enormes ojeras, cerrados sobre el recuerdo todavía muy reciente de su mutilación física y moral, acercaba el revólver a su seno izquierdo, mientras la agonizante imploraba dulcemente: «Víctor, mátame, te lo ruego, no puedo soportar el sufrimiento», y disparaba, mientras el rostro bienamado expresaba la gratitud, una gratitud sin objeto real, ya que el que acababa de liberarla no era quizá Víctor. Pero ella pronunciaba el nombre de su esposo, y no otro. Pero ¿quién era ese otro? Esa escena no era otra cosa sino pura imaginación. «Tendría que hacerme psicoanalizar», concluyó él, muy turbado. Su frente estaba perlada de sudor. «¿Y qué importancia tiene, en el fondo? La matamos todos nosotros. Y todos nosotros quiere decir la guerra, nuestro enemigo de siempre, oculto en el fondo del miedo, más fuerte que él, infinitamente más cruel, por ser creadora. El miedo no es creador, la guerra es la que crea la Historia, nuestra miseria sin fin, nuestra nota discordante en medio de la Naturaleza. Nuestro primer Dios ha sido el de la guerra.»

¿Y por qué él había seguido a Víctor, y no a Michel o a Dan, en las montañas, en 1944, una vez terminado el drama, una vez enterrados Marta y sus verdugos? Porque, en aquella época, la muerte no había separado aún las almas, las de los vivos y la de Marta; porque, de una manera discreta, pero sensible, todos ellos tenían la ilusión de poder regresar a la casa de Marta, uno u otro día, de volver a Dumitresti y volverla a encontrar allí, entre los manzanos y los recuerdos, resucitada de su propia agonía. Sí; ellos, o por lo menos él, habían conservado aquella esperanza. Y él había seguido a Víctor porque éste era el esposo, el que iba a regresar antes que los demás. En cuanto al crimen, si había habido crimen, si todavía se podía dar este nombre al hecho de haber cortado de una vez aquellos sufrimientos, eso no tenía ya necesidad de explicaciones, ni de venganza, puesto que nada ni nadie podía en adelante hacer revivir a Marta. ¿Cómo habría sido Marta después de tantos años, cuál habría sido su aspecto? Habría perdido su belleza de antaño, su poder sobre todos ellos. De manera que su muerte, en cierto sentido, había sido una acción contra su propia decadencia, el que había dado fin a sus días la había salvado de la decrepitud, la había inscrito en una eternidad de perfección que era la de las obras maestras.

Ion abrió los ojos y echó una ojeada hacia abajo, donde el océano y la distancia hacían desaparecer toda sensación de límite. El agua terrible se hallaba en aquel momento bajo sus pies, tan amenazadora como entonces. Volvió a cerrar sus párpados sobre el recuerdo de sí mismo a orillas del Danubio, aquella noche estival de 1948. Acababa de atravesar un maizal y se había detenido en la linde, tratando de sorprender un hueco favorable en el paso regular de los centinelas a lo largo del agua. Durante meses, en Bucarest, se había entrenado en todas las piscinas. Era un buen nadador. Y había estado esperando allí durante horas enteras, hasta la caída de la noche, cuando se deslizó al agua, todavía caliente, en traje de baño, sus pertenencias sabiamente atadas sobre la nuca, formando un bulto, en medio del cual había metido un monedero que contenía cincuenta dólares. Se perdió en medio del río, agotando sus fuerzas en brazadas inútiles y fatigosas; volvió a nadar tras

varios minutos de flotar a la deriva, con la esperanza de llegar cuanto antes a la orilla yugoslava. Tito acababa de romper con el Cominform y numerosos jóvenes rumanos buscaban refugio al otro lado del río, para dirigirse luego hacia el Occidente prometedor. Tocó tierra antes de medianoche, tras horas de esfuerzos y de lucha con el agua. Inmediatamente se dejaron oír unos pasos; luego, voces. Tuvo un primer impulso, rápidamente frenado, de alzarse y andar a su encuentro, entregarse prisionero y declarar su condición de refugiado político. Fue su instinto lo que le salvó. Continuó temblando en la fría hierba, mientras los guardafronteras pasaban junto a él, alejándose en la noche. Siguió tendido y temblando y rompió en sollozos, unos sollozos que no podía contener. Lloró así durante algunos minutos, esperó, a fin de recuperar fuerzas, y se lanzó de nuevo al río. Los dos soldados que acababan de pasar hablaban en rumano, él había perdido la orientación en medio del río y, sin darse cuenta, había vuelto a la misma orilla de donde había salido. Había que volver a empezar. Aquello duró mucho tiempo, nadaba bajo la luna, un barco pasó por delante de él, sintió deseos de gritar, pues las fuerzas le abandonaban; un sentido muy agudo de la soledad se había apoderado de él, de la soledad como castigo, como característica de su condición de ser humano perdido en medio del absurdo de la Historia; nadaba como un corredor de fondo al cabo de sus fuerzas postreras, automáticamente. Estuvo trabajando durante dos años en las minas de Croacia, antes de poderse evadir y cruzar la frontera austríaca. Víctor se había marchado unos años antes, inmediatamente después del invierno que habían pasado juntos en los conventos y en las montañas. Nunca más le había vuelto a encontrar. El agua, desde entonces, ya no le divertía; tenía verdadero pánico a los ríos y prefería el San Lorenzo helado, al San Lorenzo desencadenado, masa de aguas que le daba vértigo y le recordaba la noche de su doble travesía del Danubio. «Nadie me ha amado nunca, excepto Marta.» Y ella había terminado casándose con otro y muriendo. «Dejándome solo en el mundo, tan solo como aquella noche en medio del Danubio. Y odiando el vino y el agua. Y al que había matado a Marta.»

Las dos azafatas sirvieron el almuerzo, el mismo en todos los aviones, la misma porquería prefabricada disfrazada de elegancia multitudinaria, sin posibilidad de elección. El avión está hecho a la medida de la civilización de masa. Una pequeña prisión de lujo, donde el pasajero se convierte en un número que es alimentado, en un enfermo inmóvil clavado a su sitio, atado, aterrado, condenado al viaje y a la uniformidad. Los tintineos de vasos y botellas sobre el fondo de tormenta domesticada de los motores disiparon durante algunos instantes la monotonía aplanadora. Falsos apetitos se lanzaron después sobre falsos alimentos multicolores, endulzados, conservados, refrigerados, registrados, y que habían perdido su sabor entre la tierra y el cielo. Ovidio casi no los tocó. Ion tenía sed y sueño. La azafata se acercó a ellos y se inclinó, inquieta ante los platos casi intocados.

—¿No les gustan?

—No —respondieron ellos a la vez, y los tres estallaron en una risa liberadora que hizo volver algunas cabezas.

—¿Desean ustedes otra cosa?

Ellos inclinaron la cabeza sin contestar; con mucha convicción, la joven sostuvo su mirada, ruborizándose ligeramente, y volvió a emprender su peripatético trabajo.

—¿Por qué has organizado ese mitin en tu casa, en Polop? Te ruego que me digas la verdad. Si puedes.

Ion había pronunciado estas palabras en un tono casi indiferente y fatigado, mientras cerraba los ojos y cruzaba las manos sobre el abdomen, como si se dispusiera más bien a descansar que a escuchar. El ruido de los motores se le había hecho familiar. El sol, a su izquierda, continuaba inmóvil, fijado al horizonte, como un broche engarzado al azar en el cielo. Todo parecía inmóvil.

—Para volver a empezar —respondió Ovidio como en un sueño. Él había apoyado también la cabeza en el respaldo y, cerrados los ojos, buscaba justificaciones—. De cuando en cuando hay que imponerse unas fronteras —prosiguió—, recomenzar a vivir, cerrar y abrir unos ciclos. Recobrar aliento y fuerzas, a la vez. Descubrir al asesino de Marta era una apuesta imposible. ¿Quién nos va a decir nunca su nombre? Yo supongo...

Pero no terminó su frase. Estaba a punto de pronunciar el nombre de Víctor; pero aquello no

hubiera sido justo, se trataba de una intuición, de una sospecha dudosa y frágil, tan frágil como la otra sospecha, la segunda posibilidad, la menos lógica, la más inquietante y curiosa. Víctor había matado a Marta porque la amaba más que nosotros. Él sabía que ella iba a morir. Quizá fuera ella misma la que se lo pidió. Pero, ¿cuándo? ¿En qué momento? Él no tenía derecho a pronunciar el nombre del culpable, lo que hubiese agravado sin lugar a dudas una situación de incertidumbre. Era Víctor quien tenía que confesarlo, en Salta, donde moraba en la casa del padre Castellani, o donde había dejado seguramente su dirección, si no seguía ya allí. Ovidio estaba resuelto a perseguirle hasta el fin del mundo. Víctor y Michel, los únicos que no habían querido tomar parte en aquel encuentro, eran los únicos sospechosos. Pero había sido la muerte de Lisi lo que había impedido que Michel acudiera. Víctor y Michel se encontraban de alguna manera unidos en el mismo destino, y los dos habitaban en Argentina. ¿Estaría Víctor en contacto con Michel? ¿Serían acaso cómplices?

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Supongo que Víctor puede poner en claro este misterio. Necesito saberlo.

—¿Por qué? ¿Piensas escribir un libro sobre el caso?

—Eso sería demasiado fácil. Podría inventarme un final cualquiera. Es porque no puedo vivir así, rodeado de sospechas. Esta desgracia marcó mi entrada en la vida. Es algo así como una maternidad incierta que quiero poner en claro.

«Está obsesionado por el mito de la madre —pensó Ion—. Marta fue su amante y su madre, ella lo llevó en sus brazos y lo dejó, solo, en medio de la vida hostil. No soporta esta soledad. Y toda su literatura no es otra cosa que una prueba desesperada de sustituir este mito por otros, análogos y más vivos. De ahí la importancia de la mujer en sus novelas. Pero yo, yo también fui abandonado, tirado en medio de las aguas, y no hago otra cosa que hundirme en ellas desde hace veinte años. No hago más que hundirme. Y esto no tiene fin.»

—¿Y saber el nombre del asesino te aliviaría? ¿Por qué?

—Mi odio, lo mismo que mi amor, tendría un objeto.

—Marta agonizaba. El que la mató le ahorró un sufrimiento inútil. Bien lo sabes.

—Sí, lo sé.

No continuó. Luego añadió, como si lo hiciera para sí mismo:

—Acabamos de entrar, posiblemente, en una nueva fase de nuestra vida, la que Pitágoras llamaba la edad madura. En este sentido, nuestro encuentro ha sido decisivo. Ya lo verás.

—¿Qué quieres decir?

—Este camino hacia Víctor me parece que tiene un sentido, no sé cómo decirlo, concluyente. Es preciso que todo esto tenga algún sentido.

Ion tenía la impresión de hallarse preso en un juego de hierro, que él no dirigía, que Ovidio se había inventado y conducía a su manera, un juego en el que sus seis destinos se encontraban nuevamente aunados, como antaño en Dumitresti, y de que aquello debía de tener un objetivo o una finalidad en sí. Solamente en las novelas tienen las cosas un objetivo y un sentido, no en la vida, donde todo termina sin pies ni cabeza, todo vuelve a empezar y continúa sin nitidez, sin *happy end*, sin tragedias insuperables. Al mismo tiempo, le agradaba dejarse llevar a ese juego. Quizás hubieran objetivos parciales, rebotes, la vida hay que tomarla por su parte buena. «Esto tiene un sentido, Ovidio me ha hecho volver a tomar conciencia de mí mismo. Me estoy convirtiendo en otro, comprendiendo mis propios objetivos y marcándome un objetivo preciso y lógico, libre de los terrores del pasado. Yo podría llegar a ser otro hombre. En el fondo, de eso se trata; descubrir al asesino de Marta significa reconocer su muerte legal, su fin para todos nosotros. Hasta ahora, yo jamás he reconocido la muerte de Marta, ella ha seguido atormentándome, en sueños, como un ser vivo. Hay que saber separarse de los muertos.» Y se durmió.

—Bien venido a su casa —le dijo el oficial, entregándole su pasaporte. Había cierta ironía en su mirada, en sus palabras.

—Gracias —contestó—. Mi casa ya no está aquí.

—Se equivoca usted, señor. Nuestro Gobierno acaba de promulgar una ley según la cual el cambio de nacionalidad ya no tiene validez para ustedes, para todos los que se hallan en su situación. Usted ha seguido siendo ciudadano rumano, a despecho de su pasaporte.

—Lo ignoraba. Gracias nuevamente.

—Estoy a su disposición. ¿Será larga su estancia en Rumania?

—Unos diez días.

Con su uniforme a la rusa, el oficial tenía el aspecto de un policía de importación. Alejandro se dirigió hacia la salida del aeropuerto con el corazón oprimido. Acababa de caer en una trampa. Tenía que salir de allí lo antes posible. Telefonaría a Teresa aquella misma noche, a fin de conservar el contacto. Y luego, sería preciso utilizar la astucia, prometer, buscar puntos de apoyo, amenazar. Sería demasiado tonto, sería volver a las pesadillas, cuando, en los primeros tiempos del exilio, soñaba que había regresado a Bucarest, donde se paseaba por unas calles cubiertas de paja, como *si* fueran una granja, con agentes pisándole los talones, preguntándose por qué había vuelto, cómo había podido cometer semejante estupidez. Y corría por las calles conocidas y hostiles, buscando en vano un refugio, una salida.

Llamó un taxi y le dio el nombre del hotel «Atenea Palace»; pero acto seguido cambió de parecer y le pidió al chófer que le dejara en la Estación del Norte. Partiría inmediatamente hacia Arroyo Salado y regresaría al día siguiente a Bucarest, a fin de tomar el avión para Roma o Zurich. Así no tendrían tiempo de detenerlo e interrogarle. Él había dicho «unos diez días». Delante de la fuente de la Mioritza cambió de nuevo de idea, y lo volvió a hacer al pasar junto al Arco de Triunfo. ¿Ir a la estación del Norte o a una agencia de viajes y reservar ya su asiento? Lo eligió al azar. Si daba su nombre en la agencia de viajes, la Policía sería informada de su precipitada marcha. Se replegó en silencio sobre sí mismo, como un animal, en medio del calor asfixiante que licuaba el asfalto, como en tiempos. Aquello no era real; los árboles de la avenida eran los mismos de antes, y las quintas también; pero la ciudad mostraba otra faz, que ni siquiera era nueva, sino ceñuda, antagónica, y las personas que se arrastraban bajo los árboles parecían haber salido de una vieja fotografía de comienzo de siglo, deslavazadas por el tiempo o por otro elemento desconocido, que daba al conjunto el aspecto de la vida y adelgazaba al mismo tiempo rasgos, expresiones y vestiduras. Todo era incoloro, falto de vivacidad y de energía. La espontaneidad ruidosa de las ciudades occidentales, sobre todo de las ciudades italianas y españolas, no se veía aquí por ninguna parte. La verdadera vida se había retirado al interior de las casas y de los cuerpos, y las personas que pasaban por allí no eran otra cosa que prudentes apariencias, apenas salidas de un período de terror que había dejado huellas en su comportamiento, en su manera de vestirse y de moverse. Sobre todo no había que llamar la atención o hacerse de notar, había que callarse, deslizarse sigilosamente al extremo de una cola ante cualquier tienda del Estado, esperar horas y horas para comprar cualquier cosa, medio kilo de carne con huesos, una botella de mal vino, un orinal, un par de zapatos del número 44 o del 35, cualquier tontería; lo importante era no protestar, mostrar a la gente una cara de aceptación que a nada comprometía. Por eso el aspecto era sombrío y gris, a pesar del calor. El taxi pasó por delante del «Museo de Ciencias Naturales», donde Alejandro soñara con los papúes y los hotentotes, en su infancia, ante las vitrinas del subsuelo, que le fascinaban, ante el oso de los Cárpatos alzado sobre sus patas traseras y los pelícanos del Delta. «Yo husmeaba aquí mi propia aventura —pensó—. Tuve mis premoniciones. Como todo el mundo», añadió, para mortificarse. No podía perdonarse el impulso que le había lanzado a aquel camino absurdo, que era posiblemente el de su fin, porque si aquella maldita nueva ley existía realmente y ellos querían retenerle, no había ninguna salida. Se imaginaba ya ante un tribunal, acusado de todo género de crímenes que jamás había cometido; pero, ¿cómo alegar inocencia ante lo que reniega mi propia esencia? Su barco, que le esperaba en Hamburgo, su estancia en Polop (anteayer estaba comiendo higos ante el libre mar), la casa de Ovidio, la montaña en llamas, la recepción en casa de Imme y la belleza de la noche y de las mujeres, así como su vuelo Madrid-Roma, le parecieron recuerdos muy viejos, completamente separados de él. Él habitaría en adelante en un porvenir de terror del que se defendía con todas sus fuerzas. «No hay peligro —se dijo al fin, para tranquilizarse—. Ellos no se atreverán. Ovidio escribiría en seguida un artículo en los periódicos franceses y españoles, y esto provocaría un

escándalo y una reacción en la opinión pública occidental. Pero, ¿quién informaría a Ovidio?»

El automóvil enfiló la calle Buzesti y descendió hacia la Escuela Politécnica. La ciudad parecía desierta bajo el impacto del calor. El barrio de la estación había cambiado, pero la impresión de angustia subsistía en él. Aquello no era el calor, era el otro tiempo, el de las crónicas, enemigo de siempre de este país que fue el mío, que lo es aún, pero al que no quiero ya. Lo que me separa de él es mi propia libertad. Esta palabra se apoderó de él, le sostuvo durante un instante en un alto cielo de esperanza y de fuerza, y lo dejó caer con estrépito en medio de su preocupación. «Mi país está contra mí, yo tengo miedo de los que hablan mi idioma, he venido para tratar de hacer salir al hijo de Víctor como si se tratara de un detenido y de una evasión. Sueño con los ojos abiertos. Y, no obstante, pasé aquí una parte importante de mi vida. Estas calles no tenían entonces nada de terroríficas, y las personas se parecían a las de todas partes. ¿Qué ha pasado, pues, entretanto? Los años han dividido el mundo en dos partes o hemisferios opuestos, y yo, yo mismo, me metí a la otra parte de ese muro. Eres el tipo más estúpido de la Tierra, te lo he dicho a menudo, y ahora tienes la prueba de ello.»

Pero él no renunciaba a su proyecto. «Soy estúpido y cabezón», se dijo, y se sonrió a sí mismo por encima de la pipa, que se había apagado y olía bien, le traía el olor de su pasado y de su libertad.

Mientras se dirigía al interior de la estación, precedido por el mozo portador de su equipaje, se le acercó un adolescente, de aspecto cortés y escudriñador.

—Le compro la corbata y los zapatos. ¿No tendría usted un bolígrafo, por casualidad? Por lo menos uno. Lo compro todo.

Le hablaba en un francés bastante correcto.

—Mira, toma éste. Te lo regalo.

Y Alejandro le tendió uno de los seis bolígrafos que había adquirido en el aeropuerto «Leonardo da Vinci», antes de tomar el avión hacia Bucarest.

—¿Es usted rumano? —exclamó el muchacho, incrédulo.

—Lo fui. Tómallo y escapa. Esto te puede costar la libertad.

— ¡La libertad! Eso no tiene curso en nuestro país —le dijo el zagal, mirándole directamente a los ojos, como si quisiera desafiarle y probarle su orgullo y su irónica inteligencia; y se alejó a grandes zancadas en dirección opuesta.

Había un tren que iba a Iassy y se detenía en Arroyo Salado. Entre un sueño de embrutecido, cortas pesadillas sobre el mismo tema y ojeadas a la llanura incandescente que reverberaba al sol, vacía de trigo y de hombres, pacífica e indiferente, pasó las tres horas del trayecto en un estado de inconsciente sufrimiento. Y, mientras el tren cruzaba el puente, por encima del ancho río sin agua, el Arroyo Salado, Alejandro se quitó la corbata, la dobló con cuidado y la guardó en el bolsillo interior de su americana, a fin de tener un aspecto menos extranjero y pasar desapercibido en medio de la barahúnda de la llegada. Trató, al apearse, de mezclarse con los pasajeros, no muy numerosos desgraciadamente, que se apresuraban hacia la salida, a través de la sala de espera llena de luz. Algunos le lanzaban miradas de envidia y de admiración. Sus zapatos italianos no habían sido hechos para rechazar las miradas, cual piernas de mujer hermosa expuestas desnudas en medio de un grupo de forzados. Imposible enmascararse. Mas, ¿quién iba a denunciarle? ¿Y por qué? Tomó por una calle, a la izquierda, apenas salido de la estación, pues la casa de los padres de Víctor no estaba lejos, lo recordaba. La caída de la tarde, las grandes sombras, las callejuelas donde unos zagales de gestos eternos jugaban al fútbol, acabaron por calmarle. Aquel rincón del país parecía intacto, como puesto al margen del resto, al abrigo del crepúsculo y de los juegos infantiles. Nadie le seguía. Aquella tregua de incógnito (en este momento nadie sabe dónde me encuentro, a pesar de sus policías secretos y de sus milicianos) le daba la sensación de haber ganado el primer asalto en aquel combate peligroso con la vida o con la muerte.

Pero en la casa de Víctor nadie vino a abrirle. Entre el seto de lilas y la casa, unos signos elocuentes hablaban de una ausencia pasajera: ropa tendida en una cuerda, entre la que Alejandro se divirtió en reconocer una camisa del hijo de Víctor, de corte moderno, los indispensables calzoncillos largos y pasados de moda del abuelo, unas medias negras... Un perro le ladró y después

trató de establecer contacto con él a través de la puerta, hecha de tablas mal emparejadas. La familia había salido, probablemente se había ido al cine o al parque, y regresaría pronto. Resolvió esperar, pero, dando largos paseos se dio cuenta de que su presencia podía provocar las sospechas de los vecinos. Ya iba oscureciendo. Tiró su maleta por encima del seto y, con las manos libres, encendió su pipa y se encaminó hacia el centro, con la esperanza de encontrarse con ellos por el camino, por el Bulevar de la Estación, la única vía de acceso del barrio. Unas voces llamaban a los niños: «¡Costel, Viorica, Sofia...! ¡Venid a cenar, ya es tarde!» Unas voces clásicas, por así decirlo, que no expresaban ningún temor, ningún cambio. Había, pues, un tiempo que no se había movido, a despecho del terror y de la crisis, un tiempo de la polenta y del queso fresco, de la ensalada de berenjenas y del vino bautizado con sifón. Unas bombillas se encendían en el fondo de los jardincillos, encima de una mesa blanca, al pie de un manzano o de un castaño, los tenedores tenían en los platos los sonos de un lenguaje conocido, y aquellas voces, ¡Dios mío!, aquellas voces en rumano que le llegaban al corazón y a las entrañas, sacaban lágrimas estúpidas y palabras confusas del fondo de su alma de cretino sentimental, obligándole a alargar el paso para no dejarse tentar, y entrar, y darles las buenas tardes, y pedir un vaso de agua que nadie le habría negado, a lo que seguiría una invitación a cenar y una larga cháchara. Lo esencial, él lo adivinaba al oír aquel tintineo que venía simultáneamente del pasado y del presente inmediato, lo esencial de los gestos, de las palabras cotidianas, no había cambiado: nada ni nadie es capaz de poder modificar ese lenguaje, ni siquiera una invasión. Lo que había cambiado era la estructura invisible, el policía amigo que se había convertido en enemigo, la palabra sincera que se había convertido en mentira, la miseria que obligaba a la decrepitud generalizada, el mal en sí transformado en base de la vida, la ética convertida en su contrario y legislada como tal. En ese tumbo, Alejandro se convertía él mismo en un principio contradictorio antes de ser eliminado, atado y privado de la vida. Él no contradecía el fondo, sino la forma, lo que desde el punto de vista político estaba peor. No eran las almas las que le perseguían, sino sus apariencias, los uniformes.

Los raros transeúntes ya no le miraban, pasaba desapercibido a la espesa sombra de los grandes árboles, que la luz de las farolas no llegaba a atravesar; pasó el palacio de la antigua prefectura, convertido en la sede de no sabía qué, pues Arroyo Salado había dejado de ser cabeza de distrito, atravesó la calle y sus mocasines chirriaron en la grava de una alameda. Aquella masa sombría era sin lugar a dudas el parque público, para el que Ovidio había comprado un surtidor de mármol en Carrara, que, por cierto, nunca había enviado a su destino. Ovidio amaba esta ciudad, pues su padre, ingeniero agrónomo, había nacido en algún punto de la región, y la había descrito en varias de sus novelas. ¿Qué había podido encontrar de interesante en ella? Una ciudad como otra cualquiera. Sin duda había sufrido aquí o amado, o descubierto verdades importantes durante sus vacaciones de adolescente. Había hablado con él, en Polop, de este surtidor en mármol blanco, comprado muchos años antes, y Alejandro le buscó inmediatamente un sitio en medio de los parterres o de las flores recientemente regadas, las petunias, que ofrendaban a la noche su fragancia provinciana y estival. Encontró un banco aislado y se sentó, fatigado, con su mal humor en pleno corazón, como una espina. Las parejas pasaban bajo una bombilla fijada en el cielo lejano. Se estaba bien en aquella soledad perfumada; regresaría pronto, pero no antes de haberse dejado impregnar por el encanto de aquel parque. Tenía la impresión de estar consumiendo los últimos restos de un regalo inmerecido. Dos voces se elevaron al otro lado de la espesura, unas voces jóvenes, un chico y una chica. Él le estaba leyendo o recitando alguna cosa, sin duda alguna carta o alguna poesía que había escrito para ella y que no había querido mandarle por correo. Alejandro miró a través de las hojas. La luz de la bombilla caía directamente sobre ellos dos, el chico podría tener unos veinte años, un estudiante en vacaciones sin duda, y ella era una adolescente que le escuchaba embelesada, no se sabía muy bien si por el texto o por el muchacho o por el calor propicio del verano o por todo aquel conjunto que constituía el amor. Alejandro se dio cuenta de que el estudiante no estaba leyendo un texto en rumano, sino traduciéndolo, pues se detenía a menudo, volvía a comenzar, vacilaba. Aquellas palabras encantadoras, tras unos instantes de duda, le parecieron muy conocidas; la voz del estudiante pronunció de repente el nombre del poeta en el exilio, en Tomis, y cada palabra recuperó su sitio en la memoria de Alejandro, él reconoció el paisaje a lo largo del Arroyo Salado que había

recorrido una tarde, una noche, antes de llegar a Dumitresti, una tarde en compañía de Marta, y una noche enteramente solo, lanzado por el final de la guerra hacia el cumplimiento del drama, y aquellas palabras que le hablaban de un pasado lejano y de un campesino dacio iniciando al poeta rumano en la pura belleza de una tierra nunca hollada, le parecieron escritas para él, hechas para consolarle y darle esperanzas; era una cosa absolutamente inverosímil: había ido a Rumania para oír cómo aquel joven desconocido leía un texto de Ovidio Bunescu, encadenando con el otro Ovidio, el autor incluido en el índice, pero cuyos libros circulaban a escondidas por el país actual, como por el de antes, en las tierras presas de los imperios, de las censuras «defensoras». Se lo contaría a su amigo. La esencia no había cambiado, y Ovidio formaba parte de ella, como él mismo, solamente el uniforme era distinto; vio ante sus ojos al oficial vestido a la manera rusa que le había recibido en el aeropuerto de Otopeni, las palabras enemigas en los labios, el lenguaje del uniforme, el lenguaje extranjero extendido por encima de las cosas como un polvo sin consistencia. Sintió deseos de entablar conversación con los enamorados, decirles que el autor de aquel texto era amigo suyo, que acababa de pasar tres días en su casa, en España. Se puso en pie y se encaminó hacia la salida. El calor había cedido. Parecía estar pegado a los árboles.

El joven Víctor y los dos ancianos no podían dar crédito a sus ojos.

—¿Tengo acaso el aspecto de un aparecido?

Le invitaron inmediatamente a sentarse a la mesa, detrás de la casa, donde se estaba un poco más fresco. Y, mientras devoraba los tomates, el queso y el voluminoso pimiento, que olía a tierra fértil y a los huesos de los antepasados, Alejandro les contó el encuentro de Polop y los proyectos de Ovidio, partido a la búsqueda de Víctor. Lo encontraría, seguro, y ellos harían lo imposible por sacar al joven Víctor del país y enviarlo a reunirse con su padre: él mismo había venido personalmente con ese objetivo. Pasaría la noche en su casa y partiría de nuevo al día siguiente con una carta del hijo para su padre, a fin de tomar el primer tren y acto seguido el primer avión, adelantándose así a toda medida destinada a retenerle. El perro cogía al vuelo los pedazos de pan que los tres miembros de la familia le tiraban, cada uno a su vez, como si se sometieran a un ritual. Unos trenes silbaban en la vecina estación. Ellos seguían sin poder dar crédito a sus ojos. Alejandro se encontraba allí en vano. Su viaje había sido inútil, el riesgo que estaba corriendo no serviría para gran cosa. No les traía ningún mensaje, lo mismo hubiera podido escribirse, lo que acababa de hacer era un riesgo sin escapatoria, un paso seguro hacia un fin inútilmente heroico. «¿Qué estoy buscando en realidad? —se preguntó, mientras seguía masticando, pidiendo de beber y conversando—. Todos nosotros necesitamos un final heroico —se decía—; esto significa tal vez salvarse, convertirse en su propio salvador en el momento en que salvar a los demás ya no tiene sentido. Yo no puedo salvar al joven Víctor, llevármelo conmigo a Occidente, confiárselo a un padre que quizá no existe ya; así que me convierto en mi propio salvador, en un héroe, en el mártir anónimo.» Mas esta justificación no le impedía tener miedo. Ellos lo torturarían, seguro, le pondrían inyecciones. No podría escapar a su persecución. Su más firme esperanza era la carta del hijo a su padre, que él intentaría llevar a donde fuera y la cual se convertía para él en una especie de milagroso salvoconducto que le permitiría pasar las fronteras, hacerse invisible, transformar su absurda idea en una misión importante y vital. Su imaginación forjaba decenas de proyectos por segundo. O era que se había impuesto aquel viaje como un castigo...

Pasó en la habitación de Víctor la noche más atormentada de su vida. El joven escribía la carta a su padre, mientras Alejandro trataba de dormir, se dormía, caía inmediatamente en una pesadilla que reproducía su terror diurno, despertaba sobresaltado, abría los ojos, se volvía a encontrar en la pálida luz, miraba la cabeza del hijo de su amigo inclinada bajo la lámpara y oía el ruido de la pluma al correr sobre el papel en el silencio de la noche. Veía de nuevo a los dos amantes del parque público, inclinados también sobre un texto que evocaba la belleza de aquella región allende los tiempos; volvía a emprender el camino que había recorrido a pie hacia Dumitresti entre los ciruelos y las viñas, en el crepúsculo del día y de la guerra, y luego en las tinieblas de una noche de fatiga, pero tan diferente, pues era Marta quien le esperaba al final del camino, más allá de aquellas colinas. Él se inclinaba sobre su tumba, en el cementerio de Dumitresti, como había hecho el año anterior (el año anterior, mil años antes, nunca, pues todo aquello era un sueño, y el tiempo no tenía

nada que buscar allí), una tumba rodeada de flores, donde unos campesinos iban a llevar ramos, y una gran cruz de piedra gris en su cabecera, con su nombre, Marta Milescu, garrapateado por una mano inhábil, tallado a martillazos en la masa dura, resistente a tales homenajes. Él se arrodillaba en la hierba, no podía soportar la idea de que Marta yaciese allí, privada de su belleza, no aceptaba la metamorfosis, se veía obligado a encarar de repente, por primera vez en su vida de incrédulo, la idea de la eternidad del alma, de la belleza sin fronteras, simbólica e imperecedera, de aquello que no está vinculado a la carne. Pero la carne de Marta era diferente, y volvía de la mano de la resurrección de los muertos y del esplendor en el Apocalipsis, es decir, en la belleza que dura, según san Juan.

No había otra posibilidad; Marta encarnaba para él el amor y el tiempo infinito, la belleza que nada tiene que ver con la perecedera. El sueño, o el recuerdo, se volvía optimista, abierto hacia los espacios de la esperanza. Marta no estaba muerta, lo sabía. Se volvía a dormir, luchaba con esas amenazas, el miliciano en uniforme extranjero siguiéndole los pasos, en las calles de Bucarest, tan conocidas como sus bolsillos y en las que nadie venía en su socorro, donde acababa de ser hecho prisionero a los pies de un muro, ante un jardín y una casa en la que había vivido. Se despertaba de nuevo, porque su espíritu y su cuerpo no podían resistir aquella tensión. «Quisiera despertar de esta segunda pesadilla, encontrarme de nuevo en Roma.» Llamaba a Teresa a media voz. Víctor volvía la cabeza, pero sólo era el hijo, no era su amigo, su contemporáneo, el marido de Marta. Le decía:

—No es nada, tengo pesadillas. ¿Has terminado de escribir?

—He terminado. ¿Quiere que se lo lea?

—Te escucho. Voy a aprendérmelo de memoria y recopilarla una vez llegado a Roma. Seguramente, me registrarán mañana en el aeropuerto, y los dos tendríamos disgustos.

—Tiene usted razón. No diga nunca que ha venido a vernos. Pero, en el fondo, puede usted decírselo, si quiere, si eso puede serle útil. Yo no les temo.

—Como tú quieras. Te escucho.

—Aquí está:

Querido padre desconocido:

Hay padres desconocidos, lo mismo que hay soldados, caídos en algún sitio para que un nuevo ser pueda abrirse a la luz: un país o un hijo. Nadie sabrá jamás dónde han dejado de pertenecer a la vida o al conocimiento de los otros. Tú vives, para mí, y no vives. Hasta es muy probable que tú no existas, de modo que es a un verdadero padre desconocido a quien dirijo yo estas líneas, un padre caído por mí no se sabe dónde. Nadie sabe tus caminos postreros ni tus direcciones, tú has ido a reunirse con la madre desconocida, que es la mía. ¿Seré yo, pues, el hijo desconocido, nuevo género de héroe en un mundo desprovisto de héroes? De todos modos, yo te amo, más de lo que un hijo normal puede amar a un padre conocido, e incluso podría decirte que estoy saturado de tu imagen, que tú vives, que hasta te he visto en mis sueños, que te he sentido siempre cerca de mí, y, en cierto modo, dirigiéndome, resuelto a seguirme los pasos, corregir mi trayectoria e imponerme una conducta en caso necesario. Yo me he encontrado a menudo contigo en tus libros, con subrayados y anotaciones de tu mano, tan ávida como la mía, ávida de comprender y de saber, cuando tú tenías mi edad de lector, y en muchas épocas de tu vida he estado de acuerdo con tus observaciones y con la importancia que tú dabas a una frase o a un pensamiento. He leído con atención este El Capital comprado por el abuelo en 1920, libro de cabecera de la familia en cierto sentido, en el cual los dos creísteis de momento y renegasteis luego.

¡Cuánto he podido reírme con sorna al consultarlo, al regresar a casa después de las sesiones de marxismo-leninismo, que tú no has conocido, y que te habrían hecho medir la distancia que los hombres acumulan, cual espacio inconmensurable, entre un libro y su traducción en hechos políticos! La misma distancia, tú puedes decirlo, que los hombres han puesto también entre el Evangelio y las Iglesias, entre un santo y la orden fundada después de su muerte. Entre un fundador y sus epígonos las cosas han pasado siempre de la misma manera degradante, y el foso que separa la fundación de los continuadores, o de los modificadores, ha sido siempre llenado por

la sangre. La sangre es la lengua de ese género de traductores.

Yo regresaba, por la tarde, embrutecido por las sesiones de estupefaciente irrealidad, y tenía aquí, a mi lado, la realidad plasmada. Uno ve la idea, la asimila, ésta es fácil de comprender e incluso de amar; pero la realidad que se nos muestra con el dedo como un reflejo fiel que debería de estar aquí, accesible para todos, no existe, no ha existido nunca, incluso se ha convertido entretanto en su propio contrario: la libertad lleva la máscara horrible de la esclavitud, y uno no la reconoce ya, a despecho de las palabras que la rodean y que tratan de explicarlo; el país sin estado se ha convertido en un estado sin país, y uno llega pronto a comprender que la economía política no constituye la base de la Historia, ni de la cultura, ni de la vida del hombre medio; lo que uno ve es la voluntad de poder, más fuerte que todo lo demás, espectro, dueño y señor de las sociedades obligadas a llamarse marxistas. Esto pertenece al dominio de la Psicología y de la Metafísica, y no al de la Economía. ¿Cómo explicar la presencia universal y omnipotente de la Policía en esas sociedades, si la idea base hubiera sido realizada, quiero decir bien traducida? ¿Cómo explicar la miseria cotidiana, el deseo permanente e insatisfecho de saciar el hambre, de vestirse y leer a su gusto? ¿Cómo explicar el miedo constante de los gobernantes y de los gobernados, unos de los otros, como Gulliveres dominando a millares de pigmeos, pero temblando de injustificación? el dogma está aquí, visible y legible, pero su reflejo en la tierra ha sido descompuesto por el tiempo, ha sido hecho feroz y contradictorio. La flor prometedora ha llegado al estado de fruto que no engendrará ya las mismas flores, sino babosas y escorpiones. Hay una ruptura evidente entre la esencia y la existencia. O bien, hay que pensar, uno se ve obligado a veces a ello, que el propio dogma está podrido, que nunca ha estado correctamente concebido.

¿Sabes tú lo que esto ha dado en nuestra pequeña ciudad de provincias en la que tú naciste, en la que pasaste toda o casi toda tu vida en Rumania? Esto es como el teatro que nos quieren construir desde hace años, que lograron con grandes esfuerzos levantar unos cuantos metros del suelo y que cae ya en ruinas antes de haber sido terminado, en pleno centro, imagen viviente de lo que no puede ser porque no es. Lo primero, ¿qué falta hacía un teatro tan desmesurado en una pequeña ciudad que ni siquiera es cabeza de distrito? Una vez acabado, el edificio hubiera estado vacío; pero ni siquiera fue acabado, y se está descomponiendo ante nosotros como una idea demasiado grande aplicada a un mundo demasiado pequeño, o demasiado realista para aceptarla. Con un poco de buena voluntad, se hubiera podido terminar la obra; pero una especie de antiguo maleficio se cierne desde los comienzos sobre esos muros rojos, ennegrecidos ya y medio deshechos, pues, como en la antigua leyenda, lo que se construía durante el día se derrumbaba durante la noche. Y nadie vino a ofrecer su vida en holocausto para que los muros se parecieran a la esencia humana y pudiesen tomar forma y contener una historia. No hay manera de acabar lo inacabable. Es como las locomotoras que se fabrican en abundancia y no se llegan a vender y que acaban cubriéndose de herrumbre y haciéndose pedazos al lado de las vías férreas. Es como el canal Danubio-Mar Negro, como toda existencia que ignore al Ser, y vuelvo a ello porque eso lo explica todo. Hay leyes humanas que no se pueden violar sin sufrir las consecuencias de ello. Ninguna revolución es capaz de eludirlas.

Mi infancia no ha sido más terrible que la tuya. He sido educado por las mismas personas, en la misma familia y en la misma casa, con los mismos medios. Yo no me daba cuenta de ello. Nací con los cambios, me habitué a ellos sin darme cuenta. Mi tragedia empieza más tarde, con el despertar de la conciencia. Como tú, he cursado estudios en la Universidad de Bucarest, como tú me he convertido en un filósofo, con arreglo a mi diploma. Pero ¿filósofo en qué y por qué? Nuestra enseñanza empieza y termina con Marx, y Lenin es considerado asimismo un filósofo, al igual que algunos rusos posthegelianos y algunos occidentales materialistas o positivistas, completamente fuera de lo que es hoy en día el pensamiento. Filosofar es plantarse, desnudo de prejuicios, ante la vida y la muerte, ante el hombre y su circunstancia, ante el misterio de la creación, y tratar de hallar una explicación, que irá cambiando al paso de los años, será cada vez más libre y abierta, tendrá en cuenta la existencia del alma, de la que la propia materia está imbuida. Fui a dar un día con un texto de Platón y me sentí como despertado, violentamente situado ante el drama filosófico. Y más adelante leí ocultamente a Kierkegaard, Bergson y Heidegger. He meditado mucho acerca de

estas líneas de Heidegger: «Supongamos que no comprendemos en absoluto al ser, suponiendo que la palabra "ser" no tenga siquiera esa significación que se desvanece por grados; pues bien, entonces, en ese caso, no habría absolutamente ninguna palabra. Nosotros mismos no podríamos nunca, ni de ninguna de las maneras, ser hablantes. Nosotros no seríamos en absoluto capaces de ser lo que somos. Pues "ser hombre" significa "ser un hablante". El hombre sólo es uno que dice sí o no porque, en el fondo de su esencia, él es un hablante, el hablante. Ahí reside su eminente distinción, y al mismo tiempo, su miseria.» Tú comprendes lo que él quiere decir, verdad, conoces ese texto. Él se dirige directamente a nosotros, a nuestra miseria, la más difícil de soportar, ya que nos está absolutamente prohibido ser hablantes; nosotros estamos condenados a callarnos, y por ende a alejarnos del ser, es decir, de lo que somos en tanto que humanos. Ésta es la fuente y la razón de nuestro nihilismo sin doctrina.

Yo ignoro en qué sentido has evolucionado tú, ignoro cuanto a ti atañe, pero me hago ilusiones, te veo bajo cierta luz de juiciosidad postrera, como un hombre transformado en mito, quiero decir en perfección representativa. Yo te reconstruyo con arreglo a estas primeras lecturas de tu juventud, que han sido las mías. Y me divierto discutiendo contigo acerca de lo que tú eres en este momento y me imagino tus respuestas ante los grandes problemas. Y como yo mismo me he convertido en un creyente, en un cristiano en estado de orfandad, un cristiano sin iglesia, ¡ay de mí!, te imagino a ti de la misma manera, quizá más evolucionado que yo y más seguro de tus descubrimientos, acogido bajo un techo universal capaz de ponerte al abrigo de la desesperación y de calmar tus dudas cotidianas. ¿Cómo has hallado la certeza, y dónde? Nuestra Iglesia, como en Rusia, ha sido sometida al silencio, y los que han resistido al choque son poco numerosos o bien han muerto largo tiempo ha en el fondo de unas mazmorras. Los hay que se han convertido en santos, pero tienen prohibido brillar, su obra ha quedado reducida a su experiencia, a su evolución estrictamente personal. Ellos son como unos escritores que escriben obras maestras que la censura no deja pasar y mueren en los cajones, aun existiendo como tales obras maestras. Yo pienso a menudo en el personaje de Ovidio Bunesco, que temblaba de frío en Tomis, en un tiempo menos avanzado que el nuestro, pero que tenía la posibilidad, quiero decir la libertad, de enviar sus obras a Roma, de hacerlas leer allí. La cualidad de hablante era inseparable de la condición humana, y el emperador tenía alejado al poeta, pero no le obligaba a callar. Eso hubiese parecido monstruoso. Pero hoy día no. Nadie puede decir nada, ésta es la clave de nuestra desesperación colectiva, de nuestra caída en el nihilismo. Me han dicho que hay un nihilismo occidental, pero debido a otras razones, quizá tan terroríficas como éstas. No lo sé. Lo que yo sé es que necesito un refugio, y que solamente la filosofía no es para mí suficiente. Entonces, de noche, en plena soledad, abiertos los ojos hacia el que no miente, hacia el que verdaderamente es, me desembarazo de todos mis saberes, me vuelo más allá del tiempo y me reconcilio con lo que yo soy y con el mundo. ¿Y tú?

Y, a pesar de todo, lo ves, no me gustaría reunirme contigo. Eso te parece curioso o loco, pero acabarás por comprenderme. Yo no quiero abandonar una mentira por otra. Y, además: me siento más útil aquí que fuera. Tengo también la sensación de haber sido creado para cumplir una misión, como tantos otros en nuestro país, me imagino. Mientras que allá abajo, en plena falsa libertad occidental, engatusado por el ruido de los automóviles, fascinado por el espectáculo de la abundancia, enervado por la polución, presto a sucumbir un día a las bufonadas de los sofistas, freudianos, sartreanos y neomarxistas —el circo es inmenso y los payasos forman legión—, yo no podría ya ser yo mismo, como lo soy aquí. Nosotros hemos logrado inmunizarnos contra la mentira, aceptarla solamente al límite superficial de nuestra personalidad, habituarnos a ella, y estoy seguro de que un día llegará en que estaremos en estado de conjurarla, de convertirla sin que se dé cuenta en lo que nosotros somos. Y entonces podremos tener de nuevo acceso a la palabra, seremos hablantes, una isla de verdad se formará en medio de esta invasión de lava deforme, y la vida volverá a seguir el buen camino. Mientras que donde estáis vosotros, donde tú has creído poder escoger tu libertad, donde sin duda la has hallado, el mal ha sido hecho de una manera mucho más sutil, el alma ha sido completamente separada del cuerpo y se la está liquidando en silencio, más allá de las preocupaciones y de las percepciones, en el fondo del lujo, del bienestar, de la ilusión televisiva. La civilización occidental no es otra cosa que un cuerpo sin alma, un

cadáver que terminará por derrumbarse uno u otro día, a fin de que los gusanos que la han minado por dentro, dándole ese aspecto de carne floreciente, pero no sostenida, la puedan devorar tranquilamente hasta la última célula. Es posible que también allí hayan islotes de resistencia; pero, ¿podrán resistir las tentaciones hasta el fin? Porque todo está allí minado, hasta las Iglesias, hasta los jóvenes. De modo que pienso quedarme en mi país, dedicarme a lo que yo considero mi misión aquí abajo y esperar el día de la floración, que está probablemente lejano, pero que constituye en mí un sentido proyectado en el futuro. Somos muchos los que así pensamos, a despecho del gran espectáculo que dan los que quieren expatriarse y unirse a la mentira enmascarada, a las delicias del falso paraíso.

Quisiera verte, pero no importa cómo ni dónde.

Y termino. Paso mis días dando mis lecciones en el colegio, corrigiendo los trabajos, cumpliendo mi tarea, que ahora ya conoces, leyendo, voy raramente a Bucarest, acompaño a los abuelos al cine, y no he hallado todavía el amor de mi vida, como tú. Estoy al descubierto por el lado sur, por así decirlo. Mi madre me protege para ello, o tiene celos. Quisiera parecerme a ti también en este sentido. Confundirme en el amor y en la muerte, para siempre, llegar a conocer multiplicando por dos la escala del conocimiento, aumentando así los límites de mi soledad. Nos volveremos a ver, no lo dudes.

Terminó de leer y miró a Alejandro.

—Ahora ya lo sabe usted todo.

—Lo que has escrito aquí no es ninguna historia personal.

—¿Qué es, pues?

—Una Historia de Rumania o posiblemente de Europa, o bien de la especie humana, una Historia del hombre contemporáneo. Te estoy muy agradecido por habérmela leído.

—Nosotros somos todos contemporáneos, estamos muriéndonos de alguna cosa y deseando ya la resurrección. Dígame, ¿ha conocido usted a mi madre?

—Sí, la conocí. Pero quisiera añadir alguna cosa antes de darte satisfacción. Tú eres enteramente igual que tu padre. Tú quieres, también tú, proponer un mensaje, salvar a la gente, hacerla creer en tu mensaje, es decir, en tu verdad.

—¿Acaso es eso malo?

—Es humano. Nosotros no somos tan sólo *hablantes*, como pretende tu filósofo dilecto, sino hablantes de verdad. Conocí a tu madre. Ella no se presta fácilmente a que se hable de ella. Tus abuelos también la conocieron.

—Sí, pero ella se ha convertido en un mito para ellos.

—Y para mí también. Escúchame. Voy a decirte lo que pienso de tu madre y de tu padre, pues ellos eran semejantes en un sentido muy íntimo y muy profundo, por eso se amaban tanto. Ellos cambiaban lo que tocaban, uno no podía aproximarse a ellos sin sufrir las consecuencias. Eran salvadores.

—Yo quisiera comprenderle bien. ¿Qué era lo que ellos querían salvar, y a quién?

—Primeramente, uno a otro. Estoy seguro de que Víctor se casó con Marta para sacarla de su mundo, de su espacio social, al que él juzgaba severamente. Marta quería salvar a Víctor, aislarle en ella misma, dirigirle hacia su propio cumplimiento, hacer de él un vencedor, fiel a su nombre, una especie de santo. Yo creo que ella soñó siempre en la santidad y que encontró en el matrimonio una posibilidad de poder llegar a ella. Marta hizo todo cuanto pudo para salvarte a ti. Ella tuvo que sufrir horriblemente al abandonar este mundo, en el que dejaba todo un universo suyo que se estaba realizando, pero todavía incompleto, incierto. Ella quiso salvar a los heridos, evitar que la guerra fuese un mal absoluto, derramar en el frente su belleza como agua bendita, su sonrisa, pasear su presencia de ángel sobre aquel fondo de infierno.

—Todos nosotros somos salvadores, sabe usted. Ésa es la medida de nuestra grandeza y de nuestro drama, que es una Imitación. Y esto implica a menudo la muerte, la de los otros o nuestra propia muerte. Soñamos en la eternidad, día y noche, sin darnos cuenta de ello; somos portadores de

ese germen, que nos define, que está inscrito en nuestros genes desde el principio y que un día cumplirá su promesa. Solamente, que salvar no es una promesa para aquí abajo. Nosotros estamos enfermos de impaciencia, esto es todo. Y mis padres no han sido ninguna excepción. Y dicen que yo me parezco a ellos.

—¿No tienes amigos?

—Tengo. Profesores como yo; nos encontramos, leemos y comentamos juntos los libros prohibidos, a los escritores en el exilio; eso es como si escucháramos emisoras de radio extranjeras: eso constituye un delito. La amistad constituye también un delito, que no está mencionado por la ley, es cierto, pero pasearse por la calle, perder el tiempo y charlar, son cosas que se castigan. Y la amistad es todo esto: poder deambular por las calles, por los campos, charlar, perder el tiempo, según ellos; entonces todo es susceptible de infringir alguna ley. De modo que la amistad, el amor, la simple camaradería, leer libros y pensar son vicios antisociales destinados a desaparecer, a fin de que triunfe el hombre sin amigos, sin amor, sin lecturas, sin complicaciones, sin cualidades, el hombre de comportamiento unívoco cuya conciencia ha perdido todo rastro de tentación oposicional, el hombre hormiga, eficaz, productor, el ideal de las utopías. Hacernos perder el gusto de vivir es ya una victoria para ellos, vaciarnos de todo ideal heterodoxo, cortar el contacto con el polo equilibrante, el del espíritu, el de la fe, y luego remplazarlo por la metafísica de la producción y del partido. Ésta es la más grande de las tragedias interpretadas alguna vez en la escena del gran teatro del mundo. Jamás había osado hacerlo nadie, pues ninguna ideología ni ningún poder se han presentado como una ciencia y como un dogma. Ellos también son unos salvadores, a su manera, claro. Todos somos salvadores. Dígame a mi padre que yo no he llegado a perder la alegría de vivir, a pesar de todo.

Alejandro le miró, sus ojos azules reflejando estas palabras, como si lo hubiese comprendido todo, como si estas palabras implicasen una promesa de cambio, una mutación que había empezado ya a producirse, una revolución. Aquel nuevo Víctor que tenía ante él, que no se quería expatriar, que no había perdido la alegría de vivir, era el nuevo país, el futuro con respecto al presente, algo que nadie había sido nunca en el pasado, una nueva posibilidad de salida hacia la verdad, la hipóstasis inédita, otra locura, semejante a los millares de hipóstasis transformadas en historia, testificando la misma oscura traición al hombre, pero abiertas, cada vez más, hacia un inédito de perfeccionamiento, de aprendizaje desde lo alto. La vida se oponía así a la muerte, a las ideologías homogeneizantes, era una nueva versión de la eterna resistencia.

—Yo no he sido nunca un salvador —murmuró Alejandro, con una voz baja y enronquecida, como si tuviera vergüenza de su propio pasado—. Yo he sido y soy un egoísta. Hice la guerra porque me vi obligado a hacerla, y elegí el exilio por puro egoísmo. Yo sólo pienso en mí mismo.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted a Arroyo Salado?

Sus miradas se cruzaron. La diferencia de edad entre ellos había desaparecido. Alejandro se sentía como perdonado; acababa de ser definido de una manera nueva; él se integraba así al gran ciclo de los hombres, de los salvadores que tienen derecho al saludo, no porque llegasen a salvar alguna cosa, sino porque testimoniaban así su condición.

Se pasaron el resto de la noche hablando a este nivel de igualdad que acababan de descubrir, y de buena mañana, en el inmóvil frescor que anunciaba una nueva jornada calurosa, el joven Víctor acompañó a su contemporáneo a la estación.

Durante el trayecto de regreso, encerrado en su preocupación, Alejandro trató de aprenderse de memoria la carta al desconocido padre. De cuando en cuando miraba por la ventanilla la llanura infinita, en la que mucha gente había muerto entre 1958 y 1964, condenados políticos liberados de la prisión y abandonados al borde de los caminos, sin medios de vida, solos ante la Naturaleza, condenados a aquella extraña libertad que les prohibía todo contacto con las ciudades. Ellos mismos se construían chozas, ocupaban la barraca del que acababa de morir, iban en busca de trabajo a los *koljoses* vecinos, aprendían a cultivar legumbres y a apañárselas como robinsones del siglo XX, salvados del naufragio político de la posguerra. Cuando la chimenea de una choza, en invierno, dejaba de humear, ya se sabía que su ocupante había muerto de frío durante la noche. Viudas ilustres, condenadas en plena vejez a este aislamiento y a esta lucha superior a sus medios, habían

sido halladas en su cama, heladas como gorrones, con las ventanas cegadas por la nieve, en el inmenso frío del exilio. Alejandro distinguía aquí y allá ruinas, siluetas en descomposición, montones de vigas, restos de esta tragedia anónima que había sido representada en esta tierra de los hombres, tan cruel como cualquier otra, y tan muda. ¿Por qué habían tenido que morir así aquellas gentes? ¿A santo de qué? ¿Cuál era el sentido de ese sacrificio? La tentación del salvador se le aparecía entonces como la única respuesta posible, como la única llave de esta puerta misteriosa del dolor provocado en nombre de la felicidad, y sentía ganas de desgarrar esta palabra y olvidarla, esta palabra que había sido encarnada por alguien al comienzo de los nuevos tiempos, y que los epígonos, es decir, todos los hombres, habían deformado encarnizadamente.

Entre el tren y el taxi, Alejandro pensó en telefonar a su hermano, pero no se atrevió, valía más no arrastrarle a aquella aventura que él mismo se había elegido a la medida de su riesgo de vivir y que podía terminar en el aeropuerto dentro de una o dos horas, terminarse para siempre. Atravesó, pues, la ciudad, ligero y sin remordimientos, libre y solo en su destino, vagamente orgulloso de la gratuidad de su gesto, definido al fin cara a cara consigo mismo y con sus contemporáneos. Se le ocurrió la idea de volver a ver el centro, *Calea Victoriei*, la casa donde aquella chica le había prometido una enseñanza secreta que él no se había atrevido a aceptar, las calles en que se había paseado con Marta, con Teresa; su vida formaba parte de los cimientos de aquella ciudad, pero él se había convertido en un intruso, un occidental, una persona peligrosa por tanto, un enemigo. De modo que no se movió, ocultándose en el fondo del automóvil, a fin de evitar todo encuentro. Había roto en pedazos la carta de Víctor y los había tirado al water de la estación, llena la memoria de aquellas palabras, que pensaba transcribir cuidadosamente una vez llegado a Roma. «Estas palabras estarán en Roma conmigo, si no habrían sido escritas en vano.» Los árboles que bordeaban la calzada que conducía al aeropuerto habían sido plantados a comienzos de siglo, su padre se había paseado a su sombra, los alemanes habían desfilaro por allí como vencedores en 1916, y como aliados en 1941; los rusos, en 1944. Seguramente los talarían el día menos pensado, para dejar sitio a los automóviles. En aquel momento no había muchos, pues el esfuerzo de la producción estaba concentrado en otras cosas más útiles, menos burguesas. «El automóvil es un medio de comunicación —pensó—, una cosa que se parece a la palabra, tiene que estar mal visto por el régimen. Las calles casi desiertas daban fe de esta persecución.

El empleado miró dos veces la fotografía del pasaporte, dos veces le miró también a la cara, pero acabó por reservarle una plaza. El avión con destino a Roma salía dentro de cincuenta minutos. Buscó un rincón aislado y se sumió en la lectura de un periódico. Las voces, los ruidos, el rugido lejano o cercano de los aviones que emprendían el vuelo o que avanzaban hacia el edificio del aeropuerto, no le concernían en absoluto; le costaba trabajo creer en su buena suerte. ¿Quizá nadie le quisiera mal, nadie se tomara la molestia de pensar en él? Él no tenía nada que reprocharse. «¿Cuál es el motivo de su visita?» «Turismo.» «¿Con qué personas ha establecido contacto?» «Con ninguna.» «¿Ha venido usted simplemente así, por el placer de volver a ver el país, su país?» «En efecto. Mi ex país, porque yo soy ciudadano argentino.» «Sí, pero, según la nueva ley, usted no ha dejado de ser ciudadano rumano. Si estalla una guerra, si ha estallado ya, le necesitamos a usted, va a mandar una lancha rápida y atacará Sebastopol, quiero decir Bahía Blanca; una guerra entre Rumania y Argentina. Entonces, ¿a cuál de las dos patrias va usted a traicionar?» Consultó su reloj. Treinta minutos todavía. El tiempo pasaba a marcha lenta. Mientras él contemplaba las inmóviles manecillas del reloj, los altavoces, que habían dejado de anunciar las llegadas y las salidas, adquirieron un tono familiar y benevolente y pronunciaron su nombre. «Se ruega al comandante Alejandro Cosma...» Él dobló su periódico, levantó la maleta y se encaminó hacia la entrada, con una desdeñosa sonrisa en los finos labios. Sus pasos encajaban con otros pasos. El sendero que él acababa de tomar entre la multitud, distinto de los demás, era muy viejo. Era su propio sendero. Se detuvo, buscó las cerillas en el fondo de su bolsillo, reavivó su pipa que olía a libertad y reanudó su andadura. «No hay por qué tomarse preocupaciones inútiles —pensó—. Teresa está tomando café en la terraza en este momento y los ruidos de la calle suben hasta ella, los ruidos de Roma, de la otra latitud.» Unos pocos pasajeros se dirigían hacia la puerta mágica que les iba a abrir el camino de Roma, prohibido en adelante para él. «No hay por qué tomarse preocupaciones inútiles. He

hecho frente a tempestades... *Managgia la miseria...*

—Y decidme, los gringos..., ¿qué es lo que ha pasado con los gringos?

—No está allí, ya no están allí, don Víctor, a lo mejor se han marchado. A lo mejor se han caído...

—No es posible. Hay que enviar a alguien en su busca. No es posible abandonarlos así.*

Pero sé muy bien que mis lamentaciones no servirán de nada, que es demasiado tarde, que debería levantarme, irlos a buscar, gritarles desde la boca de la mina: « ¡Tengan cuidado! » Ellos están ya, muertos o moribundos, en el fondo del pozo, sacrificados por los indios a su Dios, a sus profundos secretos, víctimas de su pertenencia a la raza de los invasores. No tengo derecho a intervenir, pero, ¿cómo dejar morir así a unos seres humanos? Unos bandidos o unos malditos, sin duda, todos somos unos malditos... Perdóname, Dios mío, mi vida sólo pende de un hilo, tengo continuamente la impresión de estar zozobrando y de precipitarme en el mismo pozo. La muerte explica la vida y la justifica, La necesidad trágica..., ¿quién llamaba a esto «la necesidad trágica»? Domingo, ten piedad de esas gentes. Marta, ¿no puedes tú intervenir en su favor?

Hubo algo así como un vago escalofrío en la pequeña multitud que había invadido la casa y el jardín, en esa actitud de recogimiento protector y temeroso que nos impone la muerte de los otros, el misterio indescifrable que nos incluye a todos a la vez y nos puebla de imaginaciones. El cadáver yacía en una cama, en medio de la habitación, las manos cruzadas sobre el pecho, los cabellos esparcidos sobre la almohada. Alguien, las mujeres de la vecindad que se encargan siempre de semejantes menesteres, las «madres» de quienes habla Goethe y que dirigen la marcha secreta del Universo, por lo menos bajo ese aspecto mágico y familiar de la muerte, alguien había arreglado el decorado como de costumbre, había lavado y vestido a la difunta; otro, probablemente la misma persona, sollozaba en nombre de todos o del género humano, disfrazada de negro de circunstancias, al pie de la cama. Michel volvió la cara en el momento en que ese movimiento apenas perceptible se producía entre las personas que llenaban a rebosar la habitación, y se precipitó hacia los recién llegados, tras un momento de vacilación, durante el cual toda la historia de su vida, iniciada en Dumitresti, y Marta toda entera estuvieron presentes en su memoria inmediata. Se abrazaron durante largo rato.

—No —dijo Michel, en respuesta a la inquieta mirada de Ovidio.

Lo cual quería decir: «No, no es mi mujer.» O bien: «No, el asesino no he sido yo, a despecho de todo, a pesar de la miseria y de lo bajo que he caído en este tiempo.» Los acontecimientos se habían tornado incomprensibles para él, el ritmo que ellos habían tomado rebasaba su poder de resistencia; sentía deseos de huir; pero, ¿a dónde? ¿Con qué objeto? ¿A santo de qué? La muerte de Lisi, la entrada en la soledad, el encuentro de Milagros, la elección de Sebastián Pargu, que acababa de asesinar a Graziella y de desaparecer, la ruleta de la muerte en Tigre, la aparición de Irene... todo aquello olía de algún modo a mala suerte concentrada, o a elección. Estaba tentado de decirse: «He sido elegido para sufrir esto, con una finalidad que escapa a mi comprensión, es cierto, pero que me rodea con sus voces indescifrables, sonoras y eficaces.» O bien: «Soy el centro de una tempestad, tonta, inconsciente, mas pujante y seguramente destructora. Siento deseos de resistir. Y siento deseos de sucumbir en ella.»

En este momento un flash deslumbrador hizo estremecer a los curiosos, luego otro. Un joven, con una libreta de notas y un bolígrafo en la mano, dirigiendo al fotógrafo a través de la gente, se acercó a los tres amigos.

—Usted es el escritor Ovidio Bunesu, ¿no es cierto? le he reconocido inmediatamente. Permítame... del periódico *La Prensa*. Me encantaría disponer de usted, aunque sólo fuera durante unos minutos. Es muy importante. Una interviú relámpago. ¿Me lo permite?

—Sí —respondió Ovidio, con sorpresa de Ion.

* En español en el original. (*N. del T.*)

—Haga el favor de seguirme. Solamente un instante.

—Voy a hacerle unas declaraciones inolvidables —añadió Ovidio en rumano, haciendo un guiño a sus amigos—. Volveré en seguida. Tenemos mucho que decirnos.

Siguió al periodista a la habitación contigua y se sometió, de pie, al siguiente interrogatorio:

—¿Viene usted para dar algunas conferencias?

—Estoy en viaje de estudios. Escribo un libro cuya acción se desarrolla en Argentina. No conozco su país, de modo que he venido a informarme, a echarle una larga ojeada, por así decirlo.

—¿Qué piensa usted de la nueva novela sudamericana?

—Es lo mejor que se hace en estos momentos. Considero que Borges, Marechal, Cortázar, Rulfo, García Márquez y Carpentier son los escritores más representativos de nuestro tiempo. El idioma español está viviendo, gracias a ellos, un nuevo siglo de oro.

El periodista tomaba rápidamente notas en su libreta, con aire visiblemente satisfecho. Esta interviú era un éxito. ¡Sensacional!

—Discúlpeme. ¿Por qué renunció usted al premio aquél, hace cosa de diez años?

—Ya he contestado frecuentemente a esa pregunta. Lo haré de nuevo en homenaje a su periódico. Para cubrir de vergüenza a los falsos jueces, a los que se permiten dividir el mundo en ángeles de izquierdas y demonios de derechas, los desechos medievales que están en el poder, los conformistas de la nueva inquisición.

—Se dice que es usted de derechas. Cómo...

—¿De derechas? Yo soy *la derecha*, es decir, la *derechura* contra lo que no es recto. Y soy la izquierda viviente, el corazón que late, la plenitud. Lea usted mis novelas y se dará cuenta de la medida en que lo que se dice coincide con lo que soy. Y ahora le voy a confiar un secreto. Mas esto, evidentemente, ha de quedar entre nosotros; se lo digo por pura amistad.

El periodista había acabado por enervarle, y Ovidio se vengaba de él a su manera, sabiendo que iba a hacer público el falso secreto.

—Puede usted confiar en mí.

—No lo dudo. ¡Gracias! He aquí de qué se trata: me encuentro en la América del Sur para organizar la contrarrevolución. No en Argentina, sino en un país vecino. ¿Lo ha pescado usted?

—Lo he pescado. ¿De veras?

—La contrarrevolución organizada por la derecha internacional y por las izquierdas nacionales. ¿Lo atisba usted un poco? La *derechura* en movimiento. Porque yo no soy tan sólo un escritor, sino también un jefe nato, un agitador; yo soy el anarquista constructor, el que vuelve a poner las cosas a punto, el hombre político de los nuevos tiempos futuros, la bomba-espíritu. La Humanidad entera está reaccionando, volviendo a entrar en un ciclo reparador, después de siglos de crímenes y de atentados contra la esencia humana. Yo soy el anunciador y el realizador de esos nuevos tiempos, el novelista creador de tiempos y espacios inéditos. Tomaré mañana el avión de Asunción, y desde allí, recuerde usted este nombre, tendrá usted noticias mías.

—No sé cómo darle las gracias. Sus declaraciones son sensacionales.

—Y secretas. Absolutamente secretas. No lo olvide.

—Puede usted confiar en mí.

Y desapareció, entre un mar de gracias y de reverencias. Se oyó el golpeteo presuroso de las puertas y la huida de un automóvil al máximo de su velocidad, diluyéndose rápidamente en la lejanía. Graziella tenía el aspecto de estar durmiendo. «Ella está rondando por la habitación —pensaba Michel—, a nuestro lado, satisfecha de lo que le ha pasado y de esta publicidad inesperada; pero la censura trascendental nos impide comunicarnos.» Él creía en la psicofonía, en las voces del más allá, que nuestro oído normal no es capaz de registrar; en el antiuniverso de los físicos, que era para él el otro universo, paralelo e imperceptible, el de aquello que nosotros llamamos con un nombre falso: la muerte.

—Venid a mi casa —dijo Michel, en el mismo momento en que Ovidio volvía a la habitación mortuoria.

La presencia de sus amigos le había vuelto casi pueril en sus gestos; se sentía protegido, salvado de un largo naufragio, pronto a volver atrás, a borrar la negra escritura de los años y de los

acontecimientos, a retornar a Dumitresti y a Necule, más allá de la guerra, y de Lisi, y de todo cuanto había llenado su vida. La emigración era expulsada también de su existencia de un plumazo, como una falta de ortografía.

Pasaron entre la gente, que les abría paso con respeto; se oía flotar aquí y allá, como restos de los flashes, el nombre de Ovidio. Se instalaron, en medio del desorden que reinaba en el salón, en derredor de una mesita baja, donde tres sillones hablaban todavía de la forma de una familia que había dejado de existir y de la soledad del esposo y del padre abandonado.

—No tengo nada que ofreceros.

—No te preocupes. Almorzaremos en el aeropuerto. Partimos inmediatamente hacia Salta, para ver al padre Castellani, que sabe la dirección actual de Víctor. Vienes con nosotros. Iremos en busca de Víctor. Su hijo vive en Rumania. Puedes acompañarme luego a Polop y quedarte allí un mes o dos, yo te buscaré alguna cosa que hacer, o te vuelves a Buenos Aires, si España no te agrada. Lo decidirás tú mismo. Lo importante es encontrar a Víctor.

—Pero yo no puedo, de veras que no puedo...

—¿Qué es lo que tú no puedes?

—No puedo creer que estáis aquí, en mi casa, aquí mismo, en Argentina, que sois las mismas personas, los mismos amigos, que estos dos fragmentos de vida son la misma vida, que nuestro encuentro en Dumitresti tenga nada que ver con vuestra presencia aquí. Voy a volverme loco. Y, no obstante, os reconozco; ¿no es verdad que sigo siendo Michel, a despecho de mis kilos y mis años de más?

Reía al borde de las lágrimas. «Va a sufrir una crisis de nervios, está a punto —pensó Ion, preparándose para intervenir, lanzando una ojeada a su maleta, donde guardaba siempre una caja de medicamentos para casos de urgencia semejantes—. Está visiblemente al límite de sus fuerzas, seguramente ha llegado a niveles tan bajos que ni siquiera puedo imaginármelos. Pero también ha tenido sus consuelos. Es el introvertido donjuanesco, lo veo en sus miradas, que solamente explota hacia el exterior por el lado de las mujeres, al que los hombres temen, del que tienen celos y al que impiden vivir, aquél cuyo aspecto no vale gran cosa, el hombre incapaz de alcanzar el éxito, pero al que las mujeres adoran mimar y favorecer, el niño viril, el niño besador, como Eros.» Pero Eros acababa de agotar sus debilidades, él comenzó a contar el filme de aquellos últimos días, después de la muerte de Lisi, lo que le hizo adoptar poco a poco actitudes de personaje principal.

—No os seguiré en vuestras búsquedas —dijo—. Me quedo aquí, clavado a lo que podría denominar mi fidelidad al destino. El asesino ha matado por celos, pero quien completa el binomio a eliminar soy yo, pues lo más seguro es que me sorprendiera el otro día charlando con Graziella por encima del seto, o bien fue ella misma la que le reveló la existencia de nuestras relaciones. Sí, Graziella era mi amante, esto parece sorprenderos un poco. Yo soy el infiel por excelencia, yo he engañado frecuentemente a Lisi, por motivos que serían muy largos de contar; esto me ayudaba a soportar mi vida, me consolaba, me llenaba de poder, es decir, de lo que carecía, de un poder ficticio y engañador, el que ciertos hombres tienen sobre las mujeres y que nos puede servir de coartada en una vida de sinsabores y fracasos. Graziella tenía la manía de su propia grandeza, ha querido terminar gloriosamente su vida de conquistas y hacer hablar de ella. Al revelar nuestras relaciones a Pargu, que es un hombre primitivo, con sed de sangre y de venganza, ella le ofreció la posibilidad de realizar un crimen justificado, y a sí misma la de convertirse en heroína sentimental en los periódicos de Buenos Aires. En fin, estoy seguro de que Pargu volverá sobre sus pasos para buscar el otro extremo del hilo, lo que completará su justificación de ser. Él tratará de matarme. Es posible que me equivoque. Pero no puedo dejar de afrontar su revólver, que, del mismo modo que para Graziella, puede transformar mi pobre vida de perro perdido en una apoteosis moderna. No soy ningún loco, tú no me mires así, querido Ion. Sólo soy un pobre hombre, tentado por el demonio de la publicidad póstuma. Cuando regreséis de Salta, después de haber encontrado a Víctor, venid a buscarme. Digamos dentro de unos cuantos días. Si el asesino no ha cumplido con su deber, o si ha fracasado, te seguiré a Europa —concluyó, dirigiéndose a Ovidio—. De todas maneras, como ves, estoy dispuesto a volver a comenzar a vivir, de una manera o de otra.

—Tenemos el derecho de retenerlo aquí indefinidamente, su pasaporte y a usted mismo.

—¿El derecho?

—La nueva ley nos lo permite. Ya se lo dije el otro día; ayer, si no me equivoco.

—Yo ignoraba esa ley.

—Usted sabe muy bien que nadie puede permitirse ignorar las leyes. Éste es un principio muy viejo. No somos nosotros los que lo hemos inventado. Usted debiera haber pasado por nuestro consulado en Roma y, mediante una suma en dólares, hubiese obtenido el permiso necesario para renunciar a la ciudadanía rumana y convertirse, también para nosotros, en un ciudadano de la República Argentina. Era muy sencillo.

Alejandro no pudo por menos de reírse, detrás de su pipa. Cierta satisfacción flotó durante un largo momento sobre su cara.

—¿Esto le hace sonreír? —inquirió el oficial.

—Pase usted por nuestro consulado y mediante una suma de diez mil dólares adquiera al título de marqués o de conde. Me refiero a la República de San Marino, no a ustedes, claro está.

—No estoy aquí para dar lugar a esas ironías.

—Yo tampoco.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Cada uno hacía su juego. «Él quiere meterme miedo —pensó Alejandro—, para obtener de mí alguna cosa, pero yo se la he dado con queso al muy imbécil, eso valía la pena de haberlo vivido.» «Él tiene cara de no tener miedo —pensó el oficial de la milicia—, debe de tener mano con alguna persona importante.»

—Veamos, comandante, ante todo me excuso por haberle hecho perder el avión.

—Estoy de vacaciones. Tengo tiempo. Soy libre, como suele decirse en nuestro país.

—¿Puedo preguntarle por qué ha venido usted esta vez? ¿Por qué fue usted a Dumitresti el año pasado? ¿Por qué tomó usted el tren para Arroyo Salado ayer por la tarde? ¿Ha vuelto a ver a la familia Magura?

—Por razones sentimentales. Pasé allí los últimos días de la guerra. Una mujer, que desempeñó un gran papel en mi vida, murió allí. El joven Víctor Magura es el hijo único de esta mujer y de mi amigo, al cual no logro encontrar. No hay en ello ningún misterio.

—¿Era usted portador de algún mensaje?

—¿Qué género de mensaje? Pero... ¡usted lo enfoca todo, las ruedecillas más normales de la vida, bajo un aspecto político y policíaco!

—Ése es mi oficio.

—Pero no el mío. Veamos, señor comisario, señor policía, mi capitán —corríjame, por favor—, trate usted de juzgar con mi cabeza, esto también forma parte de su oficio. Yo soy un marino. Viajo mucho. Estoy casado. Ovidio Bunescu es amigo mío. Me voy a retirar dentro de unos años y voy a pasarme el resto de mi vida en algún sitio al lado del mar, en un país donde se deja respirar a gusto a la gente. Amé a una mujer en Rumania, hace ya más de un cuarto de siglo. Jamás me he metido en política, yo no pienso en liberar a Rumania, como se dice, porque Rumania ya no es mi país. Yo soy el ciudadano tranquilo y sin complicaciones. Y usted quiere a toda costa transformarme en un héroe de novela de espionaje porque me he ido a inclinar sobre la tumba de una mujer muerta en 1944 y porque he tenido ganas de ver a su hijo. Es increíble. ¿Qué es lo que quiere usted de mí en realidad? Dígamelo antes de que yo lo adivine. Yo he sido franco con usted. Séalo usted también a su vez, si es que puede serlo.

El comisario sonrió, lo cual quería decir: «No puedo serlo.» Y respondió:

—Seré franco con usted. Necesitamos algunas informaciones.

—¿Es éste el precio de mi retorno a Roma?

El oficial inclinó la cabeza, casi imperceptiblemente. Alejandro razonó de esta manera, con la rapidez de un ordenador: «Yo diré sí, puedo facilitarles informaciones (de quién y de qué), lo cual me permitirá escapar y, una vez llegado a Italia, hacer caso omiso de mi promesa. Ellos no pueden

hacer nada contra mí, una vez al abrigo de sus garras.» Tuvo un vago deseo de aceptar el trato y burlarlos luego, lo que significaba reducirlo todo al mismo nivel absurdo, ensuciarse las manos al entrar en el juego, aunque fuera mentira, y luego una segunda vez, al salirse de él, siempre de mentira. Aquello implicaría la adhesión a una caída moral. «Es posible que el oficial de policía no ambicione otra cosa que mancharme.»

—Usted sabe sin duda muchos detalles acerca de mi vida, mi familia, mi comportamiento durante la guerra, mi mujer. ¿Sabe usted que hay hombres capaces de preferir lo que se denomina el honor a lo que se denomina la vida?

—¿No acepta usted?

Alejandro sonrió, con mucha bondad, o indulgencia, como si acabara de regalar a su interlocutor su pipa o alguna otra cosa del mismo valor inestimable, mientras hacía «no» con la cabeza o más bien cerrando los ojos, como si su negativa fuese una separación. Silencio, de nuevo, bruscamente interrumpido por el rugido de un avión que acababa de tomar el camino de los aires, probablemente el suyo. Un olor a keroseno invadió la habitación, mal aislada de las ráfagas del exterior. Ese olor tan conocido era el de todos los aeropuertos; Alejandro se acordó del de Ámsterdam, ¿por qué de aquél antes que de otro?, de un encuentro de fútbol al que había asistido ante un televisor, mientras esperaba el avión de Roma, dos años atrás, de los gruesos diamantes en las vitrinas del primer piso, encima de la sala de espera, de la botella de «Cherry Brandy Bols», con etiqueta azul y roja, que tanto le gustaba a Teresa...

—Usted no quiere ayudar a su país, a su pueblo...

—No puedo. Debería usted comprenderlo. Debía haberlo comprendido usted desde el primer momento. Hay rostros más volubles que una lengua.

—Lo sé. Excúseme usted. Cumpló con mi deber lo mejor que puedo. Un deber que no es muy agradable que digamos. Si supieran ustedes cómo les envidiamos...

Estas últimas palabras le habían costado un gran esfuerzo, él hubiera preferido no haberlas pronunciado; dejó de mirar a Alejandro y lanzó una rápida y nerviosa ojeada por la ventana que daba a los hangares. «Cómo les envidiamos» significaba a los exiliados, a los que no vivían en el país, a los que eran libres de elegir su empleo, su residencia, su patria.

Ser policía, incluso en un régimen como aquél, empezaba a dar qué pensar y a plantearse problemas. La evolución consistía en el fondo, no en apartarse de la URSS, apartamiento ilusorio o demasiado arriesgado, sino en forjarse una fisonomía interior adaptada al modelo de aquellos que se habían expatriado. La envidia quería decir un nuevo deseo de vivir.

—Yo conozco a alguien —respondió Alejandro, a fin de llenar con palabras el penoso vacío que siguió a la inesperada revelación— que no nos envidia. Que no desea expatriarse. Que ha encontrado en su interior un maravilloso equilibrio.

—¿Puedo saber de quién se trata?

—No. Esto podría ocasionarle sinsabores.

El comisario cogió de nuevo el pasaporte y lo hojeó con gesto profesional y fatigado, lo cerró luego bruscamente y se lo tendió.

—Su próximo avión sale dentro de tres horas. Tendrá que hacer transbordo en Milán. Le presento mis excusas por haberle hecho perder el precedente. ¿Puedo pedirle que tenga usted la bondad de olvidar nuestra conversación?

—No será cosa fácil.

—Lo sé.

—Lo intentaré.

Se dieron un apretón de manos por encima de la mesa de escritorio, cada uno de ellos sumido en su incertidumbre.

Ovidio se quitó las gafas con gesto maquinal, al no tener sombrero que quitarse. Sentía la necesidad imperiosa de descubrirse ante aquel hombre vestido de negro que le imponía respeto y veneración, volvió a poner las gafas en su sitio y apoyó las manos en el respaldo de la silla de madera, en una actitud de defensa y de contemplación.

—*Tome asiento, hijo. Usted también.**

Dijo el anciano, indicándole otra silla a Ion, que había iniciado ya su juego psicoanalítico y, retirado a su mutismo, intentaba penetrar más allá de las apariencias. Si aquel sacerdote era elevado un día al pontificado, la Iglesia, tal y como ella era en aquel momento, se derrumbaría en pocos días. «Él es de la familia de los reformadores y de los insumisos, y, en cierta medida, me da miedo. Él echaría del templo a todos, menos a los santos. Ninguna Iglesia se dejaría edificar sobre semejante roca. Ninguna Iglesia está en condiciones de resistir al tiempo, a las traiciones de los fieles, a los falsos doctrinarios, si no ha sido capaz de engendrar semejantes sacerdotes. Él es blanco, negro y macizo como una estatua. Sus ojos me registran. Por eso tengo miedo. ¿Por qué he seguido a Ovidio por este camino? el conocimiento de este hombre está basado en la lectura, la fe y la intuición. Ésta es la especie más peligrosa, la que desprecia a los profesionales del alma, a los psicoanalistas, a los políticos en mangas de camisa o en sotana. Si yo fuera su obispo le eliminaría, de una manera o de otra.»

Se hallaban en una habitación muy austeramente amueblada, en la planta baja del obispado de Salta. Todo era blanco en aquella ciudad: las casas, los gauchos, las llamas, al igual que las paredes de esa habitación en la que el padre Castellani acababa de recibirlos. Él conocía los libros de Ovidio, se sentía visiblemente dichoso de tenerle en su casa, de contarle su historia y de hablarle de Víctor. Ovidio había oído hablar de él frecuentemente como del antiargentino más célebre, el hombre que adoraba a su país, aun fustigándolo en sus escritos, el monje que se había rebelado contra su orden, había sido llevado por sus superiores al borde de la locura, jamás se había retractado —nunca se le había echado en cara ningún reproche concreto— y había hallado finalmente refugio junto al obispo de Salta, amigo y admirador suyo. Él estalló como una bomba en medio mismo de la conversación, que parecía proseguir a un ritmo sereno y cortés. Ion fue incapaz de reprimir un estremecimiento.

—La Iglesia es perseguida y reprimida en toda la Tierra, ¿se dan ustedes cuenta de ello? Ella ha sido obligada a elegir de nuevo las catacumbas, lo mismo en Rusia que en Occidente. El Papa ya no es más libre y dueño de sí mismo que el Patriarca de Moscú. Todo cuanto pasa en estos momentos en la Iglesia Romana ha pasado en Rusia en los tiempos de Lenin y de Stalin; la están destruyendo, corrompiendo, esta vez desde dentro. Con una diferencia: mientras el materialismo leninista y estalinista la atacaba de frente, la aniquilaba sin hacerse el menor reproche, a la faz del mundo, incendiando los templos, deportando y asesinando a sacerdotes y monjes, desencadenando y organizando la propaganda atea en un Estado que proclamaba abiertamente su ateísmo, el materialismo democrático o capitalista, o como quieran ustedes llamarlo, emplea otros medios para llegar al mismo fin. ¿Qué opinan ustedes de ello?

—Yo tenía mis dudas. Esto es fácil de ver, por otra parte: el nihilismo universal en que nos estamos hundiendo desde comienzos de siglo no podía dejar de incluir a la Iglesia, o a las Iglesias, como dice usted. Pero el fin está lejos...

—Yo soy más pesimista que usted. El Apocalipsis llegará mañana mismo, no tardando mucho. Usted piensa sin duda que tendremos una nueva revelación, ya que hemos rebasado el signo de Piscis y vamos a entrar pronto en el de Acuario, incluso lo he leído en alguno de sus escritos. Usted forma parte, como el otro Ovidio hace dos mil años, de los que esperan la primavera. Sabe usted, yo leo todo cuanto usted publica, es usted el único escritor en el que tengo fe, por así decirlo. Pero es usted demasiado joven todavía, permíteme que se lo diga, para juzgar al mundo bajo su aspecto real. El fin parcial no existe. No habrá una nueva revelación. Será el propio Cristo el que venga para inaugurar lo que Él anunció ya: el reino absoluto del bien sobre el mal, el fin de esta *época* o paréntesis que nosotros llamamos el mundo real y que ha sido un valle de lágrimas, cuya finalidad ignoramos. Y ésta es mi última esperanza de curioso, entre monje y lobo, y que tan cara me ha costado. Mas volvamos a la Iglesia. No sólo hay una Iglesia perseguida, tanto en el Este, como en el Oeste, sino también una Iglesia en el exilio, una esencia alejada, condenada a huir más allá de los hombres.

* En español en el original. (*N. del T.*)

—No de todos. Víctor Magura es uno de los que llevan la Iglesia en sí mismo, quiero decir la fe, un fragmento de la roca indisoluble. ¿No es así, padre? ¿Qué sabe usted de él?

—El no está lejos de aquí.

Ion escuchaba en silencio. Hubiera querido intervenir en la conversación para pedir aclaraciones, pero su conciencia de psiquiatra se lo impedía. De manera que se agotaba en respuestas interiores, en acusaciones, pues cada psiquiatra es un sacerdote laico, que no desea otra cosa en toda su vida que un encuentro definitivo y salvador con un sacerdote auténtico, capaz de escuchar su confesión y de absolverle. Unas luces se encendían en él, muy lejos, se apagaban y se volvían a encender. No osaba respirar, concentrado en este parto interior.

—Su amigo —prosiguió el monje— se halla en San Antonio de los Cobres, en los Andes, desde hace ya mucho tiempo. Ha dedicado su vida a los indios. Acaba de regalarles sus últimas gotas de sangre. Conozco bien su historia. Me ha hablado de su mujer y de su trágica muerte en ese pueblo, en su país de ustedes. Es necesario que se den ustedes prisa, si quieren encontrarle aún con vida. Mañana por la mañana tendrán ustedes un tren para San Antonio. Hay otro esta noche, pero no tendrían ustedes dónde alojarse. Les aconsejo pasar la noche en Salta y partir mañana por la mañana.

—Su hijo, que él cree muerto, vive en Rumania. Quisiera darle esta noticia antes...

—Lo comprendo. Han llegado ustedes quizá demasiado tarde. Los alivios de ese género llegan habitualmente demasiado tarde. Yo no sé si una noticia como ésa es capaz de hacerle un bien o de turbarle. Pienso que él ha llegado a un equilibrio, como algunos de ustedes.

Hubo un silencio. El sol del invierno tropical daba al blanco de las paredes unos reflejos violentos, casi insoportables para la vista.

—Me puse en camino en busca de mi amigo Víctor —dijo Ovidio tras unos instantes de reflexión—. Pero a quien yo buscaba era a usted. ¡Muchas gracias, padre!

—No hablemos más de ello. A quien usted buscaba no era ni a mí ni a su amigo. Se buscaba a sí mismo.

—En tal caso, he hecho este viaje en vano, porque no he hallado nada.

—¿Está usted bien seguro de ello? Además, ese viaje apenas ha empezado.

Quedé inmediatamente sorprendido por su actitud. Ellos me tomaban por un ser venido de otro mundo, y yo también los contemplaba como si ellos no fueran seres humanos, como si no pertenecieran a mi tiempo ni a este planeta. Un hombre y una mujer, detrás de ellos unos niños atisbando por los intersticios de un seto, una cabaña al fondo, unos árboles. Vestidos como sus antepasados, mas corrompidos ya, vistiendo pedazos de tela fabricada por los blancos en la ciudad; aquello ponía unas manchas en aquel fondo milenario, los sellos de la sumisión, que hacían aún más trágica su presencia ante mí. Pero eran sus ojos los que abrían el abismo entre nosotros (mis ojos, por mi parte, les hacían medir la profundidad del mismo abismo), unos ojos llenos de miradas consagradas a una insoportable no aceptación. Me tenían ante ellos, pero se negaban a integrarme en su universo, como si yo fuese un increíble fantasma, la encarnación de un miedo ancestral, que habían decidido no tomar en serio, de la que ni siquiera querían tomar conciencia. Ellos me mataban por medio de la indiferencia. Eso no era humano. No nos movíamos, yo quería tender la mano, establecer un contacto; pero, ¿cómo hacerlo, si para ellos yo no existía, si no consistía en nada? Si no, me habría convertido en seguida en terror inmediato, en deseo de huir y en amenaza de muerte. Yo sabía que ellos no tenían razón alguna para odiarme o ignorarme, mas sabía también que, desde el fondo de su sangre, yo subía hacia ellos cargado de amenazas y de injusticias. Yo era uno de los conquistadores de antaño, uno de aquellos que habían hecho pedazos su manera de ser, obligándoles a aceptar una nueva religión y a retirarse al fondo frío de las altas montañas. Entonces comprendí lo que eso quería decir: estas gentes que no querían saber nada de mí, tomándome por un enemigo, y los actos que fundamentaban esa actitud, desde la muerte o el incendio o las cadenas que habían

sellado el miedo en la sangre de sus antepasados, hasta la muerte de Marta, formaban un mismo bloque de sufrimiento, todo esto era contemporáneo, yo mismo era su contemporáneo y compatriota. Esto se había convertido en un ritual, los hombres no podían vivir de otro modo, no había otra salida, y yo tenía que dedicarme a juntar lo que había sido separado, intentarlo aquí mismo. Por eso pasó lo que pasó y yo me encontraba en Salta, al norte de Argentina, justamente debajo del Trópico de Capricornio, en plena región india, que había pertenecido en tiempos al Imperio de los Incas. Era evidente para mí que mi vida sólo tenía sentido proyectada sobre esa geografía de la reparación. Di un paso hacia la pareja. Ellos no se movieron, atravesándome con sus miradas. El crepúsculo caía lentamente, rico en colores maduros, en fragancias de todo género. Vi una llama blanca, atada junto a la cabaña; la escena se hizo simbólica. Yo me hallaba en los antípodas de mi historia y de mi espacio, tan lejos cuanto era posible de todo lo que yo había sido, de todo lo que yo había tenido, y este alejamiento, en apariencia ilógico, respondía a una vieja pregunta, acababa de señalar un comienzo. Había unas anonas colgando de las ramas de un arbolito, justo al lado de la puerta, verdes y relucientes, completando el cuadro exótico, enriqueciéndolo de algo inédito. Todo era nuevo para mí. Estos indios sorprendían mi imaginación con toda su fuerza de lo nunca visto. Su tragedia ponía un acento nuevo en el tema de la incomunicación, acerca de la cual se seguía discutiendo en Europa como si se tratara de un absceso intelectual que el existencialismo había hecho bastante con abrir y desinfectar. Aquí, yo lo volvía a encontrar en plena autenticidad humana, lejos de las estupideces de la inteligencia. De tiempo en tiempo, por fortuna, aparece un artista y lo reduce todo a polvo y a obras maestras.

Este enfrentamiento duró algunos minutos, que pasaron muy lentamente. Yo estaba concentrado en mí mismo, veía de nuevo la muerte de Marta, tu muerte al borde de la carretera de Dumitresti; yo contemplaba la entrada de los soldados extranjeros en la calle del pueblo rumano, pero también en estas montañas, el tiempo volvía a ser uno, el mismo, lo mismo que el sentido de la acción humana, que se cumple en la perfección del amor, tan raramente, y en la profundidad sangrienta de la guerra. Avancé un paso. Otro más. La indiferencia fue desapareciendo de sus rostros, tomando de repente el aspecto de la inquietud. Los dos indios esbozaban ya el gesto de la retirada. Acababan de tomar conciencia de mí a través del miedo que mi acercamiento provocaba en ellos. Yo estaba allí para hacer el mal.

Entonces caí de rodillas en el polvo del camino.

Michel acababa de telefonar desde Buenos Aires, donde había recibido un telegrama de Alejandro. El hijo de Víctor no quería marcharse de Rumania. Aquello era más claro que una larga carta. Ellos comprendieron en seguida la razón, y eso acabó de llenarlos de una curiosa soledad. ¿Ocultárselo o confesárselo al día siguiente a Víctor, si le hallaban todavía en estado de entenderlo?

Habían reposado en el «Hotel Colonial» durante la tarde y se encontraron de nuevo en el vestíbulo para ir a cenar. Mientras lo hacían, Ovidio fue llamado otra vez al teléfono. El poeta local, Castillo, se ofrecía como guía, de parte del padre Castellani, para mostrarles la ciudad durante la noche, contarles su historia y hacerles compañía. Él deseaba asimismo que Ovidio le firmase un ejemplar de la última novela suya, cuya traducción al español acababa de aparecer.

El poeta vino a buscarlos a las ocho y media de la noche. Bigote y barbita negros, bordados en plata, miradas profundas, ancha frente sufriente y luminosa, llevando encima el dolor humano, doquiera igual a sí mismo, imposible de eludir, incluso allí, en aquel rincón de provincias sudamericano, que parecía prometido al contacto directo con el paraíso. Bastaba con una presencia representativa, la del padre Castellani y la de aquel poeta, que cantaba sin duda su soledad y su desesperación, para que la ciudad se situara sin remedio en su espacio universal. Ovidio se sintió feliz al conocerle, y se lo dijo sin andarse por las ramas. El conocimiento de un ser humano, la impresión de haber hallado en él a un amigo para siempre, un punto de apoyo en el espacio del sufrimiento, alguien a quien escribiría un día una carta importante y que le contestaría,

constituyendo así un puente de inteligencia comprensiva por encima de la mar salvaje, lo turbaba en la medida en que un ser así le abría sin duda una nueva ventana, una perspectiva hacia un fragmento de universo desconocido. Y así fue inmediatamente, con una espontaneidad que parecía completar a toda prisa el fin de aquella aventura.

Dieron la vuelta a la catedral, por debajo de las palmeras, caminaron a lo largo de los escaparates, la dulce noche los envolvió en su misterio vegetal. El poeta hablaba casi sin interrupción, en un francés bastante correcto, a fin de que Ion pudiera tomar parte en la conversación. Su mirada o sus rasgos, a causa de su blanca frente o de su barba cortada en tristeza, llevaban un sello, tan terriblemente argentino, que obligaba a creer en el suicidio inmediato de aquel que lo llevaba de manera tan ostensible en su rostro y en sus gestos, o en el matiz involuntariamente lúgubre, irónico y resignado, de sus palabras. Él les habló de la hazaña de los gauchos de Güemes, cabalgando en la Quebrada de Humahuaca, para liberar la ciudad, a comienzos del siglo pasado. Enumeró las riquezas y las bellezas de la región, hizo alusión a sus poesías, que Ovidio quiso inmediatamente escuchar. Buscaron un café bajo los pórticos, donde un teléfono pegado a la pared sonaba en vano, delante de los taxis, cuyos conductores no lo oían o hacían como que no lo oían, o estaban bebiendo un trago. Ovidio se detuvo delante de una puerta abierta que daba paso a una taberna apenas alumbrada y que parecía vacía.

—Esto no es ningún café. Es tan sólo una taberna, nada más. Aquí mascan la coca —indicó Castillo.

—Entremos.

Se sentaron, titubeando, en torno de una mesa. Una luz azulada caía de un tubo de neón bastante añejo, iluminando un interior de silencio. Unos hombres, acodados, parecían dormidos, abiertos los ojos hacia lo que los demás no veían. Un mozo, semidormido también él, les trajo lo necesario. Un plato con unas hierbas secas que tenían que manipular con los dedos, como un cigarrillo, mas dándole la forma de una gragea rectangular y echándole un polvillo de bicarbonato. Se introducía esta mezcla encima del maxilar superior, entre los dientes y los músculos de la cara, como un tampón de dentista, se dejaba el tiempo necesario para que la saliva impregnase el contenido, y de vez en cuando se apoyaba allí la punta de la lengua. El jugo que salía tenía un gusto de tisana y de bicarbonato, y servía para excitar la imaginación y reforzar el sistema nervioso, cargándolo de una energía nueva. Castillo no lo tocó. Comenzó a recitar un largo y hermoso poema, que parecía que no iba a terminarse nunca, acompañando así el sueño o la somnolencia de los dos extranjeros. O bien recitaba poemas más cortos, que él encadenaba el uno al otro, sin que su auditorio se diese cuenta. Eran unas aguas que caían, grises y compactas, sobre un mundo de soledad. La coca no parecía hacer efecto alguno en Ovidio. Más bien tenía sueño. Él escuchaba a Castillo con interesado oído, pero no llegaba a dar un sentido a sus versos. Su lengua se cansaba de apoyarse en el tampón, que estaba tentado de escupir, cuando se sintió como elevado y llevado sin querer al centro de sí mismo, allí donde le esperaba una Marta esencial, la de su último encuentro amoroso, la que él no quería nunca resucitar. Aquello era como un principio de hipnotismo.

Había sucedido en Nikolaiev, en plena retirada, nueve meses antes del nacimiento del hijo. Él se alojaba en casa de una viuda, al extremo de la ciudad más alejado del río. Marta iba a verle a veces, por la tarde, cuando se concedía un momento de respiro en su trabajo en el hospital. Una Marta enflaquecida, convertida en una especie de síntesis de aquella que él había conocido antes de la guerra, la tez pálida, ojerosa a causa de las largas veladas bajo las bombas, a la cabecera de los moribundos; una Marta de manos demacradas y rugosas, con largos dedos buscadores, con cabellos impregnados de extraños efluvios de desinfectantes y medicamentos. Una Marta modificada por la sangre infame y heroica de la guerra. Ella se tendía sobre él y le respiraba durante largo rato, su boca y su nariz hundidos en su cuello. «Tú hueles a vida», murmuraba ella. Él no la había conocido nunca tan cercana, tan auténtica, tan apartada de sus parodias superficiales y sociales, convertida en lo que ella era realmente por aquella prueba que ella misma había buscado y que rimaba con su ser más verdadero. «Yo quisiera morir, no obstante, en esta muerte de todo el mundo. Yo no estoy hecha para la vida. No estoy contenta en ella. Me agradaría poderme dar a la muerte.» Ovidio le había pedido que se casara con él. Se oía a los camiones que pasaban por una carretera, los

cañonazos hacían temblar los cristales y las sucias cortinas, el otoño hacía caer en ruinas los postreros vestigios del mundo visible, las manchitas de sol en el borde de la cama parecían máscaras de moho o de pellejo de manzana en delirio de putrefacción. Ella no respondió, no reaccionó de ninguna manera; durante un cuarto de hora, o quizá más, se mantuvo apretada a él, como si no le hubiera oído. Pero la cosa estaba clara como la muerte. Ella no le quería; su esposo, si es que ella buscaba alguno, debería de tener un aspecto completamente distinto, rasgos de mártir, ojos de adhesión a lo que ella más veneraba: el sentido ascendente y purificador de la guerra, que los demás no veían o se negaban a reconocer en medio de tantas impurezas. Él mismo, metido en su coraza de escritor, negaba a la muerte todo derecho sobre su persona. «Me agradecería casarme con un mortal —dijo ella, mucho después—, alguien a la medida de mi hambre. Tú eres un inmortal y yo te amo mucho, siempre te he amado mucho, tú me has ayudado a llegar hasta aquí. Pero yo no podría compartir contigo lo que nos separa. Sin embargo, me hubiese gustado tener un hijo tuyo.» Ella le besó en el hueco del cuello, le mordió hasta hacerle sangre, como si estuviera ávida de penetrar en su secreto y en su fuerza y de poderse impregnar de ellos y cambiar. Él no se había movido, paralizado por una emoción nueva y como reveladora. Él divisó, en una escampada fulgurante, la frágil frontera que separaba el amor y la muerte, y comprendió que el amor es lo que convierte a hombres y mujeres en seres humanos, en esta hipóstasis esencial, transformándoles al mismo tiempo en receptáculos de la vida y de la muerte. El amor nos abre a nuestra propia muerte delegando nuestros poderes vitales al nuevo ser que acaba de ser engendrado. Y él tuvo una vaga esperanza, como una visita, como una sombra luminosa que se sentó al borde de la cama y se marchó en seguida para no volver jamás.

A partir de entonces estuvo convencido de que el niño agonizante que encontró en Dumitresti, el joven Víctor resucitado después de tantos años y que Alejandro acababa de volver a ver, era su hijo. Él hubiera querido que Víctor, el esposo definitivo de aquella Marta de la muerte, se lo confirmara. Por eso había tomado el camino de Dumitresti cuando todo había terminado y trataba ahora de descifrar el enigma de la muerte de Marta, matada quizá por Víctor en un último acceso de celos, o de incompreensión, o quién sabe por qué. Esto había quedado suspendido en el aire críptico de la segunda guerra.

Al día siguiente tuvo que marcharse de Nikolaiev, sin haberse podido despedir de Marta, y volvió a verla casi un año después: Marta esposa y madre de un niño enfermo e incierto. Éste era quizás el sentido que ella había querido dar a la palabra *inmortal* aquella tarde, en Nikolaiev, cuando se había negado a ser su mujer, justamente porque ella se sabía immortalizada por el niño. «Puras elucubraciones. Yo no tengo derecho a esta esperanza, no tengo derecho alguno a este género de recuerdos.» Mas las formas vivientes de ese fragmento de pasado y de esas imaginaciones flotaban en él con una claridad mágica. Por primera vez tras la reunión de Polop, Ovidio aceptaba confesar esta esperanza. Él sabía, sin embargo, que ninguna confirmación era ya posible. Y deseó bruscamente no ver ya de nuevo a Víctor. No subir ya a San Antonio de los Cobres.

*Como una miel para matar abejas,
La vida es sueño, arte y engaño,
Rauda espera que nos hace daño
Como una miel para matar abejas.*

Ion no llegaba a comprenderlo, pero esta música le *embujaba*, le ayudaba en cierta manera a sostenerse y no hundirse. Le preguntó al poeta Castillo:

—¿Quiere usted traducirme al francés esta última estrofa? Me agrada mucho lo que usted dice, pero no puedo llegar a comprenderlo.

—Será bastante difícil. Pero intentaré hacerlo. Helo aquí:

*Comme du miel pour tuer des abeilles,
La vie est un rêve, art et tromperie,*

*Rapide espoir qui nous fait mal
Comme du miel pour tuer des abeilles.*

—Lo que usted dice es muy bonito. Prosiga. Eso es más fuerte que la coca, la cual no llega a hacerme soñar.

Castillo sonrió y volvió a recitar su poema o sus poemas. Ion aguzó el oído, mas solamente palabras sueltas llegaban a su entendimiento; el resto se perdía en la música del fondo. A partir del momento en que se había marchado de Montreal, se había visto envuelto en lo incomprensible. Habiendo residido tan largo tiempo en Canadá, sólo sabía el francés y el inglés, y estos últimos días los había pasado en España, en Italia y en Argentina, donde todo parecía flotar en una nube, en la que había vuelto a encontrar su soledad, al igual que el recuerdo de sus fracasos. Se acodó en el borde de la mesa, la cabeza entre las manos, fija la mirada en aquello que acababa de surgir en él con una claridad irresistible. Un sudor de agonía le cubrió la frente; trató de resistir, quiso alejarse del imperio del recuerdo, balbuceó unas palabras, recibió de Castillo una respuesta ininteligible, tuvo la intención de abandonar este mundo, o ese local de drogados en que se había convertido este mundo, unos esfuerzos de resistencia ensayaban en él unos vagos pasos de danza, su boca estaba llena de un líquido que él no quería tragar, pero que acabó por hacer pasar, zozobrando bruscamente en el recuerdo prohibido. La muerte de Marta fue en él más precisa que un sueño, y se adueñó de él durante unos instantes, más concentrados, pero más netos que los de la realidad.

Abrió los ojos y miró a Ovidio y a Castillo, con un resto de miedo en el fondo de la conciencia, como si, a su pesar, acabara de confesarse en voz alta.

—La dosis ha sido demasiado débil, o es que soy demasiado fuerte para estos trucos —dijo él, escupiendo al suelo el tampón amarillento.

—Yo tampoco he sentido nada —le completó Ovidio, escupiéndolo a su vez.

El poeta Castillo les miraba sonriente, un poco chasqueado por aquel experimento, que no había dado los resultados esperados. Su sonrisa quería ser una disculpa en nombre de la coca, o bien una complicidad tácita con el sueño inconfesado.

Unos pedazos de cielo azul, unas rocas violentamente coloreadas, el vuelo en infinito planeo de un cóndor, unos abismos justificando las rocas, y el trenecito abismándose en las curvas, silbando, contento de vencer las leyes más elementales del equilibrio y de la prudencia. Todo había concluido en aquellas alturas, de las que él se alejaba poco a poco, habiendo aclarado bruscamente la muerte, las dudas, las esperanzas y las incertidumbres, cerrando sin ruido una puerta para siempre, si *siempre* tenía algún sentido, si es que no se trataba de otra cosa que de la apertura de un paréntesis. Ovidio volvía a bajar hacia la vida, estaba resuelto a no abandonar más su casa junto a los naranjos, a tratar de aprender allí una postrera lección útil, acomodarse a ella, explotarla para su propio bien y el de sus lectores, ya que ninguna pregunta tenía una respuesta. Michel le acompañaría quizás en esa última fortaleza, si Michel seguía vivo todavía. Le parecía que años enteros le separaban de su último encuentro en Buenos Aires apenas dos días antes. No se atrevía ya a forjar planes, había percibido o sentido el acercamiento prometedor de la muerte, la única certidumbre permitida, olvidada después del fin de la guerra y de Marta.

El tren se detuvo en una estación. Unos indios subieron, intercambiando unas palabras en español, en medio del silencio monumental de las montañas. «Estos hombres, estas rocas —pensó Ovidio—, se parecen cada vez más a los hombres y las rocas de Castilla.» Un almendro acababa de florecer, anunciando la venida de la primavera. Las rosadas flores se destacaban sobre la tristeza oscura y vaga del resto, de las casas que se distinguían en la vecina ladera, sobre la geología milenaria, sobre la fragilidad imprecisa de la estación. El arbolillo parecía una antorcha simbólica, algo venido de Europa y plantado allí para sellar un pacto. Y florecía, anunciando la primavera en el sitio en que Víctor e Ion acababan de morir. Mientras que en Europa, desde los comienzos de Dumitresti hasta el encuentro de Polop, todo había tenido lugar en las postrimerías del verano. Aquí la palabra agosto parecía significar un renacimiento.

Habían hallado a Víctor moribundo, mas él les había reconocido con toda seguridad, ya que había apretado los dedos de Ovidio entre los suyos cuando éste le había saludado, diciendo: «Yo soy Ovidio Bunesu. ¿Te acuerdas de mí?» Entonces, el agonizante había dejado de respirar, se había permitido una pausa en su combate, un hálito apenas perceptible había pasado sobre su rostro, cual ráfaga de viento sobre un lago inmóvil, y había movido ligeramente los dedos en señal de saludo y de reconocimiento. Aquello quería decir: «Te reconozco, me acuerdo de ti y de todo.» Y su pasado conjunto había llenado la habitación con un ruido inverosímil. En derredor de la cama estaban un sacerdote, un indio ancestral, de elevada estatura, y una mujer. Y, en torno de la casa, los moradores del poblado iban a sentarse por turno, a mascar, a callar, a esperar noticias, mientras otros, más ocupados o más indiferentes, pasaban montados en sus llamas, como fantasmas domesticados. La puerta abierta dejaba penetrar el frío calmoso de las montañas. Ovidio se alejó de la cama para dejar sitio a Ion, el cual se inclinó bruscamente sobre el agonizante y le susurró algo al oído, se enderezó y continuó mirando, inmóvil, el rostro de Víctor, el cual pareció hacer un esfuerzo para abrir la boca o los párpados; pero nada, ningún contacto le estaba ya permitido, y ese mismo esfuerzo no fue otra cosa que un vago esbozo, su solo deseo de reaccionar se manifestó como una sombra proyectada del interior, apenas señalada por sus rasgos, recayendo al momento en su inmovilidad. Su resto de vida se concentraba en unos centros que habían perdido la posibilidad de transgredir los límites de los sentidos, y las órdenes que su cerebro continuaba emitiendo se dirigían hacia otro mundo. Él estaba seguramente lleno de imágenes y de voluntades, pero preso ya en el más allá, separado ya, a despecho de su conciencia, de pertenecer aún a este mundo, al que probablemente hubiera querido contestar por última vez.

¿Había él expirado ya en el momento en que la casa tembló sobre sus cimientos? Se oyó un ruido

apagado, algo así como el hundimiento de una caverna, y todos miraron hacia el mismo lado, por la puerta abierta, como si supieran dónde tenía su origen aquel ruido y aquel temblor.

—¿Qué es esto? —preguntó Ion.

—Son los *gringos*.

Ovidio iba traduciendo lo que se hablaba.

—Gentes venidas del Norte. Querían explorar la vieja mina, un hombre y una mujer. Tenían instrumentos, explosivos. El señor Víctor quería ir en su socorro. Él no había podido impedir...

—¿Y ustedes?

El viejo indio hizo un gesto de indiferencia con los hombros y dijo:

—Eso no era cosa nuestra.

—Ha muerto —murmuró el sacerdote—. ¡Dios tenga piedad de su alma!

E hizo el signo de la cruz sobre la frente y el pecho de Víctor.

— ¡No van ustedes a ayudarles! —gritó Ion.

Parecía ser presa de una crisis inexplicable. Parecía estar en San Antonio, no para volver a ver a Víctor y descifrar unos secretos personales, sino para interesarse por los extranjeros enterrados en la mina.

—No —respondió el viejo, con indiferencia.

— ¡Pero eso no es posible! ¿Quién es aquí el alcalde?

—Yo.

—Hay que tratar de ayudarles.

—Demasiado tarde. La mina es muy honda. Nadie se atrevería a aventurarse en ella.

—Haga que alguien me acompañe. Soy médico.

El alcalde le hizo señas a un muchacho, e Ion salió a toda prisa, como poseído por el espíritu de una misión, y desapareció sin despedirse, ni de Ovidio ni del muerto. Ya no volvió más. Cuando Ovidio fue en su busca, una hora después, espantado por su larga ausencia, se encontró al muchacho ante la entrada de la mina, cegada por un nuevo derrumbamiento. «Se ha quedado dentro —balbuceó el muchacho—. Los *gringos* han hecho saltar las entrañas de la montaña.» Piedras y polvo caían todavía por los alrededores; la montaña parecía estarse instalando de nuevo sobre sus cimientos, tras la sacudida, después de haberse restablecido el silencio. Y, posiblemente, el equilibrio en la justicia.

El tren volvió a arrancar, se precipitó en los virajes; los prados y los árboles sembrados entre las rocas hacían probable el fin del viaje, la pérdida de altura y la llegada a Salta. ¿Cómo explicar el comportamiento de Ion? Parecía haber sido presa de un acceso de locura. Pero, ¿cómo explicar ésta? ¿Qué había comunicado a Víctor? ¿Y qué es lo que éste había querido responder? Únicamente había una sola explicación posible. Una sola para los dos: Marta. Pero este nombre pronunciado de este modo, al cabo de tantos años lejanos y de acontecimientos cercanos, no hacía más que espesar las tinieblas.

«Yo sigo imaginando cosas», se dijo él, mientras el trenecito se hundía silbando en las negruras de un túnel.